Audouard & Anthony

# MENSAJERO DEL DESIERTO

Lectulandia

Un viaje iniciático dentro de la más trepidante aventura durante la campaña de Napoleón en Egipto.

Vincent Jefferson Herbach, un joven músico, une su destino al de Vivant Denon, célebre dibujante, espía, escritor y coleccionista. Juntos se enfrentarán a desiertos y combates a lo largo y ancho de la invasión de Egipto por Napoleón; juntos remontarán el Nilo entre épicas batallas, sórdidos crímenes y oscuras conjuras para explorar los templos abandonados y revelar al mundo el esplendor de una civilización olvidada.

Del cuello de Vincent cuelga una sencilla cruz de plata que le había regalado un misterioso caballero de Malta. En ella hay inscritos dos jeroglíficos que harán que le reconozcan, unas veces para ser perseguido y otras para ser amado; pero que también le permitirán acercarse a la clave del misterio de los templos de Egipto y sus reyes.

Entre la aventura, el descubrimiento iniciático y la búsqueda amorosa, el enigma que persigue a Herbach atraviesa las arenas del tiempo y llega hasta nuestros días...

Lectulandia

Antoine Audouard

# Mensajero del desierto

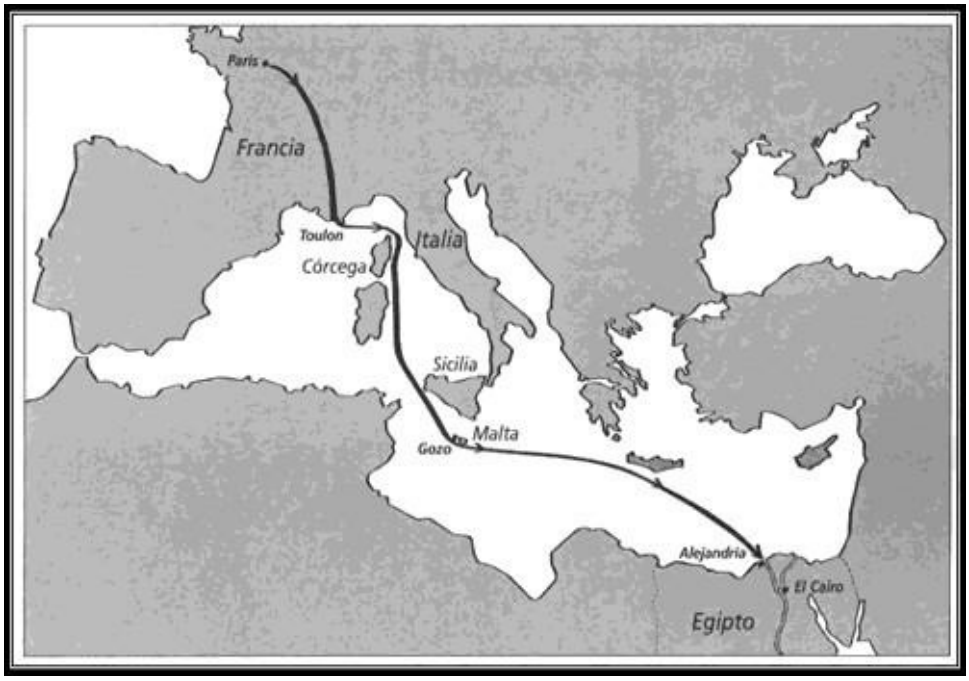
**ePub r1.0**
**MadU** 18.01.14

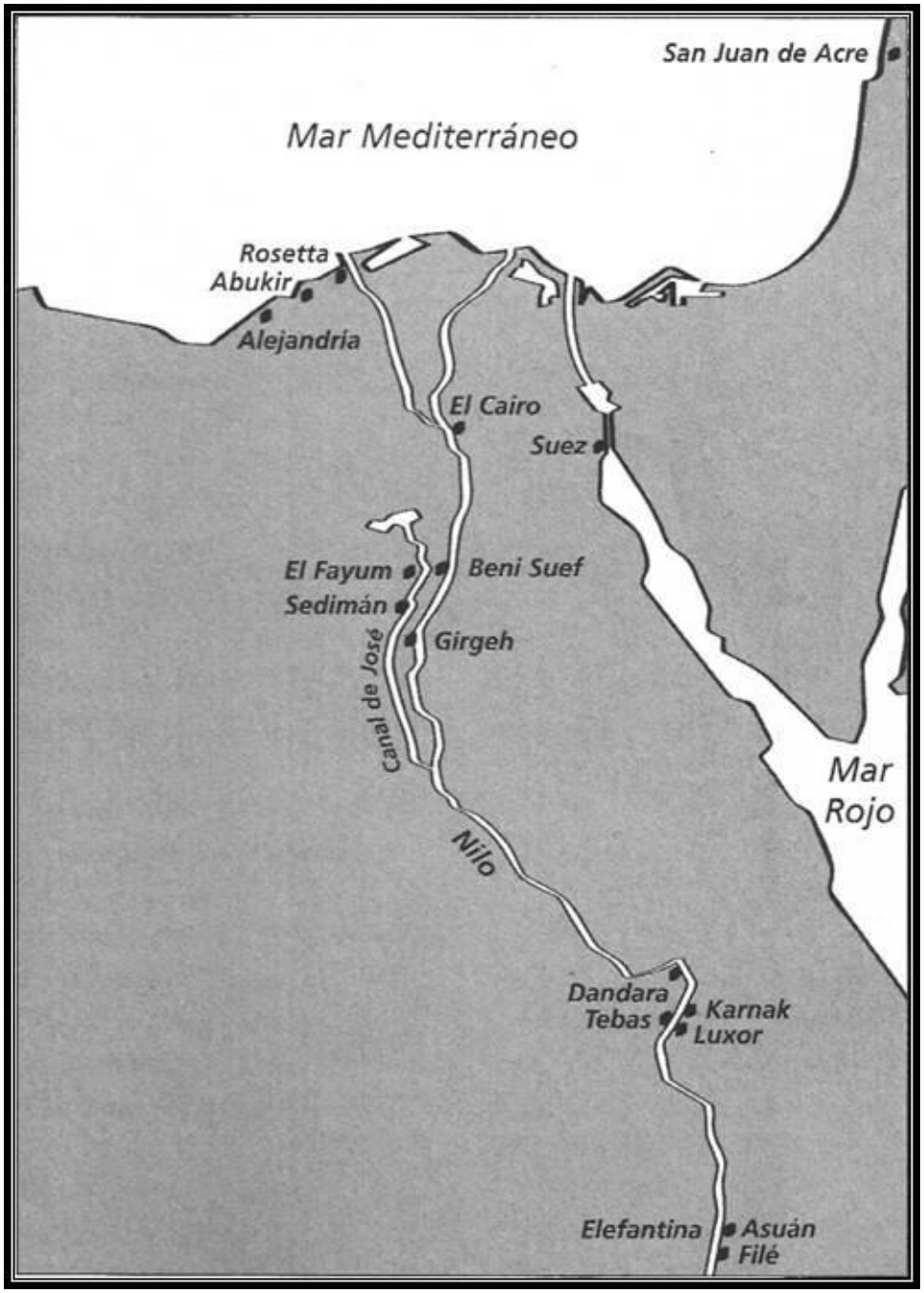
Título original: *Le messager des sables*
Antoine Audouard, 2004
Traducción: Esther Andrés Gromaches
Diseño de portada: MadU

Editor digital: MadU
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A Rachid Nekkaz, nuestro amigo


Paris
Francia
Toulon
Córcega
Italia
Sicilia
Malta
Gozo
Alejandría
El Cairo
Egipto


San Juan de Acre
Mar Mediterráneo
Rosetta
Abukir
Alejandría
El Cairo
Suez
El Fayum
Beni Suef
Sedimán
Girgeh
Canal de José
Nilo
Mar Rojo
Dandara
Tebas
Karnak
Luxor
Elefantina
Asuán
Filé

Toda mi vida había deseado viajar a Egipto…

DOMINIQUE VIVANT DENON

Venid, y veréis.

SAN JUAN (1,39)

# Agradecimientos

Damos las gracias a los lectores del manuscrito, cuyas observaciones y críticas nos han sido de gran valor, y, en particular, a Pauline Guéna y a Christel Mouchard.

Gracias a Valérie-Anne Giscard d'Estaing por la magnífica edición antigua (texto e ilustraciones) del *Viaje* de Denon, que nos ha inspirado a lo largo de toda esta aventura.

Gracias a Bernard Messager (¡su apellido lo predestinaba!) y a su equipo por haber realizado generosamente la cruz de Vincent.

Estamos muy agradecidos a Marianne Audouard, que ha realizado los mapas y los pictogramas que ilustran las seis partes del libro.

Gracias a Fanny por su fe… y su paciencia.

La confianza, la constancia, el entusiasmo de Susanna Lea han sido compartidos por sus colaboradoras Katrin Hodapp y Asha Last.

Gracias a la amistad y al talento de Mark Kessler, *El mensajero del desierto* está siendo adaptado para el cine: vivir esta aventura con él proporciona a esta historia una dimensión aún más hermosa.

La acogida de Nicole Lattès y Leonello Brandolini en las ediciones Robert Laffont ha estado a la altura de nuestros sueños.

# Nota

Nuestro libro es lo que en música se llama una variación, que el diccionario *Le Petit Robert* define así: «Composición formada por un tema y la serie de sus modificaciones».

El *tema* nos lo proporcionó Dominique Vivant Denon, cuyo libro *Viaje al Alto y Bajo Egipto* (en la excelente reedición de las Éditions du Promeneur) ha sido nuestro compañero fiel, inagotable fuente de observaciones y maravillosos descubrimientos.

Dado que nuestro principal objetivo es distraer, no incluiremos en este volumen la lista de las demás obras que nos han inspirado o informado: los lectores curiosos podrán descubrirlas en la página

*www. lemessagerdessables. com*

junto con otras informaciones sobre las fuentes del enigma, así como una selección de las músicas a las que se hace referencia a lo largo del libro.

# PRIMERA PARTE

# EL HECHIZO

# 1

Sé que es difícil de creer.

Yo sí lo creo, naturalmente, pero no puedo decir mucho más. Me habría gustado vivir en una época más propensa a los milagros, pero hoy en día todo el mundo quiere pruebas, certezas, y yo no puedo aportar muchas, aparte de un poco de arena en el fondo de mis bolsillos, un viejo dibujo arrugado después de tanto viajar y recuerdos, recuerdos que también podrían ser invenciones de mi memoria.

El problema, cuando crees en algo, es que ese algo se apodera de ti, te persigue y te despierta; eso es lo que me pasa a mí todas las noches durante un breve instante justo antes de las doce, como si necesitase ver el final de un día y el inicio del siguiente. A veces me paso un buen rato con los ojos abiertos y el corazón acelerado, lleno de viejos proyectos y sueños nuevos, hasta que me levanto y, en vez de mirar esos programas tan raros que hacen por la noche en la televisión con el volumen muy bajo, abro la cajita y vierto la arena rojiza entre mis dedos, despacio, como si yo fuera un reloj de arena y tuviera el poder de hacer transcurrir el tiempo.

Al principio resulta un poco borroso y un poco extraño y me pregunto dónde estoy… Pero enseguida se obra el hechizo: nombres, lugares, sensaciones, todo se convierte en realidad, todo se convierte en una aventura, y es tan hermoso que nunca tengo bastante… y tan terrible también que a veces quisiera escaparme… Díganme que es un sueño, si quieren, no me importa: pero cuando conozcan mi sueño, sabrán por qué prefiero mi sueño a la vida.

No entienden nada de lo que estoy diciendo, ¿verdad?

Tranquilícense, yo tampoco. Pero uno no cree en algo solo porque sea lógico. Yo creo igual que veo, igual que me llamo Vincent, igual que cuando digo «te quiero». Creo, y ya está.

¿Cómo podría explicarlo…? Cuando cambiamos al horario de invierno, en medio de la noche hay una hora de más: a las tres, de repente, vuelven a ser las dos. ¿Qué pasa durante esa hora? ¿Existe realmente? Si nos la pusieran durante el día, seguro que se plantearían complicaciones mucho más serias que el simple problema de poner los relojes en hora o el de ordeñar las vacas a destiempo: durante una hora, la gente estaría completamente perdida… Por eso nos la ponen de noche.

Esto es en cierto modo lo que me pasó a mí, pero en vez de una hora pasó un año.

Que desaparezca una hora de invierno mientras todo el mundo duerme resulta bastante inquietante…

Pero ¿y un año? ¿Un año entero? ¿Y que además transcurrió hace doscientos años…?

El problema es que no puedo borrar ese año. Las imágenes, tanto si las he imaginado como si las he visto, son mías, muy mías, y puedo proyectarlas ante mis ojos tantas veces como quiera. Y también la música, esas cuatro notas que toco y que me acompañan cada noche, como un concierto para las estrellas.

Tal vez lo mejor sería que empezara por el principio, es decir, por el final… Pero, a veces, tener que contar las cosas en las que crees, en las que *de verdad* crees, hace volverte tímido, y hasta un poco idiota: casi te sientes obligado a complicarlas.

Y en cambio, son muy sencillas.

# 2

Vincent no tenía ganas de aterrizar.

El avión de Egypt Air ya había dado dos vueltas por encima de Orly; él se hacía la ilusión de que, debido a la saturación de las pistas, regresaban a El Cairo y lo dejaban al pie de las pirámides. El sacerdote copto de barba gris perfectamente recortada que estaba a su lado no le había hablado ni una sola vez durante todo el viaje, ni siquiera había girado la cabeza hacia él. Desgranaba el rosario y parecía estar en conversación directa con Dios.

Vincent solo llevaba una pequeña bolsa con sus cosas y la carta que le acompañaba desde Asuán, la carta que quería abrir pero que tenía miedo de hacerlo. Era un sobre un poco amarillento, como si lo hubieran sacado de un cajón después de estar mucho tiempo guardado. Estaba cerrado con lacre rojo; el sello, que representaba un perfil de halcón, le daba cierto aire de misterio y solemnidad. Lo había metido en el libro del *Viaje al Alto y Bajo Egipto*, en la página en la que Vivant Denon dibujaba el zodíaco de Dandara.

Seguramente era una vulgar carta de despedida…

Una especie de superstición le murmuraba que, mientras no la leyera, todavía tenía alguna oportunidad, pero que cuando ya la hubiera abierto, sería demasiado tarde, sin duda. Cuando se quiso guardar la carta en la cazadora, estaba tan nervioso que rompió la página del libro que tenía el dibujo. Enfadado consigo mismo, se la metió en el bolsillo.

El avión aterrizó al fin, y el tiempo pasó dando saltos, siempre demasiado rápidos.

En la cola del control policial, Vincent conectó el teléfono móvil. Tenía varios mensajes.

Solo escuchó el primero. Los demás ya no le interesaban.

Frédéric había muerto.

Vincent no conseguía llorar, ni hablar: lo único que podía hacer era mirar el paisaje gris que desfilaba ante él demasiado despacio. Frédéric estaba muerto. En su cabeza se mezclaban las voces. El mensaje de su hermana Anna que, entre llantos, le anunciaba la noticia. Luego otro, también de ella, más tranquilo, contando las circunstancias: un accidente de moto, a cien metros de su casa. Y el último mensaje, el del párroco de Saint-Gervais que le preguntaba si podría llegar a tiempo para tocar el órgano en la misa que empezaba a las seis de la tarde.

Decir que uno toca el órgano en los entierros no queda muy bien y resulta un poco triste, pero este era el mejor negocio de la joven vida de Vincent como músico.

Sin embargo, tocar el órgano en el entierro de su mejor amigo…

El puente de Saint-Michel estaba atascado y se apeó del taxi. Salió corriendo, y los pulmones empezaron a arderle a pesar del aire húmedo que casi le hacía ahogarse. No conseguía pensar: tenía la idea fija de llegar a la iglesia.

Al llegar delante de Notre-Dame dudó por un instante, pero al fin decidió internarse por las callejuelas de la Île de la Cité, por el recinto del antiguo claustro.

Las calles estaban tranquilas y vacías: allí no existía el tiempo y, desde niño, había jugado a imaginarse que cuando oía un lejano retumbar era porque llegaba un caballo al galope por los adoquines de la rue Chanoinesse, o que si se producía un movimiento en el brazo mayor del río, pronto aparecería una barcaza cargada de trigo o especias en el puerto de la Batellerie…

Con la cabeza encogida entre los hombros, medio corriendo, medio andando, resiguió el quai aux Fleurs, pasó por delante de la llamada casa de Abelardo y Eloísa, cruzó el Sena y recorrió el quai del Hotel de Ville. El edificio en el que siempre había vivido estaba en la esquina de la rue des Barres, justo detrás de la iglesia de Saint-Gervais. Tenía la forma afilada de un casco de nave; una vez, de pequeño, había dicho que vivía en un barco en el Sena y todo el mundo se había reído.

Detrás de la iglesia, en la plazoleta adoquinada y en el jardín, se hallaba congregada una pequeña muchedumbre con los ojos alzados hacia el cielo, que ahora había empezado a despejarse. El primer movimiento de la *Sonata en la menor* de Mozart salía de la ventana abierta de una casa. Por un reflejo profesional Vincent tuvo el tiempo justo de pensar: «Es *allegro maestoso*, no *allegro assai*».

Fue en ese instante cuando vio el halcón.

Era solamente un punto negro en el cielo que caía en picado hacia el suelo, pero tuvo la nítida impresión de que él estaba volando con el halcón, que él era aquel halcón.

Un niño extendió el puño y el ave fue a posar con delicadeza sus poderosas garras en el guante de cuero. La gente prorrumpió en aplausos y las monedas cayeron en la caja de hierro a los pies del chiquillo. Tendría siete años, a lo sumo, y llevaba una camisa de pechera blanca y un sombrero de copa ladeado en la cabeza.

Una serie de imágenes en las que se mezclaban el halcón y sus recuerdos de Egipto invadieron el cerebro de Vincent, mientras iba abriéndose paso entre el gentío para llegar a la iglesia.

Entró por la puerta de la derecha del presbiterio, al lado de la capilla de la Virgen, y avanzó lentamente por la nave lateral norte.

La iglesia ya estaba llena y fue directamente al órgano del coro intentando no atraer la mirada de nadie. Solamente captó la del sacerdote, quien le hizo una

imperceptible seña con la cabeza en el momento en que se estaba sentando. Puso en marcha los fuelles. Mientras intentaba recuperar la respiración normal, preparó las combinaciones de registros. Después empezó a tocar el descenso armónico, banal y, sin embargo, único que expresaba todas sus emociones.

*The show must go on*. Era la música de Queen, la que nunca se había atrevido a tocar en un entierro, pero que siempre le había parecido muy conveniente para tal ocasión.

Al tiempo que tocaba, recordaba… Recordó que, cuando había sentido el flechazo por Egipto, fue a Frédéric a quien se lo había confesado. Había visto un reportaje en la televisión… Bonaparte… veintinueve años… Dandara, Luxor, Karnak… Los muros de San Juan de Acre, la piedra de Rosetta… Eran nombres que ya había oído antes vagamente, pero en aquel momento sintió que, detrás de cada imagen, aquella historia era para él o, más aún, que tenía un papel que jugar en ella.

«Vete a Egipto», le había contestado Frédéric sencillamente, cortando en seco sus explicaciones más o menos místicas sobre el sentido profundo de su descubrimiento. Se había ocupado de todo con eficacia, aunque sin dejar de lado su mordaz ironía. Solamente había exigido a Vincent que le enviara una postal. Postal que nunca le llegaría y que se le quedaría en el bolsillo junto con sus remordimientos.

La misa transcurrió como en medio de una bruma. Durante la comunión, la coral *Er ist genug* de Bach, que había inspirado a Alban Berg en el momento de la muerte de su ángel, se deslizó hasta sus dedos, ayudándolo simplemente a dominar su emoción para tocar con el corazón.

Al término de la bendición del cuerpo, Vincent fue a dar un rápido abrazo a Anna y al padre de Fred, y estrechó las manos de varios amigos sin pronunciar palabra. La gente salía, cabizbaja, pero él no lograba abandonar la iglesia, no tenía ganas de estar entre la gente y declarar lo muy triste y estúpida que era aquella muerte, aunque eso era lo único que se podía decir: realmente era triste y estúpida.

Cuando llegó debajo del gran órgano de Couperin, un hombre joven de rostro macilento y pelo largo, con la pernera izquierda arremangada hasta la rodilla, se volvió hacia él como si lo hubiera estado esperando y lo agarró del brazo.

—Siempre es igual —masculló—, ¿no te parece?

Vincent intentó soltarse pero no lo consiguió.

—Los conozco —siguió el joven con voz sibilante—, dicen que creen pero no creen en nada. Leen, pero no entienden. Se les dice todo, pues la voz del Señor es atronadora, pero no oyen nada. Se pierden en su enigma pero no miran al espejo. Y tú, tú eres el último, el que ha recogido el saber de los dos soberanos. Si no escuchas dentro de ti, la gente no sabrá, no sabrá nunca…

Había en él la vehemencia de un profeta, y Vincent dejó de resistirse para escuchar aquellas extrañas palabras, tan incoherentes, pero que no carecían de

belleza. De repente, el hombre calló y le soltó el brazo.

—Aún no lo sabes —dijo—, pero tú eres el mensajero. Vete…

Se acercó a su oído y le susurró:

—No lo olvides.

Antes de que Vincent saliera de su asombro, el hombre ya había desaparecido.

La iglesia, ahora vacía, estaba bañada en una suave luz. Volvió al órgano y lo cerró.

Por la nave sur llegó al deambulatorio. Todas las capillas del presbiterio estaban débilmente iluminadas. Se detuvo delante de la capilla de la Virgen, justo detrás del altar. En el centro había una cruz. Se sobresaltó.

Vincent recordaba que la cruz de los coptos —los cristianos de Egipto— se parecía a la llave de la vida de los antiguos egipcios.

*¿Qué hacia aquella cruz en medio de una iglesia parisina? ¿Qué sentido tenían las palabras de aquel loco, «pero tú eres el mensajero…»? ¿Y qué relación había entre aquellas coincidencias y el profundo sufrimiento que sentía por la muerte de su amigo*?

En medio de su pesar, Vincent distinguió una luz cuyo halo era cada vez más brillante. Y en el centro de esa imagen se le aparecía, con una nitidez cada vez mayor, la cara de la mujer cuyos labios le susurraban palabras de consuelo. Pharia.

Desde el aterrizaje pensaba en ella sin atreverse a poner su nombre entre sus labios. Lo pronunció en un suspiro y, al acto, su presencia estuvo en él con tanta intensidad que le hizo daño. Solo con cerrar los ojos podía verla, con el realismo de los mundos virtuales. No tenía más que extenderla mano para tocarla, pero al instante se le escapaba.

Otra vez, como al ver el halcón, empezaron a desfilar por su mente imágenes y sensaciones: su encuentro en la terraza del templo de Dandara, su paseo por las orillas del lago sagrado, ahora vacío, donde crecía una palmera, y la primera mirada que habían cruzado, la timidez que ella había barrido con unas pocas preguntas, la primera separación, tan difícil… la frase que ella había pronunciado: «Volveremos a vernos…». Y más tarde el reencuentro en Filé, la noche en que entró solo en el santuario y cuyo recuerdo se le había extraviado en la memoria… Y también el dibujo del zodíaco de Vivant Denon, y naturalmente aquella carta que ella le había dejado en la habitación del hotel, lacrada con el sello rojo de un halcón…

En la penumbra de la iglesia, Vincent se preguntaba si no lo habría soñado todo. Pero las imágenes tenían una nitidez que no tienen los sueños, y todavía le ardía la mano que había cogido la de ella.

De pronto, Vincent tuvo el convencimiento de que no debía esperar más a leer la carta. Ni siquiera sabía por qué había dudado tanto. ¿De qué tenía miedo? Las

respuestas se encontraban ahí, y tenía que confiar para saber qué hacer y adonde ir.

La luz de la iglesia era demasiado débil. Se dirigió hacia la salida. Después de intentar tirar de la pesada puerta, tuvo que rendirse a la evidencia: estaba cerrada con llave.

Rió nerviosamente, y luego el abatimiento le entumeció las piernas. Sin esperanzas, fue a comprobar que la puerta principal estaba igualmente cerrada.

Volvió hacia la pequeña capilla lateral cuyo cielo estrellado parecía iluminado por el halo de una luna llena invisible. Se detuvo, asombrado por una nueva sorpresa: era el mismo cielo azul oscuro, con estrellas doradas de cinco puntas, que había visto con frecuencia en los templos de Egipto.

Se arrodilló lentamente y juntó las manos, cejando en su empeño de comprender. Con los labios murmuraba una oración, con el corazón intentaba abrirse a cuanto le había ocurrido aquellos últimos días, situaciones agradables o tristes, familiares o extrañas. En fuertes oleadas, como un ejército atacando una ciudadela de poderosas murallas, su vida había estado sometida a emociones que le sobrepasaban. Debido a la intensidad de su oración, a su deseo de volver a ver a Pharia, empezó a entrar en una brecha del tiempo: ya no había antes ni había después, no había más que el momento presente, que parecía una eternidad y se iluminaba como una estrella lejana a la que se aferraba su alma.

Tal vez, después de todo, la pesadilla fuese aquel tiempo gris del París del siglo XXI, tal vez la auténtica realidad se hallaba doscientos años atrás…

Poco a poco se fue deslizando hasta el suelo, como un niño que, después de haberse resistido mucho, cede por fin al sueño. Sus puños cerrados se abrieron dejando caer los granos de arena que había guardado en el fondo de los bolsillos, lentejuelas doradas de un viaje que no terminaba sino que empezaba.

Pharia había salido de sus recuerdos para entrar en sus sueños: tanto daba, mientras viviera en él, en un tiempo o en otro, en un mundo o en otro, la esperanza de volver a verla y de que, cuando ello ocurriese, podría retener por siempre su mano. Vincent era un ave que cruzaba la noche sin fin. En el cielo se había unido a aquel halcón y se había confundido con él.

Pasó el tiempo. Una hora, un año, tal vez más… *El tiempo retrocedió*.

Como siempre habría una noche, habría una mañana… Pero cuando despertase, habría perdido todo recuerdo de haber vivido en aquella época extraña en la que se cogían aviones para desplazarse y en la que los coches se movían sin caballos.

Se habría convertido en Vincent, el mensajero del desierto, y podría, al fin, realizar su destino.

# 3

La sensación del frío de la losa en la mejilla, el frío de la noche que le entumecía todo el cuerpo. Vincent se levantó de un brinco y se arregló la ropa. Le dolía todo, como si le hubieran dado una paliza.

En la iglesia de Saint-Gervais reinaba una oscuridad casi total, pero sus pasos la conocían tan bien que no se inquietó.

Tiró de la puerta y esta se abrió sin un solo chirrido. Aliviado, salió impetuosamente hacia la calle.

No oyó el coche que se acercaba.

Lo golpeó de costado, y el choque fue un asombro breve durante el cual le invadió el pensamiento de Pharia. En un destello, en una fracción de segundo, experimentó toda la riqueza de sentimientos que habitaban en su interior, los fragmentos de su encuentro con la muchacha se convirtieron en una historia y le invadió la certeza, tranquila y luminosa, de que no podían perderse. No fue una caída, no fue un vuelo: fue un momento robado al tiempo en el que el tiempo desapareció, quedó abolido, y se introdujo la eternidad.

Después, su cuerpo cayó inanimado bajo el porche.

# 4

—¿Qué, joven, acaso pretendía suicidarse?

Vincent oyó la voz como si viniera de muy lejos; luego, una risita resonó en sus oídos. Ahora veía la cara que se inclinaba sobre él, una cara muy fea, de barbilla huidiza, pero que resultaba cordial por los dos hoyuelos de una sonrisa permanente. Como en medio de una bruma distinguió la puerta abierta de una carroza y un cochero ataviado con librea azul que calmaba a dos caballos enjaezados. Vincent intentó incorporarse de un salto pero no lo consiguió.

—Despacio, amigo, cuando uno ha dado con el trasero en el suelo no tiene por qué hacerse el valiente.

Vincent se dejó ayudar por las delicadas manos que emergían de unas puntillas de fino encaje. Estaba ligeramente dolorido pero, aparte de la confusión, podía caminar. Pese a que debía de tener más de cincuenta años, como revelaban su frente despejada y la red de arrugas que daba vida a su cara, el hombre era la expresión misma de la energía. Sus ojos reían aunque él no lo hacía. Las pantorrillas envueltas en medias blancas eran robustas y no se estaban quietas, como si la vida fuera una especie de danza de la que no hubiera que perderse ni un paso. Parecía divertirse tremendamente con aquella aventura.

—Parecía que llevabas mucha prisa cuando te has tirado a las ruedas de mi coche.

—Yo…

—Vaya, no eres mudo, qué buena noticia.

—Yo…

—Me estás infinitamente agradecido, ya lo veo. No hace falta que me des las gracias, es un ejercicio de pura cortesía y, a mi edad, procuro aburrirme lo menos posible con los convencionalismos. Mejor que satisfagas mi curiosidad revelándome qué ibas a hacer a esa iglesia, un lugar poco recomendable en los tiempos que corren, sobre todo de noche.

—Yo…

—Me maravilla tu conversación, muchacho. Conozco algunos salones en los que harías las delicias de todos, excepto de los impacientes, claro está.

—Estaba rezando.

En el rostro del desconocido se dibujó una profunda perplejidad y, con familiaridad, cogió a Vincent del brazo.

—Ven, la noche es joven. Vamos a dar la vuelta a la iglesia mientras charlamos. Tú me cuentas tus oraciones y yo te cuento mis blasfemias, y así nos haremos buenos amigos. Después, cada cual se va a su casa, y cuando te despiertes mañana por la

mañana ni siquiera te acordarás de por qué te duele la pierna. Puede que hasta te olvides de mi existencia…

—No le olvidaré nunca.

—Eso es hablar con sensatez. Me alegra comprobar que estoy tratando con un hombre inteligente que sabe ver el bien allí donde lo encuentra. ¿Me dirás qué estabas haciendo en esta iglesia? ¿O tengo que contentarme con tu extraña respuesta?

—Es extraña, señor, pero es cierta.

—No hay duda de que te has perdido diez años, muchachito: ¡somos unos modernos de 1798 y no unos antiguos de 1788! ¿Rezas al viejo Dios y no al Ser Supremo? ¿Al opresor del pueblo y no a la diosa Razón? ¿No te has unido a los teofilántropos, esos a los que el pueblo, con su talento habitual, llama la «tropa de tramposos»? ¿No te has sometido al ciudadano Bidel y a su labor de eliminación de los signos del feudalismo y la superstición? ¡Un esfuerzo más y te confesarás monárquico!

Vincent jugaba con una cadenita de plata de la que colgaba una pequeña cruz que llevaba oculta debajo de la camisa. Sonrió.

—Tengo la impresión de que a usted, señor, se lo podría confesar todo sin miedo.

—¡Desgraciado! ¡Confesarlo todo! ¡Eres un peligro, para ti mismo, para los demás y para la República! ¡Debería denunciarte y huir de ti!

—Usted no haría eso, señor.

—No te equivocas al confiar en los desconocidos. En los tiempos que corren, son los únicos de los que uno puede fiarse sin riesgos.

Vincent sonrió. De una ventana de un piso superior salían las primeras notas de una sonata que le resultaba familiar. Los dos hombres detuvieron por un momento sus pasos para disfrutar de la música que, en la noche, tapaba el ruido de los perros y de los escasos coches que pasaban a lo lejos.

—*Sonata en la menor* de Mozart —susurró Vincent como para sí mismo.

—Un poco rápida, ¿no?

—Sí, no porque se repita un mismo acorde hay que ir deprisa. Es una frase tan hermosa cuando no se toca precipitadamente…

—¡Conoces la música de Mozart! Eres un joven lleno de recursos.

—Cada día empiezo con él. Se dice que a su entierro solo asistió un perro. Muchas veces he soñado que yo llegaba tarde, cuando los enterradores estaban terminando de echar la cal sobre su cuerpo en la fosa común. Me encontraba allí solo, llorando. Llovía…

El hombre perdió la sonrisa y lo observó ahora con seriedad.

—Sí, tienes razón, es un muerto al que se le puede llorar, en esta época en que no escasean ni los muertos ni las ocasiones de derramar lágrimas.

Los dos hombres ya habían terminado de dar la vuelta y se acercaban al Sena.

—Dominique Vivant Denon —dijo el hombre de los ojos brillantes, apretando con fuerza la mano de Vincent.

—Vincent Jefferson Herbach.

—Bien por Vincent, y Herbach huele un poco a las fronteras del Este. Pero ¿Jefferson?

—Es una larga historia.

—Resúmela, por favor.

—Mi padre luchó en América al lado del general La Fayette. Regresó con una cadera rota y una gran admiración, que quiso legarme, por aquel pueblo.

—He aquí un padre que se preocupa por el porvenir. Tienes suerte…

—No creo que se preocupe por mi porvenir, señor, sino más bien por su pasado. En realidad es de lo único de lo que se preocupa, y envenena el aire a su alrededor con ese maldito pasado.

—Para ser un jovencito que hace diez minutos solo podía balbucear, opino que tus progresos son muy rápidos.

—Atribúyalo a la pena de tener que volver a mi casa. Le estoy infinitamente agradecido, señor.

—Ya me lo has dicho. Es inútil repetirlo.

Vincent hizo una profunda reverencia. Cogió la mano de Denon, quien la retiró enérgicamente.

—No irás a besármela, amigo mío, no es una reliquia sagrada, ¡todavía no, al menos!

El muchacho se incorporó, confundido de nuevo, y dio unos pasos atrás antes de dar media vuelta haciendo un gesto con la mano, que tanto podía significar su adiós como su vergüenza. Cuando echó a correr, se le cayó un papel del bolsillo, pero no se dio cuenta.

—¡Herbach! ¡Herbach!

Vincent corría y dobló la esquina del muelle sin darse la vuelta.

Denon se agachó para recoger el papel y lo desdobló. Para sus ojos de artista el trazo era torpe, pero el tema le pareció gracioso: era una rueda del zodíaco de un estilo insólito, en la que los signos astrológicos estaban rodeados de una fuerte carga de simbolismo y misterio. Se guardó el papel en el bolsillo de la levita. Suspiró, no sin cierta melancolía: «¡Qué joven tan extraño y tan interesante! Cuánta inocencia y cuánta pasión…». A continuación pensó que seguramente su amante estaría ya dormida. Despertarla sería una efímera y entretenida obra de arte.

En el zaguán ardía todavía una antorcha, pero a medida que Vincent iba subiendo, la luz se hacía difusa; cuando llegó al tercero, el piso donde vivía su amigo Frédéric Langeac, estaba completamente a oscuras. Procuró calcular sus pasos en aquella

escalera de peldaños irregulares. El pequeño piso en el que había crecido estaba en la planta superior, la última del inmueble. No había barandilla y se apoyaba con la mano en la pared afectada por el salitre.

La puerta del piso estaba entreabierta. Sabía que era entonces cuando empezaba la prueba más dura: a la habitación que ocupaba con su hermana, por una rareza que el tiempo hacía cada vez más cruel, solo se podía llegar pasando por la de sus padres. Si oía los ronquidos de su padre, tenía muchas probabilidades de escaparse de su bronca de borracho. Si no… Solo de pensarlo, se le revolvía el estómago y le venían ganas de vomitar.

Avanzó a tientas por el estrecho pasillo que conducía a la sala principal. Era salón, comedor, cocina y estudio a la vez; reinaba allí un olor a cebolla y vino tinto barato que le provocaba náuseas. A cada paso crujía la madera del suelo y, aunque sabía bien dónde estaba cada cosa, iba con cuidado. En las crisis en que el alcohol se mezclaba con el desespero, su padre era capaz de tirarlo todo. Pero esa noche, el ambiente parecía bastante tranquilo.

Rozó la estufa, encima de la cual destacaba el único objeto que su padre respetaba: el retrato de Thomas Jefferson y la declaración de Independencia americana. La Fayette lo había decepcionado, Washington lo había decepcionado, la guerra y sus horrores lo habían decepcionado, pero su breve encuentro con Jefferson le había dejado una impresión inolvidable. Cuando aún no estaba borracho y conservaba un poco de amor propio, lo contaba incansablemente y descolgaba el retrato en cuyo dorso, en la tela, había unas palabras escritas a pluma: *From Thomas Jefferson to Thomas Herbach, my brother in arms and my friend*.

Vincent golpeó algo con el codo y se agachó para recogerlo a tientas: era una botella de armañac casi vacía. Se quitó los zapatos de piel marrón y los dejó al lado de la estufa.

Con el corazón en un puño, empujó muy despacio la puerta de la habitación de sus padres, cuyas formas adivinaba bajo las sábanas. Llegó hasta su puerta sin problemas y se dirigió a la cama, evitando tocar con el pie los papeles que estaban por el suelo: sus queridas partituras, que había copiado paciente y amorosamente.

Se acostó jadeando, como si hubiera tenido la cabeza debajo del agua mucho rato, e intentó recuperar una respiración regular. Tiró al suelo la faja de tela azul que le ceñía la cintura y se quitó el pantalón, quedándose con la camisa blanca por lo poco que le quedaba de noche. Ya le parecía adivinar la luz gris del alba a través de la tela encarnada que colgaba delante de la ventana.

—¿Ya estás aquí?

El susurro era imperceptible pero, en medio del silencio que reinaba, se sobresaltó como si fuera un grito.

—Anna…

—Ya sabes que no puedo dormirme si no has vuelto a casa…

Se levantó y de un brinco se metió en la cama de la chica. La rodeó con los brazos y acarició con cariño a aquella hermanita que ya se había hecho mayor, pero que seguía siendo para él su única, su maravillosa hermana pequeña.

—Te estoy esperando desde que he salido de la clase de danza con la señora Saintenoy. Hoy no me ha dicho cosas feas. Incluso me ha encontrado ligera…

—Esa vieja lechuza debía de estar enferma…

—Eres demasiado severo, Vincent. ¿Acaso no ha sido profesora de danza en Bucarest y en Moscú?

—Se ha inventado esas historias lejanas para que nadie pueda contradecirla.

La risita de su hermana resonó en la oscuridad y notó que su mano le apretaba el hombro cariñosamente.

—Y ahora duérmete, pensaré en ti en mis sueños.

—¿Y él?

Vincent no tenía que ser más preciso. Por la dureza metálica de su voz, su hermana entendió que se refería a su padre. No contestó. Con un dedo, Anna le selló los labios y Vincent, que por un instante se sintió lleno de ira, aceptó contenerse por su dulzura.

Volvió a la cama y cerró los ojos. Debería dormir, pero la hora del sueño ya se le había pasado hacía mucho. Al lado de la cama, pegada a la pared, yacía una especie de tabla que tenía colocada sobre dos pequeños caballetes plegables. La cogió y la puso en equilibrio encima de la cama. Luego se incorporó y se apoyó en la pared.

En la tabla había dibujado las cinco octavas del piano que no tenía. Un hábil carpintero le había cortado una tabla en dos y había unido las dos partes con una bisagra de latón.

Colocó las manos con delicadeza y empezó a tocar. Era la sonata de Mozart que había oído un rato antes. Cerró los ojos, seguro de su técnica. Una música maravillosa no cesaba de sonar en su cabeza, en medio del silencio, mientras el día rosa y gris se alzaba sobre Notre-Dame.

# 5

La iglesia apestaba a arenque. Vincent sentía náuseas.

Unos días atrás se había obligado a asistir a la ceremonia —si se le podía llamar así— que se había celebrado para separar la Iglesia de Dios y consagrarla a la juventud y al culto de la diosa Razón. Tenía el recuerdo de una indigna mascarada durante la cual se habían instalado todo tipo de tenderetes en plena nave, mientras las vendedoras de tisanas ofrecían su mercancía para calmar la sed de la muchedumbre. El gentío había acudido a disfrutar con la destrucción del mismo modo que antes había disfrutado con la sangre en la place de Grève, a unos pasos de allí. Avanzada la noche hombres y mujeres habían bailado en la capilla de la Virgen, en medio de los cristales de las vidrieras rotas, a la débil luz de las velas. Se habían besado sin pudor, con el cobarde alivio que había sucedido a los años del Terror.

La nave presentaba el típico aspecto de un día después de la fiesta: la Razón y la juventud triunfantes no imponían la virtud de la limpieza. Había que caminar pisando charcos de vino y vómitos, mondas de patatas y excrementos de animales, y sorteando las estatuas tiradas por el suelo. La capilla dorada de finas columnas estaba llena de barriles vacíos; los objetos de valor habían desaparecido o estaban rotos, y había mendigos durmiendo en el suelo, con el desprecio pintado en los labios.

Sin embargo, Vincent seguía yendo a rezar cada día al amanecer. Desde el Terror lo había soportado todo, diciéndose siempre que no podía ir a peor. Había oído los himnos védicos y las lecturas de Jean-Jacques Rousseau, había tolerado a los supuestos sacerdotes de túnica azul celeste, capa blanca y cinturón rosa, con sus ofrendas de fruta y flores.

A su alrededor buscaba una mirada amiga con quien compartir la ironía de la situación: un esfuerzo más y aquel mundo moderno, marcado por el progreso y los valores republicanos, acabaría rindiendo culto a las fuentes y los vientos tras haberse entregado a los sacrificios humanos. Pero no encontraba a nadie, excepto a un cura aterrado que no se atrevía a hablarle cuando se cruzaba con él por casualidad, por miedo a que lo denunciaran y lo guillotinaran como a su predecesor.

Se arrodilló en la fría piedra, frente al bajorrelieve milagrosamente salvado del tránsito de María, en el que Cristo pone un dedo en la boca de María para recoger su último aliento y hacerlo renacer. Vincent vivía esta escena con gran intensidad interior: cuando muere lo que nos es querido, hay que creer en la esperanza como un niño. *Credo quia absurdum*. Creo porque es absurdo: la frase era cierta, más que nunca, en aquellos tiempos tan agitados.

—¿Estás durmiendo?

El susurro venía de su espalda, pero no tuvo que darse la vuelta para reconocer la voz. Abrió los ojos y terminó la oración antes de levantarse. Frédéric Langeac lo cogió del brazo.

—Ya has rezado bastante por hoy. ¡Vamos!

Vincent dejó que su amigo lo arrastrara fuera de la iglesia. Confundido por la oscuridad, tropezó con una jarra, que salió rodando pero no se rompió. Aquel debía de ser el salmo de los nuevos tiempos, un resto de borrachera; los salmos de los tiempos antiguos se habían refugiado en el corazón de los hombres, que tenían demasiado miedo para mover siquiera los labios.

Caminaba en silencio, lleno de rabia, furioso. Doblaron la esquina de la rué des Barres y se internaron en la rué de la Mortellerie. Unas cuantas muchachas, con los párpados apenas abiertos, volvían a sus casas tambaleándose, demasiado agotadas como para dedicarles ni una sonrisa. Las tiendas de los artesanos, en la planta baja de las casas, aún estaban cerradas. El olor a fruta podrida y a orina de animales subía desde el suelo, el del vino agrio y los restos de las jarras de cerveza tibia se colaba por los postigos cerrados de las tabernas. En los adoquines, a lo lejos, resonaban los cascos de un caballo y las ruedas de un coche, que chocó contra un mojón en una esquina de la calle. El mundo de la noche y el del amanecer acababan de cruzarse.

—¿Dejarás de estar enfurruñado, Jefferson?

—No estoy enfurruñado. Y deja de llamarme Jefferson.

—Es demasiado temprano para que me des órdenes, Jefferson.

—Te digo que…

Abandonando los discursos, el frágil Vincent empezó a golpear la corpulenta masa de Frédéric con puñetazos desordenados. Aunque eran aproximadamente de la misma altura, los dos amigos ofrecían un sorprendente contraste: Vincent parecía un mosquito atacando a un buey. El mismo se rió de su torpeza. Langeac lo apartó con un solo brazo e insistió cruelmente:

—Tenías que haberte hecho cura, Jefferson, si tanto te gustaba rezar.

Vincent recuperó fuerzas.

—Mi padre desprecia a los curas tanto como tú, si quieres saberlo. Nunca me puso en sus manos cuando aún estaba a tiempo. Y ahora…

—Ahora vas a empezar a lamentarte otra vez.

—No me lamento.

—Deberías hacer como yo.

—Solamente te dije que te acompañaría.

Mientras desembocaban en la place de Grève, Frédéric encogió sus anchos hombros.

—Como queráis, excelencia.

A pesar de la hora tan temprana, la plaza ya estaba llena de animación. Era un

rebullir de hombres, caballos, cerdos y perros, entre los cuales se abrían paso los niños con los pies envueltos en trapos, unos para hacer las primeras compras, otros para buscar un cubo de agua, otros para robar. Allí era donde había corrido por primera vez la sangre de la guillotina; allí era donde al final del invierno el pueblo embriagado de discursos esperaba desde el amanecer un trigo que no llegaba, y se reía de las elecciones y las promesas. Allí era donde, para Vincent y Frédéric, desde niños, latía el corazón de París, misericordioso y cruel, generoso y despiadado, suave como la ropa de lino tendida en las ventanas que se secaba a la brisa fría de la mañana, miserable y piojoso como las ratas que corrían entre sus piernas.

Al este, en el Sena, hacia los viñedos de Bercy salía el sol enviando reflejos dorados sobre el río. Los dos amigos fueron a sentarse cerca del puerto del Trigo y descansaron un instante en el talud, disfrutando de los gritos de la vida, insensibles a los improperios de los descargadores que los empujaban y a los golpes de tonel que les propinaban. En medio del río había un hombre que manejaba su barca solo, con una caña de pesca clavada en la popa.

Vincent lo señaló a Frédéric:

—Ese hombre ya estaba aquí en tiempos del rey Luis VII, cuando la Grève se abrió a las mercancías, ya estaba aquí en tiempos del esplendor de Luis XIV, y apuesto a que seguirá estando aquí dentro de dos siglos.

—Puede que él sí, pero nosotros no. Ya es hora.

—¿Lo crees de veras?

Muy a su pesar, Vincent se alejó del espectáculo y de su ensoñación.

Las palabras «oficina de reclutamiento» estaban pintadas de rojo en una placa de madera mal recortada. El artista, si se podía llamar así al chapucero que la había hecho, había calculado mal: las primeras letras eran elegantes y pomposas, pero las últimas se apretujaban por falta de espacio. El lugar no se merecía mucho más: era apenas una cabaña grande de tablones levantada debajo de una arcada, a un lado del ayuntamiento, enfrente del Sena. Unas cuantas banderas y una puerta colocada sobre unos caballetes a guisa de mesa: tal era el decorado y el mobiliario.

Delante de ellos había ya unos veinte jóvenes ruidosos que se reían ostentosamente y se daban empujones; algunos iban vestidos con harapos y zuecos, otros con una extrema modestia. Vincent, con sus polvorientos zapatos de piel, parecía el más rico.

Al otro lado de la mesa, el teniente reclutador impresionaba con su formidable figura. Con su uniforme completo y el sable al costado, recordaba Arcole y todas las glorias de la campaña de Italia. Su voz resonaba debajo del bigote, dirigiéndose a los candidatos como un redoble de tambor:

—¿Amas a la patria? ¿Quieres servir al general Bonaparte? ¿Quieres encontrar

gloria, aventura y mujeres?

Los voluntarios asentían con la cabeza entusiasmados o vociferaban un sí que desencadenaba risas, silbidos y burlas.

Se sacaban el gorro y la camisa, y después pasaban por las manos de un sargento de cara gris que los tallaba, los palpaba de arriba abajo como si fueran vacas en el mercado y él tuviera que calcular el precio. No se le pasaba nada por alto: la forma de la cabeza, la separación de las orejas, la solidez de los dientes, la blancura de los ojos, la densidad de los músculos, el peso de los testículos… Con un simple ademán de la cabeza, el sargento indicaba al reclutador cuáles eran los elegidos. Los demás daban media vuelta, cabizbajos, la mayoría sin protestar. Se alejaban en silencio.

Frédéric dio un golpe a Vincent:

—¿Lo vas a hacer, sí o no, pedazo de burro?

—Ese hombre podría ir más deprisa; si no, voy a llegar tarde a mi primera clase de piano.

—Ya verás las clases de piano que darás dentro de una semana, créeme.

—¿Has olvidado las que te di a ti?

Langeac se exasperó:

—Haz lo que quieras. Eres un tonto.

Cuando le tocó el turno, el teniente observó a Frédéric Langeac con cierta admiración: aquella cara cuadrada con el pelo muy corto y los hombros robustos que se adivinaban bajo la camisa de tela azul podían hacer un buen soldado. Frédéric firmó su contrato sin mirar siquiera a Vincent, que ya estaba bajo el fuego del reclutador:

—¿Amas a tu patria? ¿Quieres servir al general Bonaparte?

El resto de la letanía se perdió en el cerebro confuso de Vincent. ¿Qué quería decir todo aquello? Bonaparte, patria, aventura, eran palabras, ruidos que se hacían con la boca para adormecer los sentidos y olvidar que uno iba a morir por la gloria de otro. ¡Qué tonterías! Se oyó a sí mismo pronunciando con voz queda pero neta:

—No.

La algarabía se interrumpió al punto. El reclutador levantó la vista de su registro y se retorció el grueso bigote en señal de perplejidad absoluta:

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Francamente, no lo sé.

Vincent dio media vuelta mientras recibía puñetazos e insultos. No se giró para ver a Langeac, que sacudía la cabeza, incrédulo, asqueado.

Volvió a coger la rué de la Mortellerie con paso más ligero, preocupado solamente por haber dejado a su amigo. «Después de todo, era él el que me arrastraba a este lío… Que se las apañe ahora. Ya me lo contará… si vuelve». Pero de inmediato volvió a recuperar su humor sombrío y se recriminó su incomprensible alegría.

Cuando se apartó para dejar pasar un caballo, estuvo a punto de chocar con un hombre que doblaba la esquina de la rué des Barres.

—Impetuoso de noche, impetuoso de día… No tienes pinta de tener amantes; por suerte para ellas, si no, las dejarías agotadas.

—Observe mis rápidos progresos, señor: esta vez no ha tenido que salvarme.

La sonrisa de Denon se ensanchó, se le formaron los hoyuelos.

—Un esfuerzo más y serás casi tan inteligente como yo.

—Necesitaría algo más que esfuerzos, señor.

Denon lo cogió del brazo con paternal familiaridad.

—Vas a venir conmigo —dijo con voz jovial—. Hay cosas de las que debemos hablar y cosas que quiero enseñarte… para tu instrucción…

¿Fue el tono de conspirador de Denon, su aspecto ávido? Vincent se puso tenso de repente.

—No sabes quién soy, ¿verdad?

Vincent sacudió la cabeza.

—Si por casualidad lo estás temiendo, has de saber al menos que no soy caballero de manguito.

Vincent no conocía la expresión, pero el guiño que la acompañó le indicó que se refería a ciertas prácticas inconfesables. Una vez más, el humor de su salvador le hizo sonreír, le hizo escapar de la terrible tendencia a la seriedad y la ansiedad que le roía las entrañas.

—Es que tengo una clase —dijo débilmente, consciente de que de todas maneras ya se le había hecho tarde.

—¿Aprendes esgrima? ¿Parada, tercera, respuesta?

Denon se había puesto en guardia cómicamente y lo desafiaba.

—Piano, señor. Enseño piano…

La voz sonó tan poco convencida que Denon barrió la objeción con un gesto y una carcajada.

—Bueno, joven tímido, ¿vendrás esta vez?

La mano de Denon le señaló un discreto coche negro detenido en un terraplén de la rué des Barres, delante de una mansión en cuyo balcón destacaba un olmo de hierro forjado, recuerdo del que decoraba la plaza Saint-Gervais antes de la Revolución.

Por segunda vez en el mismo día, Vincent se dispuso a seguir a alguien. Pero ahora lo hacía con el corazón ligero, casi feliz, con una embriaguez en la cabeza y, contra toda lógica, con la intuición de que el mundo se abría por fin a él.

# 6

Vincent lo observaba todo con fascinación, casi con avidez. El coche no era espacioso ni su interior lujoso. Unos cuantos cojines atenuaban la incomodidad de los asientos. Sin embargo, en el aire flotaba un perfume almizcleño que evocaba la presencia femenina y el susurro de encajes. Vincent miró la sortija con un rubí en forma de serpiente que lucía Denon en el anular de la mano derecha. Este dio un golpecito en el cristal y los caballos se pusieron en marcha: aquella también era una impresión nueva, la de ser llevado, la de no pertenecerse y depender, tanto en el viaje como en la vida, de la destreza de un cochero.

No se atrevió a hacer preguntas, paralizado de nuevo por la timidez. Denon lo observaba con su eterna sonrisa, prolongando a su antojo el silencio, y, por consiguiente, la zozobra del joven.

—¿Qué? —preguntó al fin.

—Nunca había montado en una carroza.

—Pues aún no lo has hecho. Si llamas carroza a este trasto, llamarás marquesa a una furcia de la rue de la Mortellerie. Le dio una palmada cariñosa en la rodilla.

—Conserva tanto tiempo como puedas tu capacidad de asombro, muchacho. Te sienta bien y, mientras yo esté contigo, te protegeré de quienes quieran abusar de ti. Me recuerdas a un joven al que conocí hace muchos años…

Los ojos de Denon se volvieron soñadores y Vincent no se atrevió a interrumpirlo.

—Tenía veinte años e intentaba escapar de su Borgoña natal. Era a finales del interminable reinado de Luis XV Todas las mañanas se colocaba en el camino por donde debía pasar el rey, en Versalles, en medio de solicitantes de todo tipo, ambiciosos, hombres caídos en desgracia que intentaban una ocasión para recuperar el favor del rey. Así se le vio durante meses y nadie sabía quién era, ni qué quería. Todas las mañanas el rey hablaba con alguien y escuchaba su petición; todas las mañanas sentía sobre él la mirada intensa de aquel muchacho desconocido. A veces se inclinaba al oído de un gentilhombre de su séquito y le susurraba unas palabras interrogantes; este le debía confesar su ignorancia. Una mañana el rey se acercó por fin al joven, lo invitó a presentarse y le preguntó qué quería. «Nada, Majestad —replicó el otro—, solo el honor de contemplaros y serviros».

Vivant Denon sonrió, divertido y emocionado por el recuerdo.

—¿Qué crees que sucedió?

—Era una manera hábil de pedir un cargo.

Denon se entristeció.

—¿Te parece? No sé…

—Y bien, ¿consiguió el cargo?

—Sí, lo consiguió, y fue el primero de una larga serie.

—¿Cómo se llamaba?

—Dominique Vivant Denon.

La sorpresa de Vincent encantó a Denon y le consoló de su burla involuntaria. Sacó el papel que había recogido la noche anterior.

—Vas a satisfacer mi curiosidad, ¿verdad? Como ya te darás cuenta, a falta de talento, tengo cierto gusto para el dibujo y este que cayó de tu bolsillo cuando huías de mí…

Vincent lo cogió y le dio la vuelta entre las manos.

—No sé.

—¿Cómo que no sabes?

—Usted dice que vio cómo se me caía del bolsillo. Por lo tanto, debe de ser verdad. Pero yo no recuerdo que lo tuviera. ¿Qué más puedo decirle?

Denon lo observó con creciente perplejidad.

—Conoces la música de Mozart y llevas en los bolsillos unos misteriosos dibujos que no recuerdas haber realizado o siquiera poseído… Eres un joven de recursos que incluso tú desconoces… o bien un consumado actor…

—¡Señor!

—Paz, amigo mío. Tienes que acostumbrarte a las bromas, o no sobrevivirás mucho tiempo en el mundo, al menos conmigo. Mientras tanto, devuélveme el dibujo. Ya que lo has perdido, me confiarás a mí su custodia. Soy coleccionista, sabes… No tienes idea de las obras maestras entre las que vas a ocupar un lugar. ¿Sabes que conmigo tal vez acabes de ganar tu porción de eternidad?

Vincent se sonrojó.

—Creo que se burla de mí, señor.

—Te aseguro que no. Hay algo en este dibujo. El estilo es preciso, pero no es eso. Desprende una armonía especial. A decir verdad, no sé definir lo que representa. Permíteme solamente que me lo quede.

Vincent intentó adivinar la nueva mofa pero no la encontró. Tendió el papel a Denon y este se lo metió en el bolsillo.

Por la ventana Vincent vio que el vehículo se disponía a doblar la esquina de un estrecho puente abarrotado de coches, caballos, peatones y todo tipo de animales, un jaleo por el que avanzaban con extrema lentitud.

—¿Dónde estamos? —preguntó con nerviosismo—. ¿Y adonde vamos?

—Estamos en el Petit Pont, ¿no lo ves?

—Yo… nunca he cruzado el Sena.

Denon se echó a reír.

—¡Tienes dieciocho años y nunca has cruzado el Sena!

—No sé, nunca he tenido ocasión…

—Amigo mío, créeme, preferiría estar en tu lugar que en el mío. Sí, tanto si hablamos de la palabra como de la cosa, la primera vez tiene un encanto indefinible que se pierde en la segunda. Y ya en la centésima… Mantenerse joven es buscar en todo las primeras veces…

Vincent tenía la boca seca y respiraba con dificultad. No era que la filosofía de Denon no le interesase, al contrario, bebía con admiración y asombro cada una de sus palabras. Pero quería hacer la pregunta que le ardía en los labios desde que habían subido en el coche y la timidez lo paralizaba una vez más. Al final se armó de valor.

—¿Adonde vamos, señor?

Vivant Denon lo miró seriamente, examinándolo de los pies a la cabeza: la camisa blanca ceñida con una faja de tela, la cadenita de plata al cuello, las calzas negras, las medias, los zapatos con hebilla, era un atuendo sencillo pero correcto. Exhaló un suspiro y puso cara de aprobación.

—¿Adonde vamos, señor?

—Te lo diré cuando hayamos llegado, mi pequeño Herbach el conquistador. Ahora que has cruzado el Petit Pont, ¿quién sabe dónde te detendrás? Pero te aseguro que para ti será una primera vez que no olvidarás fácilmente.

Un lacayo ataviado con librea les abrió la puerta del coche, y Denon lo empujó para que bajara primero. Se encontró en un patio de adoquines espléndidamente iluminado con antorchas, y se sintió aturdido, las piernas inseguras en tierra firme, los ojos deslumbrados por la luz, los oídos ensordecidos por el alboroto de los caballos, los coches, los gritos y las risas.

—Hazme el favor, esta noche no seas el primero en caer a la fuente.

Fascinado por el ballet de invitados que iban llegando, había estado a punto de caerse a un pilón con figuras de náyades de formas generosas que le parecían enlazadas con serpientes. Denon lo cogió del brazo y se lo llevó a rastras.

Detrás de las altas ventanas, tanto en la planta baja como en el primer piso, vio siluetas que se desplazaban con gracia. Cada uno de sus gestos, hasta los más familiares, parecía sujeto a una danza de reglas desconocidas para él. Las luces detrás de las cortinas creaban un teatro de sombras. Se sentía como un viajero del tiempo arrojado bruscamente a un mundo desaparecido, el del rey Luis XV que su protector había evocado.

Cuando se disponían a subir los tres anchos escalones de la entrada para situarse a la cola de los invitados en la gran escalinata, todo se inmovilizó; Denon lo apartó a un lado. De un coche un poco más lujoso que el suyo, había bajado un hombrecillo. Vincent oyó el rumor sin entenderlo: «Es… es… es…». Luego, uno a uno, los

invitados prorrumpieron en aplausos y entonces comprendió quién era aquel hombre bajo de tez amarilla, pelo rubio pajizo y semblante preocupado que parecía interesarse muy poco por la conmoción que había causado.

—Es el general Bonaparte —dijo a Vivant Denon como si este no lo supiera.

Se mordió los labios; Denon no lo escuchaba. Seguía el avance del general paso a paso, con una atención fascinada, la boca entreabierta y los ojos como platos, como si tuviera que grabar hasta el más ínfimo detalle de sus movimientos. Su expresión era lo que más impresionaba a Vincent: una leve sonrisa, vaga y seductora, llena de un extraño encanto femenino. Comprendió qué era lo que había atraído finalmente al rey Luis XV.

Bonaparte pasó y la multitud de invitados lo hizo detrás de él, entre el frufrú de los vestidos, el crujido de los zapatos lustrados y el repiqueteo de los sables. Vincent se volvió hacia Vivant Denon que permanecía inmóvil, con su sonrisa soñadora en los labios.

—No me dirá que es la primera vez que lo ve, señor…

Denon pareció salir de un sueño.

—Ahora eres tú el que se burla, ¿no? Con él, cada vez es la primera vez. No lo oculto: tengo debilidad por los reyes.

—El general Bonaparte no lo es.

—Si no muere joven, llegará a serlo. Tengo que pegarme a sus pasos o envejeceré tristemente en medio de mis dibujos y estatuas faltos de vida. Ahora, ven.

Mientras subía la escalinata detrás de Vivant Denon, Vincent no sabía adonde dirigir la mirada: pasaba de la gran araña de cristal a las joyas de las mujeres, de las hileras de antorchas al esplendor de los trajes, pero no absorbía nunca suficientes detalles y hubiera querido que los escalones durasen para siempre, que no tuvieran final.

Creía que le llevaban al cielo.

# 7

Un acorde. Luego dos acordes repetidos…

Sonaron con una solemnidad especial que acalló inmediatamente las conversaciones y las risas sofocadas en el gran salón de la primera planta.

Vincent olvidó todo lo que había por ver. Solo quería oír: su ser se sumergió por completo en el corazón de la pequeña orquesta de cuarenta músicos que acababa de atacar aquel fragmento maravillosamente familiar y a la vez tan extraño. Mozart, por supuesto, ¡pero qué Mozart! Tan pronto se sentía elevado por una delicada poesía que evocaba manantiales, montañas y la brisa de la mañana, como hundido en las fuerzas profundas de la tierra, música de vida que arrastraba irresistiblemente hacia la muerte, música de alegría que impregnaba el corazón de una indecible tristeza, música clara donde todo se destacaba con nitidez y, no obstante, música misteriosa que se ocultaba en su propia luz.

«Se llama *La flauta mágica*», le susurró Denon al oído, «es la primera vez que se toca en París. Pronto se estrenará la ópera para el público, pero he pensado que tú la apreciarías más que toda esta gente…» Vincent asintió cortésmente con la cabeza, pero las palabras le resbalaban; en su interior, una voz le decía que debería hacer una reverencia, deshacerse en agradecimientos. Sin embargo, se quedó quieto, con la cabeza inclinada hacia delante, los ojos llenos de una expresión extática.

Su extrema atención solo se distrajo al ver el piano Erard de caoba que reinaba, sin pianista, fuera de la tarima. ¡Qué no daría él por unirse a la orquesta y ocupar un lugar, entre las cuerdas y la madera, en medio de aquellos encadenamientos divinos!

Le parecía que ninguna de las caras que estaban a su alrededor podía comprender aquella música tan bien como él, ni saber cuánta inteligencia y cuánto sufrimiento había costado; un momento antes había creído estar subiendo al cielo: ahora ya había llegado.

Cuando terminó la obertura, la sala prorrumpió en aplausos; Vincent se quedó clavado. Su cuerpo hubiera querido expresar a la vez todos los sentimientos que la música había hecho nacer en él, pero no era posible. Lanzó una mirada hacia Denon, pero se dio cuenta, sintiendo un pánico inmediato, de que ya no estaba a su lado. Su mirada atravesó el decorado de la sala, descubriéndolo de repente en todo su esplendor, pero también en su rareza: la gruesa alfombra verde mar, las paredes verde claro cargadas de falsas columnas blancas con molduras doradas, el techo pintado con ángeles y diablos que bailaban una zarabanda, el tapiz al fondo del escenario que representaba un templo al borde del agua, con palmeras en las orillas cargadas de racimos de frutas violetas que parecían a punto de desprenderse. Vio los hombros

desnudos de las mujeres, el cuerpo moldeado por la muselina de los vestidos de tonos pastel. Y se vio sus propios zapatos marrones. Puso un pie encima del otro como si pudiera dispersar el polvo sosteniéndose como una garza. Al mismo tiempo que el terror del abandono, sintió la miseria de su atuendo y la incongruencia de su presencia en aquel lugar. ¿Por qué absurdo motivo había podido sentirse como en su casa?

—Se diría que se va a poner enfermo.

El hombre que se inclinaba hacia él era de una estatura ligeramente inferior a la suya. Aunque solo era un poco mayor de edad que él, hacía gala, al contrario de Vincent, de un gran aplomo; su cara estaba cubierta por una máscara sonriente, pero sus ojos gris claro eran fríos. Llevaba un traje del mismo gris impecablemente cortado y una corbata malva a la última moda.

—Está usted pálido como una sábana. ¿Quiere que le acompañe a su casa?

—¡No!

La exclamación había surgido de su boca con tanta ansiedad que la sonrisa del hombre desapareció. Una expresión de ternura pasó por el rostro del desconocido, tan fugazmente que Vincent no estuvo seguro de haberla visto.

—Me ha parecido ver al señor Denon eclipsarse hace un ratito, si eso es lo que le preocupa. Me quedaré con usted hasta que vuelva. Le recogeré del suelo si se cae.

—No me caeré.

—De todas formas, me quedaré.

Mientras tres damas se disputaban el placer de quedarse en el templo con Tamino, Vincent intentó desaparecer de nuevo en cuerpo y alma dentro de la música. Pero ya había perdido la inocencia primera: el miedo había pasado por él; y la presencia de aquel impenetrable extraño a su lado, cuyos ojos grises sentía posarse en él de vez en cuando, lo perturbaba más de lo que quería confesarse.

—Denon, suélteme el pie —dijo Josefina.

—Señora, me gustaría hacerlo pero no puedo.

A Josefina le encantaba su cara de niño pillado en falta. Su risa resonaba como una cascada por todo el saloncito, hasta donde llegaban, como sofocados, los ecos del concierto que se celebraba en el primer piso. Estaba recostada en un sofá de terciopelo rojo y llevaba un sencillo vestido que dejaba ver dos hileras de perlas blancas sobre su piel mate. Cuando se reía, dejaba caer hacia atrás el chal de madrás rojo y su fina mano jugaba con el collar como si fuera un rosario.

—Levántese al menos, tiene un aspecto ridículo.

—Es inútil, señora, la parálisis es completa.

Los ojos de la «maravillosa», convertida en generala después de pasar por los brazos de un cónsul, se posaron en Denon con súbita severidad.

—Podría entrar él, puesto que es tan poco sensible a la música como yo. Y como él no le quiere a usted porque yo le quiero demasiado…

Denon se incorporó de un brinco y, con un suspiro resignado, acercó una butaca.

—… sería capaz de retirarme la promesa que me hizo ayer, en un momento de intimidad.

Las negras pestañas de Josefina aleteaban con coquetería mientras su voz, acariciante y musical, bajaba un tono.

—Sería una lástima, ¿verdad?

—Sería un crimen.

—Sería culpa suya.

—Sería monstruoso.

Denon separó un poco más la butaca del sofá donde reposaba, lánguida, la bella criolla. No aparentaba sus treinta y cinco años. «Como tampoco yo mis cincuenta», pensó Denon.

—¿Bastarán seis pasos para garantizar la promesa?

—Con todo, me gusta cuando pones tus ojos en mí de esta manera, como si aún tuvieses ganas de devorarme.

—¡Cruel!

—Dime que todavía me amas un poco.

—¡Un poco! Os amo, señora.

La voz de Denon había subido en agudos.

—Yo también te amo. Infielmente y para siempre… ¿Te conviene esta eternidad?

Rieron al mismo tiempo.

—Pero no quiero que me quieras solamente por las promesas que él me hace…

—¡Pruebas! ¡Te daré pruebas!

—Cuando pienso que ni siquiera quiere llevarme… Estoy segura de que me lo pasaría mucho mejor que vosotros.

—¿Lo ha prometido, lo ha prometido de veras?

Ella hizo un gesto de impaciencia.

—Lo ha prometido, sí, a menos que te pongas pesado. Ha dicho que me enviaría recado cuando estuviera fisto mi palacio. Ya encontrarás la manera de darme las gracias mientras él esté haciendo la guerra…

—Si solo me dejaras…

—Chist, chist…

Josefina interrumpió con un gesto de la mano el movimiento de Denon que avanzaba hacia ella.

—No irás a empezar otra vez.

—Y es Egipto, ¿no?

Le puso un dedo en los labios.

—Nadie debe saberlo, nadie debe decirlo.

—Pero Monge lo sabe, y Berthollet, y Caffarelli y Kléber y Menou… Todo el mundo lo sabe, y todo el mundo lo dice. Conozco algunos que incluso lo escriben, que envían despachos a Venecia para avisar a sus amantes. Es un milagro que el rey de Inglaterra todavía no esté al corriente.

—Quizá tenga otro plan secreto. Los directores tienen tanta prisa en desembarazarse de él ahora, que le hablan de su gloria cada mañana.

—Se dice que Barras…

—Se dicen tantas cosas… No te preocupes por él. Los llama enanos y tiene razón. Los hará bailar a su aire cuando llegue el momento.

Denon se levantó e hizo una profunda reverencia.

—Ya es hora de que me despida. Temo que mi ausencia en el concierto no pase inadvertida y no debo tardar más…

Josefina le tendió la mano, y él la besó apasionadamente antes de levantarse para salir.

—¿Vivant?

Ya estaba en la puerta y se giró hacia ella.

—Pruebas de amor, decías. Pero ¿cuáles?

—¿Qué diríais de una joya que hubiera pertenecido a Cleopatra?

—Diría que te burlas de mí.

—A mi regreso veréis si me burlo de vos…

La voz de Josefina se hizo más grave.

—No tengo ganas de esperar tu regreso. Falta mucho… ¿No tendrías nada para calmar mi impaciencia?

Denon se cogió la barbilla como si estuviera perplejo, y se le formaron los hoyuelos.

—Creo que tengo una idea, señora, una idea tan sutil, tan audaz, tan nueva que no sé si es siquiera prudente enunciarla en voz alta.

Se volvió cómicamente hacia las paredes como si alguien pudiera escucharles.

—¡Denon! ¡Me haces languidecer!

—Para oír el secreto, tendréis que dejar que os hable al oído.

Cerró la puerta tras de sí.

—¿Y bien?

Con la boca entreabierta, Josefina le hizo una seña para que se acercara.

—Vamos a oír ahora mismo esas pruebas tuyas…

Y para oírlas mejor, cerró los ojos y echó hacia atrás la cabeza ofreciendo su cuello de color de especias.

Varias veces la mirada de la joven se había posado en él como una caricia y

Vincent, que había podido creer que era por error, ya no sabía adonde mirar.

La había visto una primera vez durante la obertura de la ópera justo antes de que el desconocido de ojos grises lo salvara del abandono; se había sentido juzgado por aquella mirada crítica, tan intimidante como las groseras manos del teniente en la oficina de reclutamiento de la mañana. La mujer se había inclinado al oído de una de sus acompañantes y había murmurado unas palabras. Las dos jóvenes se habían echado a reír mientras lo miraban. Notó cómo se sonrojaba hasta las orejas. Pero habría podido jurar que los ojos verdes habían adoptado a continuación una expresión seria, como si le rogara que le perdonase su coquetería. Luego la visión desapareció y volvió en sí, más sorprendido que humillado por su audacia.

Cuando la volvió a ver, estaba delante de la orquesta y cantaba. Vincent se quedó deslumbrado. Ahora la pureza de la música se mezclaba con algo más perturbador. Aunque no entendía el alemán, sabía que ella era Pamina; sabía, sobre todo, que era hermosa y que lo buscaba sin cesar con la mirada, como si quisiera atraerlo hacia ella. Su promesa era ya un hecho, audaz y decidido. Su llamada no era una mera sugestión, de ser una caricia no habría sido un simple roce: era una manera clara de decir: «Pronto serás mío, cuando yo quiera». Ya no era dueño de sí mismo, y Vincent nunca había sido tan feliz.

Llevaba un vestido verde, con hojas bordadas en un verde más pálido, que destacaba el brillo de sus risueños ojos en un rostro redondo enmarcado por unos desordenados cabellos rubios cortos. Un chal de seda rosa le envolvía y le desnudaba los hombros. En el pecho lucía un broche en forma de escarabajo de oro. Todo en ella eran curvas y plenitud. Tenía el imperceptible peso de una mujer que se acercaba a la treintena, con una sensualidad que convertía la más ligera imprudencia en un capítulo de erotismo. Su voz era dúctil, y un rocío perlaba su labio. Sus ojos verdes no se detenían en nadie salvo en él y lo transportaban de cielo en cielo.

—Es hermosa, ¿verdad?

A Vincent no le agradó que la metálica voz del desconocido lo sacara de su sueño. Sin embargo, enseguida se dio cuenta del sonrojo de sus mejillas y de su boca entreabierta que seguramente le daba un aspecto estúpido…

—Debe de tomarme por un ingenuo, señor…

—Michelet. Henri-Christian-Claude Michelet.

Vincent se inclinó y se presentó a su vez.

—La bella Laura Baresi ha hecho tímidos a otros antes que tú. No me gustaría ser su marido.

—¡Su marido!

—No hables como si te estuviera engañando antes de haberla tenido. Se dice que a ella no le importa. Y él debe de pertenecer a la familia de animales con cuernos…

—¿Cómo lo sabe usted?

Una breve sonrisa le tensó la cara; el tono era ligero aunque los ojos permanecían fríos.

—Lo sé.

Pese a su turbación, Vincent se detuvo a considerar a su compañero. No tenía por costumbre juzgar a los hombres, pero sí era capaz de afirmar de entrada si le gustaban o no. En el caso de este, no. Con una palabra parecía poder ser el mejor amigo del mundo; pero en el silencio que seguía, debido a aquellos ojos grises que observaban sin mirar, era la frialdad en persona. En todo caso, no le gustaría tenerlo como enemigo.

Pero Vincent pronto se olvidó de Michelet, se olvidó de Denon, se olvidó de Langeac y de los suyos; volvió a entregarse a la delicia de mirarla sin reserva, de admirarla toda entera, de aplaudirla sin pudor, formando su nombre con la lengua entre los labios, como si la besara ya: Laura…

—¿Qué hace?

Una mano lo cogió y le estiró de la manga de la camisa.

—Nos vamos.

Se dispuso a resistir al importuno hasta que se dio cuenta de que era Denon, que saludó a Michelet con un simple gesto de la cabeza. La mirada que intercambiaron ambos hombres fue prudente y sin calidez: se calibraron y no se gustaron.

—¡Ven! Nos vamos ahora mismo, te digo —repitió Denon con un susurro imperativo.

Vincent se dejó llevar de mala gana, caminando primero de espaldas, y luego dándose la vuelta sin cesar hacia el escenario, donde los ojos de Laura se alejaban y desaparecían sin que hubiera podido encontrar una manera de decirle adiós. Había encontrado un tesoro y lo había perdido en tan poco tiempo…

Denon no se preocupó por esas chiquilladas y fingió no haberlas visto. Pasó delante de él por la escalera, como si corriera detrás de un hombre o una sombra.

Vincent llegó sin aliento al patio; los cocheros charlaban y fumaban en la noche fresca bajo las altas arcadas. Unos fatigados mayordomos barrían los excrementos de los caballos. Un lacayo dormía de pie. Echó una mirada lastimosa hacia las ventanas por donde se escapaba la música. El encanto de la flauta se había disipado, y, con su camisa de cuello abierto, se estremeció.

—¿Por qué nos vamos?

—Tenemos cosas de que hablar y cosas que hacer. Ven, caminemos.

—Será un progreso.

La mirada vivaz de Denon se posó en él, inquisitivo.

—Es que ahora está corriendo.

—Acabo de enterarme de la mejor, de la más preciosa de las noticias, una noticia para echarse a reír y bailar, una noticia tan inaudita que ya no soy dueño de mí

mismo. La vida comienza, muchacho, ¡la vida es magnífica!

En las calles oscuras y desiertas de aquel barrio desconocido, la risa de Denon era un punto de referencia que resultaba imposible no seguir. Pese a su mal humor, Vincent continuó preguntándole.

—¿Me lo va a contar o no?

—¡Nos vamos, amigo mío, nos vamos!

—Ya lo ha dicho varias veces.

Denon se paró y le puso ambas manos en los hombros.

—Nos vamos de veras. Lejos de aquí. A hacer una expedición…

—¿Por qué dice «nos» vamos?

—Porque tú te vienes conmigo.

—Pero ¿adonde?

—Lo sabrás más adelante.

—¿Y a hacer qué?

—Lo sabrás cuando convenga.

—Señor, esto es una locura. Me anuncia que me voy con usted a no sé dónde, a hacer no sé qué, por no sé qué razón…

—Eso no tengo necesidad de decírtelo. Ya lo sabes: porque me caes bien y basta.

—No me pregunta si tengo algo mejor que hacer…

—¿Algo mejor que hacer? ¡Tus clases de piano a tres sueldos la hora! ¡Enseñar *Ah, vous dirais-je, maman*!a señoritas con tirabuzones, mal oído y dedos torpes, cuando te ofrezco la aventura y la vida!

—«¿Amas a tu patria? ¿Quieres servir al general Bonaparte? ¿Buscas aventura, gloria, mujeres y *tutti quanti*? —recitó Vincent imitando al teniente reclutador, ante un Denon desconcertado».

—Sabes que nos vamos con Bonaparte… ¿Qué canción es esa?

La vehemencia hizo perder la timidez a Vincent.

—La que he oído esta mañana, en la oficina de reclutamiento, de la boca de un hombre alto con bigotes que se hacía el gallito cuando, sin duda, jamás había oído el ruido de un cañón en el campo de batalla. Promesas como esa he oído tantas… Me habla de partir pero usted es como los demás, no sabe lo que me retiene aquí, me desprecia y se burla de mí. No quiero —no, no quiero— que se burlen de mí. Usted dice que ya no es dueño de sí mismo, pero yo tampoco le pertenezco.

Denon estuvo a punto de responder, pero se limitó a clavarle la mirada y sonreírle.

Desembocaron en los muelles que hacían una suave pendiente frente a Notre-Dame, que brillaba bajo una media luna. A aquella hora, el Petit Pont estaba más despejado, y Vincent apretó el paso mecánicamente.

—Ahora eres tú el que corre —observó Denon.

—Tengo frío.

—Tienes miedo.

—Tengo frío.

—No me burlo de ti, lo sabes. Tengo un carácter fuerte pero carezco de crueldad.

De repente, Vincent se detuvo. La irritación por haberlo apartado de los ojos verdes se le había pasado como se pasa una noche de borrachera. Su cólera se había ido y sabía que Denon tenía razón. No se estaba burlando de él. Irse… ¿No es eso lo que llevaba tanto tiempo esperando? Aquella misma mañana se había negado a hacerlo como soldado; pero seguir a aquel hombre era otra cosa… Para seguir a aquel hombre una parte de él iría hasta el fin del mundo.

Pero era cierto que tenía miedo, un miedo que se le incrustaba en el vientre.

Pálido, tembloroso, se volvió hacia Denon.

—Señor —dijo separando bien las palabras—, no puedo irme con usted.

# 8

En el pasillo oyó los ruidos y las voces, el vaso que tintineaba, las protestas, los gritos, las lágrimas. Avanzó con piernas débiles y el cerebro abotargado, con todo el cansancio de una noche sin sueño seguida de un día cargado de sucesos tan precipitados.

—¡Por fin ha llegado el señor cura! El señor cura llega muy tarde. ¿El señor cura ha dicho la misa de medianoche?

La voz cascada de su padre ni siquiera intentaba disimular su estado. Por estatura, Thomas Herbach se parecía a su hijo, pero la edad lo había vuelto más grueso, más pesado, le había enrojecido las mejillas y le había deformado terriblemente los rasgos. El vino, sobre todo, hacía brillar en su mirada una luz que Vincent conocía bien, que detestaba y que temía, una luz mezcla de arrogancia y desprecio, y una desesperanza vital que siempre encontraba las palabras que más podían herir.

—Mira, mujer, aquí llega el curita que pariste por la gracia de Dios. En menos que canta un gallo sacará la cruz y recitará dos *Pater* y un *Ave* por nuestra salvación.

—Thomas, por favor, cálmate.

La madre era endeble, y el miedo la hacía más endeble todavía. Lo que más sorprendía era la extraordinaria palidez de su cara, en la que brillaban los mismos ojos negros, intensos y penetrantes, que los de Vincent. Estaba acurrucada junto a Anna, que le acariciaba el pelo gris y le secaba el sudor de la frente con un pañuelo de algodón.

—Míralo —masculló el padre con sorna—, míralo con sus ojos superiores de músico de tres al cuarto que juzga a su padre y lo desprecia… Mira cómo ha sacado partido de las clases de música que le hemos dado. ¡Ah! ¡Menudos aires se da!

Herbach se levantó trabajosamente hacia la pesada mesa e imitó los gestos grotescos del pianista.

—Admirad al gran músico dándonos el *la* mudo de su maldita tabla. ¿Y su hijo, toca el clavecín, la viola, el tambor o el flautín? ¡No, señor, se equivoca! Mi hijo toca un instrumento más bonito que todos esos: toca la tabla: nadie lo hace mejor, ¡como que es el único! Míralo: tú le enseñaste a leer en la Biblia y ya ves qué provecho ha sacado. ¡Comió del árbol de la ciencia y sus ojos se abrieron! ¡Menudo negocio! Puede decirnos dónde está el bien y dónde está el mal. Es un concepto muy útil, aunque reserve sorpresas. Piensa en un pollo, hijo mío, curita adorado, ese sencillo y simpático animal que es el pollo: él también cree saber dónde están el bien y el mal. El también vive de certezas. ¡Hasta la mañana en que le cortan el cuello! ¡El cuello! ¡El cuello!

Empezó a gritar como una gallina al tiempo que imitaba el gesto de la guillotina.

Vincent procuró que las palabras de su padre no le afectasen clavando la mirada en el suelo. Esperaba que a base de vino y palabras se cansase y se durmiera allí donde estaba, en el viejo sillón que perdía borra por las roturas de la fatigada tapicería. Pero, a pesar suyo, la tristeza y el odio que segregaba por todo su cuerpo se iban apoderando de él, le devoraban el vientre. Cada una de las palabras de su padre era un golpe propinado con intención de hacer daño. La cólera, ese viejo animal familiar que dormía en él, se despertó, y Vincent levantó los ojos para mirarlo.

—Así es como me gustas, cuando dejas esos aires de santurrón y te muestras desnudo. Venga, hijo mío, un esfuerzo más y serás un hombre. Te conozco como si te hubiera parido. ¡Ja, ja! ¡Eres incapaz de ser hipócrita mucho tiempo!

—¡Cállese!

—¡Vincent, por favor!

Por el tono de su voz, por la cólera fría que la impregnaba, Anna se alarmó de inmediato.

—Déjalo, déjalo, déjalo que se me acerque —susurró el padre Herbach.

Su madre profirió un sollozo tan fuerte que parecía un animal que hubiera reventado y se vaciase de golpe de aire y de agua; por un instante todo quedó en suspenso, en el aire, la violencia y la pena, el pasado. Hubo espacio para una vocecita que imploró: «Por favor, os lo ruego, parad…», una vocecita desgarradora que no sirvió de nada.

—Deja, te digo, deja que este meapilas levante la mano sobre mí y me bendiga. Coge, coge la cruz y pónmela delante de la boca para que la bese.

Todo era rojo ante la mirada de Vincent: rojos, inyectados de sangre, los ojos de su padre; rojas las mejillas de Anna que dudaba entre proteger a su madre acurrucada en su pecho o levantarse para intentar apaciguar a los dos hombres; rojo escarlata el sofá desgastado donde las dos mujeres habían hallado refugio, y rojo, sobre todo, el velo de ira que lo separaba de su padre; no tenía más que atravesarlo para saciar la insondable cólera que se había despertado en él. Incluso las palabras «declaración de Independencia» bailaban ante sus ojos en letras de fuego que clamaban venganza.

—¿Se callará de una vez? —gruñó.

No reconoció su propia voz, ronca, no controlaba la fuerza que le tensó los músculos y el cuerpo de aspecto frágil.

—El hijo que pone la mano sobre su padre está maldito —se burló una vez más Herbach.

—¿Y el padre que día tras día impone a su familia sus borracheras y su violencia? ¿El que pega a su mujer e hija, las arrastra cogiéndolas del pelo y las humilla por cualquier nimiedad, el que insulta a su hijo sin razón, el que vomita, patalea, rompe todo lo que es hermoso, ensucia todo lo que es puro? ¿Cómo hay que llamar a ese

padre?

Enardecido por sus palabras, desoyendo los gritos de las dos mujeres, Vincent se acercó a su padre y le puso las dos manos en el pecho como para empujarlo. Este gesto, que se había prohibido a sí mismo durante tanto tiempo, le dio una embriagadora sensación de poder.

—No te atreverás, curita.

—¿Que no me atreveré?

Vincent cogió a su padre del cuello de la camisa y lo levantó literalmente del sillón. Por primera vez vio en su mirada algo diferente de la habitual maldad de la borrachera. Pero el miedo que adivinaba en ella le parecía despreciable y no lo curaba de su rabia, al contrario.

Fue en ese momento cuando las vio.

Las partituras.

Estaban rotas, manchadas, esparcidas por el suelo de la habitación y las veía por la puerta abierta del dormitorio de sus padres. Mientras estaba afuera, su padre había entrado en su habitación y había hecho un destrozo. Con los ojos turbios de lágrimas, Vincent se puso a golpear a su padre. No oyó a su hermana que intentaba separarlos, no atendió a su llanto, abofeteó, arañó, y ni los gruñidos de su padre ni la mezcla indigna de sangre, lágrimas, saliva y mocos que corría por su cara lo hicieron apiadarse, y siguió pegando, y en el fondo de su rabia descubrió que aún había más rabia. Si había esperado encontrar alivio, golpeó aún más fuerte por no haberlo hallado; su furia no engendró más que furia, y era monstruosa y no tenía fin.

Solamente el cansancio lo detuvo.

Su padre yacía en el suelo, no inanimado pero moviéndose apenas, borracho ahora de golpes después del vino, mascullando palabras incomprensibles y sin sentido.

Vincent vio el desastre a su alrededor.

Vio la habitación devastada, vio la suciedad, un vaso roto, una jarra volcada, vio la mirada lastimosa de su hermana y de su madre cuya espalda se encorvaba de pena. Vio la mirada indiferente de Thomas Jefferson, testigo silencioso de su particular y miserable guerra de la Independencia… Vio, sobre todo, con dolorosa lucidez, el interior de sí mismo, y supo que su ira no estaba muerta, solamente agotada. Hija del alcoholismo de su padre, solo esperaba una ocasión para volver a despertar al día siguiente.

Se agachó para recoger las partituras.

No podía vivir así.

Estaba sentado en la cama, con su teclado mudo en las rodillas. Anna entró sigilosamente y se sentó en la suya, frente a él. En sus ojos había tanta severidad

como incomprensión.

—Estoy tan cansado…

—Vincent, no podemos vivir así…

Las palabras de su hermana eran el eco de su pensamiento, tanto que sonrió a pesar de la fatiga.

—Ya lo sé —dijo.

—¿Qué vamos a hacer?

—Me voy a ir. Lo que me retenía aquí era la idea de que yo os protegía de él. Y ahora sé que es al contrario; tengo que protegerme de mí mismo. Y eso no lo podéis hacer ni vosotras ni nadie.

Su hermana asintió silenciosamente con la cabeza. Apartó la cortina para ver Notre-Dame bajo la luna. ¡Qué bonita era! Esa misma mañana había cruzado el Petit Pont por primera vez y esa noche partiría hacia una tierra desconocida. Tenía una especie de catalejo que le permitía acercarse y acariciar cada estatua en su nicho, cada salamandra, cada gárgola. Sentía, con sorpresa, que en aquella mirada de despedida abarcaba la belleza de la catedral mejor que en sus dieciocho años de vida.

—Está bien —dijo Anna al fin—. Te irás. Y volverás… Sobreviviremos hasta entonces.

—¿Cómo lo haréis?

—Tenemos su pensión, y mamá y yo bordamos. Las mujeres están volviendo a ser coquetas… Y bueno, no te preocupes. ¿No fuiste tú el que me enseñó que el Señor siempre provee? Si las cosas están así, es que están bien, y que Él así lo quiere. ¿Cuándo te irás?

Vincent se había tumbado en la cama. Muerto de cansancio, había cerrado los ojos y sentía que caía en un sueño agitado. Los abrió al instante y se incorporó.

—Ahora —dijo—. Si no me voy ahora, no me iré nunca. Y quiero irme…

—Espérame, ahora están durmiendo.

Anna entró de puntillas en la habitación de sus padres y regresó con una bolsa de tela oscura. Era una bolsa que ya había viajado, una bolsa resistente con una ancha correa de cuero. Vincent recogió sus pocos objetos personales: pronto terminó. Unas cuantas partituras rescatadas se unieron a las camisas. Encima de todo colocó su piano mudo. Cargando la bolsa al hombro, la tabla, aunque doblada en dos, sobresalía un pie.

Anna no dijo nada. Lo miró con ternura, la misma mirada que él había dirigido a Notre-Dame, una mirada de despedida que abarcaba cuanto podía antes de la separación. Lo abrazó y le murmuró que se fuera lejos, muy lejos.

El abrazo fue breve. Vincent sentía la solidez de su decisión pero al mismo tiempo un frágil, un enorme deseo de desistir. Al coger la bolsa para echársela al hombro, su mirada captó una inscripción: al lado de un ancla marina, vio el nombre

de Yorktown. Reprimió un sobresalto: se iba con la misma bolsa que su padre había utilizado antiguamente. Respiró su olor a tierra y polvo, el hedor de las bodegas de barco y la vieja humedad de los largos viajes.

Pasó por la habitación de sus padres y se arrodilló al lado de su madre. No estaba dormida. Tenía sus grandes ojos negros abiertos de extrañeza, mirándolo a él y más allá de él, perdidos en su noche que duraba día y noche, desde hacía ya tanto tiempo. Le puso la mano encima de su cabeza de pájaro herido, con toda la dulzura de la que era capaz.

—Anna te lo explicará —le susurró, con un nudo en la garganta.

Ella asintió imperceptiblemente con la cabeza. No preguntó nada. Cuando Vincent se levantó, sus ojos negros no se apartaron de él, como si se los llevara consigo.

Cruzó el cuarto tan deprisa como pudo, atravesó el pasillo y cerró la puerta a su espalda. En las escaleras, las antorchas estaban apagadas y golpeó las paredes con el piano que llevaba a la espalda. Lanzó una mirada al tercer piso. Quizá Langeac ya se había ido.

Fue a mirar el Sena negro de reflejos de plata. Oyó el chapoteo de una barca mal amarrada, vio el fluir tranquilo del río de su infancia. Dejar todo aquello tenía una dulzura brutal. Sintió nostalgia como si ya fuera muy viejo y llevara mucho tiempo exiliado, cuando en realidad no había dado más que los primeros pasos. Se mordió los labios para no enternecerse, para no sentir añoranza ya. En voz baja fue repitiendo: «No quiero vivir así», y con eso tuvo bastante.

Después fue a apostarse debajo del porche de la mansión de la rué des Barres. Intentó permanecer de pie hasta el amanecer pero el agotamiento pudo con él.

Denon lo encontró de madrugada, dormido, con la cabeza entre las rodillas y el piano sobre la cabeza.

—Debes de tener mucha prisa por irte —comentó con ironía, pero sin maldad—. Pero yo no tenía ninguna por separarme de unos brazos encantadores. He acumulado recuerdos para un largo viaje. En fin…

Vincent abrió sus ojos pegados de sueño, desentumeció los miembros doloridos, estiró la espalda rota.

—¿No vive usted aquí? Creía…

—Digamos que esta noche no he querido alejarme mucho de ti.

Un nuevo día nacía en París, pero los ojos de Vincent parecían haber adquirido una nueva capacidad: veía más allá, más lejos, al otro lado del horizonte.

Vincent intentó comprender qué era lo que Denon había podido ver en él que él mismo no veía, no sabía, tan solo presentía y anhelaba.

—Temía que ya no me esperase, después de lo que le dije ayer.

—No te preocupes —dijo Denon alegremente—, no te hice caso. Me limité a

mirarte.

Y, mirando a los ojos del hombre al que iba a seguir, Vincent intuyó, por primera vez, que su destino era algo más que la mediocridad, el desastre al que hasta entonces se había sentido condenado.

# SEGUNDA PARTE

# LA TRAVESIA

# 1

Al llegar a las proximidades de Toulon, se apearon un instante del coche. Soplaba un fuerte viento bajo el cielo cubierto de nubes. La camisa de Vincent restallaba como una vela bajo la brisa. Respiraba a pleno pulmón el aroma de las adelfas y el espliego, el aroma de los olivos, el aroma de todas aquellas hierbas desconocidas que crecían en aquella tierra seca y, sin embargo, generosa. A lo lejos, las palmeras, que antes solamente había visto en grabados, balanceaban sus graciosas siluetas movidas por la brisa. Sus ojos recibían el impacto de los colores, entre el azul puro que iluminaba el cielo cuando las nubes se desgajaban y el amarillo de la retama agitada por el viento.

Denon se había alejado unos pasos hacia un promontorio que dominaba el mar. Desde que habían partido de París, estaba exultante. Hablaba de bayaderas y de almeas y solo dejaba la lectura de Heródoto para cambiarla por la de Plutarco. Vincent vio que abría la boca y le gritaba una palabra pero, arrastrada por una ráfaga de viento, no llegó hasta él. Denon abrió los brazos como si fuera a echarse a volar para ir a su lado.

—¡Mira, muchacho!

Primero vio la curva del horizonte. Eran palabras que había leído a menudo en los libros, pero que no había visto nunca: el mar… Después vio las olas, el cabrilleo de la espuma. Y finalmente vio los barcos, decenas de ellos, cientos, que ocupaban el amplio espacio de la bahía. Se sintió atraído por los navíos de línea cuyos mástiles dominaban la rada; descubrió otros más pequeños cuyos nombres aún desconocía, y también las barcas que iban y venían incesantemente en las dos dársenas, entre los muelles y las naves, cargadas de hombres, sacos, cajas y animales. Sentía el corazón henchido de alegría, como si, por primera vez desde su marcha, su pena hubiera desaparecido, como si hubiera dejado atrás hasta su recuerdo. Se giró hacia Denon, aprovechando un momento de calma del viento.

—¡Qué bonito!

—A pesar de las dos semanas que llevas en mi compañía, constato con cierta tristeza que la exactitud de tu expresión no mejora.

—No veo otra manera de decirlo. O sea que lo digo así: ¿es que a veces las cosas no pueden ser sencillamente bonitas?

—Cuando las cosas son bonitas, evito las palabras. Las odio. Es el mejor homenaje que se les puede rendir.

—Entonces, ¿no va a dibujar?

Denon adoptó un aire que quiso ser misterioso.

—No tenemos tiempo. Debo estar en Toulon sin tardanza.

—Sé que no debería preguntarlo, pero aun así: ¿para qué?

—No te has curado de esa espantosa curiosidad…

—No piense que las semanas en alta mar vayan a arreglarme. Cuanto más silencio guarde, más le perseguiré yo.

—Detrás de esa ingenuidad tuya que yo creía encantadora descubro una especie de insolencia respondona extremadamente irritante. Imagino que es una costumbre que has adquirido en esas conversaciones íntimas con tu sangriento Señor. Deberías de haber buscado trabajo en el despacho de un fiscal. ¿Nos vamos ya, señoría?

Vincent hizo una reverencia, incapaz de contener una sonrisa. Para Denon era un placer tan grande tener la última palabra que quitársela habría sido un crimen.

A pie, a caballo, en carroza, en coche de posta, en grupo o en solitario, soldados, cocineros, carpinteros, sastres, guarnicioneros, talabarteros, estafadores, mujeres disfrazadas de hombres, niños ladrones, dueñas de burdeles, carpinteros, artificieros, gavieros, grumetes y veteranos, todos llegaban a la ciudad, y la ciudad se iba inflando hasta estallar, se embriagaba de la fiebre de aquel ejército que quería alojarse, comer, beber, fornicar, que quería gozar de todo antes de embarcarse hacia un destino tan atractivo como desconocido.

Todavía faltaban brazos, faltaban soldados: llegaban hombres de Marsella y los enrolaban sin hacer ascos a nadie. Faltaban marineros y contrataban a gente que no había navegado nunca: formarían feroces tripulaciones, que ya eran enviadas a toda prisa hacia los barcos sobrecargados. Otros venían del campo, a otros los sacaban de las cárceles, del presidio incluso. También de Italia llegaban soldados harapientos que, desde el final de la guerra, habían vivido miserablemente de la rapiña. El dinero que faltaba para pagar la soldada de los veteranos de Italia había llegado milagrosamente, y todo el mundo gastaba lo que podía, es decir, lo que tenía y lo que no tenía: allá adonde iban habría de todo en abundancia, la miel caería de los árboles, bastaría verter el contenido de las jarras para emborracharse de oro; las mujeres serían dulces y fáciles.

Hacía ya mucho tiempo que no quedaba ni una habitación libre en el hostal de la Croix d'Or, en la place du Foin, ni en el hostal de la Croix de Malte. Dormían debajo de las mesas, dormían en los hospitales, dormían en el suelo de las calles empedradas donde se acumulaba la basura producida por una población que se había más que doblado en pocos días. La ciudad era una alcantarilla, la ciudad era un enjambre. Las posadas y las tabernas estaban llenas, en la Pucelle servían estofado de conejo que, aunque disimulado con ajo, olía a gato, quizá incluso a rata, el único animal que nunca iba a escasear. En la rué du Chapeau Rouge, los burdeles no daban abasto. Los hombres que solo un día antes se veían macilentos y agotados, tenían ahora en los

ojos una chispa de esperanza, producto del vino y del viento del sur.

Vincent miraba aquella muchedumbre con asombro. Era vulgar e inquietante, poderosa, bulliciosa y formidable. Antes de la primera batalla, ya lo arrasaba todo a su paso.

Había ido con Denon a situarse en la place Saint-Roch, a la salida de la puerta de Francia abierta en la muralla. El general Bonaparte pasaría por allí cuando llegase. También lo esperaba una multitud formada por los toloneses, vestidos con vivos colores, que lo idolatraban desde el sitio de 1794, por los soldados, que lo idolatraban porque los había mandado en Italia, y por quienes no lo conocían y no lo habían visto, pero que también lo idolatraban porque, solo con pronunciar su nombre, nacía una esperanza sin motivo y, por eso mismo, irresistible.

Vincent estaba fascinado por aquel poder, aunque no tanto como Denon, en cuyo rostro se había dibujado aquella expresión zalamera que ya le había visto, dos semanas atrás, en el patio de la mansión particular.

—¿Qué esperamos? —preguntó un poco cruelmente, como si no lo supiera.

—Lo esperamos a él.

—¿Y qué ganamos esperándolo?

—Si me ve, mis probabilidades de estar en su barco, el *Orient*, pasan de la nada a algo. Si no me ve, al menos lo habré visto yo. Y además, Josefina está con él y me ayudará una vez más.

Por fin se oyó el resonar de los caballos en el suelo. Iba acompañado de un rumor que fue aumentando, que atravesó las antiguas murallas de la ciudadela de Vauban, hizo temblar las paredes y subió como un vendaval hasta las torres del puerto. La muchedumbre empezó a gritar, a levantar los brazos, los niños eran aupados a hombros de sus padres que lucían gorros de lana y clamaban «¡Viva Bonaparte!» con toda la fuerza de sus pulmones.

El general iba a caballo, vestido con su larga levita gris, y avanzaba con la mirada alta, como si no viese nada de aquella conmoción popular. «Ojo de águila y peinado de podenco», pensó Vincent mientras se reía para sus adentros. Varias veces ya se había sorprendido a sí mismo haciendo reflexiones que no eran suyas sino de su amigo Frédéric Langeac, cuya robusta figura había buscado en vano entre los soldados en las dársenas, en el puerto y junto al ayuntamiento.

Detrás del solitario jinete venían la carroza y un coche de tamaño más modesto.

—Ven, corre.

Abriéndose camino entre las protestas de la gente, Denon arrastró a Vincent hacia la plaza de Armas, donde el almirante Vence, comandante del puerto de Toulon, se paseaba de un lado a otro mientras esperaba la llegada del general con una mezcla de temor y esperanza.

Jadeando, llegaron a la amplia plaza, justo en el momento en que Bonaparte

cruzaba la verja del hotel de la Marina.

Denon no se concedió ni un instante para la decepción.

—Ya lo veremos esta noche —dijo—, en la cena de recepción.

Vincent lo miró con estupefacción.

—Está al corriente de todo…

—Es mi oficio.

Vincent sonrió a su pesar. Su mirada se dirigió hacia el jardín dominado por las palmeras que protegían la ancha fachada del hotel de la Marina. La carroza del general se había detenido. Su mujer Josefina bajó, seguida de tres hombres.

—El fiel Bourrienne —dijo Denon—, y los ayudantes de campo.

A continuación se detuvo el segundo coche, del que se apearon dos personas. A pesar del uniforme de cazadores, Vincent reconoció al instante el corto pelo rubio y la mirada verde de la primera de ellas. Palideció bruscamente.

—Y eso —dijo Denon en tono de chanza—, es el oficial especial de enlace del general Bonaparte.

Vincent tenía la boca seca. Se sintió incapaz de replicar.

—Se diría que cada uno de nosotros tiene sus instantes de emoción —dijo Denon burlonamente—. Yo, al menos, me controlo.

Pese a los cien pies que los separaban, estaba seguro de que la joven deliciosamente disfrazada de hombre le había dirigido una mirada de reconocimiento antes de empezar a caminar a lo largo de la verja, seguida de su compañero.

—Como todavía no he tenido ocasión de decirte, mi pequeño Vincent Jefferson Herbach, el *teniente* Baresi es especialmente necesario para el enlace del general Bonaparte con sus tropas. El *teniente* Baresi ofrece al general Bonaparte una determinada visión estratégica, una determinada concepción cartográfica que nadie más en su estado mayor es capaz de ofrecerle; es una pieza esencial de nuestra expedición. Por lo tanto, sería una imprudencia especialmente estúpida, una inexperiencia rayana en la necedad, poner en peligro unos proyectos de una importancia que escapa a tu débil entendimiento para seguir el confuso camino de una aventura de soñador chiflado. ¿He sido claro?

—Sí.

—Para traducírtelo en cristiano: si la tocas, o si dejas que ella te toque, o si tan solo acaricias la idea de tocarla, haré que te bebas el agua del Mediterráneo hasta que revientes.

—Ya lo había entendido…

—Contigo, sutil amigo de obtusas entendederas, nunca se sabe.

Vincent miró cómo se dispersaba la muchedumbre por la sombreada plaza de Armas. Se tomó en serio las amenazas de Denon, por supuesto, y olvidar aquella aventura que él no había querido le resultaba insoportable; pero el miedo, en lugar de

aniquilar su deseo, le añadía una nueva dimensión. La amante del general Bonaparte estaba interesada en él. Allí, bajo las palmeras, aunque su razón le dijera lo contrario, aquella sensación deliciosa, misteriosa, prohibida, pudo más que cualquier otra consideración.

—¿Herbach?

Se giró hacia Denon, que no se había movido.

—Agua de mar, ¿me oyes? Hasta que revientes.

Por una vez, la famosa sonrisa de su protector había desaparecido.

Pocos días antes, con gran pompa de trompetas y exhibición de banderas tricolor, el convento de los Oratorianos había sido transformado en Escuela Central. Pero los locales no estaban listos y, como el resto de la ciudad, habían sido invadidos y transformados en dormitorio para los soldados y marineros a punto de embarcar.

Era la primera vez desde que había salido de París que Vincent se hallaba solo. Solo, es decir, sin Denon, porque por lo demás estaba rodeado, agobiado incluso por la presencia de tanta gente: con la cabeza apoyada en su bolsa de tela y su abrigo como colchón, pasó la noche escuchando ruidos que sonaban por todo el refectorio, situado debajo del techo en forma de quilla invertida. Gritos, risas, riñas de borrachos, pedos y ronquidos le hicieron imposible hallar una mínima tranquilidad: le parecía que no había dormido, que estaba en el fondo de la bodega del barco, sacudido por un oleaje que le mareaba. Cuando cerraba los ojos, el viento del exterior sonaba como un eco en su cabeza y le anunciaba inauditas tempestades que, sin duda alguna, lo despedazarían.

Se levantó con las primeras luces del alba y salió saltando por encima de los cuerpos dormidos, dando patadas en vientres, bloques de piedras y barriles. Unas voces roncas lo insultaron, lo maldijeron, lo enviaron a todos los demonios. Al atravesar el claustro, vio los capiteles tirados por el suelo y botellas de vino puestas a refrescar en el pozo; el fervor antirreligioso también había pasado por allí.

Pasó por el mercado del Cours, donde había fruta acabando de pudrirse y dos perros flacos que se peleaban por las mondas entre los tenderetes vacíos.

Cruzó la plaza de Armas desierta y se demoró ante la verja del hotel de la Marina, intentado adivinar señales de vida detrás de las nueve puertas acristaladas de la planta baja y las otras tantas altas ventanas de los pisos superiores. Una luz detrás de una cortina del segundo piso atrajo su mirada: seguro que era él, el general, que estaba escribiendo y trabajando ya. Laura no estaba a su lado, naturalmente, pero pronto se reuniría con él a bordo del *Orient* y nadie a bordo se atrevería a decir, ni siquiera susurrar, las bromas que Denon se había permitido.

Pasó por delante del ayuntamiento, donde dos elegantes cariátides sostenían un pesado balcón de hierro forjado.

La actividad del puerto no había cesado en toda la noche. El viento soplaba ya, haciendo restallar los obenques y crujir los cascos, mientras los hombres seguían cargando bultos en un ambiente de cantos, insultos y jadeos, siguiendo una misteriosa organización que al parecer nacía del desorden mismo. Un viejo de largo pelo blanco miraba la rada y, más allá, las olas que se alzaban ondulantes y el cabrilleo de la espuma.

—Mistral brutal —murmuró como para sí mismo antes de lanzar una aguda mirada a Vincent—. Hoy no saldréis.

Vincent sintió decepción y alivio a la vez.

El *Orient* estaba en el muelle, el navío de ciento veinte cañones, el orgullo de la flota, donde Bonaparte estaría rodeado de sus más allegados y donde el general Caffarelli ya había hecho embarcar una biblioteca de quinientos volúmenes. Vincent vio los animales en sus jaulas de madera, vio las cajas de balas, vio los bultos señalados como «Escuela politécnica», «Laboratorio de química», «Observatorio»…

¿Qué iban a conquistar con fusiles y lentes astronómicas, sables y relojes marinos, barómetros, declinatorios? No solamente una tierra, sino toda la vida que encontrasen en ella. Le arrancarían sus conocimientos con la misma saña con que saquearían sus riquezas.

De pronto vio el piano solo, perdido en medio del muelle, como abandonado.

Era un piano Erard de caoba, igual en todo al que había visto en el gran salón de la mansión, la noche mágica de *La flauta*. Pese a las cuerdas que rodeaban el instrumento, lo acercó, levantó la tapa y acarició las teclas de ébano. Naturalmente, nunca había visto un instrumento tan hermoso. Sin darse realmente cuenta, tocó unas cuantas notas de una melodía de armonías poco habituales, inspiradas por la inquietud y la esperanza, hermanas en la espera del viaje.

—¡Lo que faltaba, música!

Dos hombres vestidos con una basta tela azul se precipitaron hacia él, dejaron caer la tapa y le pillaron los dedos. Lo apartaron rudamente mientras él levantaba las manos en señal de impotencia, de buena voluntad.

—Yo solo quería…

—Sí, hombre, ya cantarás con los atunes.

Vincent salió de aquella con una patada en el culo y las mejillas rojas como tomates. Ya no se atrevió a acercarse a las dársenas.

—¿Tanta prisa tienes en bebértela?

Vivant Denon no se podía aguantar la risa. Tenía la mirada fresca y viva de quien ha dormido bien y ha tenido hermosos sueños. Cogió a su protegido del brazo y lo arrastró hacia las murallas.

—¡Qué velada, qué hombre!

—¿Ah, sí?

—El almirante Vence daba la cena y él no despegó los labios en toda la noche, absorto en una preocupación que no quería compartir con nadie. Ni los encantos, ciertamente limitados, de la conversación de la almiranta ni la abundancia de platos consiguieron alegrarlo. No quiso comer y pidió a Josefina que le diera alguno de los huevos duros que ella se había traído en el bolso. ¡Huevos duros! ¡Qué hombre! Después fuimos a la Opera en buena compañía y volví maravillado de todo, con la única preocupación de que no me tiraran por la cabeza el contenido de los orinales que los habitantes de esta encantadora ciudad tienen la curiosa tendencia de vaciar por las ventanas.

Denon seguía mostrándose encantado.

—¿Y el *Orient*?

Suspiró.

—No será para nosotros, no por ahora. Estamos en la fragata *Junon*, no está mal, incluso está muy bien: formaremos la vanguardia.

Denon se regodeó pronunciando la palabra «vanguardia» como si contuviera increíbles promesas y el general en persona ya le hubiera confiado alguna misión secreta.

—Esta mañana el general leerá una proclama a los soldados en la plaza de Armas. Les prometerá un cargamento de lo que más les gusta: sueños. Inmediatamente después nos iremos.

Vincent levantó un dedo.

—No nos iremos —intervino él con gran seguridad.

—¿Acaso tienes espías que yo no tengo? ¿Hombres en la plaza que miran e informan?

—Mistral brutal —dijo Vincent.

En cuanto puso pie en la primera barca, Vincent sintió vértigo y el cielo le pareció tan poco estable como el mar. Detrás de él todo el mundo le empujaba y se impacientaba.

—¡Venga, sabio, muévete! ¡Limpia el catalejo! ¡Usa la brújula para orientarte!

Estallaron las carcajadas y Vincent no tuvo tiempo de preguntarse por qué se había convertido en «sabio»: obviamente, en boca de los soldados, no era un cumplido. Denon estaba a unas barcas de distancia de él. El puerto estaba tan atestado que la fragata no estaba atracada en el muelle; tenían que abrirse camino saltando por encima de las barcas hasta llegar al portalón de la nave.

Aquel día soplaba viento de tierra que los impulsaría a mar abierto. Desde el cañonazo, cincuenta mil soldados y marineros estaban embarcando en las trescientas naves de todo tamaño, entre las cuales había trece navíos de línea, doce fragatas, corbetas, avisos y múltiples barcos encargados del transporte de mercancías. En las

inmediaciones del puerto y en las calles de la ciudad, los policías perseguían a los rezagados y los conducían a bordo, de buena o mala gana, borrachos o no.

Tropezó con unas jarcias, estuvo a punto de perder de nuevo el equilibrio y vio cómo se le acercaba peligrosamente el agua. La borda de la *Junon* no estaba lejos y, sin embargo, lo parecía. Las bocas negras de sus carroñadas se abrían en el flanco, justo por encima de una ancha franja de pintura roja, todavía brillante. Vincent estaba sudando a mares y se paró a pesar de las imprecaciones. A la espalda llevaba la bolsa por la que sobresalía el piano.

—Pero ¿qué lleva ahí ese asno? ¿Su ataúd? Si sigue así, ni siquiera lo necesitará.

Vincent apretó en el puño cerrado la cadena con la cruz. Se volvió hacia los que se burlaban.

—Disculpen, señores, pero no sé nadar.

—¡Oh! ¡El señor no sabe nadar! —replicó un gigante de barba negra—. ¿Qué se cree el señor? ¿Que nosotros sí?

Una vez más estallaron las carcajadas y las burlas.

—Señor, tenga la bondad de espabilarse, si no, irá a dar una clase de minué a las sardinas.

Humillado, paralizado, Vincent inició un movimiento para pasar a la barca siguiente. Pero tuvo que agarrarse a una driza para no caerse y, en el movimiento, abrió el puño y se le escapó la cruz, que cayó al agua.

—¡Mi cruz!

—¡Mi cruz! —se mofó Barba Negra, impostando una voz aguda de virgen espantada—. ¡El señor ha perdido su cruz!

—¿No tiene ahí a su mayordomo? —gritó otra vez—. ¿Qué hace, pues? ¿Dónde está?

—¡No tiene más que hacer como su patrón, Jesucristo, caminar sobre el agua!

Baqueteado, asustado, Vincent no oyó el chapuzón a su espalda, no vio al hombre que, sin temor a ser tratado de amigo de los curas, cruzó el agua en pocas brazadas, desapareció delante de él y volvió a la superficie con la cadenita de plata en la mano. La cruz, en cambio, había desaparecido en el fondo del mar.

—Solo tendrás media penitencia, Jefferson —dijo el hombre, escupiendo agua e izándose por el borde de la barca.

—¡Frédéric!

—¡Miradlos, un poco más y se besan!

De repente, la burla dejó de ser malvada. Y es que, en medio de aquella barahúnda, a todos les hubiera gustado encontrar un amigo del país con el que poder hablar de la granja, de la colina al atardecer o de las enaguas de Suzon. Y además, la mole chorreante de agua de Langeac imponía un poco más que la de Vincent.

—Solo tendrás que decir que he encontrado un alga —dijo Frédéric,

introduciendo la cadena en la mano de su amigo.

Una cruz a cambio de un amigo: Vincent no estaba seguro de haber salido perdiendo. De la mano de Frédéric se dejó guiar sin vergüenza por las dos últimas barcas, hasta el fino casco negro de la *Junon*.

Llegaron a la bulliciosa cubierta, donde Denon volvió a encontrar a Vincent.

—Me he dado la vuelta y ya no estabas. ¿Por dónde andabas?

—Le expliqué cómo conseguí que no me reclutaran, ¿verdad? Pues aquí tiene a quien sí aceptaron, mi amigo del alma, Frédéric Langeac.

—Me lo he encontrado casi como lo dejé —gritó alegremente Langeac—. Persiguiendo a Dios.

—Bueno, usted y yo ya no le hacemos caso —dijo Denon, estrechando la fuerte mano de Langeac—. Es una manía que tiene, como la de llevar el piano a la espalda. Puede resultar encantador, es cuestión de gustos. ¿Y se han encontrado los dos en esta fragata? Como dicen los marinos, la buena suerte ha embarcado para ti, amigo mío. Nosotros dos no seremos suficientes para protegerte de ti mismo.

Ni los empujones que recibía a bordo, ni las miradas coléricas de los marineros, ni el descubrir, en la entrecubierta, el húmedo habitáculo de diez metros de lado en el que se amontonarían más de ciento cincuenta personas arruinaron el buen humor de Vincent.

A bordo del *Orient*, a bordo del *Patriote*, a bordo del *Franklin* sonaba la música, mientras que desde el fuerte de la Almalgue y los demás fuertes de la ciudad se disparaban salvas para despedirlos. Apretujada en el puerto, la muchedumbre aplaudía y lanzaba flores. En los mástiles se izaron los pabellones tricolor. Los gritos de la población redoblaron de ardor.

Todo en los barcos chirriaba y crujía, las velas silbaban y ondeaban al viento: al fin levaron anclas.

Los hombres cantaban en el castillo, y cantaban también junto al timón; de puente a puente todos se saludaban, se daban ánimos, aclamaban, vitoreaban. Más tarde la historia recordaría que entre ellos había eruditos, soldados, marineros, cocineros, médicos… Pero entonces, en aquel momento, no había más que hombres que se lanzaban a la aventura.

Esta vez Vincent pudo respirar el aire de alta mar.

# 2

—¡Zafarrancho!

El grito, surgido en el castillo, se fue repitiendo hasta el alcázar y desde el fondo de la bodega hasta las cofas. Sonó el silbato de los contramaestres y todo el mundo calló. Por la mañana, después del primer turno de día, se había echado sal a la cubierta para que no resbalase.

—¡Gavieros, arriba!

Se sucedieron las órdenes. Los marineros tesaron las velas cuadradas de la fragata, de la mesana ala cangreja, y recogieron todo lo que no servía para navegar. Abrieron los pañoles de balas y de pólvora, y los cañoneros se apostaron junto a su pieza con amorosa solicitud. Las maniobras se veían entorpecidas por el abarrotamiento de las cubiertas, sobrecargadas de hombres y mercancías hasta los aparejos inferiores, donde estaban estibados los trenes de artillería. Había más de quinientos hombres a bordo, en el mismo espacio en el que, normalmente, se apretujaba una tripulación de trescientos cuarenta.

La palabra maldita de *goddam* pasó como un rumor. Vincent había aprendido ya el primer día de navegación que los «goddams» eran los ingleses. Se sabía que la flota de Nelson andaba tras los franceses. Cada vez que surgía una vela en el horizonte, se hacía un silencio: ¿y si fueran ellos? Por la dura mirada de los marineros, por la inquietud que fruncía la frente del capitán de la *Junon*, Vincent comprendió que, tras las bravatas de los hombres («¡Los engancharemos!», «¡Esta vez los *goddams* no nos hundirán!»), se ocultaba el temor de ver aparecer el famoso casco a cuadros de la nave del almirante Nelson y las negras bocas de sus ciento dos cañones.

—¿Cuántos son? —preguntó Vincent a Langeac.

—Cuatro.

—¿Navíos o fragatas?

—A esta distancia es imposible decirlo.

Vincent alzó los ojos hacia el palo mayor. La fina arquitectura de la arboladura lo tentaba desde el primer día; se imaginaba trepando hasta las vergas con la habilidad de los gavieros más experimentados que subían de dos en dos las jarcias para realizar las maniobras. Entonces, con voz firme, diría «¡Vela a babor!» o «¡Tierra!». Pero, mientras tanto, estaba clavado en cubierta, sintiéndose afortunado porque no lo enviaban al apestoso camarote donde la humedad le calaba de los pies a la cabeza.

Caía la noche y el horizonte se inundaba de colores malva y naranjados navíos desconocidos estaban a sotavento en orden de batalla y no ganaban terreno.

Alumbraron los fanales.

—Entonces —preguntó Vincent—, *¿goddam or not goddam*?

Tenía frío y se había envuelto en su abrigo, mientras Frédéric, con la camisa abierta, se dejaba arañar por el viento. En medio de la noche plagada de estrellas, el casco del barco, demasiado cargado, crujía y protestaba. Vincent se lamió los labios impregnados de sal. El agua dulce que habían embarcado estaba estrictamente racionada y, además, sabía a ciénaga.

—Desde luego, esto no tiene nada que ver con el puerto del Trigo —dijo Langeac sin contestar a la pregunta.

—Nunca me habrían aceptado —dijo Vincent.

Desde que había vuelto a encontrar a su amigo, había una mancha en su alegría, el reclutamiento del que había huido como si hubiera tenido miedo.

—No te he preguntado nada.

—Sé que me lo reprochas…

—Es que te fuiste de aquella manera, como si tuvieras vergüenza…

—Tenía vergüenza.

La risa de Frédéric resonó en la noche.

—Ahora qué más da —dijo—, ahora ya no importa nada. Dentro de dos días estaremos retozando entre seda y oro con jóvenes vírgenes que nos pedirán más y más. O bien estaremos sirviendo de comida a las morenas. ¿Verdad que la vida es bella?

Vincent también se echó a reír.

—Es magnífica.

Y deslizándose en la noche, a pesar del frío que le subía por los pies y le helaba el cuerpo entero, a pesar del eco del grito de zafarrancho, en sueños se veía rodeado por los brazos torneados y sensuales de la bella Laura que le murmuraba palabras nuevas, y se decía que, en efecto, la vida era magnífica.

Después del alba el capitán izó por fin el pabellón y las fragatas hicieron otro tanto: eran españolas. Pese a la desconfianza —siempre era posible que se tratase de un falso pabellón—, el contraalmirante Decrès envió un bote. El alivio fue recíproco: como los franceses, los españoles no tenían ganas de vérselas con los ingleses.

Vivant Denon había pasado la noche en cubierta olfateando el aire, mirando a los hombres y los obenques, los palos y las olas. Parecía tan fresco como si hubiera dormido ocho horas en un mullido colchón.

—Mejor así —dijo a Vincent—, no me apetecía cambiar el Nilo por el Támesis.

—¿El Nilo?

—No me digas que no sabías que vamos a Egipto…

—Se lo digo.

—Ahora que lo sabes, no olvides que es un secreto.

—¿Qué quiere decir?

—Algo que solo se le dice a una persona a la vez.

Como las cosas buenas nunca vienen solas, el viento giró al noroeste, una fuerte brisa que les acercó al resto de la flota, con el *Orient* en cabeza. Poco a poco, el azul del Mediterráneo se fue cubriendo de una aglomeración de barcos en medio de los cuales la nave del general en jefe abría un surco majestuoso. A bordo de los navíos sonaba la música; se oían fragmentos de cobre, transportados por una ráfaga de viento, engullidos por una ola. Vincent admiraba y se extasiaba.

—¡Basta de haraganear, grumetillo!

Bajo la mirada encantada de Denon, Langeac tendió una espada a Vincent, que se quedó boquiabierto.

—No me rechazaron en la oficina de reclutamiento para terminar combatiendo. ¡Y sin enemigos, encima!

—¿Sin enemigos? ¡Atención! ¡En guardia!

De mala gana, Vincent se puso en posición. Con un nudo en el estómago, recordó las clases de esgrima que su padre le había dado hacía muchos años.

—¡Sexta! ¡Cuarta!

Llovían las órdenes, como en la maniobra, y Vincent se tiró en fondo, saltó, paró, respondió, atacó, esquivó, libró, con una facilidad que le sorprendió a sí mismo.

—¡Pelea!

El choque repetido de las hojas le calentó la sangre y se involucró en el juego. Los soldados reían y daban palmas; los marineros se distrajeron un momento de la maniobra.

—¡Venga, Lacroix!

Era el apodo que se había ganado entre la tripulación desde el incidente del embarque.[1] Pero después de varios días de navegación, su bravura y la intimidad que se establecía a bordo habían sustituido la malévola ironía del principio por una burla más amistosa. Aunque no era uno de ellos, tampoco era su enemigo.

Vincent era más ligero que Frédéric, lo cual constituía su fuerza y su flaqueza a la vez. En el combate de cerca se sentía ahogado, aplastado por la potencia de su amigo; si hubiera recibido un solo golpe, aunque fuera con la hoja plana, le habría aplastado como a una mosca. Pero en los pasos hacia delante y hacia atrás, en los saltos, evitaba y frenaba con agilidad y confianza crecientes. A pesar del sudor que le corría por la frente, tenía la impresión de que veía con especial agudeza y que se anticipaba sin esfuerzo a todos los movimientos de su compañero. Lo sentía en todas las fibras de su cuerpo, en su brazo de zurdo: era, sencillamente, más rápido que su amigo.

—¡El chico conoce bien a los clásicos! —dijo una voz casi admirativa.

Langeac perdía el aliento persiguiéndolo, y Vincent se divertía ahora escogiendo

el terreno de combate en medio de jarcias y cajas, del cabrestante, del pie del mástil, y deslizándose con facilidad por los tablones húmedos de la cubierta. Después de esquivarle, lo desarmó con un golpe inesperado del puño entre aclamaciones.

—¡Bravo, Lacroix!

Langeac le estrechó la mano, forzando una sonrisa.

—¡Y pensar que no querías ser soldado! —jadeó, con aspecto un poco lamentable, mientras recogía su espada.

Vincent le tendió la suya, pero Frédéric se negó a cogerla.

—Ahora es tuya —dijo con un gruñido—. Te la mereces. No te preocupes, no me ha costado nada: la gané anoche jugando.

—Ya sé dónde la guardaremos —dijo Denon jovialmente.

Con su espada en la mano, sintiéndose de repente extrañamente torpe, Vincent siguió a Denon a través del entrepuente hasta el camarote de este, situado en proa, junto al del capitán. Era un espacio reducido y austero, pero le parecía de un lujo inaudito comparado con el apestoso dormitorio común, donde los hombres de los coys de encima vomitaban sobre los de abajo, y donde los víveres —si se les podía llamar así— estaban amontonados junto con los hombres. Denon le señaló la caja que contenía sus objetos personales debajo de su coy.

—Desde ahora te instalarás aquí. No quiero que sigas allá abajo. Y guarda la espada en mi caja mientras te encontramos un cinturón para llevarla encima. Nunca se sabe, podrías herir a alguien.

Por primera vez desde que lo había conocido, Vincent distinguió en el rostro de Denon algo diferente de la burla.

Tardó un poco en darle un nombre a ese algo. Era asombro. Y admiración.

Era la belleza de las noches bajo las estrellas, durante las cuales un viejo marinero lo ayudaba a ponerles nombres que eran como invitaciones al ensueño: Casiopea, Orión, Betelgeuse… Era la indolencia de los días, cuando escuchaba divertido los gritos y los insultos de los jugadores de cartas que perdían o ganaban fortunas, mientras él leía el libro II de Heródoto que le había prestado Denon, y su imaginación se poblaba de templos fabulosos, sacerdotes vestidos con túnicas y ceremonias misteriosas. Era la letanía de órdenes y el misterio de los vientos, el del sudeste mojado, el del norte seco. Eran sus subidas al aparejo donde, inclinándose desde una cofa en el corazón de la selva de obenques, compartía un trago de aguardiente de su bota con un gaviero que chasqueaba la lengua en señal de agradecimiento, y desde donde miraba en silencio la armada que surcaba el mar, que seguía estando milagrosamente vacío de velas enemigas. Era el anochecer y las canciones melancólicas, el violín desafinado que tocaba unas melodías simples que, sin embargo, encogían el corazón con una violenta nostalgia, que unían a marinos,

soldados, eruditos y a los que no eran nada pero que habían subido a bordo esperando algo, no sabían qué.

Era también una obra de teatro que se representaba incansablemente, en la que se narraban las aventuras de un soldado que salvaba a una pobre muchacha esclava de un turco. Debido a su pequeña estatura, habían ofrecido el papel de esclava a Vincent, pero él lo había rechazado; recordando sus dotes para la esgrima, nadie se burló ni insistió.

Por fortuna, Vincent se libró de las enfermedades —diarreas, vómitos espantosos — que afectaban a los demás, víctimas del continuo balanceo y de la mala alimentación. Las cajas de comida habían deparado varias sorpresas, todas desagradables: el cordero, las judías y el bacalao estaban estropeados; la carne estaba podrida, las verduras infectadas de gusanos. Cualquier caldo tenía sabor a grasa rancia, comer un huevo daba arcadas, y las galletas caminaban solas por la cocina.

Pasaron por la isla de Porquerolles, el cabo de Córcega, los acantilados de Bonifacio, la punta de la isla de Cerdeña y las rocas de las islas de la Serpiente. Vincent miró a Denon mientras sacaba de la cartera papeles y lápices y se instalaba en cubierta como si fuera su taller. Sus ojos parecían cerrarse abatidos por el sueño, pero su mano dibujaba con precisión y fluidez.

—¡Qué deprisa va! —observó Vincent.

—Siempre tengo la extraña idea de que las cosas pueden desaparecer; prefiero dibujarlas antes de que se esfumen.

Y como para ejemplificar sus palabras, de repente apareció un tren de nubes negras oscureciendo el horizonte.

Pasado el cabo Montesanto, en una mar tan lisa que casi estaban parados, aparecieron varias chalupas genovesas para ofrecerles provisiones; quienes pudieron pagar compraron aliviados algunos tomates frescos y queso de cabra, galletas crujientes y un poco de carne seca.

Podían hablarse de una nave a otra. Al amainar el viento, Vincent sintió por fin el calor del sol. Sacaron la ropa mojada para ponerla a secar. Acodado a la borda, Vincent cerró los ojos.

—¡Bueno, bravo luchador, ya has haraganeado bastante!

—¿Acaso está enfermo el timonel? ¿O ha convencido al capitán de que yo era el más apto para manejar el timón y llevar la fragata a los escollos?

—Nos vamos, muchacho.

—¿Adonde?

—Al *Orient*. ¿Te acuerdas de Toulon? Tú, con tu presunción, me juzgaste presuntuoso a mí.

Vincent sonrió.

—Era mi ignorancia, señor.

Había disparado con tanta inocencia que, por una vez, Denon no se sintió obligado a replicar.

Saltaron la borda y, por una escalerilla de cuerda, bajaron a una chalupa. Vincent vio cómo Denon entregaba disimuladamente una moneda a un marinero. Pese a la aparente solidez de la chalupa y la calma del mar, de pronto sintió la fragilidad de su posición.

—Mira —dijo Denon.

A cien toesas de ellos se alzaba el *Orient* con sus tres puentes, como una isla inmóvil en el mar de aceite, como una fortaleza que los dominaba y que, a medida que se acercaban a paladas regulares, los envolvía en su sombra fresca, casi fría.

Laura.

Vincent se sonrojó solo de pensar en ella. Afortunadamente, Denon no lo vio.

# 3

—Los de debajo sirven de alcantarilla a los de encima.

Esta era la verdad sobre los coys de la bodega que un marinero les describió con resignada tranquilidad, mientras se pasaba el tabaco de una mejilla a otra. Vincent lo miraba: vivir a bordo de la *Junon* era una sinecura en comparación con el *Orient*, donde tres mil hombres se hacinaban y sobrevivían en la mitad del barco, en condiciones apenas mejores que los bueyes, cerdos y caballos, mientras que la otra mitad estaba ocupada por la pequeña élite real de Bonaparte, con el almirante Brueys al mando.

Vincent siguió a Denon quien, sin timidez aparente, se dirigió hacia los aposentos del general en jefe.

—Venimos a saludarlo —anunció con firmeza al oficial apostado en la puerta de la sala de oficiales.

—Está reunido con el Instituto.

—Es que yo soy miembro del Instituto —espetó Denon con soberbia, mientras Vincent daba ya media vuelta. Y, dirigiéndose al joven, con tono seco, añadió:

—Quédate conmigo. Ven.

—No quiero molestarle. Yo no formo parte de ese Instituto.

El oficial se hizo a un lado suspirando para dejar entrar a Denon, que no insistió. Por la puerta entreabierta, Vincent solo tuvo tiempo de ver una gran lámpara en medio de un salón resplandeciente de oro. El general en jefe daba zancadas de un lado a otro, paseando entre una pequeña aglomeración de eruditos y oficiales más o menos atentos.

—¿Qué hace aquí, Denon? —preguntó, interrumpiéndose para recibirlo con cierta hostilidad.

—Desafío las olas para venir a saludaros, mi general —dijo Denon inclinándose, mientras se oían algunas risas.

—¿De verdad es del Instituto? —preguntó el oficial a Vincent, mientras cerraba la puerta entre bostezos.

—Todavía no. Pero al ritmo que lleva, no tardará en serlo. ¿De qué están hablando?

—De la edad del mundo, del significado de los sueños y de cómo transformar a los ingleses en dulces corderitos… Y puede que también de cómo despertar a su ayudante de campo, el general Junot, que se duerme en cada sesión haga el tiempo que haga y sea cual sea el tema, no sin antes preguntar por qué Lannes no es miembro de honor del Instituto.

—¿Por qué Lannes? —preguntó Vincent ingenuamente.

—Lannes. El asno.[2]

Vincent se obligó a reír de aquel chiste tan malo.

—¿Tan aburrido es?

El oficial levantó los ojos al cielo.

—Peor.

Caía el crepúsculo y Vincent se aburría. Erró por la sala de juegos, donde los hombres perdían con elegancia sus buenos luises de oro en un juego de naipes oportunamente llamado el «faraón». Subió a la cubierta superior por si veía venir, al fin, el convoy de Civitavecchia a bordo del cual se hallaba el general Desaix. Escuchó anécdotas de los marineros y los soldados burlándose de la corte de Bonaparte y de las extrañas costumbres de aquellos sabios que se sentaban en las jarcias para leer manuales de matemáticas y que apenas levantaban la nariz cuando los cormoranes se les cagaban encima. Bajó después a merodear por los camarotes para ver si la veía.

Pero fue Denon quien se tropezó con él, encantado.

—Te necesito, muchacho. Estos señores quieren música, y de la buena. Están hartos de canciones de marineros. Me he comprometido diciendo que yo tenía a bordo lo que necesitaban. Tú tocas de verdad, ¿no? Quiero decir, que no tocas solo tu extraño instrumento.

—Sí, toco, pero…

Denon se lo llevó a rastras sin hacer caso de sus protestas.

—No hay peros que valgan: tocas, y ya está. Conoces a Mozart y conoces la vida, y estás harto de tocar en un teclado mudo que solo tú oyes y que —te lo digo en confianza— te hace pasar por chiflado. En la *Junon* piensan que oyes voces.

—Las oigo.

—Es lo que les he dicho. En el fondo no es malo para tu reputación.

Nada más entrar en la sala de oficiales, a Vincent le empezó a rodar la cabeza ante aquellas miradas que se posaron en él con afectada indiferencia. Reconocía algunas figuras legendarias: el imponente general Caffarelli con su pierna de madera, el genial Conté con su parche en el ojo, Kléber el gigante…

Y entonces la vio, al fin. Vestida con pantalón azul y una casaca verde ajustada que disimulaba lo que tenía que disimular, se hallaba de pie junto al piano, esperándolo. Parecía tan sorprendida como él pero supo dominarse más deprisa. Le dirigió una sonrisa.

—¡Música, música! —dijo Bonaparte dando palmas y mirando apenas al muchacho—. El teniente Baresi cantará.

Vincent se giró hacia Denon en busca de ayuda, de un rescate que le evitara tener que pasar por aquella prueba más dura que subir al palo mayor o batirse a espada. Pero Denon se limitó a sonreír amablemente, aparentando que estaba seguro de su protegido. Solamente sus labios apretados, un poco pálidos, revelaban su tensión. El tampoco había previsto la presencia del *oficial de enlace*.

Vincent pasó la mano por la caoba del piano. Hacía tanto tiempo que no había tocado uno de verdad que le asaltó una duda: ¿los ejercicios que hacía por las noches, los fragmentos que tocaba, las músicas que improvisaba para sí mismo y que eran las más bellas del mundo no serían, en realidad, un sueño, una ilusión? ¿No haría el ridículo?

En el atril había una partitura y Laura lo invitó a abrirla. Le rozó el hombro con la mano, causándole un motivo más de turbación… Se sentó en el taburete y las notas empezaron a bailarle ante los ojos. Ella se inclinó hacia él y le susurró al oído:

—¿No se encuentra bien?

Eran palabras banales pero, en su dulce voz, para Vincent podían significar una ardiente declaración. Se dominó y, en voz baja, le dijo:

—Déjeme tocar unos instantes para desentumecer los dedos. Después la acompañaré.

Inclinando la cabeza, con la mirada clavada en las teclas de marfil y ébano como si no existiera nada más, Vincent se sintió invadido por una calma interior absoluta y repentina. Tocó varios acordes en un tempo muy lento, repitió la secuencia y, a continuación, empezó a improvisar sin ver que algunas miradas de los allí presentes se habían vuelto hacia él. Interrumpieron las conversaciones para prestarle oídos y depositaron los vasos en los veladores. La misma Laura empezó a seguir la música, atenta y sorprendida a la vez. Cuando Vincent encadenó con las primeras notas de una de las arias de *La flauta mágica*, levantó por fin los ojos hacia ella, y ella le sonrió. Acto seguido, su voz cristalina cantó a Pamina, con una pureza tan embriagadora que hizo callar a los últimos charlatanes. «¡Tamino mío! ¡Oh, qué felicidad! ¡Pamina mía! ¡Oh, qué felicidad!». La línea melódica de su voz y el acompañamiento del piano se mezclaban con amorosa facilidad; mientras tocaba, él le acariciaba el cuerpo; mientras cantaba, ella lo besaba. Podían entregarse el uno al otro sin pudor. Nadie los veía, nadie los adivinaba, en cierto modo estaban protegidos, arropados por la música. El compás no hizo frenar su delirio: al contrario, ser secreto y estar sometido a reglas lo hacía más delicioso aún.

Cuando Laura terminó el aria entre aplausos, Vincent se levantó tímidamente para recibir la parte que le correspondía. Los dedos de la joven se posaron en su brazo y ahí se quedaron. Un calor se esparció por todo su cuerpo. Sintió que, para conseguir más, estaba dispuesto, conforme a la amenaza de Denon, a beberse toda el agua del mar.

—El teniente Baresi tiene una voz preciosa —dijo un anónimo.

Se ovó una risita rápidamente sofocada por la algazara, un ligero movimiento en el que cayeron algunos candelabros: Bonaparte había salido, Bonaparte había regresado. Se dirigió a Denon.

—Me dicen que su pianista lo hace muy bien, Denon.

—Es vuestro si lo queréis, mi general.

—Lo más irritante en usted, Denon, es que lo da todo sin que le pidan nada.

—Lo importante no es lo que se da, general, sino el destinatario que lo recibe.

—Lo que es doblemente irritante, cuando le veo, es que no sé por qué lo dejé subir a bordo. ¡Ah, sí! Josefina…

La sombra que pasó por el rostro de Bonaparte no era especialmente amistosa, pero Denon hizo todo lo posible por mantener su atención, bajo la mirada curiosa o severa de los oficiales que acechaban cada uno de sus movimientos, cada una de sus palabras.

—Eso es: es usted demasiado inteligente.

—Lo justo para serviros a vos. Para escribir vuestra leyenda se requiere algo más que poetas de salón.

—Halagos, halagos…

—El problema de los halagos es que quien los recibe siempre está tentado de creerlos… ¿Hace mal, es necesariamente una mala apuesta? Dejaos halagar, mi general. Dejad que yo os halague. Conocéis bastante bien a los hombres para saber que no tenéis por qué desconfiar de mí. Por tanto, creer en mis promesas es solo una pequeña apuesta.

Por primera vez Bonaparte sonrió. Una sonrisa breve, un poco seca, pero aun así era una sonrisa, que constituyó toda su respuesta a la arenga. Junot se inclinó a su oído y la sonrisa de Bonaparte se ensanchó, invadió su cara, relajó su cuerpo. «Está bien», dijo e hizo una seña a Caffarelli. Los dos hombres se eclipsaron. Denon le siguió un instante con la mirada, sin cambiar la expresión de su cara aunque el general ya no lo veía.

De pronto, se oyó un nuevo rumor en las voces. Se elevaron, crecieron como si el navío hubiera quedado a merced de una ola. La araña de cien velas se balanceaba.

—¡Desaix! ¡Desaix!

Todos se apretujaron, se empujaron, se pisotearon casi para salir del salón y de los camarotes, para subir a cubierta detrás del general.

—¡Desaix! ¡Desaix!

Era el convoy que los vigías llevaban dos días esperando. Con él se hallaba Monge, que había dirigido en persona y con pulso firme el desmontaje de las tres únicas imprentas en árabe del continente europeo, las del Vaticano, ahora destinadas a publicar las proclamas del general Bonaparte a los egipcios. Un grito cruzó el *Orient*

y despertó a los que aprovechaban la tranquilidad de la noche para dormir: llegaba Desaix, y por fin la armada al completo podría realizar los más grandes designios, nada se le resistiría, ni la habilidad de Nelson podría con ella.

Desde cubierta se agitaron hacia los fanales de *L'Artémise* y de la treintena de navíos del héroe del ejército del Rin pañuelos y sombreros, sables y fusiles; era hermoso decirse que podrían morir jóvenes cuando tenían la esperanza loca de vivir gloriosamente.

Se quedaron a solas.

En medio de la confusión ellos no se habían movido. Vincent seguía con las manos en el piano, tocando unas notas en las que nadie se fijaba, que nadie oía entre el alboroto y el entusiasmo. Laura se había quedado de pie a su lado, tan cerca que con solo mover el hombro la habría podido tocar, un espacio tan pequeño y tan grande a la vez que le parecía atravesado por ondas de calor.

Cuando el salón quedó totalmente vacío, Laura se inclinó y deslizó su mano sobre los dedos de Vincent; él acariciaba las teclas y ella le acariciaba los dedos, así cada uno tocaba un instrumento, silenciosamente.

—Me gustan estas manos —dijo ella—. Se adaptan bien a mis labios. Sé todo lo que se puede hacer con ellas. Sé que todo está permitido con ellas, no necesitan más que una hermosa música para cantar…

El corazón de Vincent latía con violencia. Lejos de ella, le había parecido fácil desoír las advertencias de Denon; estando a su lado, le resonaban en los oídos desde las entrañas del navío.

—Levántate.

Vincent obedeció, dócil y feliz, ligeramente aterrado. Ella lo atrajo hacia sí mediante una danza inmóvil, su boca a un dedo de la suya. La deseaba intensamente y ella, con su cuerpo, sin decir palabra, le mostraba que también lo deseaba a él.

Era muy fácil. Era demasiado fácil. Era tan fácil…

El tiempo se ralentizó, descomponiéndose en fracciones, y un sinfín de sensaciones se impregnó en él; le parecía que podría rememorar cada uno de los detalles como la piel guarda la huella de las caricias.

Se oyeron ruidos, risas sofocadas. Vincent se puso rígido y se alejó de ella instintivamente. La joven le susurró al oído:

—Bienvenido a Oriente.

Cuando empezó a cerrar la tapa del piano y a recoger nerviosamente la partitura sin atreverse a levantar los ojos hacia ella, ya no estaba seguro de haberle rozado la oreja con los labios: sin embargo, aún sentía cómo le quemaba el aliento.

Era tan fácil…

# 4

Al ver recortarse los muros de la fortaleza de Malta, el estremecimiento ya familiar del miedo cruzó el puente de la *Junon*. Eran risas nerviosas y bromas, rumores sordos. Desde que los caballeros se habían hecho los amos de aquellas poderosas murallas, nadie había sido capaz de tomarlas: el caballero Jean Parisot de La Valette había defendido victoriosamente la ciudad contra cuarenta mil turcos durante un sitio de cuatro meses.

—¿Los ves? —preguntó Frédéric.

Vivant Denon había prestado su catalejo a Vincent mientras él dibujaba, bajo la suave brisa, una vista de la ciudad desde la isla de Gozo, por la que habían pasado el día antes tras dejar en poniente la humareda roja y naranja del volcán del Etna.

—Veo más cañones que hombres.

Toda la flota se había puesto a popa del *Orient*. Tras los dos islotes de Comino, se había desplegado en un semicírculo que abarcó toda la bahía desde el fuerte de Santa Catalina, como una gigantesca trinchera abierta en el agua. Las negras bocas de los cañones en los flancos de los navíos y las fragatas apuntaban a las murallas de granito. De nuevo se habían abierto los pañoles de pólvora y de balas. Habían enviado una chalupa a tierra. Estaban a la espera, nadie sabía nada.

Vincent sentía en el vientre una curiosa sensación: quería combatir. Sentía que, si luchaba —de verdad, cuerpo a cuerpo—, sufriría una transformación violenta y radical. Pero la *Junon*, que había sido la primera en salir de Toulon, se encontraba ahora, por el azar de la organización del almirante Brueys, detrás de todo.

—¿Ves chicas?

Vincent apartó el catalejo y lanzó una mirada a Langeac, divertido.

—Sí, imbécil. Veo una que agita una bandera blanca con tu nombre escrito encima.

—¿Es guapa?

Vincent fingió mirar por el catalejo con extrema atención.

—¡Oh! ¡Ah! Es tuerta como Conté y tiene una pierna de madera como Caffarelli. Pero tranquilo, tiene un hermoso bigote, como Kléber. Tienes suerte, has topado con una mujer de carácter.

—Según mis informaciones, tiene una hermana. No te preocupes por nada, soy un caballero y te la reservo.

Fue entonces cuando estalló el primer cañonazo. Lo habían disparado desde el *Orient*. De inmediato le contestó otro desde el fuerte. Un poco de humo gris flotó en el aire: en medio del cañoneo que empezaba, las chalupas se hicieron a la mar desde

los navíos y las fragatas.

—¿Ya nos toca? ¿Cuándo desembarcamos? —preguntó Vincent, ya que a bordo de la *Junon* no circulaban las órdenes.

Tenía la mano aferrada al puño de su espada, que colgaba de un ancho cinturón de cuero por encima de la gruesa chaqueta de paño que no se quitaba nunca. Frédéric adoptó la misma pose para imitar su actitud guerrera.

—¡Ya nos toca! ¡Prepárate! ¡Mira, ahí están, los bárbaros, los moros, los prusianos, los ingleses! ¡Vamos, pelea!

Hizo cómicos molinillos con los brazos y Vincent no pudo evitar sonreír.

Había algo curiosamente desorganizado en la defensa de la isla. A pesar de su falta de experiencia en cuestiones militares, Vincent vio que no todos los cañones disparaban y que los que sí eran utilizados lo hacían con una falta de convicción evidente, a un ritmo demasiado débil, con una puntería demasiado imprecisa para impedir el avance de las chalupas. Solamente un disparo más acertado que los otros arrancó un timón justo antes del desembarco; esto no frenó en absoluto a las tropas francesas que llegaron a poner pie en toda la superficie de la orilla, desde Santa Catalina hasta San Elmo.

El corazón de Vincent se aceleró más todavía. Pero no se atrevió a expresarlo en voz alta por miedo a la ironía de Langeac. «Seguro que es ahora, ahora empezarán los combates, saldrán todas las tropas y la milicia, y nos llamarán a nosotros como refuerzo». Pero los soldados de Desaix, los de Lannes y los de Marmont parecían avanzar sin dificultades. Desembarcaron los cañones como en un entrenamiento y pasaron las primeras baterías enemigas con una facilidad desconcertante.

Denon dibujaba en silencio y, sobre el papel, la batalla fue tomando unas proporciones que no tenía ante sus ojos.

Cuando se izó la bandera blanca en lo alto del castillo, Denon dejó los lápices.

—Ya está —dijo, satisfecho.

—Somos unos buenos conquistadores.

—Conquistar, mi joven amigo, no significa ser estúpido. Desde Azincourt y Crécy hemos hecho bastantes progresos en estrategia militar. Hace meses que uno de nuestros hombres se introdujo entre los caballeros y les ha demostrado que la alianza del gran maestre Hompesch con el zar Pablo I era contra natura, contra la Historia, contra Dios y el Ser Supremo, en fin, una herejía, mientras que la alianza con Francia era natural… Ha repartido regalos y ha hecho algunas promesas que solo comprometen a los que se las han creído, naturalmente. ¡Y este es el resultado!

Señaló la bandera blanca que ondeaba al viento.

Vincent se giró hacia Frédéric, que lucía una amplia sonrisa.

—¡Desde luego, no se podrá decir que no hayamos tomado Malta brillantemente!

—No, no se podrá decir.

Pero mientras Langeac suspiraba de alegría, feliz por una gloria que había salido barata, Vincent exhaló un bufido de decepción.

Hubo que esperar a la noche para desembarcar, a una legua de la ciudad. En el campo, en medio de naranjos y limoneros, tan solo se veían unas pobres viviendas y algunos animales errando por los áridos campos, donde crecían tantas piedras como algodón o trigo. En cada recodo surgían oratorios o cruces. Aparte de las casas de los campesinos, las únicas construcciones parecían ser monasterios.

Tras franquear las puertas abiertas en las gruesas murallas, y después de un dédalo de puentes levadizos y estrechos caminos, Vincent descubrió una ciudad alumbrada aún tímidamente, con anchas calles que descendían en suave pendiente, bien empedradas de casas blancas coronadas por terrados de piedras desde los que se podía ver la noche iluminada por los fanales de los trescientos barcos fondeados en la bahía.

Mientras sonaban las campanas de la iglesia de las Carmelitas y de la iglesia de San Juan, los hombres aplaudían a los franceses, hombres de ojos negros y rasgos que podían ser africanos, árabes o europeos, y a veces todo a la vez. No se veía ninguna mujer joven con o sin abanico, ninguna silueta de formas femeninas, solamente algunas viejas con velos negros que caminaban encorvadas bajo el peso de un cesto.

Las posadas y los cafés estaban cerrados, pero abrieron ante los golpes de los soldados y empezó a correr el vino.

Vincent percibió la tensión que reinaba en tierra. Antes de abandonar el navío, se habían leído las órdenes de Bonaparte a los soldados y marineros: el general en jefe los instaba a tener un comportamiento digno de patriotas y de republicanos. Quienes maltratasen a los habitantes deberían responder personalmente de sus actos ante él. Pero los hombres no escuchaban: llevaban diecinueve días en el mar, tenían hambre y sed de todos los placeres anunciados o imaginados durante sus conversaciones bajo las estrellas. De repente el soldado Matasiete se acordó de la bella esclava turca y se imaginó que cada mujer que encontrase estaría esperando ansiosamente su sable y sus fuertes brazos.

No era ahí donde encontrarían «los seis arpentes[3] de tierra» que les habían prometido a cada uno antes de embarcar en Toulon. Pero algo inquietante flotaba en el aire: tampoco se contentarían con la deliciosa limonada que les ofrecían.

Vincent se perdió solo por las calles de la ciudad vieja, donde la noche extendía su manto de sombra sobre la piedra blanca. Sentía en la piel el frescor de la brisa que venía del mar. Oía gritos y risas, pero cuando se hacía el silencio, era un silencio denso; en las casas se corrían las cortinas, las luces se apagaban en las altas ventanas de las fachadas de los palacios.

—¡*Signore*! ¡Señor!

El hombre que lo agarró de la manga era un anciano. Hablaba una mezcla de varias lenguas en las que reconoció el francés y el italiano. Iba vestido con un modesto traje negro en el que flotaba su esquelético cuerpo y del que emergían dos manos amarillas, apergaminadas. De sus embarulladas explicaciones Vincent solo comprendió que tenía que ir con él, que tenía que seguirlo… La prudencia le aconsejaba alejarse, pero el instinto le hizo dejarse llevar.

Lo entendió todo cuando cruzó una puerta en un muro de anchas piedras talladas. En el centro del claustro, un grupo de soldados vociferantes, entre los que no reconoció a ninguno de sus compañeros de la *Junon*, estaba reunido en torno a la fuente. El ruido del chorro de agua era el único resto de paz que quedaba en el lugar. Los gorros frigios estaban por el suelo junto con los cascos de plumero rojo. En las miradas brillaba la codicia. Varios hombres se habían apoderado de unas muchachas a las que sujetaban con fuerza, mientras las demás monjas del convento se apretujaban contra la puerta cerrada de la iglesia. Tenían los ojos aterrorizados pero permanecían absolutamente silenciosas. Para Vincent aquel silencio era tan impresionante como si estuvieran chillando.

—¡Vamos a decirles misa! —gritó una voz.

—¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo! —gritó un segundo hombre haciendo un gesto obsceno.

—¡Amén!

De un brinco, Vincent se puso frente a ellos y, blandiendo la espada, les recriminó:

—¿Cómo osáis desobedecer las órdenes del general en jefe?

La sorpresa hizo que se callaran por un instante, pero luego un gigante rubio de pelo enmarañado, a lo Kléber, salió de la masa y avanzó hacia él.

—No hemos oído ninguna orden. Y no estamos esperando las tuyas…

—«Todos los habitantes de la isla de Malta pasan a ser ciudadanos franceses…» —comenzó Vincent antes de ser interrumpido por un barullo de voces y el repiqueteo de las espadas que se desenvainaban.

—¡Que le den la comunión y la extremaunción, no hemos venido a aquí a escuchar a un cura!

—Ya lo has oído —dijo el rubio con una sonrisa torcida—, si no quieres celebrar la misa con nosotros, sal de estos muros mientras estás a tiempo. Si no…

—¿Si no…?

La voz de Vincent quedó en suspenso. Luego se oyó un rugido y, entre la confusión que siguió, Vincent solo pudo distinguir, en medio de la furiosa refriega, unas palabras enfurecidas que decían algo de «dar patadas en el culo». ¿Langeac? ¿Era él? Mientras golpeaba y huía, gruñía y pegaba, giró la cabeza en todas

direcciones. Solo había caos y gritos. Incluso antes de ver a Langeac, oyó la voz de su amigo que retumbaba:

—¿Otra vez tú, Jefferson? ¡Siempre estás en sitios de curas!

—¡Es mi destino!

Las muchachas corrían por el claustro intentando huir, algunas hacia la iglesia, otras hacia la calle. Los soldados que no se habían dedicado a pelear las atraparon pretendiendo cobrarse al instante el pago por sus molestias. Las persiguieron hasta el refectorio y la sala capitular.

Langeac había llegado con algunos compañeros, pero eran un puñado frente a la cincuentena de soldados enfurecidos por el inesperado obstáculo que entorpecía su proyecto de diversión. Langeac y Vincent se vieron obligados a retroceder hacia la puerta de la iglesia, defendiéndose con grandes aspavientos que no tenían nada que ver con la esgrima-académica.

Cuando el disparo de fusil restalló en el convento convertido en arena de circo, todo se inmovilizó.

Al ver las charreteras doradas en la casaca negra, al ver la joven silueta decidida que había penetrado en el claustro, los soldados se incorporaron.

—¿Qué ocurre aquí?

Vincent se adelantó.

—Ocurre, mi general, que desobedeciendo las órdenes del general en jefe, estos hombres habían empezado a maltratar a las jóvenes de este convento.

La sombría mirada del general Desaix se paseó por toda la tropa.

—Soldados…, soldados…

Su grueso bigote negro se estremeció de ira.

—¿Os llamáis soldados?

Solo el silencio o unos carraspeos incómodos le respondieron.

—Apenas sois dignos de llamaros animales.

Una mujer un poco mayor que las demás se separó del grupo de muchachas, que todavía estaban muertas de miedo, y se acercó al general.

—Le estamos profundamente agradecidas, mi general —dijo, en un francés perfecto.

—No tienen que darme las gracias a mí —dijo Desaix—, sino a este joven y a sus amigos. Va vestido como un estudiante pero tiene la talla de un hombre. ¿Habré de encerrar a todo el mundo, o los responsables de esta aventura se señalarán a sí mismos?

La mirada de Vincent se cruzó con la del granadero rubio. No dijo nada. El otro no desvió la mirada, desafiante.

—¿Y bien? —insistió Desaix antes de volverse hacia Vincent—. Tú debes de saberlo, ¿no?

Vincent permaneció en silencio, los labios y la garganta secos. No tenía miedo, pero se sentía terriblemente solo.

—Este hombre —dijo al fin, señalando con el dedo al rubio—. Los otros no hicieron más que seguirlo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Desaix al mentiroso.

—Favier, trigésimo segunda media brigada.

—¿Has sido tú?

—Sí, mi general.

Otros tres hombres dieron un paso adelante.

—Nosotros estábamos con él, mi general.

Y mientras los encadenaban y se los llevaban, tal vez a la muerte, Vincent sintió que las miradas de odio se posaban en él.

—¿Crees que he hecho mal?

Era la décima vez en toda la noche que Vincent le hacía la misma pregunta a Langeac, y este se negaba a contestarle.

—Has hecho lo que has hecho. Bien o mal, ya está hecho.

En el fuerte se había izado el pabellón tricolor; en la rada se habían disparado quinientos cañonazos. Estaban delante de la fachada de la iglesia de San Juan, adonde iban llegando carretas rebosantes de objetos de plata y oro procedentes de todas las iglesias y palacios de la ciudad para ser fundidos en las capillas, en las que se habían instalado varios crisoles.

Los habitantes se habían congregado allí y miraban, silenciosa y tristemente, cómo desaparecían los símbolos de su antigua independencia y su fortuna. De vez en cuando, una imprecación anónima cruzaba el aire: no iba dirigida contra los franceses, sino contra la orden de Malta y su gran maestre, el viejo caballero de Hompesch, quienes habían pasado aquellos últimos años disfrutando de la vida, intrigando y confiando la defensa a una milicia, mientras ellos acumulaban riquezas y privilegios; para colmo de todo, los acusaban de haber traicionado y vendido la isla a los franceses sin haber intentado siquiera defenderla.

Al alba, Favier había sido ejecutado y los tres cómplices indultados.

—Me importan un comino las opiniones de los demás —dijo Vincent, mientras una lámpara de oro macizo pasaba por delante de ellos—. Quiero saber lo que piensas tú. ¿Lo habrías hecho tú en mi lugar?

—Yo no estoy en tu lugar.

—¡Vamos! —se impacientó Vincent—. ¿Me vas a contestar, sí o no?

—¿Conoces el proverbio más antiguo de los soldados, el que se repite de generación en generación, más allá de victorias y derrotas, de muertes y de heridas?

—No.

—Dice así: «He hecho lo que un soldado suele hacer. Y además, he hecho lo que he podido». Tú no eres soldado.

—¿Eso es un insulto?

—No he dicho que fueras imbécil. Solo he dicho que no eras soldado. ¿O es que lo niegas?

—No.

—Entonces, déjame en paz ya y deja de fustigarte con tu moral.

—No puedo.

Frédéric suspiró y levantó los brazos.

—¡No te estoy pidiendo que abjures!

Un movimiento los interrumpió. Cuando, en la nave de la iglesia, los soldados se disponían a quitar doce estatuas de plata maciza para fundirlas con el resto, una delegación de la población se había precipitado al palacio Parizzo, donde se hallaba instalado Bonaparte, para proponerle comprárselas. El general en jefe había aceptado. Una procesión con cánticos celebraba su benevolencia.

Surgiendo de entre la muchedumbre, un joven vestido con túnica blanca se arrojó literalmente a los brazos de Vincent.

# 5

Entre los ruidos y las protestas, los gritos y los gestos de cólera, a Vincent y Frédéric les costaba comprender lo que estaba pasando. El joven de piel mate y mirada negra, como iluminada por un fuego interno, era de alta estatura. Lanzó a sus perseguidores una sonrisa de desprecio y luego clavó su mirada con confianza —con cierta arrogancia, incluso— en la de Vincent. En medio de tanta confusión, casi parecía indiferente. La presencia de los dos franceses, la mano firme de Vincent sobre su espada y la corpulencia de Langeac resultaban intimidantes.

—¿Y bien?

Antes de que el grupito cesara sus gesticulaciones amenazadoras, un hombre mayor, que llegaba sin resuello, se unió a ellos. Caminaba con dificultad, inseguro, y bajo la peluca su cara tenía una palidez de cadáver. Su traje negro dejaba ver unas medias de seda de un color rosa dudoso ceñidas a sus esqueléticas piernas.

—Es mío —dijo con voz moribunda, señalando al muchacho.

—¿Suyo? —exclamaron Vincent y Frédéric—. ¿No sabe que ahora está en Francia, señor mío, y que ya nadie pertenece a nadie? La esclavitud ha sido abolida esta mañana en Malta. ¿Acaso estaba durmiendo cuando los seiscientos hombres que usted y los suyos tenían retenidos han sido liberados entre cantos de alegría?

Una bruma de fatigada duda pasó por la mirada del viejo.

—Es mío y, además, me ha robado una moneda de oro.

—¿Has robado? —preguntó Vincent al fugitivo.

Este no contestó. Su mirada escrutó la cara del anciano y la de sus criados, una pequeña tropa de esbirros armados con viejos estoques y lacayos de ojos malvados vestidos con librea azul de adornos dorados. Revolvió en los bolsillos de su túnica y extrajo un rosario. Se puso a desgranar las cuentas con una expresión de profunda tranquilidad.

—No le ha robado, señor, y ya no es suyo. Sugiero que le deje vivir y morir como hombre libre.

El anciano miró a su alrededor y, con ademán cansado, ordenó calma a su tropa. Miró la plaza y los destacamentos de soldados que pasaban sin cesar.

—No está bien hacerme esto —dijo con voz quebrada—. Yo era de su bando…

—No creo que deba recibir lecciones de usted sobre lo que está bien o está mal, señor. Ni hoy ni otro día. En cuanto a los bandos, concédame la libertad de pensar que yo no soy del suyo. Jamás.

El viejo caballero no se tomó la molestia ni de dirigirle una mirada colérica. El y sus hombres se alejaron. El fugitivo permaneció un instante inmóvil, siguiéndoles con

los ojos como para asegurarse de que salían de su vida. Después tomó las manos de Vincent y Frédéric entre las suyas. Lo hizo sin efusión, con un orgullo contenido en el que, sin embargo, había cierto ardor.

—Me llamo Rashid —dijo con voz neta y un acento levemente cantarín— y os doy las gracias.

Vincent y Frédéric se miraron con asombro.

—¿Hablas francés?

—Lo aprendí.

—¿Dónde?

—En Egipto, con un viejo francés del fuerte Julián, en la ciudad donde nací y que lleva mi nombre: Rashid, aunque vosotros la llamáis Rosetta.

—¿Y cómo llegaste a ser un esclavo en Malta?

—Es una larga historia. Digamos que, por mi propia estupidez, fui raptado, vendido, encadenado, deportado, azotado… Pero tú se lo has dicho a mi antiguo amo: ya no soy esclavo… ¡Es como si no lo hubiera sido nunca!

—¿Y qué vas a hacer con tu libertad?

Una amplia sonrisa iluminó la cara de Rashid.

—¡*Insh Alá*! ¡Que se haga la voluntad de Dios!

Mientras hablaban, los tres hombres se habían acercado al palacio Parizzo donde Vincent debía esperar a Denon.

—Aquí se separan nuestros caminos —dijo Vincent.

—*Insh Alá* —repitió Rashid—. ¿Quién sabe si lo que has hecho hoy por mí no lo haré yo por ti algún día?

—¿Qué quieres decir?

Rashid se echó a reír.

—Con los franceses del fuerte comprendí que vosotros siempre queréis comprenderlo todo… ¿Por qué queréis comprender? ¿Por qué el conocimiento no puede venir por caminos misteriosos?

—Es simpático, pero no vamos a pasar toda la noche escuchándolo recitar el Corán —masculló Langeac, antes de que Vincent le diera un codazo.

Después de despedirse de Rashid con un afectuoso apretón de manos, Vincent penetró en el patio del palacio, alzó la mirada hacia los dos pisos de anchas arcadas, por cuyas ventanas se adivinaba una decoración de estatuas y frescos.

Denon lo estaba esperando, con su cartera de cuero al hombro.

—Es una gran felicidad volver aquí —dijo con aspecto alegre—. ¿Qué has estado haciendo desde ayer?

—He matado a un hombre y he salvado a otro.

—¿En una noche? Ya sabía yo que no eras un cualquiera, muchacho, lo supe desde el día en que estuve a punto de sacarte prematuramente de esta tierra.

Cuéntame lo ocurrido, seguro que es apasionante.

Y mientras se internaban por las callejuelas cada vez más oscuras de la vieja ciudad, Vincent le fue contando.

La pesada puerta disponía de una aldaba de bronce en forma de cabeza de león. En la esquina de la calle que acababan de doblar, también cuatro leones sostenían el pilón blanco de una fuente. Vivant Denon llamó y la puerta se abrió sin hacer ruido ante un zaguán oscuro en el que un criado de cierta edad y librea desgastada se inclinó ante ellos. Sin decir palabra, les indicó que lo siguieran.

Los precedió por un pasillo que olía a polvo y a cerrado, una especie de galería estrecha, oculta a la luz del día, donde casi chocaban con los cuadros de antepasados, donde se habían amontonado siglos de historia en medio de la indiferencia. En aquel lugar no penetraba ningún ruido del mundo, nada que procediera del exterior: era como si allí se enmoheciera la eternidad.

En el extremo del pasillo se abría otra puerta que daba a lo que Vincent imaginó que sería un salón amueblado del mismo modo que el corredor: con viejos cofres y tapices hechos jirones. Pero cuando el criado se apartó para dejarles pasar, la luz le dio de pleno en la cara.

Bajaba por una claraboya en el centro de la habitación circular y empapaba las paredes, decoradas con unos frescos como no había visto nunca: hombres con cabeza de animales pintados de rojo, con hachas o cuchillos en la mano, mujeres con ropas transparentes y cuerpos sensuales que parecían querer salirse de las paredes, halcones de ojos verdes… El único punto en común con el pasillo que habían cruzado era la humedad que impregnaba, que saturaba el aire.

Aquella visión, tan repentina y tan nítida, turbó a Vincent: dondequiera que posase la vista, notaba una sensación de familiaridad y armonía.

—¡Bienvenidos a mi santuario!

El anciano estaba instalado en una alta silla recta y los invitó a sentarse ante él. Iba vestido con una simple túnica de color azul, ligeramente ceñida a la cintura con una faja de tela. Lucía una cabellera blanca bastante larga y su rostro estaba arrugado, cuarteado como una tela vieja, pero su expresión carecía de edad, era serena y acogedora. Denon se sentó, mientras Vincent siguió mirando las pinturas murales. Soha difuminarse, ausentarse en cierto modo cuando alguien hablaba con su maestro. Pero al cabo de unos instantes, como solo oía silencio, también tomó asiento.

Había algo que no era normal.

Lo que no era normal era que el anciano lo estaba mirando a él, con una sonrisa insistente.

Vincent se volvió hacia Denon, que no manifestó sorpresa alguna.

En ese momento el anciano pronunció unas extrañas palabras, con la mirada

todavía clavada en Vincent:

—Te estaba esperando… Sí, sabía que vendrías.

—Unos amigos míos —dijo Denon con una timidez que Vincent no le conocía— me pidieron que le visitara cuando estuviéramos en Malta.

Ante el sonido de su voz, el viejo caballero giró la cabeza hacia Denon, como si al fin lo descubriera.

—En tiempos de cambios y violencia, la sabiduría se oculta en lugares secretos y los templos se excavan bajo la tierra para escapar de la locura. Afortunadamente, la casa de un viejo caballero que no reclama nada no interesa a nadie. Y así se protege del tiempo…

—Se dice que sabe dónde se hallan los templos ocultos de Egipto, aquellos que las arenas han protegido de los hombres y de la destrucción. Los que yo debo descubrir.

—Las arenas, sí… Las arenas del tiempo los han cubierto, y ahora viene el tiempo en que las arenas retrocederán como las aguas del mar: ahora viene el tiempo de hablar y revelar.

Hablaba como un profeta, pero con tal sencillez que Vincent estaba conmovido, prendido por la magia que los bañaba como la luz blanca de la habitación. Con unas pocas palabras, el anciano los había sacado de su época para sumergirlos en la suya propia.

—Tendrás que viajar —le dijo a Denon—. Tendrás que esperar con paciencia, y muchas veces derramarás lágrimas por no poder mirar lo que estés viendo; tendrás que seguir la guerra y no ensuciarte los ojos con ella, pues la guerra no es para ti: lo que tú quieres es la belleza, y te está reservada con tanta abundancia que derramarás lágrimas de alegría. Busca primero la revelación, la que se apodera de todo el ser, la que hace temblar el cuerpo, la que llena el corazón de gozo y hace que el alma vibre al unísono con el universo: la vivirás en Dandara cuyo antiguo nombre es Tintyris. Cuando veas esta rueda del zodíaco en el cielo…

Se interrumpió para señalar con el dedo un zodíaco pintado en la pared.

—… estarás muy cerca de un poder que no puedes ni imaginar. Es el poder de los antiguos faraones, el que el mismo Alejandro buscó en vano, el de los conquistadores, el que tu amo Napoleón Bonaparte está intentando descubrir ahora mismo, el que algunos hombres no se cansarán de perseguir y que, tal vez, no exista. Porque detrás del poder reina el conocimiento. Es una verdad que saben y no saben, pues, aun con todo su poder, su ignorancia es terrible. Pero para el conocimiento…

El anciano se interrumpió y apartó la mirada de Denon. La depositó con dulzura en Vincent.

—Para el conocimiento, lo necesitarás a él.

El corazón de Vincent latía con fuerza y él se sentía incapaz de decir nada. Se

limitaba a observar al caballero preguntándose —como lo haría Langeac— si no estaría representando un papel mudo en una mala obra de teatro.

La luz que caía desde la cúpula había cambiado de color; era más suave, casi amarilla, como si tras el destello deslumbrante de la primavera llegara un verano dorado sobre el trigo.

—Tú serás el guardián de la inocencia, el que coge agua del río, el mensajero, el que pronuncia el nombre de los soberanos, el que dice las últimas palabras y las primeras, el que pasa y desaparece y el que regresa y de nuevo se va. A ti te será dado ver, como en un espejo y en un enigma. A ti te será dado atravesar las arenas del tiempo. ¿Comprendes lo que te digo?

Vincent asintió a pesar suyo, como si lo guiara una certeza nueva, desconocida y más fuerte que todas sus dudas. Apenas movió los labios para decir que sí comprendía.

—Ahora debéis dejarme. No puedo deciros una palabra más que os sea útil. A mi alrededor el mundo va a desmoronarse y es bueno que se desmorone, es bueno porque es así, no se puede decir más. Se pierde y se gana, se desaparece y se renace. En este caos, poco importa si uno es sabio o ignorante, si le envía el azar o el destino. Poco importa… Mañana no recordaré que os he visto: vosotros debéis guardarlo en la memoria y hacer lo que os corresponde hacer. Solo quiero conservar el recuerdo de la mano fresca de una mujer y morir con la brisa del mar, en la cara, al amanecer…

Se levantó y de un pliegue de su túnica sacó un objeto que deslizó entre las manos de Vincent.

—Solo has perdido para encontrar algo mejor. Acéptalo.

Vincent se limitó a apretar el objeto entre las manos sin atreverse a mirarlo.

La puerta se había entreabierto para dejar pasar al criado, que los invitó a despedirse. Hicieron una profunda reverencia ante el caballero. El anciano se despidió sencillamente; su mirada ya estaba en otra parte y ya su espíritu se había ido antes de que ellos se fueran.

Cuando estuvieron en la calle, Denon y Vincent entornaron los ojos a pesar de que casi se había hecho ya de noche.

—Es como si… —empezó Vincent, buscando las palabras.

—Es como si hubiera sido un sueño —terminó Denon—. Al ver ese zodíaco…

—¿Sí?

—Me ha recordado tu dibujo. Vincent hizo una mueca.

—Todos los zodíacos se parecen, ¿no?

—Tal vez…

Denon esbozó un movimiento de despecho, que no pasó por alto a Vincent. Masculló unas palabras que se perdieron en el anochecer.

—¿Qué dice? —preguntó Vincent.

—Me pregunto qué esperaban mis amigos al enviarme a ver a este hombre…

—¿Sus amigos?

—Es una historia demasiado larga.

—¿Quiere decir que no merezco oírla?

Denon rió.

—Menuda pareja hacemos. Uno es celoso y el otro rebelde como un potro…

—¿Celoso, usted?

—Celoso, o quizá decepcionado… Si he oído bien sus palabras, yo encontraré la belleza, pero para el conocimiento dependeremos de ti. ¿No pondría eso celoso a cualquiera?

—¿Acaso no es la belleza lo que usted busca?

Denon se quedó pensativo por un momento.

—Tienes razón… Creemos conocernos bien pero seguimos siendo ingenuos como niños, y en el fondo de nuestra alma duermen deseos que una sola palabra despierta y nos inflaman. No es nada.

En un movimiento de afecto, cogió el brazo de Vincent y lo apretó. Su voz era serena cuando le preguntó:

—¿Qué regalo te ha hecho ese caballero filósofo que recordaba la mano fresca de las mujeres?

Vincent abrió la mano.

En ella reposaba una cruz de una forma extraña y, sin embargo, de una perturbadora familiaridad. En cada uno de los dos brazos había grabada una línea de minúsculas inscripciones que no podía descifrar. Pasó un dedo por aquellos garabatos de plata.

Se sacó la cadena que llevaba al cuello y enfiló en ella la pequeña cruz de plata, cuyo frío contrastó con el calor de su pecho.

Se dijo que nunca se separaría de ella.

# 6

En la superficie de agua negra los ruidos de los franceses quedaban engullidos por el chapoteo de las olas. Apenas eran ruidos humanos, eran los de las entrañas que se liberaban: un hombre vomitaba por encima de la borda, otro escupía tabaco; en el entrepuente resonaba el canto de un jaranero, apenas distinto de los gritos de un borracho. Antes les había faltado el agua: ahora se estaban consolando con vino.

Aunque la rada estaba protegida, la brisa de la noche levantaba un ligero oleaje que hacía crujir los barcos acoderados; las anclas gemían y protestaban, una vela mal plegada emitía un petardeo como de escopeta; un mástil gemía bajo el viento y los obenques temblaban, protestaban; en los castillos los hombres fumaban tabaco húmedo y ya se contaban anécdotas del país. Hablaban de Favier y decían: «¡El pobre!». Se susurraba el nombre de Vincent Jefferson Herbach con desprecio.

La chalupa se deslizaba por el agua oscura, una chalupa parecida a todas las demás que iban y venían entre los barcos y los muelles, removiendo las aguas del puerto. Los orgullosos nombres de los barcos se recortaban en letras doradas sobre los negros cascos: *La Diane, L'Artémise, La Couragense, Le Mercure*… De las almenas de las poderosas murallas habían desaparecido los cañones; en un solo día, sin ofrecer una verdadera resistencia, minada esta por los espías y el caldo de decadencia interna, la ciudadela de LaValletta se había convertido en su propio decorado, en el teatro de imágenes que contaba, mejor que los hombres debilitados, la historia de lo que había sido una plaza fuerte inexpugnable.

El hombre iba envuelto en un abrigo gris y no miraba en dirección al puerto y a la ciudad, sino hacia el mar. Más allá de la entrada, en la bahía de San Julián, aparecía sobre el agua negra la silueta gris del islote de Gozo donde, el día antes, las tropas del general Reynier habían desembarcado, ocupando el primero de los fuertes de Malta, el fuerte Chambray. Era un islote que, con la excepción del fuerte, pertenecía a unos cuantos campesinos que lo compartían con sus cabras esmirriadas; en aquella hora de la noche solo brillaban unas débiles luces.

El hombre escupió al agua y envolvió un poco más su flaco cuerpo en el abrigo, como si quisiera rodearse de la noche misma.

—Más deprisa —masculló entre dientes.

Se oyeron sonar unas monedas en el fondo de una bolsa oculta en un pliegue de la pesada tela.

Los dos marineros remaron con un poco más de fuerza, deslizándose con destreza, sin ruido, entre las masas negras de los últimos barcos de la flota, donde ahora todo estaba acallado por la borrachera y el agotamiento.

Desde mar abierto el islote de Gozo parecía tan solo una elevación granítica rodeada de acantilados; los dos marineros encontraron la ensenada abierta entre las peñas donde quedaban ocultos un pequeño embarcadero y unos escalones tallados en la roca.

—Cuando den las dos —dijo el hombre, haciendo sonar una vez más la bolsa.

Los dos marineros inclinaron la cabeza sin pronunciar palabra mientras amarraban. Uno encendió una pipa, el otro preparó su toma de tabaco; miraban al hombre que subía los escalones con la habilidad de quien sabe amaestrar las noches. Agacharon la cabeza sin decir palabra.

Unos pocos lentiscos y tamarices constituían la única vegetación de aquel lugar donde las piedras crecían mejor que la hierba. Salían rodando bajo sus pasos, pero el pie seguro no tropezaba nunca. Cuando vio la luz, no aceleró el ritmo; al contrario, se detuvo y escuchó el viento, escrutó las siluetas que se recortaban en la luz vacilante de una antorcha. La casucha estaba aislada, pero las indicaciones del mensaje que había recibido el día antes eran inequívocas.

Aquel era el lugar acordado.

La madre superiora del convento de Santa Catalina, como prueba de confianza y gratitud, había insistido en que Vincent durmiera en una celda individual cerca del dormitorio de las jóvenes monjas. Le habían servido una deliciosa cena a base de cordero asado perfumado con hierbas aromáticas y unas frutas de sabores nuevos, cuyas plantaciones aún no había visto en la isla, y se había acostado en medio del murmullo de los hábitos de las muchachas; en su primer sueño todavía lo oía, tan suave en sus oídos como el batir de alas de los pájaros.

A medianoche se despertó, incapaz de seguir durmiendo, con el alma agitada por todas las sensaciones del día, con un sinfín de preguntas que le enviaban torbellinos de dudas y de exaltación.

Se vistió en silencio y bajó la escalera de piedra con las botas en la mano, dirigiéndose hacia la iglesia abacial, apenas iluminada. La iglesia era una de las pocas que se había salvado del saqueo y la fundición. No porque fuera particularmente rica, pero un rumor afirmaba que, en uno de los muros, se hallaba oculto, desde la fundación de la orden de Malta, un manuscrito que contenía los mandamientos secretos de la orden y las claves últimas de su poder. Vincent pasó la mano por la pared de piedra; su ojo atento se divertía soñando que, en uno de los agujeros de la construcción, se hallaba el valioso legajo.

Salió al claustro donde, a aquella hora, lo recibieron las figuras grotescas de los capiteles que se recortaban en la blanca sombra de la luna. Se recostó junto a la fuente y, por primera vez, sacó el mensaje del bolsillo interior de su abrigo: «Lo espero en el claustro, esta noche, a las dos». No había firma, ni una palabra del joven

maltes de piel negra que le había entregado el sobre justo antes de la cena; solamente un perfume que flotaba y se le impregnaba en la piel.

Era ella.

Cómo había dado con él era algo que a Vincent no le preocupaba; le agradaba creer que ella tenía ojos en todas partes, poderes misteriosos incluso. A medida que se iba internando en la aventura, disfrutaba cada vez más con la sensación de no sentirse dueño de sí mismo. ¿De qué servían las advertencias de Denon, a quién iban dirigidas, si todo aquello no estaba, no había estado nunca bajo su control? ¿Acaso los protagonistas de *La flauta mágica* gozaban de libre albedrío? El mundo era mágico, así de sencillo, si uno se dejaba atrapar por la magia. Era ella.

Vincent la esperaba, y su corazón latía con violencia mientras miraba la noche estrellada.

Esperarla era insoportable y delicioso a la vez, no podía esperarla ni un segundo más, y quería esperarla así horas y horas. Quería que llegara ya. Quería que la noche de espera durara por siempre. Quería que llegara al instante.

Se levantó de un brinco, pero se contuvo, se esforzó en mantener una calma que no tenía.

Un ruido: era ella. No, un ave nocturna.

Se apoyó en el pilar de una esquina, pues le temblaban las piernas. Se sentía incapaz de soportarlo más, se moría de deseo y de preocupación. ¿Y si no venía?

Una mano se posó en su cuello, en sus labios, un aliento más dulce que una dulce brisa de verano: era ella, ella de verdad.

—Ese Bonaparte es un demonio.

El hombre del abrigo gris asintió con la cabeza y se acercó al fuego que ardía en el hogar de la casucha. Su interlocutor estaba en la sombra pero adivinaba su silueta, alta y delgada, y veía su poblado bigote sobresaliendo por encima de una fina barba. Los dos hombres hablaban en inglés, en voz baja.

—¿Está usted seguro ahora, Hamilton?

Sin contestar, el hombre sacó un sobre del abrigo y se lo tendió. Con un acento horrible, el otro empezó a leer en francés:

—«Soldados, vais a emprender una conquista cuyos efectos sobre la civilización y el comercio del mundo serán incalculables».

«Asestaréis a Inglaterra el golpe más certero y más doloroso, a la espera de poder darle el golpe mortal…»

El hombre se interrumpió, esbozó una sonrisa en la sombra y el gesto irónico de cortarse el cuello. «¿La guillotina?», preguntó en voz alta alzando los ojos al cielo. Hamilton no se movió, no manifestó nada.

El hombre reanudó la lectura, descifrando trabajosamente el enfático estilo de la

exhortación a los soldados, hasta que llegó a la conclusión decisiva:

«La primera ciudad que hallaremos fue construida por Alejandro. A cada paso encontraremos recuerdos dignos de servir de ejemplo a los franceses».

Devolvió el papel a Hamilton, quien, sin darle una mirada, lo tiró al fuego.

—¿Cómo lo ha conseguido?

—Ya lo he olvidado.

—Perdone, Hamilton, que le pregunte por sus recetas de cocina.

—Esta proclama y otras dos, una de las cuales en árabe destinada a las poblaciones de Egipto, se han imprimido a bordo del *Orient*. Esta se repartirá a las tropas una vez estén en alta mar, unas horas después de que se abran los sobres sellados que contienen las instrucciones precisas destinadas a los comandantes de las naves. No he podido hacerme con ellos. Todavía no…

—Ese Bonaparte es un demonio —repitió el desconocido—. Durante meses nos ha hecho creer que preparaba una alianza con los españoles para atacarnos directamente. Y desde hace veintitrés días está moviendo una flota de más de trescientas naves por el Mediterráneo sin que las nuestras hayan podido detectarlas. Por lo que yo sé, incluso pasamos una vez por detrás de él, pero gracias a la bruma se mantuvo oculto. ¡La bruma! ¡No es un general, es Merlín el Encantador!

Su ironía disimulaba una profunda preocupación. Ya en un tono más tranquilo prosiguió.

—Lo único que está claro es que nuestros barcos navegan ahora por delante de él a dos días de mar y que no tenemos manera de advertir al almirante Nelson: por fin hemos acertado con Alejandría pero, según todas las probabilidades, Nelson llegará antes que el corso. Quiera el Cielo que se quede allí y lo espere… Esos franceses son unos marinos tan mediocres que, aunque nuestra flota sea muy inferior en número, los destruiremos. Somos más rápidos, más diestros en la maniobra, estamos mejor armados, tenemos a Nelson y ellos tienen a ese…, ¿cómo se llama?

Hamilton hizo un gesto vago.

—Brueys.

—Bueno, nosotros somos ingleses y ellos franceses: con eso debería bastar, como siempre.

Hamilton ni siquiera sonrió, se mantuvo impasible e hizo un único comentario:

—Nelson no se quedará en Alejandría.

—¿Por qué lo dice?

—Porque lo conozco, es un hombre colérico y no soporta esperar.

—¿Entonces?

Hamilton no contestó de inmediato, la mirada perdida en el aromático fuego.

—Entonces, ya veremos, amigo mío. ¿Cuáles son mis instrucciones?

—Crearles problemas si tiene la oportunidad, pero sin correr el menor riesgo de

poner en peligro su seguridad. Usted es nuestro único agente a bordo de sus barcos y no podemos permitirnos el lujo de perderlo…

—No se preocupe: yo también tengo un gran interés en mantenerme a salvo.

—Una vez en Alejandría, se pondrá en contacto con nuestro representante…

—Ya sé —interrumpió secamente Hamilton—. Me conozco de memoria a todos y cada uno de ellos en cada punto del Mediterráneo.

—Tiene la cabeza dura, amigo mío.

—Tengo la cabeza dura, pero entiendo rápidamente.

—El objetivo será simple: los franceses, con consumada hipocresía, se presentan como amigos del sultán y enamorados del islam, siendo los mamelucos sus únicos enemigos pues oprimen al desgraciado pueblo egipcio, paralizado a la espera de su libertador; nosotros, sencillamente, tendremos que tomar contacto con estos para proponerles unir nuestras fuerzas contra el invasor. Una alianza de información y de contrapropaganda, una alianza de acoso y, cuando llegue el momento, una alianza de hombres. Todo, hasta que la alianza —¿cómo decirlo?— caiga por sí sola.

—¿Quiere decir antes de que terminemos con los mamelucos también?

—Digámoslo así.

—Menos mal que los franceses son los hipócritas. ¿Qué dirían de nosotros?

—Que somos pragmáticos. *À la guerre comme à la guerre* —concluyó en francés con un acento que no había mejorado.

—¿Eso es todo?

—Es todo. Hamilton, y le digo esto a título estrictamente personal, no lo vea como una crítica a sus distinguidos servicios, se diría que manifiesta usted por nuestra causa y la del rey una cierta frialdad.

—¿De veras? Me sorprende.

Hamilton tendió la mano a su interlocutor.

—Me gustaría proseguir esta interesante conversación, pero no puedo hacer esperar a los marineros que me han traído hasta aquí. También manifestaban una frialdad bastante preocupante.

El otro suspiró.

—Como quiera. Solo buscaba un poco de simpatía humana antes de prepararme a padecer estoicamente el yugo francés en la isla de los caballeros, mientras espero días mejores…

—Pues piense en mí, que vivo entre su mierda y sus vómitos. ¿Y sabe qué es lo peor?

—No.

Hamilton había dado unos pasos y su sombra se recortaba ya en la noche.

—Que desafinan al cantar.

Laura había estado tan poco tiempo que Vincent tenía la impresión de que se había ido incluso antes de empezar. Pero sus palabras le quemaban todavía, y sus besos, sus diestras manos, la huella de su cuerpo pegado al suyo…

¿Qué sabía él de las mujeres? Nada, o casi nada… El cuerpo de su hermana que apenas distinguía cuando se desvestía a contraluz detrás de una cortina, la mirada cargada de intenciones de la madre de alguna alumna que lo rozaba con la mano cuando le servía una limonada al final de la clase…

Se habían hablado entre susurros en el claustro y él no estaba seguro de haber entendido todas las palabras que ella le dirigía como caricias. No tenía importancia. Ella era sabia en una ciencia que él no tenía y le prometía países inmóviles donde todo estaba por descubrir. «Será lo que tú quieras, Tamino…» Pero precisamente él no sabía qué quería y eso era lo delicioso, lo único, la perspectiva ilusoria e irresistible de que todo era posible. De adolescente, se había embriagado con las *Confesiones* de Jean-Jacques Rousseau; había vibrado con la lectura de los abrazos furiosos e imaginarios del enfebrecido aprendiz de relojero; pero lo que la voz de Laura le susurraba, lo que las manos de Laura le prometían, lo que la boca de Laura había sellado sobre su piel, era la certeza de que todo aquello no era producto de la imaginación, de la enfermedad o la fiebre: todo aquello era realmente para él y los tesoros con que los marinos sueñan vagamente estaban ya entre sus manos, no tenía más que abrir los labios y las manos para recibirlos.

Cuando ella se iba, le envió un beso con la mano que voló a través de las hojas de los tilos plateados por la luz de la luna. «En Alejandría —dijo ella—, sabré encontrarte dondequiera que estés».

Dondequiera que estés… Cuando hubo desaparecido, Vincent se repitió estas palabras y las dejó posarse en su corazón como quien se deleita con una golosina que no acaba nunca de fundirse en la lengua y cuyo sabor calienta la sangre.

Al amanecer, entró sigilosamente en la iglesia abacial para asistir a la misa de prima. Los cantos de las muchachas hacían vibrar el aire, pero lo que tenía en el corazón no era un salmo; por primera vez en una iglesia, no estaba rezando a Dios. Se sentía feliz, con una dicha apenas enturbiada por la vergüenza. ¿Acaso su corazón no estaba cantando al amor, al amor total, al amor que inflama el universo? Elaboraba para sí mismo una teología muy alejada de la de Pascal, una teología que se inclinaba peligrosamente del lado de la carne.

Salió al fin, con su piano mudo al hombro, con el deseo de cantar toda la música de los ángeles sin saber muy bien si el diablo no tendría también algo que ver…

Al salir, vio al joven apoyado en la pared de enfrente, una silueta de blancura inmaculada sobre la pared blanca.

—¡Rashid!

El muchacho avanzó hacia él, los brillantes ojos negros hundidos en la cara, como

si no hubiera dormido en toda la noche o bien fuera presa de una exaltación intensa, casi mística.

—Te estaba esperando.

Empezaron a bajar por las calles empedradas. Soldados adormilados, marineros y algunos civiles salían de las casas, de los monasterios, de los palacios, de las tabernas: todos iban al puerto, donde había empezado el embarque.

—¿Sabes que el sultán de los franceses ha publicado una proclama invitándonos, esclavos o caballeros, a unirnos a vosotros?

—¿Has olvidado que ya no hay esclavos?

—¿Me tomas por idiota? Solo un infiel francés podría creer sinceramente en un mundo sin esclavos…

Vincent soltó una carcajada.

—Tú aceptaste que yo te liberara.

—Porque prefiero ser esclavo tuyo que de ellos.

—¿Quieres venir con nosotros?

—Con vosotros, no: contigo.

—Pero yo no soy nada. ¿Quieres un amo demasiado débil para protegerte?

—No te he pedido que me protejas. Ya me has salvado, y ahora eres tú quien me necesitará allá adonde vas. Yo seré tu intérprete.

—¿Cómo sabes adonde vamos?

—Vais a mi país, a Egipto. Y yo voy contigo a ver a mi hermana.

—¿Cómo se llama? ¿Cómo sabes que todavía está viva?

—Se llama Pharia. Y sé que está viva.

Aunque no dijo nada más, la confianza de Rashid era tan evidente que se contagió a Vincent, se mezcló con su propia alegría, con el azul resplandeciente del cielo, con la suavidad de la brisa, con el apacible ir y venir de las olas del mar.

Al pasar por la catedral de San Juan, Vincent se detuvo un instante para rezar. La fundición del oro y la plata había terminado. Una pequeña muchedumbre de malteses se apiñaba no para honrar a Dios en la que fuera su casa, sino para recoger migajas de metales preciosos; si una pepita de oro brillaba bajo una reja, se precipitaban a ella con la avidez de perros que se disputasen el hueso de una pierna de cordero. Los mismos que antes habían estado rezando ahora rezaban a otro Dios.

Cuando llegaron al puerto, vieron una multitud vociferante de hombres que se apretujaba para embarcar, otros hombres que cargaban cajas y barricas a la espalda, asnos y mulas, vendedores de tabaco, de aguardiente y marineros que alquilaban sus desvencijadas barcas. Una parte de los tesoros de la isla estaba siendo embarcada, así como grandes provisiones de agua dulce, carne, frutas y verduras. Mujeres de todas las edades, en tenderetes improvisados, ofrecían limonada con gritos y promesas. En medio de toda esta feria, Vincent distinguió la colosal silueta de Frédéric Langeac,

con el torso desnudo, el petate a un hombro y un jamón al otro. Deslizándose a través del gentío, llegó hasta él.

—¡Para *La Léoben*! ¡Embarquen aquí!

—¡La *Diane, La Bienhereuse*! ¡Aquí!

Una carreta se volcó provocando risas y parloteos. No había peleas en aquel alegre desorden mediterráneo donde cada cual hablaba su idioma y cada cual encontraba algo de su interés. Todo era moneda de cambio, todo vendedor encontraba comprador a base de paciencia y habilidad. Dentro de pocas horas, los cincuenta mil saltamontes que habían pasado por la isla se habrían ido: a los habitantes solo les quedarían, para alimentarse, sus recuerdos y cuatro mil soldados que se quedaban de guarnición a las órdenes del general Vaubois.

—Estás ahí, Jefferson. ¿Dónde te habías metido?

Frédéric apenas pareció sorprendido cuando descubrió la inmutable sonrisa de Rashid.

—Tú has encontrado un jamón y yo un nuevo compañero.

—¿No tenías bastante con uno?

Vincent creyó distinguir un cierto matiz inesperado de celos en el humor socarrón de Frédéric.

—¡La *Junon*!

Vincent y Frédéric se precipitaron, seguidos de Rashid. Se embarcaron en una chalupa ya abarrotada de marineros y soldados. Iba tan llena que tuvieron que impedir que el guía metiera a varios pasajeros más por afán de lucro, pues corrían el riesgo de naufragar. Tras algunos puñetazos e insultos en cuatro idiomas, el marinero maniobró con el bichero hasta deslizarse con destreza entre las naves.

Cuando levantó los ojos para disfrutar del sol, Vincent recibió un escupitajo en plena cara.

# 7

Un instante antes era un compendio de felicidad y armonía; al instante siguiente era un perro rabioso. Estuvo a punto de hacer zozobrar la barca cuando se lanzó sobre el hombre y de un puñetazo le llenó la boca de sangre. Los poderosos brazos de Langeac lo sujetaron, mientras a duras penas dos soldados reducían a su agresor. El hombre volvió a escupirle pero falló la puntería. Le colgaban todavía babas por la comisura de los labios y por la barba mal afeitada, mientras sus ojos inyectados de sangre seguían desafiando a Vincent.

—Pégame, Lacroix, mientras puedas. ¡Uno de nosotros terminará dándote lo que te mereces!

—No sé de qué estás hablando.

—Hablo de un hombre que murió por culpa de tus amigas las monjitas. Y todo para que pudieras instalarte como un gallo en su corral.

Pese a los esfuerzos de Vincent por soltarse, Langeac agarró con fuerza a su amigo y se enfrentó a los hombres.

—El primero que lo toque se las verá conmigo. En cuanto a ti —susurró a Vincent— si mueves una ceja te rompo la cabeza. ¿Me ha entendido todo el mundo?

Vincent volvió a temblar de cólera y de ganas de pelear, de aplastarle el labio a aquel hombre, de hacerle escupir los dientes. Pero la voz firme, tensa, de Langeac le había frenado y, cerrando los puños, se dominó. Sintió sobre él las miradas de odio de todos los demás. Recordó las palabras de Langeac ante su inquietud: «He hecho lo que un soldado suele hacer…». Para aquellos hombres, Favier había hecho lo que soba hacer, lo que sin duda había hecho en Alemania o en Italia, y lo que, como ellos, habría vuelto a hacer en Egipto. Incluso el mismo Frédéric… Vincent se mordió los labios: ¿cómo se atrevía a dudar ni por un instante de su amigo, que había arriesgado su reputación y tal vez su vida para defenderlo?

El barquero lanzó miradas asustadas a los hombres y al casco negro de la *Junon*.Había tenido la prudencia de fingir no ver nada durante la disputa, limitándose a hacer lo posible por mantener la estabilidad de su embarcación. Ahora remaba tan fuerte como podía, con la mirada clavada en el punto de llegada: la escalerilla del portalón por donde subían trabajosamente hombres y equipajes.

Vincent contuvo las lágrimas a duras penas, apretando los dientes. Pese a su expresión belicosa, se sintió como un niño abandonado. Instintivamente, desafiando el desprecio de los hombres, sacó la cruz que le había dado el viejo caballero y la cogió entre el pulgar y el índice. Desafiándolos con los ojos, depositó un beso en ella.

Cuando llegaron a cubierta, no vio a Denon. Lástima, lo avisaría más tarde: ya no

dormiría debajo de su coy, protegido por un miembro del Instituto amigo de Caffarelli y tolerado por el general en jefe. Volvería al fondo de la bodega, aferrando fuertemente la empuñadura de la espada, entre los olores y la mugre, entre la humedad que supuraba de los tablones, en medio de los hombres que lo odiaban y querían su muerte.

Curiosamente, ante esta idea, le invadió la calma.

—¡Atención! ¡Abordamos!

Había un sorprendente contraste entre la calma de la voz y el caos de la situación. Después de dar la orden de marcha, mientras la escuadra intentaba formarse, la fragata *La Léoben* se les echó encima debido a una maniobra en falso.

—¡Abordamos!

El primer choque fue espantoso: el ancla de *La Léoben* hizo un agujero en el casco de la *Junon* mientras los trenes de artillería entrechocaban, los aparejos se rompían, los palos gemían… El oficial de guardia y el capitán, que no se ponían de acuerdo con la maniobra que había que realizar, estaban menos atentos a dar órdenes que a lanzarse acusaciones, incluso puñetazos, mientras *L'Artémise* se acercaba por popa y un navío de setenta y dos cañones amenazaba también con chocar. En cubierta todo eran gritos.

Vincent se precipitó con Rashid y otros antiguos esclavos a empujar el bauprés de *La Léoben* que se había metido en su cubierta. Esta actuación, más instintiva que reflexionada, salvó la situación: *La Léoben* se soltó y la roda de *L'Artémise* finalmente solo los rozó. Tras evaluar los daños del casco, se vio que solo eran superficiales.

Mientras se lanzaban insultos de fragata en fragata, Vincent distinguió de repente en el castillo de *La Léoben* una silueta de delgadez familiar:

—¡Michelet! —llamó.

El joven no vestía ropa de civil; llevaba charreteras de teniente. Su rostro era lampiño, su uniforme militar impecable. Vincent notó que sus intensos ojos grises expresaban sorpresa. Tras un momento de vacilación, levantó la mano y gritó a su vez:

—¡Herbach! ¿Qué haces ahí?

Vincent hizo un gesto con la mano hacia la proa y el casco dañado:

—¡Salvo mi barco de vosotros!

—¡Hasta Alejandría! —gritó Michelet con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Hasta Alejandría! —gritó Vincent a su vez.

Y, diciendo estas palabras, no dejó de agitar la mano en un saludo que era a la vez un hola feliz y un adiós. «¡Hasta Alejandría!»: aquel grito era hacer subir la marea de la Historia, era despertar a los dioses, dominar los miedos y mostrarse más grande

que los hombres.

Era vivir, en suma.

# TERCERA PARTE

# EL TIEMPO DE LOS ESPEJISMOS

# 1

Por la mañana, durante el amanecer grisáceo, al principio del primer turno del día, el vigía gritó: «¡Tierra!». Los hombres que estaban descansando salieron a cubierta, pero todavía no se veía nada.

Vincent se preguntó qué esperaban ver mientras clavaba la mirada en la línea del horizonte que ninguna vela quebraba. Los que habían leído relatos de viajeros sin duda esperaban ver aparecer la silueta de unos templos de gracia única, delante de los cuales bailasen sacerdotes y jóvenes bailarinas envueltas en túnicas transparentes; los demás esperaban lo mismo, pero sin los sacerdotes y sin las túnicas… Vincent sonrió: allí, entornando los ojos hacia la línea gris que curva el océano, él no era diferente de los demás.

«¡Tierra!», repitió el gaviero; un murmullo cruzó la cubierta y el puente de la fragata. Nada justificaba aquella impaciencia: de momento, en el horizonte no había más que espera y promesas. La línea de las costas egipcias no aparecería ante los ojos más expertos hasta dos horas después.

Vincent se sustrajo de aquella ensoñación. Dando golpes con los hombros se abrió paso hasta el fondo de la nave, hasta la bodega de donde aún salían algunos rezagados. Hacía ya tiempo que no le aplicaban el apodo de «Lacroix»: desde Malta apenas nadie lo miraba; lo empujaban o se callaban cuando pasaba. Incluso Frédéric parecía a veces que evitaba hablarle. Sus clases de esgrima se habían espaciado; ya no era bienvenido en las cofas. Vincent no se encontraba mal en aquella soledad en la que su orgullo se agudizaba.

La bodega era oscura, se respiraba el violento olor de los hombres juntos, impregnado de humedad, vómitos y orina; debido a la proximidad de los pañoles de munición, flotaba también un vago olor a pólvora. Como hacía a menudo, Vincent buscó el refugio de su piano mudo. Desde el primer día lo tenía escondido debajo de la bolsa y solamente lo sacaba por la noche para extraerle una música que solo él oía en medio de ronquidos, gruñidos y palabrotas. Antes de acostarse, se lo colocaba debajo de la espalda y se dormía, mal tal vez, pero con su música, que lo llevaba flotando como un gran pájaro blanco por encima de los mástiles torturados por el viento.

Encontró sus pocos objetos personales desordenados y no notó en la bolsa la tabla familiar: en su lugar había algo como un montón de astillas. Sin ver bien, metió la mano y adivinó el desastre: alguien había cortado el teclado limpiamente, no de cualquier manera, sino con un método que olía a fría venganza.

Vincent se apretó las manos hasta casi rompérselas: cada tecla de madera era una

nota que se iba, y si le hubieran roto los dedos no se habría sentido peor. Hizo un esfuerzo por contener las lágrimas, pero una especie de silbido se le escapó de los labios, un gruñido de bestia herida. Sentía un dolor en el vientre, un dolor como para matar.

Cogió la bolsa y corrió entre los camastros y los coys, las bolsas y las cajas, asestándoles patadas y haciendo volar los obstáculos con que se topaba; cuando llegó al entrepuente, toda su pena se había transformado en rabia. Los que se cruzaban con él se apartaban instintivamente, bajaban la vista.

Sabía que en el puente lo estaban esperando.

¿Cuál de ellos había sido?

Todos lo sabían pero, naturalmente, todos eran solidarios. Sentían un orgullo vergonzoso e hipócrita por la fechoría que uno solo había cometido, pero que todos habían deseado, alentado y protegido.

Cuando llegó al castillo de proa, era como si todo el mundo estuviera absorto contemplando el horizonte gris, donde seguía sin vislumbrarse nada bajo la luz blanca de un sol pálido y frío; nada, salvo, quizá, una débil línea, apenas perceptible.

Con su bolsa al hombro y envuelto en su abrigo, Vincent pasó delante de ellos, mirándolos uno a uno, sin dirigirles ni una palabra, sin hacerles ni una pregunta.

Después se apoyó en la borda, cerca del palo de mesana, y empezó a rebuscar en el fondo de la bolsa. Fue sacando las notas negras y blancas y, a puñados, las lanzó al agua.

Siguió tirándolas hasta que no quedó más que una tecla solitaria que paseó por la borda, un *sol* que podía ser también un *la*, un *si* o un *do*, un *sol* que era todas las notas a la vez para todos los compases de todas las partituras. La apretó en su puño cerrado, con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Su última nota era el arma de su cólera.

—¿Quién es el mal nacido que ha hecho esto?

Lentamente fue de la proa a la popa, del timón al castillo, mirando a cada uno sin reserva, sus ojos negros hundidos en las órbitas, haciendo incansablemente la misma pregunta:

—¿Quién es el mal nacido que ha hecho esto?

Apenas notó la inquieta mirada de Rashid que, detrás de él, tenía la prudencia de callarse. No podía ignorar su presencia, pues ponía una distancia silenciosa entre su rabia y él, y lo obligaba a considerar la existencia a bordo de al menos un ser al que no odiaba.

—He sido yo.

El hombre que lo desafiaba era un soldado tan corpulento como Langeac. Tenía el pelo negro y una voz grave, casi rota. Noche tras noche, Vincent lo había oído perder en las cartas la fortuna que tenía y la que no tenía. Curiosamente, se llamaba

Chrétien[4]. Estaba apoyado en el palo mayor con una pose que pretendía ser distendida.

—He sido yo —repitió más fuerte para que todo el mundo lo oyera bien—. Tu música nos molestaba. No nos dejaba dormir. ¿Tienes algún problema, Lacroix?

Las risas sofocadas cruzaron el puente.

No había ningún oficial a la vista.

Vincent se acercó, los labios blancos, con la nota en un puño y en el otro la espada.

—Sí, tengo un problema, Chrétien, un serio problema.

—Detente.

La voz de Frédéric Langeac había sonado detrás de él y la silueta de su amigo se interpuso entre él y Chrétien.

—No dudo de que puedas matarlo —dijo, mirándolo a los ojos—. Pero creo que lo lamentarías. Si tú quieres vengarte de él, todo el mundo a bordo ha querido vengarse de ti. Me has dado tus razones y puede que las entienda mejor de lo que crees, puede que incluso ellos, a su modo, también las entiendan, ¿no es así?

Recibió un pesado silencio por respuesta. Prosiguió.

—Lo que está hecho, hecho está. Favier está muerto y tu piano está en el agua. No sabemos si cada cual tiene lo que se merecía, pero en todo caso cada cual ha pagado su precio. Ahora esto tiene que terminar.

—Deja que se pelee, Langeac, si quiere morir…

La voz de Langeac sonó como un trueno:

—Si él quiere morir, yo moriré con él. ¿Entendido?

Algunos hombres se encogieron de hombros y se alejaron. Vincent dejó que la cólera se deshiciera y aflojó los puños. La última palabra se había llevado todo su rencor, no solo el que tenía contra Chrétien y los demás, sino también el que alimentaba secretamente desde Malta contra Frédéric. Chrétien pasó a su lado sin mirarlo.

Clavó los ojos en los de Frédéric. No se dirigieron ni una sonrisa, ni un abrazo, ni una broma. Vincent sabía ahora que nunca había perdido a su amigo y este pensamiento le reconfortó el corazón.

—¡Hemos llegado!

—¡Allí está!

Se oyeron los primeros gritos.

No era más que una línea amarilla que crecía en el horizonte blanquecino, pero le alegraba haberse curado de su cólera justo en el momento en que avistaban la costa egipcia.

Tiró la última nota al agua, y la vio alejarse como un pez plateado que sacase la cabeza en la cresta de la ola y despareciese con la espuma.

Mientras arreciaba el viento, levantando el mar y haciendo crujir los mástiles, la noche pasó, llena de inquietudes.

Se había sabido que los ingleses habían estado ahí, en la bahía de Alejandría, hacía tres días, con trece navíos de línea y una fragata. Podían volver, debían volver, iban a volver y así terminaría aquel juego del escondite que había durado todas aquellas semanas en el Mediterráneo. ¿La resistencia de la ciudad? Imposible calibrarla sin intentar el desembarco.

Denon sonrió:

—Solo tenemos que invocar la buena estrella de Bonaparte. Sí, desde luego, no hemos de hacer nada más.

Se le marcaron los dos hoyuelos, expresando perplejidad y admiración.

En el nuevo amanecer, mientras la flota entera estaba formada en semicírculo frente a los dos puertos, muy poco profundos para poder entrar en ellos, las chalupas se hicieron a la mar, unas tras otras, sobrecargadas de soldados sin artillería.

Vincent los miraba: ya no eran los hombres que desafinaban al cantar o que se remendaban la ropa, ya no eran los hombres dicharacheros que, unos días antes, recibían el bautizo del trópico con los marineros; ya no eran los hombres miserables que se habían vengado de él. Eran soldados abordando una tierra desconocida, sabiendo que iban a encontrar hostilidad y que iban a luchar seriamente por primera vez.

Uno de ellos señaló a lo lejos la tierra árida y desolada de la que solo emergía una torre pobremente construida llamada torre del Marabut: «¡Mirad —dijo al aire—, aquí están los seis arpentes de tierra!». El recuerdo de la promesa hecha por Bonaparte en Toulon provocó algunas risas nerviosas.

En el mar, las chalupas parecían cada vez más frágiles; a lo lejos, la triste playa se cubría de hombres en marcha, mientras que, en las murallas, retumbaban los cañones. Era casi de noche en pleno día; las sombras de los jinetes se recortaban sobre el fondo de una tempestad que no estallaba.

Vincent esperó.

Alguien dijo: «Kléber está herido».

Cayó la noche.

Alguien dijo: «Menou está herido».

Vincent seguía esperando.

Le resultaba imposible bajar a buscar un descanso que no le llegaría. Tenía el espectáculo de Denon dibujando todavía en la oscuridad, buscando las sombras sobre las sombras.

Oyó los gritos de unos hombres que iban a la deriva en una chalupa que pasaba por la popa. Un marinero le puso una maroma entre las manos.

—¡Tírasela!

Lo hizo al acto, sin detenerse a pensar lo torpe que era. Pero el mar estaba demasiado revuelto y pronto tuvieron que cortar la maroma para que la chalupa no chocara contra el casco y se partiera. Al oír alejarse las voces que se habían convertido en gritos de desesperación, se le encogió el corazón. Morir bajo el fuego enemigo es el destino de los soldados; pero morir engullido por el agua a la hora de abordar…

Al nacer el día seguía esperando. No había pegado ojo. Cada disparo resonaba en todas las fibras de su cuerpo, y ardía en deseos de ir a tierra. Se volvió nerviosamente hacia Denon. Este tampoco había dejado el puente en toda la noche y, sin embargo, parecía fresco y relajado como si saliera de los brazos de una de sus amantes.

—¡Muchacho!

Siguiendo las órdenes del dibujante, se apoyó en la borda y prestó su espalda como caballete para una fina tablilla en la que se sujetaba el papel. Era una extraña sensación notar la mano que corría y se deslizaba con los movimientos del barco y que, a pesar de ello, era capaz de una maravillosa precisión.

Denon trabajaba con asombrosa rapidez. Pronto, Vincent sintió la espalda aliviada y pudo dar un vistazo al dibujo antes de que Denon lo guardara en la cartera. La tristeza de la tierra, el barco amarrado ante ellos, las siluetas en la playa, los torbellinos de humo que subían desde las murallas de la ciudad, todo lo que tenía ante los ojos estaba representado en el dibujo, tal vez aún más real gracias al talento de Denon. Lo miró con admiración.

El artista adivinó el cumplido antes de que surgiera de los labios del joven.

—No es nada —dijo—, nada de nada. Sé que no tengo tiempo, así que hago unos miserables esbozos…

Vincent se mostró irónico:

—Claro, unos miserables esbozos…

Denon se limitó a sonreír.

Cuando por fin desembarcaron, fue como si su excitación se hubiera consumido viendo a los que habían estado bajando desde la víspera. El mar se había calmado ligeramente y la destreza de los marineros les permitió llegar a la playa sin demasiado miedo ni dificultades. Encontraron una playa llena de escombros y de pobres tiendas ya montadas, bloques de piedra y cajas que esperaban que alguien se las llevara.

Los disparos y los cañonazos casi habían cesado.

La primera mirada con la que se cruzó fue la de un viejo mendigo sentado en cuclillas que lo miraba fijamente. Le dirigió una tímida sonrisa, pero el hombre no reaccionó. Su cara era vieja como la indiferencia.

Mientras sus pies, todavía inseguros después de tantos días en el mar, se hundían en la arena, Vincent sentía reparos en confesarse el sentimiento que lo invadía.

¿Aquello era Egipto?

Estaba decepcionado.

Se giró hacia Denon, que caminaba a su lado con la misma sonrisa impenetrable de siempre. Tenía ganas de increparlo: ¿para qué me ha hecho leer a Heródoto, Estrabón y Volney? ¿Para qué me ha hablado de la grandeza de los Antiguos a la que se sumaría la nuestra?

Se agachó y cogió un poco de arena gris. La dejó caer entre los dedos.

Pensó: los pies de Alejandro Magno pisaron esta playa. Pensó: los faraones reinaron en esta tierra. Se volvió hacia Rashid, cuyos ojos negros brillaban de espera.

Entonces respiró a fondo, hinchando el pecho: el sueño no hacía más que comenzar.

# 2

Vincent durmió en la arena, junto a su bolsa. Al amanecer, parecía que el mar hubiera arrojado como peces muertos a todos aquellos hombres tirados sobre los guijarros grises, encogidos sobre sí mismos, uno acurrucado contra un baúl demasiado bonito y ya devorado por la sal, otro tendido con los brazos en cruz, entornando los ojos bajo la luz del sol naciente. Rashid despertó a Vincent y le trajo un tazón de té caliente y azucarado.

—¿De dónde lo has sacado?

Rashid no contestó; solamente señaló con el brazo un campamento beduino donde las brasas, todavía rojas, proyectaban una luz rosa sobre unas siluetas envueltas en mantos de lana.

Los navíos empezaron a entrar por el paso más profundo del puerto viejo, y fueron escupiendo hombres y cargamentos sobre la desolada tierra amarilla. La playa se fue cubriendo a medida que avanzaba el desembarco de cajas de balas, trenes de artillería y chozas de palma, en las que se instalaron los soldados al lado de las de los beduinos que merodeaban cerca del campamento francés, robando y vendiendo, lavándose y charlando, mientras observaban a aquellos extraños extranjeros.

Se encontraron con Denon delante de las tumbas.

Una jauría de perros famélicos los esperaba a la entrada de un cementerio plagado de sepulturas de mármol blanco. Vincent los mantuvo a distancia con el sable. Un hombre erguido como una garza los miró pasar, inmóvil, mientras los faldones de su sucia túnica se agitaban bajo la cálida brisa.

—Es lo más bonito que hemos visto hasta ahora —dijo Denon, señalando las armoniosas hileras de tumbas.

Los dos hombres se echaron a reír al mismo tiempo, pero su buen humor quedó sofocado por el aire en el que flotaban jirones de bruma y de humo. Rashid permaneció en silencio, dos pasos por detrás de ellos. Creyeron ver pasar unas sombras: eran mujeres vestidas de negro; llevaban el rostro cubierto con un velo a través del cual sus ojos los miraban tan furtivamente como un batir de alas de libélula. El pesado vestido les envolvía el cuerpo y las hacía a todas iguales, disimulando su edad, haciéndolas viejas de aspecto pero jóvenes en el deseo y la imaginación.

Detrás de la ciudad de las tumbas se extendía la auténtica ciudad, la ciudad fundada por Alejandro. Paso a paso, de ruina en ruina fueron descubriendo su miseria. ¿Su grandeza? La columna de Pompeyo cuyo tronco de granito rojo se elevaba unos cien pies por encima de la tierra, las agujas de Cleopatra, una de la

cuales, caída, yacía como un coloso abatido… ¿Su grandeza? Algo que flotaba en el aire y que permanecía y se aferraba, pese a todo.

A veces las calles eran tan estrechas que un dromedario con albardas no tenía espacio para pasar. Las casas estaban cerradas con ventanas enrejadas por donde no entraba la luz. Las más ricas tenían balcones que sobresalían por encima de la calle. Los hombres cubiertos con mantos de color pasaban trotando en sus asnos. Levantando los ojos, se vislumbraba la fina aguja y la balaustrada de un minarete.

En el mercado, que esperaba el amanecer siguiente para despertarse, todavía había esteras tendidas para protegerse del calor del sol, y algunos vendedores turcos inmóviles, como dormidos, esperaban a los clientes tardíos sentados en sus tenderetes en medio de capazos de dátiles y cestas de higos. En grandes recipientes de madera, un queso que había sido blanco terminaba de enmohecerse, mientras los mosquitos, moscas y todo tipo de insectos rastreros y voladores también hacían su compra particular. Quedaban algunas frutas de formas y colores que les sorprendían, las frutas estropeadas del mediodía. La carne que se asaba en pinchos desprendía un fuerte olor que se mezclaba con el del cuero, el sudor, la menta y las especias. Los olores, los colores, el calor, la miseria, la blancura deslumbrante de los muros… Todo era excesivo.

Delante de lo que parecía una taberna, un hombre de sonrisa desdentada sacó dos sillas de madera y les ofreció un té tibio con azúcar que probablemente estuviera elaborado con el agua enlodada que venía de las cisternas o los pozos de la ciudad. Se puso de cuclillas delante de ellos y los miró con aspecto incitante, al tiempo que mascullaba unas palabras incomprensibles que tal vez fueran también insultos.

—¿Qué dice? —preguntó Vincent a Rashid.

—Os desea larga vida y prosperidad a vosotros y a vuestros hijos. Dice que su hermano tiene un barco y que puede llevaros adonde deseéis.

—¿Podemos confiar en él?

Rashid rió quedamente, mientras los ojos se le iluminaban de alegría.

—¿Y él, puede confiar en vosotros?

No se oían gritos, salvo los de unos niños que corrían y se peleaban como todos los niños del mundo, hasta que se detuvieron, fascinados, delante de los dos extranjeros. Estos dieron las gracias, se despidieron haciendo una reverencia y dejaron al azar una moneda que vaha diez veces el precio del té.

El hombre les estrechó las manos; Vincent sintió el contacto extraño de una piel, agrietada y húmeda a la vez, que desprendía una calidez de madera mojada.

Denon se detuvo para dibujar un rostro que, gracias a su lápiz, salió de la sombra; desde la proclamación de Bonaparte prometiendo protección al pueblo y respeto al Corán, el miedo había desaparecido de las caras de los hombres. Las mujeres no se exhibían en público. Se rumoreaba que, en los harenes y en un convento, los soldados

franceses habían querido levantar algunos faldones con la mano o con la bayoneta. Una vez más, el general en jefe prometió la muerte a los culpables de agresiones. Algunos señores lucían ya, además del tradicional turbante, la escarapela tricolor impuesta por los franceses. Caminaban por la calle con mirada orgullosa y acariciando el trozo de tela redondo que los convertía en ciudadanos franceses; en cuanto estuviesen seguros de que nadie los vería, se sacarían de encima aquella mosca tan incongruente con su tocado.

En la puerta de Rosetta, junto a las cinco columnas de mármol blanco que indicaban el antiguo emplazamiento de un templo, se arracimaban las casas bajas de un pequeño poblado de adobe, a media legua de la ciudad. Allí encontraron a una mujer joven vestida de blanco, de tez rosada, sentada en medio de los muertos. Era francesa. Era una de aquellas decenas de mujeres que, desafiándolo todo, no habían querido separarse de su marido. A diferencia de Laura Baresi, ellas no habían tenido la suerte de atraer la atención del general en jefe y convertirse en oficiales de enlace. Vincent compartía su sentimiento de abandono y estupefacción.

Reflejaba la furia de los breves combates de la víspera. Estaba inmóvil y como paralizada, el pelo revuelto, sus delicadas manos enrolladas en una tela impregnada de sangre casi seca. No muy lejos de ella pasaron unas mujeres árabes que se mantuvieron apartadas, como si trajera mala suerte.

La sonrisa de Denon se apagó.

—¿Qué hace aquí, señora?

Alzó los ojos y les dirigió una larga mirada desconsolada.

—Espero a mi marido para ir a dormir al desierto.

—Señora, no sabe lo que está diciendo.

—Espero a mi marido para ir a dormir al desierto. Después iremos a Beda.

Ante la insistencia de los hombres, la mujer no dejó de repetir la misma frase y el mismo nombre de «Beda» del cual, era evidente, lo desconocía todo. No quiso seguirlos. Ni siquiera sabía qué significaba aquello. Su mirada vacía se dirigía hacia la cercana ciudad donde todavía se veían columnas de humo y se oían extrañas detonaciones que dispersaban los gorriones.

La dejaron atrás, una sombra blanca que no pertenecía ya a este mundo ni todavía al otro.

—Nunca lo había visto triste —dijo Vincent.

—¿Me creías inhumano? ¿Que los sentimientos de compasión te estaban reservados a ti por ser cristiano?

—No pretendía herirlo.

La mano de Denon se posó con suavidad en el hombro del joven.

—Ya lo sé. Siempre me sorprende estar triste. Es un sentimiento que solamente surge en mí por sorpresa y que me deja desconsolado, como idiota, impotente y sin

palabras.

La necesidad que sentían de soledad y silencio los llevó hasta más allá de las últimas casas del sur de la ciudad, por un estrecho canal seco, hasta la superficie del lago Mareotis, también seco. Antaño el agua era dulce y la mirada se posaba en islas y casas de campo sembradas en las orillas, bajo árboles que daban una refrescante sombra a mediodía. De todo aquello no quedaban más que escombros, una tierra cuarteada y hostil, y matorrales bajos donde crecían los espinos.

Pensativamente, Rashid miró el desierto, la arena que los rodeaba y lo devoraba todo.

—Este es nuestro país cuando está lejos del Nilo —dijo—. Nunca os alejéis mucho del Nilo… No os internéis jamás en el desierto…

Denon miró a Vincent:

—Sin embargo, eso es lo que Bonaparte ha decidido hacer para evitar el error cometido por san Luis en Damieta. Mañana mismo la mitad del ejército empezará a atravesar el desierto hacia El Cairo.

—Grandes sufrimientos —dijo Rashid sin apartar la mirada del desierto—, sufrimientos infinitos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Vincent.

—Grandes sufrimientos.

Rashid no dijo nada más.

«Arribaremos a una ciudad que fue fundada por Alejandro…»

No, sin duda, no quedaba nada: solo el desierto.

Al volver a las calles de la ciudad, Vincent intentó desprenderse del abatimiento que sentía absorbiéndose en los ruidos y gritos de la ciudad, en el espectáculo de los asnos trotando, en el de Denon que se levantaba el ancho sombrero negro para secarse el sudor de la frente. Él no tenía calor a pesar del sol de plomo del mediodía.

Los franceses se paseaban en grupos compactos, dormán azul, uniforme verde y risa forzada, bajo unas miradas que fingían ser indiferentes.

Cuando llegaron cerca de la casa del cónsul donde ondeaba la bandera tricolor, percibieron la silueta de Bonaparte que iba y venía ante el edificio, concentrado en una conversación con uno de sus ayudantes de campo, Beauharnais tal vez. Alrededor de ellos, un grupo de soldados esperaba, se aburría. Por sus espaldas curvadas se adivinaba fácilmente que debían de tener una sed terrible bajo aquellos uniformes militares de sarga tan gruesa.

De repente, Vincent sintió una impresión sobrecogedora que no habría sabido definir con precisión, una especie de malestar físico que lo unía al general en jefe y que lo impulsó a correr hacia él.

—Vaya a… —comenzó, balbuceando y girándose hacia Denon, antes de obedecer

simplemente su instinto.

Cuanto más se acercaba a Bonaparte, más absurda le parecía aquella carrera, y por un instante imaginó su vergüenza cuando el general en jefe le preguntase si se había vuelto loco.

Siguió corriendo.

Bonaparte se percató de su presencia en el último momento, y Vincent vio en sus ojos negros un destello de sorpresa.

Vincent no tuvo tiempo de tocarlo pues ya Bonaparte se había apartado para evitarlo. Pero al mismo tiempo se oyó una detonación. El general se miró la bota que había resultado arañada y, sin manifestar ninguna emoción especial, señaló con la mano una ventana de la casa que estaba enfrente de la del cónsul. Los cazadores salieron corriendo hacia allá, empujándolo todo a su paso.

Solamente entonces Bonaparte señaló a Vincent, con quien se había reunido un Denon estupefacto:

—Bueno, Denon, parece que su pianista no se limita a tocar música. ¿Por qué corrías hacia mí con tanto ímpetu? ¿Para darme un beso, acaso?

—Mi general —balbució Vincent—, os ruego que…

—Bueno, me has salvado, si no la vida, al menos una parte de mí que me habría resultado difícil de recuperar.

—Yo no…

—Ven.

Sujetando con mano firme el brazo del muchacho, el general desanduvo los pasos que lo separaban del lugar en el que había estado con Beauharnais. Dando zancadas, midió unas toesas a su alrededor con la precisión y la concentración que pondría en medir un vasto campo de batalla.

—Estábamos aquí… lo cual significa que si no me hubiera apartado para evitarte, esta mensajera del destino me habría dado exactamente… aquí…

Se señaló la entrepierna con desenvoltura, pero en su cara no había la menor huella de jovialidad, por lo que ni a Beauharnais, ni a Vincent ni a Denon se les ocurrió sonreír siquiera.

—No me has dicho por qué lo has hecho.

—He tenido… Os parecerá estúpido, pero he tenido la intuición de que un peligro os amenazaba. No sé nada más. Una fuerza superior me dictaba que tenía que correr y ayudaros.

Bonaparte lo miró sin contestar y se volvió hacia Denon.

—Pese a todo, le tengo cierto aprecio. ¿No me dijo que su pianista era mío si yo lo quería?

Vivant Denon se inclinó en señal de asentimiento.

—Se lo acepto, si le parece bien, al menos para los próximos días. Digamos que

se lo tomo prestado, me trae buena suerte. O que me ha entrado un deseo frenético de escucharle tocar el piano. ¿No le importa?

Denon se inclinó de nuevo, siempre sin abrir la boca.

—¿Ha perdido la palabra al desembarcar? Me sorprendería, tratándose de usted.

—Como acabo de explicarle a mi pianista, que ahora es el vuestro, a veces experimento tales emociones que mi comportamiento se vuelve parecido al de los demás mortales…

—¿Emociones, Denon? Piense en la que acabo de experimentar ahora mismo… Pues bien, ya no me acuerdo.

—Para eso me tenéis a mí, mi general.

—Ya me lo había dicho antes, ¿verdad? Repítamelo dos o tres veces más, y estoy seguro de que me acordaré. ¿Cómo se llamaba el pianista?

—Se llama…

—Me hamo Vincent Jefferson Herbach.

Bonaparte pareció satisfecho. Se oyeron dos detonaciones.

—Tienes nombre de victoria, Herbach. Eso está bien. Sigue así.

Beauharnais se acercó a Bonaparte:

—Un hombre solo con seis fusiles —dijo en voz baja, señalando la ventana de enfrente—. Nuestros cazadores lo han abatido al acto.

Bonaparte entornó los ojos, un momento apenas.

Denon abrió la boca para decirle algo a Vincent, pero no tuvo tiempo ni quizá la audacia, pues el general en jefe tenía prisa, como siempre.

Denon se quedó solo, mirando cómo se alejaban con aire perplejo, tal vez enojado, tal vez divertido puesto que todo es divertido en una vida.

Bonaparte y Vincent entraron delante de todos al vestíbulo de la casa del cónsul. Una bandera tricolor estaba desplegada en lo alto de la gran escalera; en el centro de la entrada, un grupo escultórico un tanto recargado representaba a Niobe protegiendo a sus hijos.

El cónsul Magallon estaba bajando las escaleras, el rostro desencajado.

—¿Qué es… qué es lo que me dicen, mi general?

Mientras Magallon tropezaba y balbuceaba lamentos y excusas, Vincent vio bajar por la misma escalera a Laura, exhibiendo una elegancia un tanto cansada. Impecable como siempre en su disfraz azul y verde de cazador, hizo una pausa apenas perceptible y parpadeó al reconocerlo. Cuando la mano de Bonaparte le soltó por fin el brazo, Vincent contuvo la sonrisa que invadía su cara.

Había salvado a Bonaparte para perderse él.

Nada podía hacerlo más feliz.

# 3

La casa del cónsul era una curiosa mezcla de palacio turco y casa señorial veneciana, hasta donde el viento de la Revolución había llevado algunas banderas y escarapelas. En el patio central, las esbeltas columnas y la fuente de mármol verde y blanco evocaban la confortable vida de un sultán; en las amplias estancias de recepción del primer piso, el oro de los espejos y los retratos de cuerpo entero al estilo de Tiziano hacían volar la imaginación hasta la laguna de la Serenísima, al otro lado del mar.

El eco del Terror había llegado hasta allí con algunos meses de retraso: no se había producido ninguna muerte en la pequeña comunidad francesa. A lo sumo habían dado la vuelta a determinados cuadros y habían tapado con banderas tricolor alguna fuente rodeada de flores de lis. Los hombres empezaron a llamarse «ciudadano» unos a otros intentando no sonreír, y luego volvieron al «señor» de siempre. La diplomacia no es más que el arte de sobrevivir entre dos épocas malas.

Vincent esperaba que se hubieran olvidado de él.

En su habitación del segundo piso, a solas con un retrato del rey Luis XVI, oía los ecos de la cena que el cónsul Magallon daba en honor del general Bonaparte. Toda su voluntad estaba concentrada en un solo acto: no bajar para no verla. Le parecía que si no la veía su voluntad sería suficientemente fuerte; pero si se encontraba frente a ella…

—¡Herbach! ¡Herbach!

Era su voz, la voz del general que lo llamaba imperiosamente. En su lugar, Vivant Denon habría salido corriendo a su encuentro, feliz con aquel regalo. Apretó los labios y cerró los ojos, esperando que el general se cansase. Pero los gritos continuaban:

—¡Herbach! ¡Traedme a Herbach!

Se oyeron pasos precipitados por las escaleras, se agitaron antorchas y unos criados egipcios que parecían malas imitaciones del Antiguo Régimen con sus libreas azul y oro se dispersaron por toda la casa.

—¡Herbach, por todos los demonios!

Vincent se sentó en la cama con un suspiro y miró a Luis XVI, pensativo. Se levantó y bajó. Cuando empujó la puerta del salón del primer piso, Bonaparte exclamó:

—¡Herbach! ¡Por poco nos haces esperar!

La sala rió cortésmente y miró con curiosidad al nuevo favorito del general en jefe: ni siquiera se había tomado la molestia de cambiarse; llevaba la ropa llena de

polvo y arena.

—Ven a sentarte al lado del teniente Baresi.

Sin mirar a Laura, Vincent hizo lo que le ordenaban. Inmediatamente, la pierna de Laura se pegó a la suya. Aunque se resistía, se abandonó a ella. El deseo le retorcía el vientre tan dolorosamente que tuvo que cerrar los ojos para mantener el equilibrio.

—¡Herbach, tienes mal aspecto! —lo interpeló Bonaparte.

—Me encuentro… cansado, mi general…

—Herbach ha tenido la suerte de salvarme la vida hace un momento —dijo Bonaparte.

La mano de Laura se había posado en su muslo y sintió cómo un calor se expandía por toda su pierna y todo su cuerpo. Tuvo que hacer esfuerzos sobrehumanos solamente para no apartar su mirada atontada de Bonaparte. Entre una especie de neblina distinguió el poderoso rostro de Desaix.

—Pero es evidente que el esfuerzo lo ha dejado exhausto. No me lo quedo por su conversación, desde luego. Mañana nos seguirá al desierto.

Vincent se sonrojó, pero Bonaparte, finalmente, lo dejó tranquilo. Apartó su plato y desplegó un mapa. Dirigiéndose a Kléber, que llevaba una venda alrededor de la cabeza que le daba aún más prestancia, señaló la ruta directa hacia El Cairo a través del desierto:

—¡Hay que ir deprisa, Kléber, no tenemos tiempo! Las provisiones y los eruditos llegarán por mar y después remontarán el Nilo. ¡Pero quiero que mañana mismo cuatro divisiones se internen en el desierto! Quiero que los mamelucos noten ya la amenaza que se cierne sobre sus cabezas.

Su voz vibraba con ardor y manifestaba una impaciencia mortal por que terminara la cena. El desdichado cónsul francés hacía ademanes desesperados para que el servicio espabilara. Más rápido, siempre más rápido…

—Debería ir a descansar —le murmuró Laura—, estoy segura de que el general en jefe no se lo tendrá en cuenta.

Pero al tiempo que le hablaba, su mano acentuaba la caricia bajo el pesado mantel bordado. Vincent estaba paralizado. En su agonía, distinguió al fin los ojos grises que estaban clavados en él, que no lo habían abandonado desde su llegada. El fino rostro de Michelet, al que había visto en *La Léoben* en Malta, lo observaba con atenta preocupación, los labios entreabiertos como si fuera a decirle algo para salvarlo del mal trago.

Con un esfuerzo terrible, Vincent consiguió levantarse.

—Vete a la cama, Herbach, no sé qué es lo que te fatiga tanto pero tienes una cara espantosa.

Vincent dio las gracias balbuceando y se abrió camino hacia la salida.

—¡El último en entrar, el primero en salir! —se permitió decir una voz anónima,

a su espalda.

Estallaron algunas risas, pero Vincent ya estaba en las escaleras. Agarrándose a la barandilla como si se aferrara a una maroma para alcanzar el puente de la fragata, subió hasta el segundo piso.

Estaba furioso consigo mismo, por su estupidez y su pusilanimidad, furioso al mismo tiempo por haber huido de la delicia de la mano de Laura, pero tenía la impresión irreal de haber escapado de un peligro en el que ardía por volver a caer.

Cuando llegó por fin a su habitación, bañado en sudor, se desplomó en la cama.

Cayó dormido de agotamiento y de rabia.

La mano entra en su sueño antes de despertarlo por completo. Le comunica una sensación de calor frío, molesta e irresistible a la vez. Mientras recupera la concienciada mano se desliza por su ropa y busca un rincón de piel desnuda donde detenerse. Escoge un lugar en su pecho, justo encima del corazón. Es delicada, experta, araña y acaricia al mismo tiempo.

—Dame tus manos, pianista, y toca…

Vincent se deja manejar y, con el arte de Laura, tiene la impresión de ser un amante experto. Ella se adelanta cuando es preciso y lo sigue cuando puede, lo anima y lo retiene, lo ayuda y lo deja, lo guía y lo abandona. Por una noche se hace amante perfecta, ideal, inolvidable.

Todavía hay risas, voces, antorchas que titilan en la escalera y los amplios pasillos del palacio, todas estas presencias en un lugar extraño, y por la ventana entreabierta penetra una vaharada de noche que se desliza en la humedad del aire. Sus pieles se queman la una a la otra y Vincent siente un inmenso alivio: al fin, al fin, al fin…

«Es tan sencillo», se vuelve a decir, como a bordo del *Orient*, y no entiende por qué ha tenido miedo, ni de qué. Para él, en este instante en que sus cuerpos se entremezclan, se buscan y se encuentran con tanta fuerza, el rostro de Bonaparte es casi tan real como el retrato de Luis XVI, que ha caído en la alfombra haciendo un ruido blando. Es algo del pasado que no existe: solamente son reales el abrazo de sus cuerpos despojados de ropas, la sonata de sus jadeos y sus murmullos. La contención que se imponen para no hacer ruido es insoportable y deliciosa y, cuando ella entra en él, es como si un golpe le rompiera el pecho. El casi se ahoga y tiene que mantenerla inmóvil, pegada a su cuerpo durante un instante. Tiene los ojos clavados en ella, sobrecogido por un feroz asombro de vivir.

¿Es esto?

¿Era esto?

Ella cierra los ojos y los abre solo para lanzarle un rayo verde de gata lánguida. Él no se cansa de sentirla incansable; se siente fuerte con todas las flaquezas que ella descubre en él y con las que se divierte con las patas, con la lengua. En la penumbra,

él ve su cuerpo en los destellos de la luna que la recorta en láminas de plata. El resto son las manos, es el sabor, es el olor, es el pecho que se aplasta contra él, es el estremecimiento que se escapa de ella, recorriéndola de la cabeza a los pies, totalmente.

¿Es esto? Es tan… tan…

Ella le dice que toque, que siga tocando su música, le dice cruelmente que pronto tendrá que irse, que toque con fuerza, que golpee los acordes, le pide, le suplica y ondula como una ola, es fuerte y flaquea, se recupera, se deshace, lo cubre, lo ata, lo inunda y lo destruye y lo recrea. El sudor sobre su piel es rocío.

Y luego llega esa cosa extraña que no se parece en nada a lo que él había imaginado en los momentos robados, en los libros que no dicen nada, puesto que es inefable o está prohibido.

Un pequeño terremoto agita su cuerpo mientras ella hunde su cabeza en su hombro. Llora. Levanta los ojos hacia él y las lágrimas corren por su rostro que sonríe al mismo tiempo. Ella dice esas palabras extrañas: te amo. Le da más y más besos y repite: te amo. Y le murmura su nombre y le pasa los dedos por la espalda que se apacigua poco a poco.

Al día siguiente, al amanecer partirán hacia el desierto y parece irreal en esta dulce noche en la que hay todo lo que se precisa para beber y festejar. Sin embargo, la ciudad está rodeada, de un desierto que avanza y la sitia…

Ella se levanta y recoge su ropa, se viste desarrugando lo que él ha arrugado. Lo besa y repite de nuevo: te amo. Su boca está fresca y su último beso es como el primero.

Se ha ido, dejando apenas que un rayo de luz cruce la puerta en su huida.

El respira lentamente y prolonga el bienestar dejando que el aire le hinche el pecho y espirando lo más lentamente posible.

Las sensaciones le abandonan una a una, casi tiene frío y se tapa el cuerpo desnudo con las sábanas y la manta.

En el palacio, los ruidos se han ido apagando junto con las luces y, sin embargo, no encuentra la calma. Piensa en Bonaparte, y el general adquiere una realidad aterradora: el mechón de pelo amarillo se agita y los ojos negros, hasta entonces bonachones, adquieren un brillo amenazador, aterrador.

Se dice: ella me ama, y eso lo tranquiliza.

Pero la bota arañada de Bonaparte pisa el suelo con la violencia de un cañón, su pierna ceñida en el pantalón blanco se crispa de cólera y su voz se inflama y resuena como un trueno.

Se dice: ella me ama, y eso lo tranquiliza de nuevo, aunque tenga que reconocer que, tal vez, su valor indomable no sea más que una ilusión de amante.

Justo antes de sumirse en el sueño, se hace por primera vez la pregunta que se

había extraviado entre la inquietud, el placer y el orgullo de ser hombre.

Y yo, ¿la amo?

Y, en el viento del mar, lo único que oye es la respuesta de Laura.

# 4

Se despertó por la mañana tras varias horas de un sueño agitado que no le permitió descansar. Su exaltación había desaparecido y su delicioso recuerdo no era más que un olor pegado a sus manos. Ahora lo veía todo con claridad, con demasiada claridad. Le asustaba su estupidez, aunque solo de pensarlo le recorrían por todo el cuerpo ondas de deseo a las que ahora podía dar un nombre, aunque le impregnara la piel y le doliera.

Por primera vez desde hacía tiempo, se arrodilló.

Cogió la cruz que le había dado el caballero de Malta y la besó. Le pareció que la plata fría en sus labios le comunicaba el sentido de lo que debía hacer. Observó atentamente los caracteres grabados, sondeó su misterio, pero no sacó nada en claro. Rezó con los labios, rezó con el corazón. Murmuraba que tenía confianza, que se ponía en manos del Señor su Dios, que se abandonaba a él. Le dijo que había pecado. Pero al recordar el pecado, se lo volvía a imaginar vivamente; y se le sonrojaban las mejillas, pues aquel pecado era una delicia que volvería a saborear si se le presentara de nuevo la ocasión.

Sentirlo tan netamente le hizo saltar de la cama, ponerse el pantalón y las botas y envolverse el cuello con la bufanda de la que no se separaba.

Temblaba de pánico mientras terminaba de vestirse. ¿Ver a Bonaparte, hallarse frente a él? Querría decirle: «Mi general, os he traicionado y vos me habéis acogido en vuestra casa. Ejecutadme como espía». O bien: «Mi general, amo a esta mujer como vos no sabéis amarla». Pese a su angustia, consiguió sonreír de sí mismo.

En esa sonrisa encontró las únicas palabras que podía decir seriamente a Bonaparte.

Y tal vez fuera esa la solución a sus problemas.

Por primera vez, un extraño pensamiento se insinuó en su mente, pero lo rechazó. Después el pensamiento regresó e intentó seducirlo, presentándose bajo una serie de atractivos velos.

Quería morir.

Se asomó a la ventana y vio un asno que había caído con toda su carga e intentaba levantarse sobre su pata rota. Varios hombres lo rodeaban, furiosos, insultándolo y golpeándolo. Pasó un soldado y de un disparo puso fin a su agonía: el asno dejó de agitarse y los hombres se dispersaron para volver después a atarlo y arrastrarlo por el polvo.

La idea de la muerte abandonó la mente de Vincent pero, en el breve instante en que se había impuesto, había sido de una realidad precisa y aterradora.

—¡Viva la República! ¡Viva la República!

El viento de arena se levantó al mismo tiempo que los cobres de la música francesa empezaron a entonar una melodía fúnebre para acompañar a los hombres muertos en la toma de Alejandría. Los beduinos se mantenían a corta distancia y observaban sin mirarla aquella ceremonia que tan poco se parecía a las suyas.

Los cuarenta cadáveres habían sido trasladados uno a uno hasta el pie de la columna de Pompeyo. Aunque herido, Kléber se hallaba al lado de Bonaparte, con una venda todavía roja de sangre seca que le envolvía la frente y de la que se escapaban mechones de su cabellera gris que volaban al viento.

Vincent estaba demasiado lejos como para oír claramente las palabras de Bonaparte que el viento transportaba. Hablaban de gloria eterna y de valor indomable; oía el rumor de las palabras que pasaban como olas flotando por encima de los miles de soldados y que, en efecto, les daban un poco de la gloria, un poco del valor que ciertamente iban a necesitar.

Aquella mañana, cuando, en la entrada del palacio consular, había preguntado con voz firme a Bonaparte si lo autorizaba a partir con la vanguardia de Desaix, el general en jefe había inclinado la cabeza de un modo curioso y lo había observado largo rato sin hacerle la pregunta que estaba esperando, y sin protestar tampoco. Después, simplemente:

—Te debo un poco de mi vida. Hoy puedes hacer lo que quieras con la tuya. Mañana ya veremos…

Vincent recordó las palabras de Rashid, al que había encontrado justo delante del palacio, tumbado junto a un muro, como si lo hubiera estado esperando toda la noche: sufrimientos, sufrimientos infinitos… Resonaban en su recuerdo como una promesa, y eso le provocaba una exaltación que los demás no conocían.

Tenía prisa por estar en el corazón del desierto y dejarse aspirar por él. «Morir», había pensado aquella mañana por debilidad, como si la muerte fuera la solución a sus problemas. Ahora comprendía, al respirarlo, que aquel desierto le tenía reservada otra cosa muy diferente.

Mientras las unidades se preparaban, el ingeniero Costaz se quedó para dirigir el último acto de la ceremonia: grabar los nombres de las víctimas al pie de la columna. Denon sonrió y agitó la cabeza con aspecto satisfecho. Casi a su pesar, Vincent le preguntó por qué.

—Yo mismo he sugerido esta idea a Bonaparte hace un momento. Ha tenido la generosidad de encontrarla adecuada a su grandeza.

Vincent ya no se asombraba ante la adoración casi amorosa que Denon sentía por Bonaparte, la corte paciente que le hacía en cualquier ocasión y que ningún desaire conseguía desalentar. Y, además, tan desinteresado: en ningún momento, desde que se

habían conocido, había manifestado la menor señal de celos. Más bien una mezcla de curiosidad e irritación: se asombraba de que Vincent no fuera capaz de relatar con precisión cada palabra, cada gesto de su héroe.

Vincent, prudentemente, no le había explicado el motivo de su distracción.

—Creo —dijo Denon con tono indiferente— que el general en jefe tiene razón al no repetir el error de san Luis…

—¿San Luis?

—… que se quedó encerrado en Damieta. Sí, hay que avanzar directamente hasta El Cairo, no dar respiro a esos mamelucos que oprimen a estos desdichados, mostrarles nuestra determinación. Nuestro ejército se internará en el desierto como Moisés cruzando el mar Rojo…

—Vaya, hoy tiene el alma medieval y bíblica…

La mirada de Denon lo traspasó.

—¿Te vas con Desaix? —dijo con afectada indiferencia.

—¿Ya lo sabe?

—Has omitido hablarme de ello —dijo Denon sin enfado, en tono de simple constatación.

—Pensé que no lo desaprobaría.

—No has pensado nada, muchacho, pero no te lo reprocho. No iré a pedir al general en jefe un segundo favor. Pero ya que estás aquí, sé mis ojos, sé mi mano y cuéntame… Yo me voy con la flota y conoceré el Nilo antes que tú. Nos encontraremos ahí y nos bañaremos juntos. Solo te pido una cosa: mantén los ojos abiertos…

Vincent interrogó a Denon con la mirada.

—Abre los ojos por mí. Mira y cuéntame, dibuja si puedes, aunque sea mal, no importa… Cuando todos los demás caigan agotados por el deber de sobrevivir, tú pensarás que debe quedar algo más de todo esto, y pensarás en mí, ¿verdad? Hazme este regalo, extraño joven venido de ninguna parte para acompañarme…

Vincent estrechó la mano de Denon. Su generosidad era directa y natural, la repartía con la misma liberalidad que su admiración, y Vincent sentía una emoción profunda que intentaba expresar a través de aquel apretón de manos.

—Tu agradecimiento no tiene por qué romperme los dedos —dijo Denon, con los ojos brillantes.

—Me pregunto cuándo dejará de burlarse de mí.

—Cuando tú dejes de hacerme reír.

—Me temo mucho que eso no suceda nunca.

Como única respuesta, Denon abrió los ojos haciendo una cómica mueca. Vincent pensó: «He dicho me temo mucho, pero debería haber dicho espero».

Decir que habían entrado en el desierto era decir poco: el desierto los había engullido, se los había tragado. Apenas habían dado unos pasos en la arena y ya la monotonía del paisaje se había impuesto a ellos, inmensa, inmediatamente intolerable: una arena de color amarillo pálido y gris, salpicada de guijarros negros, con matorrales y palmeras como única y escasa vegetación.

Los soldados se daban la vuelta para mirar atrás. Los muros de Alejandría, tan poco atractivos en los cuatro o cinco días que habían pasado entre ellos, ahora parecían encerrar palacios milagrosos y fuentes de frescor celestial.

Demasiado tarde: el desierto se había cerrado a sus espaldas.

Los cuatro mil seiscientos hombres de la división de Desaix precedían a los de Reynier, que partirían varias horas más tarde, y luego los de Dugua, Bon y Vial; en total veintiún mil hombres, equipados como para la campaña de Italia, con un uniforme de paño grueso bajo el tórrido calor de julio.

Justo antes de que la columna se pusiera en marcha, Vincent había visto a un soldado que vaciaba su cantimplora de agua riendo. «Así llevaré menos peso», dijo a un compañero. Había que reconocer que con la mochila llena, el fusil, la cartuchera y los cien cartuchos, el equipo de infantería no era ligero.

Siguiendo los consejos de Rashid, Vincent se preparó adecuadamente: a la ración de cuatro días de galletas, añadió dos litros de agua, fruta y piedras de sal. Denon le regaló un sombrero negro de ala ancha que le tapaba prácticamente la cara.

La silueta de Frédéric se había desplazado hacia el final de la columna. Cuando Vincent miraba a los hombres empapados de sudor, arrastrando los pies tras apenas una hora de marcha bajo el sol de la tarde, él mismo se extrañaba.

No tenía calor.

Al contrario, se encontraba bien: su cuerpo parecía atraer el calor y absorberlo, moverse en él como en un agua benefactora. Ante la mirada incrédula de dos hombres que ya se tambaleaban, como borrachos, se quitó la bufanda y la plegó cuidadosamente para guardarla en la bolsa.

Por dondequiera que mirara, veía hombres que hacían muecas de disgusto, que murmuraban su protesta creciente. Bastó que los primeros empezaran a refunfuñar para que se hablara de amotinamiento. Desaix tuvo que ponerse firme, desplegar su incansable energía con sus ayudantes de campo, Rapp y Savary, y remontar la columna amenazando y animando alternativamente.

—¡Dormiremos en Beda! ¡Dormiremos en Beda!

Y aquel Beda se convirtió para todo el mundo en el espacio de los sueños, un paraíso verde, lleno de sombra, donde habría doncellas vertiendo agua sobre sus doloridos cuerpos. Para Vincent eran las dos sílabas del nombre que había pronunciado la mujer junto a la puerta de Rosetta. Buscó información en Rashid, y este se limitó a sonreír: «¿Al Beida? No esperes gran cosa…».

La única distracción la proporcionó un campamento beduino y, más tarde, un grupo de jinetes que los observó de lejos y que desapareció entre una nube de polvo.

—Solamente el genio de Bonaparte podía hacernos creer en el paraíso.

La irónica voz lo sacó de su ensimismamiento. Los ojos grises de Michelet estaban fijos en él. Lo observaba con la atención de un estudioso ante un pez raro.

—Parece que tú y yo somos los únicos de este ejército que no sudamos.

—¿Qué haces aquí? ¿Tú también has venido a buscar tus seis arpentes?

—Corre el rumor de que en El Cairo hay una representación de *La flauta mágica*. No quisiera perdérmela por nada del mundo, siempre y cuando me prometas ir conmigo.

Los dos jóvenes se estrecharon la mano, curiosa ceremonia en aquel gran salón de arena donde el cálido viento de la tarde no refrescaba en absoluto, al contrario, parecía que levantaba del suelo el soplo de una fragua. Se dirigían al este, y los rayos del sol poniente les quemaban la nuca.

Caía el día y, en la retaguardia, los primeros hombres se tumbaron en su propia sombra, demasiado agotados para dar un paso más. Se quedaron quietos, de rodillas en la arena, los que intentaban el esfuerzo de levantar a los demás pronto se desanimaban por su propio agotamiento y por la apatía de las víctimas. En la anaranjada luz del anochecer los hombres no veían belleza, sino una nueva e inquietante cara de la muerte. Eran soldados que sabían morir en combate. Pero ¿así? Sin un gesto de defensa, sin un disparo, sin una bala para segar la tierra, simplemente con la garganta y los labios secos, con la espuma en los labios como si el hombre se hubiera convertido en un caballo enfermo al que se abandona en su dolorosa agonía.

No obstante, tenían que avanzar.

Ya no podían estar lejos de Beda, Beda, donde a cada paso la imaginación enfebrecida añadía más ríos y más frutas rebosantes de azúcar.

Más allá de la fatiga que lo invadía, Vincent percibía una curiosa impresión que lo aislaba de todos. Era como si su corazón y su alma, al ritmo lento de la marcha, hubieran pasado por la tela de esmeril, como si los hubieran pulido, desbastado… Era una sensación dolorosa e inevitable, penosa y necesaria… Todo aquello de lo que había querido huir en su vida, incluso el repentino deseo de morir que se había apoderado de él aquella misma mañana, todo se le aparecía nítidamente. Toda la historia de sus sufrimientos, todas sus mediocridades, todas sus pequeñas cobardías desfilaban ante sus ojos aunque los cerrara para escapar de la luz.

Los demás, tal vez, estaban demasiado extenuados para verlo. Solamente Michelet, que caminaba a su lado con paso constante, seguía sin manifestar el agobio del calor.

—He hecho una tontería muy grande, enorme —le dijo de pronto, obedeciendo a un impulso.

—Ya lo sé.

—¿Lo sabes?

—Baresi.

—¿Cómo lo sabes?

—Todo el mundo lo miraba a él, pero yo te miraba a ti, y a ella a tu lado. Cuando subiste a acostarte, ella tenía en la cara esa sonrisa de las mujeres que están seguras, esa sonrisa que conozco bien…

Emitió una risita desprovista de alegría. Y Vincent, que le había abierto el corazón tan fácilmente, no se atrevió a preguntarle por qué. Y, entonces, una idea lo hizo palidecer: si Michelet lo había visto, ¿quién más lo habría visto también?

—Nadie os miró como yo —dijo este, con los ojos grises perdidos en la lejanía.

—¿Es que me lees el pensamiento?

—No es muy difícil leer en tales pensamientos. Un niño distraído podría hacerlo… No sé si vuestra noche mereció haber corrido tanto riesgo. Espero que sí por vosotros, pero tengo miedo por ti. Así que no te diré que no lo repitas por si acaso os sorprende otra persona no tan bien dispuesta como yo: eso ya lo sabías y no te ha impedido hacerlo. Ya he vivido mucho: estas cosas pasan y son incomprensibles. Pueden ser dulces, pueden ser crueles. No están sujetas ni a la moral ni a los sentimientos, sino a una especie de química que quizá algún día descubra un Berthollet del alma. Mientras tanto…

Michelet hizo un gesto vago hacia el horizonte.

—Mientras tanto, haz lo que puedas ya que no haces lo que debes, sé prudente y no hables con nadie. ¿Entendido, amigo mío?

Lo rodeó con el brazo en un inesperado gesto de afecto.

—Con nadie.

Cuando se acercaban a Beda, la columna recuperó de pronto cierto vigor, en una especie de danza frenética de siluetas negras que se recortaban en el declinar del día. Ya no eran cazadores ni dragones, ni oficiales ni soldados, ni eruditos ni combatientes: solo eran hombres que tenían sed.

Beda no era más que una miserable cisterna mal construida, en la que se pudría un agua llena de lodo. Los soldados se precipitaron en desorden, y el mismo Desaix tuvo que disparar al aire para retenerlos, dar la orden de cavar al lado del pozo estancado y organizar el triste reparto: un vaso de agua por hombre.

—¡Que corra el vino! —dijo Michelet. Nadie se rió de la ocurrencia.

Tras el ímpetu vino el decaimiento. Los hombres bebían haciendo muecas de asco, por turnos, esperando saciar la sed con los pocos sorbos de aquella mixtura que se volvía más espesa y limosa a medida que los cubos se sumergían cada vez a mayor profundidad.

Vincent no tocó su cantimplora y pasó el vaso que le tendían sin mojarse siquiera

los labios. Apenas lo miraron.

Debía de ser un loco, sin duda, un hermano de los que habían caído en el desierto.

—¡Ya no hay más agua!

Ante aquel grito unos cuantos hombres más cayeron a tierra, inertes, como alcanzados por una bala.

Los últimos filamentos de bruma que cruzaban el sol poniente se tiñeron de violeta, amarillo y verde. La masa del desierto desapareció, absorbida por la noche. Detrás de la ira, detrás del sopor empezaba a instalarse la extenuación.

—¡En marcha!

Al principio, la orden fue recibida con cierta incredulidad: los hombres no se movieron.

—¡En marcha!

Los ayudantes de campo y los oficiales fueron repitiendo el grito y los hombres empezaron a levantarse, a reunir sus enseres, a ponerse de nuevo las pesadas botas que se habían sacado para aliviar los pies doloridos.

—¡En marcha!

En apenas unos minutos, la orden había sido ejecutada; y lo que ningún hombre pensaba que era capaz de hacer, lo hicieron todos juntos, como un ejército de sombras dirigiéndose a no sabían dónde, sostenidos por unas piernas que ya no los sostenían.

Más tarde, mucho más tarde, se ordenó el alto. Los hombres cayeron dormidos ahí mismo, sin dar un paso más. Apoyaban la cabeza en la mochila, y el fusil plantado en la arena era como el mástil al que se sujetaban para evitar que les arrastrara la tormenta de su fatiga.

A lo lejos oían el rugir del viento, los gritos de algunos animales que sobrevivían Dios sabe cómo en aquel infierno, y el trotar de los jinetes beduinos que se acercaban sigilosamente, dispuestos a robar y a matar a los hombres aislados de la columna, dejándolos con los brazos en cruz en la arena.

Claro que muchos de ellos no notarían la diferencia: morir, la segunda vez, ya no duele.

# 5

Poco antes de mediodía, los primeros hombres la divisaron: una extensión de agua azul pálido, rodeada de algunos árboles.

Uno se acostumbra a todo: a dormir con las manos en el fusil y la cabeza apoyada en la mochila durante un par de miserables horas hasta que el grito de «en marcha» resuena en la todavía negra noche; uno se acostumbra a ver hombres cayendo y a la arena que los cubre en un instante, enterrando lo que parecía tan vivo, un hombre con su nombre y su historia, su nariz de patata, sus chistes malos y sus canciones desafinadas. Todo esto convertido en silencio y olvido.

Uno se acostumbra a contar los pasos, a distanciar las pausas, a ahorrar las palabras tanto como la respiración, a bajar los ojos para no ver que la lejanía sigue estando lejos, uno se acostumbra al peso de la mochila que siega los hombros y rompe la espalda, al roce de la correa en un muslo, a los dolores siempre nuevos que queman el cuerpo, uno se acostumbra a descubrir nuevos recursos cuando ya se creían agotados, uno se acostumbra a saber que siempre puede hacer más calor. Todo lo que uno pierde en el desierto, todas esas cosas indispensables que se resquebrajan y desaparecen de inmediato…

Pero a esto uno no se acostumbra. Es para volverse loco.

El agua era una ondulación en cuya superficie se formaba una espuma que parecía bruma, casi una irisación de delicado rocío. Semejaba al alba en pleno mediodía. Hacía pensar en nacimientos, aun en medio de un universo donde todo se secaba y moría. Palpitaba baja la luz tan blanca, y las palmeras de color verde oscuro, casi negras, también se refractaban. La promesa era irresistible, la promesa era una presencia, casi. Porque a medida que se acercaban, algunos ya tendiendo las manos y doblando la espalda como para sumergirse en la masa líquida, todo se alejaba y se deshacía, todo se diluía en cristales de luz.

Era una ilusión. Un espejismo.

Vincent había encontrado a menudo en los libros esta palabra tan cargada de poesía. El primero le engañó como a los demás; el segundo también, igual que el tercero… Después cerró los ojos. El consejo amistoso de Denon también era imposible de seguir: mirarlo a la cara, era como mirar al diablo y condenarse. Se le quemaban los párpados con la reverberación de la arena.

Hacía tiempo que había dejado de alegrarse de su resistencia; hacía tiempo que había empezado a beber el agua de sus cantimploras, escondiéndose detrás de unas rocas negras o de una duna gris para que no le vieran, avergonzado. ¿Daría él de beber a los cuatro mil quinientos hombres que quedaban? No, él no era Jesús. ¿Daría

de beber a uno de ellos? Dios mío, si podía evitarlo, siendo sincero, no.

Por encima de ellos volaban los buitres, pacientes.

Seguía avanzando, encerrado en sí mismo, atento solo al paso siguiente, concentrado en las sensaciones que recorrían su cuerpo, toda esa suma de dolores y malestares por los que, pese a todo, había que pasar para sobrevivir. A veces introducía la mano por debajo de la camisa y se tocaba la piel ardiente del pecho: le parecía que la cruz de plata le transmitía un imperceptible frescor.

Rashid se acercó a él con su paso tan regular y ágil como el del primer día.

—Tienes que venir.

Vincent no intentó comprender y lo siguió. Sabía que debía la vida al conocimiento y la experiencia del antiguo esclavo.

La ruta que seguían iba paralela al canal seco de Alejandría, que se llenaría con la inundación del Nilo y que ahora, a lo lejos, se burlaba de ellos. Dentro de pocas semanas bastaría meter las manos en él para refrescarse la cara… Pero de momento solo contenía una tierra más gris que la arena y piedras negras, algunas plantas ralas pegadas al lecho y matas de espinos.

Aunque seguía a Rashid sin discutir, Vincent no entendía por qué. Los hombres con los que se cruzaba estaban tan aplastados por la fatiga y el calor que no le podían ni preguntar qué estaba haciendo yendo en sentido contrario a la columna. Rashid se detuvo ante un gran peñasco a cuyo pie había dos hombres desplomados, con la cabeza apoyada en la mochila y la chaqueta en la cabeza para protegerse de los rayos del sol.

—Es tu amigo —dijo Rashid.

Vincent se arrodilló y descubrió los dos cuerpos. Tenían la cara cubierta por una fina capa de pelos grises que formaban como una costra de sal en los bordes del rostro, con los ojos ya casi en blanco, mirando un espectáculo que nadie podía ver.

Era Frédéric Langeac.

Y el hombre que se llamaba Chrétien, el que le había roto el piano. Este fue el primero en reconocerlo, y se puso a parpadear con una especie de pánico resignado: era como si viera la muerte que lo visitaba antes de su propia muerte.

Vincent sacó la cantimplora de su bolsa. Aún le quedaba medio litro de agua, que había ahorrado prudentemente calculando cada sorbo como un matemático de la sed. Eran las gotas de agua de su vida.

Tendió la cantimplora a Frédéric, quien bebió un poco y se la devolvió sin pronunciar palabra.

La tendió después a Chrétien, que lo miró, incrédulo.

—Vamos —dijo Vincent con la punta de los labios secos—. No dejes que me lo piense dos veces.

Vio cómo el agua turbia pasaba a la garganta del hombre medio muerto, vio cómo

el agua de su propia vida pasaba a la de él, y cómo así, tal vez, se la devolvía. Sentía un terrible nudo de cólera en el vientre, una cólera antigua, por estar haciendo aquello por aquel hombre. Pero cuando vio cómo se le levantaba la nuez, cuando vio cómo la mano se aferraba a la cantimplora, fue como si la vida volviera a él, a Vincent, como si lo que estaba dando le fuera devuelto.

Dio un poco más de agua a Frédéric. Después galletas y un poco de queso de sabor rancio, que Rashid le había conseguido no sabía cómo.

—No moriréis —dijo a los dos hombres—. Moriréis algún día, pero hoy no. Así es.

Ambos lo miraron sin responder, pero asintieron lentamente con la cabeza. Si sus ojos pudieran contener palabras, dirían gracias. Hicieron lo que un cuarto de hora antes no habrían siquiera imaginado: estirar sus miembros entumecidos y levantarse. Regresaban del otro lado de la vida y, cuando pudieran hablar, serían incapaces de contarlo. Caminaban como si caminasen por primera vez, pero caminaban.

Vincent y Rashid caminaban delante de ellos.

No, todavía no morirían.

Por la noche, al acampar, Desaix llamó a Vincent y a Michelet.

El joven general estaba tan extenuado como los soldados, pero conservaba en la mirada la llama de su legendaria energía. La arena había surcado cicatrices en su cara, que, sobre su piel mate, parecían como una red de líneas rosas. Su negro bigote estaba salpicado de ocre, gris y blanco.

—Coged dos caballos —les dijo—, y un guía. Regresad a Alejandría para avisarle…

No perdieron tiempo en preguntar por qué los había elegido a ellos. Mirando el estado de los hombres resultaba evidente: eran los dos únicos que todavía parecían capaces de caminar normalmente. Vincent llamó a Rashid y le preguntó, aunque ya sabía la respuesta, si sabría guiarlos. El joven le sonrió. Por supuesto que sabría.

—Reynier ya está de camino —reflexionó Desaix en voz alta—, y para él ya es demasiado tarde. Pero para Vial, para Bon, para Dugua… Ellos no encontrarán siquiera la poca agua que hemos encontrado nosotros en los pozos. Que los hombres salgan con reservas y con agua, al menos cuatro litros por hombre, y que se deshagan de esa maldita carne salada que nos han puesto en las raciones.

A pesar del cansancio, en la voz de Desaix había un resto de ira. No criticaría a Bonaparte delante de sus hombres, pero estaba sorprendido, exasperado por la ligereza con la que el general había enviado a divisiones enteras con una falta de preparación total a un entorno tan cruelmente hostil.

—Si no queremos que todo el ejército de Egipto se quede en la arena, vencido por el desierto antes incluso de haber entablado el primer combate en serio…

No terminó la frase.

Mientras ensillaban los caballos, Desaix dictó su mensaje al general en jefe dominando las emociones que podrían apoderarse de él. Sabía que nada era más peligroso que mostrar a Bonaparte un sentimiento como el que en aquel momento lo agitaba. Había que presentarle las cosas como pudiera oírlas, o bien no decirle nada en absoluto.

«Siento terriblemente verme obligado a hablaros en un tono de inquietud…»

Cuando hubo terminado, lo entregó a Michelet.

—No os paréis —dijo—. No miréis nada más que el oeste y los muros de Alejandría. No os detengáis hasta que no estéis delante de él. Os lo ruego.

Los ojos grises de Michelet expresaron comprensión con un simple parpadeo. Vincent no demostró la extraña excitación que se había apoderado de él: llevar un mensaje para Bonaparte y cruzar de nuevo el desierto.

La luna llena pintaba el desierto con colores plateados, y el aire que silbaba en sus oídos les daba una sensación de libertad que habían perdido desde el día anterior; poco más de una jornada de marcha los separaba del otro mundo, unas cuantas horas a caballo.

Michelet montó con la destreza de un hombre nacido a lomos de un caballo. Su cuerpo ligero, hábil, se amoldaba a la montura.

Se pusieron totalmente en manos de Rashid. En una ocasión los obligó a detenerse sin razón aparente, a ocultarse tras una gran duna negra. Se quedó callado, acariciando el cuello de los caballos para calmarlos. Oyeron, más que vieron, a un grupo de jinetes beduinos que pasó sin distinguirlos. Michelet y Vincent tenían la mano en el fusil y la respiración contenida en el pecho.

Cuando llegaron cerca de Beda, se alejaron de los gritos de desesperación y de revuelta que se estaban produciendo delante del pozo vacío. Era la división Reynier, que había salido un día después que ellos. Algunos ingenieros habían intentado cavar otro agujero, pero solo extrajeron arena y una tierra dura, fría y seca. Algunos hombres los llamaron pero ellos recordaron las órdenes de Desaix. Un disparo resonó tras ellos: era un hombre que acababa de saltarse la tapa de los sesos.

De vez en cuando, en medio de ninguna parte, al llegar junto a tres palmeras cuya fina silueta se parecía a la de otras tres palmeras cualquiera, Rashid les hacía desviarse ligeramente, a la izquierda o a la derecha, sin vacilar nunca. Finalmente, pronunció sus únicas palabras del trayecto, señalando con el dedo lo que les parecía no ser más que una línea gris confundida en el horizonte:

—¡Los muros de Alejandría!

Cuando los distinguió por fin, Vincent apenas pudo creer que en menos de cinco horas acabasen de hacer el camino que habían tardado en recorrer casi dos días de sufrimientos intensos. Pasaron por las calles siempre abarrotadas. Un hombre dio un

brinco para no ser atropellado por los caballos.

Llegaron ante el palacio consular.

Mientras Michelet se presentaba al soldado de guardia, Vincent recordó: hacía dos noches… Se dio cuenta de que no había pensado en ella: como si se hubiera convertido en uno de los espejismos que se le habían aparecido en el camino y cuya visión era veneno para la imaginación.

Esperaron a la sombra de las antorchas del vestíbulo, llenos de polvo y arena, con las piernas temblorosas que apenas les sostenían. Beauharnais bajó la escalera, impecablemente vestido, y los observó sin decir palabra. Verlos, observarlos, era imaginar por lo que habían atravesado. Los guió hasta un saloncito del primer piso. Se disponía a cerrar la puerta tras ellos, cuando llegó Bonaparte. Aunque estaban en mitad de la noche, iba vestido como para salir de campaña: levita larga azul oscuro y pantalón blanco ceñido, con la espada al costado.

—Herbach, Michelet. Estaba escribiendo —dijo, saludándolos con un simple gesto de la cabeza.

Michelet leyó el mensaje con voz uniforme.

Bonaparte lo miraba sin expresión alguna. Cuando terminó:

—Muy bien. Muchas gracias.

Michelet y Vincent lo miraron, estupefactos. Muy bien. Eso era todo.

Beauharnais les abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarlos pasar.

Aquel hombre, pensó Vincent subiendo trabajosamente las escaleras, no estaba hecho como los demás hombres. No sabía si había que admirarle u odiarle: ambas cosas a la vez, sin duda.

Cuando se metió en la cama completamente vestido, ya sabía que ella no vendría aquella noche. Se durmió bajo una lluvia de estrellas, rodeado de arena y noche, con el corazón encogido por la desolación de la muerte y, sin embargo, deslumbrado por la belleza.

No supo a qué hora, pero se despertó sobresaltado. Para recuperar la conciencia, tuvo la impresión de tener que atravesar capas de tiempo, dar brazadas en la noche y sufrir terriblemente para despegar los párpados. La puerta de su habitación estaba abierta.

Con el corazón acelerado, vio la sombra que se enmarcaba en la vacilante luz de las antorchas. Levantó los brazos, estuvo a punto de decir su nombre: Laura…

—No puedo dormir, Herbach. He de hablarte.

Vincent se mordió los labios para no gritar. No era ella, era él. La sombra no lo protegió mucho tiempo, mientras incorporaba en la cama su dolorido cuerpo.

Bonaparte no se había movido de la puerta. Dio un paso hacia él.

—No hace falta que te vistas.

El tono era frío y Vincent estaba atontado de pánico. Michelet no había sido el único que lo había visto, y el general en persona venía a buscar explicaciones. Se apoderó de él un sentimiento de confusión y vergüenza tan profundo que se le hizo un nudo en la garganta. El deseo de confesarlo todo lo atravesó de arriba abajo y solamente la emoción le impidió hablar.

Bonaparte hizo entonces una cosa extraña: fue a sentarse a la cama y le puso una mano en el hombro.

—No necesito que me entienda nadie —dijo con voz tranquila—. Pero por culpa tuya no puedo conciliar el sueño…

Vincent todavía estaba crispado de estupefacción.

—Voy a decirte lo que no diré ni a Desaix ni a ningún general. Voy a decirte por qué murieron esos hombres.

Vincent tardó un segundo en entender lo que le decía, y le entraron unas ganas de reír tan grandes como el miedo que había sentido. A duras penas pudo contenerse.

—Murieron porque no tengo tiempo. Debo avanzar, me oyes, avanzar contra los mamelucos, asentarme aquí sólidamente antes de que los ingleses me priven de esta ocasión única de frenarles el paso…

—Mi general, eso ya lo habéis dicho antes y el general Desaix puede oírlo…

Vincent había recuperado el ánimo, pero la voz le temblaba ligeramente. Bonaparte hizo como si no hubiera hablado.

—El tiempo, muchacho, significa muertos… El tiempo para equipar a los hombres, el tiempo para ir en barco en lugar de internarnos en el desierto significa muertos, muertos frente a los mamelucos reunidos, que han tenido tiempo en todos los pueblos y hasta en El Cairo para poner a la población en contra nuestra.

—Darles agua no habría supuesto mucho tiempo.

—Pronto tendrán agua, tendrán toda el agua del Nilo y ya verás que se les olvidará. Y después combatirán y sabrán hasta en lo más profundo de su ser por qué los he arrastrado a este país.

No era ni cínico ni cruel: hablaba tranquilamente, con un tono de simple constatación. Con el tono de un hombre que mandaba a los hombres en condiciones difíciles y que los enviaba a la muerte sabiendo lo que representaba. Vincent se dio cuenta de que, aunque no lo aprobaba, lo comprendía. Se le ocurrió que, tal vez, su indulgencia no fuese más que el cobarde alivio de hallarse fuera de peligro…

—Nadie sabe lo que pienso hacer aquí. A veces me paso horas con los ojos abiertos y me veo ocupando un lugar en el mundo que no puedo confesar a nadie. Es grande, Herbach, más grande que las palabras, más grande que las batallas. Y no me da miedo: me colma el corazón y por eso me templo en acero, por eso no me ves derramar unas lágrimas que, sin embargo, derramo por cada uno de esos desdichados que hemos perdido. Esos cónsules creyeron exiliarme…

Fiel a su costumbre, Bonaparte se había levantado y daba zancadas por la habitación. Sus botas resonaban en la fría piedra.

—Firmaron el decreto que hará de mí lo que soy. Me tenían miedo, pero me tendrán mucho más… Mañana verás a los hombres que se morían de sed y que me maldecían: cuando me acerque, me aclamarán y me reclamarán grandes batallas. Las tendrán. Tomaremos El Cairo y todo Egipto. Explotaremos las riquezas de este país y a sus habitantes sumidos en la oscuridad les traeremos las luces nacidas de nuestra Revolución, pero también nuestra ciencia y nuestro arte. Iremos a Tierra Santa, a Jerusalén, hasta Constantinopla, y el sultán se someterá a nosotros.

Perdido en su sueño, Bonaparte se dejó llevar por las palabras. Era una embriaguez tranquila y fría que a Vincent, en la noche, le pareció totalmente razonable.

—Y después volveré.

No dijo nada más.

Se dispuso a salir con la misma brusquedad que había marcado su entrada.

—Buenas noches, Herbach. Sé fiel.

A través de la celosía, Vincent vio la luz de antes del alba. Ahora era él quien no podía dormir, quien esperaba que el palacio se despertase.

Traición, fidelidad: intentaba decirse que no eran más que palabras… Pero en los ojos amarillos que brillaban en la oscuridad, eran palabras capaces de matar.

Cuando se cruza por tercera vez, el desierto no es mucho más divertido. La única distracción de Vincent era ver a Bonaparte con un pañuelo en la cabeza, galopando como un niño y golpeando el hombro de Berthier con ademán alegre:

—¡Bueno, por fin, ya hemos llegado!

De vez en cuando pasaba por delante de cadáveres medio envueltos en un sudario de arena, sobre los cuales se ensañaban los buitres, y los ignoraba por completo. «Muy bien», había dicho al recibir el mensaje alarmado de Desaix. Significaba que ya sabía todo aquello y que sus sentimientos eran como una piedra: el dios de la Guerra y la Fortuna estaba con él, el resto carecía de importancia.

Naturalmente, Laura también estaba con ellos, con su fina silueta y las charreteras doradas de su dormán azul, en medio de los cuerpos rechonchos y peludos del estado mayor.

Vincent se esforzó en no mirarla, aunque a veces sentía cómo su mirada se posaba en él y le quemaba tanto como el sol. Bajó el ala negra del sombrero de Denon para protegerse de ella.

La deseaba.

A quince leguas de Alejandría, en las cercanías del pueblo de Damanhur, su grupo se separó en dos: delante iban Bonaparte y el estado mayor, con el cuerpo de guías,

mientras que él, imprudentemente, se quedó atrás.

Uno de los oficiales había visto surgir de detrás de una palmera la figura ensangrentada de una mujer joven que llevaba de la mano a un niño en edad apenas de caminar. Tenía los labios negros y sus ojos eran dos llagas. Con la mano libre tanteaba el aire delante de ella, para detectarlos obstáculos invisibles, para encontrar un apoyo que no llegaba.

Vincent y los soldados franceses desmontaron y se acercaron a ella. Rashid la interrogó, pero al principio la mujer no dijo nada. En las mejillas y en la frente presentaba regueros de una sangre morada, casi negra, que ya se había secado. Aunque muy joven, estaba terriblemente envejecida. Aunque aún viva, estaba casi muerta.

Con frases deshilachadas contó que su marido la había repudiado, que llevaba diez días huyendo por el desierto en las cercanías de Damanhur con su hijo, alimentándose de raíces y hierbas silvestres, de lo que sus manos pudiesen arrancar del árido suelo. De inmediato, varios hombres sacaron de la mochila sus raciones y las cantimploras para darle de beber. El niño no decía nada, no lloraba, solo clavaba en Vincent unos grandes ojos negros que no expresaban nada, ni asombro ni sufrimiento, solo un gran vacío que nadie querría para sí.

Rechazó las galletas, pero se bebió el agua.

—Ahora hemos de irnos —dijo Rashid.

Volvieron a montar y empezaron a cabalgar al paso, afligidos por tener que dejar aquella miseria que no era peor que las demás, y sin hacerse ilusiones sobre su cercano destino. Cuando la mujer iba a desaparecer ya tras un montículo, vieron la silueta de un hombre que corrió hacia ella, le ató una cuerda al cuello, le dio un estirón y la hizo caer al suelo con una rabia inaudita. La mujer no ofreció resistencia, como si fuera una cabra muerta.

El pequeño la seguía sin soltarle la mano, mirando con sus ojos vacíos la débil huella que dejaba en la arena, mientras el hombre vociferaba e insultaba, presa de una ira que nada parecía poder calmar.

—Es una mujer adúltera —dijo Rashid suavemente—, la maldice, a ella y al hijo fruto del pecado.

—No vayas —añadió—, no puedes hacer nada por ella.

Al ver el río se volvieron como locos.

Dejaron las mochilas y las cartucheras y se desataron los pesados cinturones. Una vez abandonados fusiles, cartuchos y espadas, se desnudaron a medias y se precipitaron al agua.

No hicieron caso de los regalos que la gente del pueblo de Ramanieh les tenía preparados, no hicieron caso de las sandías y los quesos de oveja, las cebollas, las

verduras y las tortas de pan sin levadura cuyo agrio sabor invade la boca. Estaban más allá del hambre y la sed: tras solamente cinco días de desierto, tenían la impresión de haberse convertido en bloques de piedra ardiendo al sol.

Cuando vieron la vegetación, sonaron los primeros gritos. Las palmeras ya no eran escuálidas siluetas de ancianos impotentes: eran muchachas de formas plenas, cargadas de dátiles; desapareció la arena y surgió una tierra llena de limo, generosa, seccionada en campos y huertos, franjas de hierba donde comían las ovejas y las gallinas.

Caminaban cada vez más deprisa, con la sonrisa horadando los párpados secos, quemados, las pieles agrietadas donde habían crecido barbas de color de arena.

Caminaban hacia el agua, cinta azul recorrida por una suave brisa que la cortaba en finas láminas de placer y frescor.

Sin miedo a la masa negra y brillante de los cocodrilos, a los que tomaban por troncos de árboles, se zambulleron gritando como niños, los que sabían nadar cruzando el río a grandes brazadas, los que no sabían quedándose cerca de la orilla, chapoteando y salpicando. Algunos, que no lo podrían resistir, se ahogarían felices.

Vincent se había sentado en la ribera y los miraba sin querer acercarse al agua. Tardó un momento en darse cuenta de las botas que tenía al lado.

—Ya te dije que beberían —dijo Bonaparte.

# 6

Sentado a la sombra de un sicómoro cuyas hojas se estremecían al viento, Murad Bey esperaba. La paz nunca había parecido tan grande en el jardín de naranjos y limoneros de su palacio de Gizeh, nunca la caricia de las muchachas le había parecido tan suave; nunca la destrucción total había estado tan cerca. Con la yema del dedo se acariciaba la piel entre la ancha cicatriz, recuerdo de una cimitarra que había estado a punto de arrancarle la nariz, y la espesa barba negra que le devoraba el rostro. La brisa le traía un perfume de rosas y jazmín. Estaba a un dedo de dejarse llevar por el bienestar. Sus anchos ojos negros expresaban poder, confianza, inteligencia. Sabía disimular sus temores; y ni siquiera sus temores le daban miedo.

—¡Fátima!

No necesitaba alzar la voz. Los esclavos se apartaron para dejar pasar una silueta menuda que venía del jardín, donde la uva terminaba de dorarse en las viñas. No formaba parte de la tradición guerrera de los mamelucos, comprados de niños en el Cáucaso de generación en generación, casarse en la tierra de Egipto, de la que eran amos reales desde hacía siglos, aunque estaba bajo la autoridad puramente nominal del sultán de Constantinopla. Pero Murad era el bey más poderoso: era un hombre libre. Y Fátima no era una mujer como las demás.

—Estoy a tu servicio, Murad.

Por grande que fuera la belleza de los jóvenes esclavos y esclavas que compartían su lecho, Murad no se cansaba de la fría inteligencia de su mujer. Esta cualidad lo unía a él más de lo que harían gritos y protestas, más de lo que harían las contorsiones cómicas de un cuerpo que envejece y se marchita sin remedio. Cuando recurría a ella, en el fondo de sus ojos extrañamente claros leía una vivacidad y un valor más indomables que en muchos de los hombres que le servían. Sí, ellos sabían manejar hábilmente la cimitarra, sabían utilizar las pistolas; pero cuando se trataba de pensar, la mayoría eran más inútiles que los asnos, y no tan heles.

—Estoy preocupado —dijo.

Fátima lo miró sin dejar traslucir su asombro. No estaba en la naturaleza de Murad mostrar preocupación y menos aún, expresarla. Debía de considerar la situación muy grave para hablar de ese modo.

—Cuando desembarcaron los franceses, el imbécil del cónsul veneciano se rió de ellos y los llamó medio idiotas. Haciendo bromas, me aconsejó hacerles unos cuantos regalos y enviarlos de vuelta a casa… He leído sus ridículas proclamas en las que insultan a los mamelucos y prometen al pueblo liberarlo en nombre del sultán… No sé de qué liberación hablan. Creo que serían más honrados si no invocaran el Corán

en vano y dijeran sencillamente que quieren declararnos la guerra para saquearnos: eso lo podemos comprender… Pero qué más da: hasta hace dos días creía que podríamos derrotarlos fácilmente y enviarlos a morir al desierto. Ahora ya no lo creo.

—¿Shobrajit?

—¿Cómo lo sabes?

Fátima solo levantó los ojos al cielo.

Murad sonrió, se cogió la barbilla por debajo de la barba.

—Sí, en Shobrajit nos obligaron a huir, ya lo sé. No eran más que unos miles de jinetes, nuestros aliados eran combatientes árabes y beduinos, dudosos por tanto, y por un tiempo llegamos a poner en jaque a su flota… Por todas partes hicimos correr el rumor de que habíamos obtenido una gran victoria y sembrado el terror entre los infieles…

—Pero tú sabes que no es cierto.

—Lo sé, y esa lagartija de Ibrahim lo sabe también…

—¿Tu aliado?

Murad soltó una risita de desprecio.

—Mi aliado, sí, el que se ha retirado a la otra orilla del Nilo para observar la situación. Si nosotros vencemos, volverá a cruzar el río y vendrá a abrazarme, dirá que somos hermanos; y si perdemos…

—Si pierdes, lo perderá todo contigo. No se aliará con ellos…

—¿Por qué?

—Más bien pretenderá ganar tiempo. Aunque los franceses sean muy poderosos, aunque sepan hacer la guerra mejor que tú…

—¡Mejor que yo!

—Si ganan la guerra, ¿podrás decir lo contrario?

—¡No la ganarán! Haré lo que he dicho: los cortaré como a calabazas, los arrojaré al desierto como a ratas, los aterrorizaré y los destruiré… Tal como he dicho a mis doce mil jinetes, los haremos huir solo con poner el pie en el estribo…

—A veces tu inteligencia te hace ver las cosas con claridad, Murad, amado mío. Y a veces la ira te ciega. Pero no hasta el punto de ignorar que esas palabras eran las que ellos querían oír, y no las palabras que de verdad están en ti.

—Si tengo que ir al Alto Egipto e internarme en el desierto —prosiguió Murad como si se encerrara en sí mismo—, si tengo que imitar al camello y no beber durante días…

Fátima sonrió y posó su pequeña mano reseca en la manga de terciopelo con hilos de oro de Murad.

—Tú mismo lo has dicho: si perdemos… Sabes que puedes perder: el hombre valiente que eres nunca deja de aplicar la inteligencia a su valor. Y el valor no es convencerse de que la victoria está cercana cuando el corazón duda de ello. El valor

es hacer todo lo posible por conseguirla aun sabiendo que es casi imposible.

Murad miró a su mujer con admiración.

—Si tú llevaras un sable —dijo…

—No necesito llevar un sable para serte de más ayuda que un ejército, lo sabes bien. Soy la esclava de tu alma y estoy dispuesta a servirla como esos jóvenes efebos sirven y perfuman tu cuerpo.

—¿Qué vamos a hacer?

—No me has dejado terminar la frase. Aunque ellos nos venzan, no se quedarán en tierra egipcia…

—¿Cómo lo sabes?

—Si tú no los vences, los vencerá el tiempo.

—¿Por qué me hablas del tiempo? ¿Debería hacer como Ibrahim? ¿Cruzar el Nilo con mis jinetes, abrirles la ruta de El Cairo, cargar los camellos y las espaldas de los esclavos con mis riquezas?

—No, Murad, lo que haces es prudente y difícil. Pero pase lo que pase debes recordar mis palabras.

En ese instante se oyó una agitación en el agradable jardín. Traían a un hombre que forcejeaba entre las manos de los soldados que lo sujetaban.

—Soy un mensajero —dijo con voz tranquila, en un árabe lento pero correcto—. Tengo que hablar con Murad Bey.

—¡Es un espía! ¡Ejecutémoslo de inmediato!

Murad impuso silencio a todos.

Examinó al hombre sin decir palabra, asombrado por la intensidad y la tranquilidad de su mirada.

La luz era tan blanca que envolvía el paisaje en un limbo blanco, una especie de gasa a través de la cual los ojos, atacados por el viento de arena que soplaba sobre sus cabezas, apenas adivinaban el paisaje. Para taparse, Vincent había sacado de su bolsa la bufanda de lana y, con la ayuda de Rashid, se había hecho una especie de turbante que le ceñía la cabeza y le protegía los ojos y la nariz. Tenía calor pero estaba protegido.

—Maldito viento —masculló Langeac.

Vincent no contestó. Hacía una hora que vislumbraban la blanca punta de las pirámides: emergían como si fueran una fabulosa y misteriosa secreción del desierto. «Ningún otro país contiene tantas maravillas, ninguno otro presenta tantas obras que desafíen cualquier descripción…» Vincent recordó las frases del griego Heródoto al descubrir Egipto; por primera vez las comprendía, y no como un sueño o a través del entusiasmo de Denon. Allí ya no se trataba de estatuas o restos de capiteles: allí veía la majestuosidad de una civilización desaparecida y que, sin embargo, los observaba

y los desafiaba. ¿Qué era lo que había dicho el general en jefe? Que los siglos los contemplaban, o algo así: sus palabras se las había llevado el viento, su silueta casi desaparecía entre los remolinos de arena y, sin embargo, aquel escenario le confería una dignidad, una solemnidad especiales.

Las cinco divisiones estaban dispuestas en cuadrado, una técnica que ya había surtido efecto en la batalla de Shobrajit, y Vincent se estremeció al descubrir que con Desaix, una vez más, formaba parte de la vanguardia, la que dentro de poco recibiría la primera oleada de jinetes de Murad Bey. Los cañones de la artillería ligera estaban situados en los cuatro ángulos del cuadrado, mientras que en cada lado había dos hileras de artilleros. Al dar la señal, el cuadrado se inmovilizaría y la primera fila se arrodillaría. Vincent estaba en el centro, «con los asnos y los sabios» como ya había oído decir pero, con su espada preparada, no dudaba que llegaría a luchar: en esa jornada nadie huiría. Y, además, en cuanto cayese un soldado a su lado, le cogería el fusil y cargaría con la bayoneta… A su alrededor vio que todas las caras se ensombrecían, se entornaban los ojos y caían unas gotas de sudor que no eran mero producto del calor.

La excitación se había apoderado de él y lo quemaba por dentro. ¡A luchar!

Desaix iba de una punta a otra como un torbellino. Estaba en todo: la posición de las filas de artilleros, la mirada un poco vidriosa de un dragón, un paso vacilante, nada se le escapaba, y gritaba, bromeaba, animaba, daba golpecitos en la espalda. El cuadrado se había convertido en una fortaleza movediza, en una hermosa casa, inexpugnable, y quería comunicar a cada uno de sus hombres la fuerza que anidaba en su negro bigote: que se convirtieran en murallas y no pasarían; que se convirtieran en balas y su poder de destrucción sería terrorífico; que tuvieran confianza y nada les sucedería.

Era como si la táctica reinventada por Bonaparte no fuera un simple plan, sino una jubilosa extensión del cuerpo y del alma: sí, así era como había que luchar, así era como convenía luchar.

Vincent oyó la voz nerviosa de un joven oficial interpelando a Desaix.

—Mi general, ¿cuándo sabrá que es el momento de dar la señal?

—Cuando vea un destello de terror en el ojo de las moscas.

La frase se fue repitiendo y todos rieron. La fuerte voz de Desaix resonó.

—Recordad las palabras del general en jefe. Que ellas os acompañen cuando tengáis un momento de miedo o de duda: tenéis que esperar al enemigo sin moveros, vuestros brazos han de permanecer tan inmóviles como impasible vuestro corazón. Si no os movéis, no tenéis nada que temer. Solo debéis disparar a bocajarro. La victoria es vuestra: nadie os la puede quitar ya.

Pronto se hizo el silencio.

Rashid se acercó a Vincent y le señaló la ciudad que se adivinaba más allá del

Nilo. Sus ojos negros brillaban, y era como si la batalla fuera un detalle que apenas le afectase, un instante más como tantos otros había ya vivido.

—Ella está ahí —dijo.

Vincent no lo entendió.

—Pharia —dijo Rashid, con la mirada siempre soñadora—, mi hermana. Hacia ella me dirijo. Cada día he pensado en ella, cada día estaba conmigo… Y ahora mi corazón late por fin: mis padres están muertos y mis hermanos también, o bien son esclavos. Pero ella, sé que ella está viva y que no ha dejado de esperarme.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

«Yo también tengo una hermana», hubiera querido confesar Vincent, pero ni siquiera consiguió articular esas palabras. La silueta de Anna que se le aparecía en la mente era frágil, minúscula, y tenía los ojos fatigados de tanto esperar.

A lo lejos se elevaba una humareda a lo largo del Nilo, por encima de la ciudad de Él Cairo, cuyos minaretes empezaban ya a dibujarse. Les parecía que todo les llegaba al mismo tiempo: un inmenso clamor, un rugido de colores y el galopar de miles de caballos que hacían temblar la tierra.

Murad había abandonado el reposo y la sombra de la casa de Gizeh para organizar la defensa del pueblo de Embabeh, que guardaba el Nilo. Había plantado su tienda a la sombra de un sicómoro y, cuando estuvo todo hecho, se limitó a esperar.

Los beys iban a verlo y él, el feroz guerrero, los recibía con una expresión extrañamente tranquila bajo la cicatriz que le cruzaba la cara. Incluso parecía que sonreía por dentro. Llegaban nerviosos y se marchaban sosegados y confiados, diciéndose que Murad estaba seguro de la victoria.

Pero no pensaba más que en la derrota. Era el pensamiento que lo invadía y que no dejaba lugar para ninguno más.

Había sacado todos los cañones de que disponían y había adivinado cuál sería el dispositivo de los franceses. Con la mente veía, mejor que con los informes de los espías, la disposición de los cuadrados. En efecto, desde Shobrajit lo sabía. Tenía la clara visión de sus jinetes cargando, veía los disparos mortales, veía a los hombres que caían y las filas de los franceses que no se movían, como si fueran una muralla en la que nada podía hacer mella, una muralla en la que cada piedra caída era sustituida por otra. Lo veía, pero sabía que era imposible hacer otra cosa. Sus jinetes siempre habían actuado así, privarlos de la carga sería como privarlos de la vida. Su manera de obrar era producto de los siglos, y cambiarla ahora sería como pretender desviar el curso del tiempo.

Las palabras del inglés no habían hecho más que confirmarle lo que ya sabía: la fuerza de aquellos hombres, su organización, su determinación, su ferocidad. Había

dicho que se llamaba Hamilton, que los ingleses eran amigos de los mamelucos y que los ayudarían, más adelante… Era amigo del poderoso almirante Nelson, el cual destruiría los barcos de los franceses, y así sus soldados se quedarían atrapados en el desierto, que se cerraría tras ellos. Había dicho a Murad que, si la batalla salía mal, debía trasladarse al Alto Egipto y esperar la llegada de nuevos mensajeros, y que juntos acosarían a los franceses hasta que derramaran lágrimas que hicieran crecer en el desierto plantas más amargas que la absenta.

Hablaba bien, tenía la mirada fría. ¿Por qué los odiaba hasta ese punto?

«¿No es cierto —respondió el hombre con una sonrisa— que en tu religión se permite el engaño, se aconseja incluso, cuando se trata de engañar al enemigo para destruirlo mejor?»

Poco importaba, en el fondo.

A veces se volvía hacia el Nilo y miraba el bosque de mástiles que se balanceaban al viento, oía los gritos procedentes de la orilla derecha, donde el pueblo esperaba la resolución de la batalla, el pueblo que no sabía y que clamaba: *ia latif, ia raab* —¡Oh, Dios clemente, Oh, Señor, Oh, hombres de Alá!—. Murad sentía afecto y cólera por aquel pueblo: si estuviera con él, no serían cincuenta mil hombres los que combatirían sino tal vez cien mil, doscientos mil… Pero se decía que aquellos clamores y aquellas plegarias eran a la vez un himno a la victoria deseada y un canto por un duelo anunciado.

Durante mucho rato el viento había estado dudando pero al final escogió de qué bando estaba: hizo volar la arena del desierto por encima de los franceses, cegando a los mamelucos y a sus aliados.

Murad sabía que pelearían como hombres y que perderían.

Vincent oye la respiración que le sube por el pecho como si fuera la de otro, una especie de jabalí que viviera en su interior y ahora exigiera salir.

Le parece, le parece…

En la vida cotidiana uno tiene tiempo para mirar la vida, tiempo para realizar movimientos, tiempo para pensar en lo que está haciendo.

La batalla lo anula todo, vuelve la tierra del revés y transforma las sensaciones en un indescriptible caos. Después hay que recordar y explicar: poner un poco de lógica en lo que ha sido una furia desbocada, un poco de orden en lo que ha sido el derrumbamiento del mundo.

A lo lejos, Vincent ve venir la marea de jinetes mamelucos, el sable volando colgado de un puño, el fusil en una mano y una de sus cuatro pistolas en la otra. Todo es color, destellos de oro y plata, hasta las espuelas son de plata dorada. Parece un ejército surgido directamente de otro tiempo, un ejército magnífico y perfecto procedente de una guerra antigua.

Ellos no son más que inmovilidad y espera.

Todos piensan en la mosca de Desaix: ¿cuándo verá el destello de terror? Ahora ya no les hace gracia.

—¡A diez pasos! ¡A diez pasos!

Cuentan, calculan… Están tan cerca ya, su resplandor inunda el cielo y sus gritos no son más que el bloque de una invocación incomprensible que, sin duda, se eleva hasta su dios de la Guerra. Y, sin embargo, hay que esperar todavía, con el dedo crispado en el fusil, dócil como una pieza metálica que se accionará con la orden del general Desaix.

—¡Fuego!

Pese al clamor, la orden surge con una claridad absoluta y la descarga de los centenares de fusiles es como la de una sola bala. En los ángulos, los cañones ligeros disparan al mismo tiempo. El cuadrado no se ha movido. El humo irrita los ojos de Vincent, el olor de la pólvora le quema, y a través de un velo distingue los primeros efectos: los mamelucos tendidos en el suelo, los caballos huyendo, arrastrando a sus jinetes como muñecas de trapo. A varios pasos de ellos, los cadáveres se amontonan formando dunas, como una ondulación del terreno sembrado de muerte.

Un hombre ha caído delante de él. Vincent se apodera de su fusil y se prepara para la segunda carga, mientras que detrás de ellos oye la salva aterradora de la división más cercana, la de Reynier.

La ola de jinetes duda entre los dos fuegos, las dos murallas erizadas de bayonetas: no es el miedo, no, más bien es la sorpresa lo que por un instante los hace retroceder. Pero de inmediato, se lanzan de nuevo hacia delante. A pesar de la segunda descarga, algunos de ellos llegan hasta la primera fila de franceses.

Vincent siente todo el cuerpo como un bloque, y los molinillos que hacen las cimitarras de los mamelucos vociferantes no le impiden ver, con nitidez total, el punto en el que quiere golpear al enemigo que tiene más cerca.

Lo deja avanzar, llegar hasta él, con el sable curvado alzado. Está tan cerca que ve las incrustaciones de plata y piedras preciosas en la empuñadura, la hoja finamente labrada, ve los ojos que brillan y la boca abierta por un grito que le promete el infierno.

Cuando la punta de su hoja se hunde en el cuello del mameluco, siente que una terrible dicha se apodera de él y tiene ganas de lanzar un grito hasta el cielo. La sangre que brota de la herida lo salpica, el cadáver casi se le cae encima, y Vincent se da la vuelta al fin para mirar y disfrutar. Con un puñal Langeac ha detenido al combatiente más cercano a él; los hombres se aplican en la muerte como carpinteros en las vigas o campesinos en su tierra.

Tan deprisa, tan deprisa…

El momento de la carga ha pasado: ahora huyen en un pavoroso desorden,

algunos cayendo sobre los cadáveres de sus hermanos y sus caballos. Los ven morir con un poco de incomprensión en medio del odio.

—¡Adelante!

Vincent comprende el movimiento: Desaix quiere cortarles la retirada y atraparlos cerca del Nilo. La victoria tiene que ser completa, impresionante. Los egipcios que han venido a asistir al espectáculo desde el otro lado del Nilo tienen que comprender que el reino de los mamelucos ha terminado y que el poder de los franceses es infinito.

A ras de suelo no hay más que confusión, humareda y gritos, golpes y sudor, un amasijo de respiraciones y espadas, de hojas rectas y curvas, de fusiles y mosquetes. Las manos están cubiertas de pólvora negra, de arena, de sangre y polvo, los ojos están medio cegados y es difícil distinguir la voz de un amigo que llama de la de un enemigo que expira. El que está muriendo quiere oír su idioma una última vez, y el que quiere vivir querría oírlo también.

Pero si alza la mirada, Vincent no ve más que el azul del cielo que apenas se tiñe con las primeras luces del anochecer.

¡Qué azul tan puro!

Le parece que nunca ha visto un cielo tan azul, que ignoraba cómo podía ser hasta este día de gloria y muerte, hasta esta batalla en la que ha nacido de sí mismo, furioso y feliz, atrozmente humano.

Mientras camina, tiene el gesto instintivo de sacarse la bufanda impregnada de sudor, polvo y arena, y de secar con ella la hoja de su bayoneta.

La sangre que brilla forma una mancha negra en la tela oscura. Cuando se seque, intentará acordarse de la mirada del hombre en el momento de morir.

¿Cuántos hombres le seguían? ¿Cinco mil de los doce mil jinetes, quizá menos, cuatro mil? ¿Solo tres mil? Para Murad eso apenas importaba. Entre la terrible amargura de la derrota se deslizaba una impresión de libertad que no había sentido en mucho tiempo.

Detrás de él oía los estertores de los hombres que caían, aplastados por el peso de unas riquezas de las que no sabían separarse, rodeados de sus esclavos, de sus hombres de a pie que ya eran inútiles; detrás de él oía los hombres que huían hacia el Nilo y que se ahogaban ante los llantos de los millares de cairotas que empezaban a darse cuenta de la verdad de aquel desastre; detrás de él oía los gritos de cólera y desesperación.

Y, sin embargo, algo leve y salvaje iba creciendo en su interior, una nueva certeza.

No cedería. Jamás cedería. Era libre.

Iba montado en un caballo blanco al que le había quitado todos los adornos, lo había ensillado y enjaezado con la sencillez de los jinetes del desierto, con una brida

de cuero donde no brillaban ni rubíes ni esmeraldas. Sus únicas armas eran una cimitarra al puño y una pistola al cinto. No llevaba oro e iba vestido de negro de la cabeza a los pies.

Si los franceses querían perseguirlo, deberían ir a buscarlo hasta el fondo del desierto, tendrían que comer arena no durante cinco días, como lo habían hecho desde al-Iskandariya, sino durante cinco semanas, cinco meses, cinco años… ¿Tendría la ayuda prometida por los otros infieles, aquellos ingleses que tan de repente se habían hecho amigos suyos? No lo sabía, pero tampoco le importaba.

Cuando llevaba ya un buen rato cabalgando, Murad levantó el brazo para ordenar el alto. Todos los jinetes se inmovilizaron detrás de él. En el desierto solo se oía la respiración de los caballos, ninguna palabra, ningún grito.

En el horizonte que abarcaba toda la tierra parecía que el sol se pusiera dos veces.

Al oeste desaparecía el fuego del sol, recortado en furiosas oriflamas naranja y violeta; al este, hacia El Cairo, el incendio se elevaba hacia el cielo, quemándolo. Ibrahim había prendido fuego a su flotilla. Tal vez el fuego subiría pronto por los muros de los palacios de El Cairo, palacios que, aquella mañana todavía, eran propiedad de los beys y los señores que por la tarde huían con Murad.

Los mamelucos no decían nada. Lo único que les quedaba eran sus monturas y lo que llevaban encima. Sus mujeres habían sido secuestradas, degolladas, violadas; sus bienes, robados; su orgullo de combatientes, pisoteado.

Murad los miraba y, sin embargo, se le hinchaba el corazón: con los siglos que acababan de derrumbarse, en medio del fuego que lo devoraba todo, en lo más profundo de su humillación, se forjaba el alma de un combate nunca terminado.

El fuego arrojaba sombras cobrizas a las caras de las pirámides que, desde la base hasta la punta, parecían quemarse también con un fuego sin calor. Era como un sacrificio, una inmolación perpetua en la que Vincent no sabía si había que ver la celebración de su gloria o una efímera vanidad.

Los hombres gritaban y cantaban mientras expoliaban a los cadáveres y encendían hogueras.

Jamás se había visto un campo de batalla tan cubierto de riquezas. Se decía que los mamelucos iban al combate llevándose toda su fortuna, y era cierto. Fue una alegría inmensa apoderarse de las pesadas bolsas de oro que colgaban de los cintos, de las joyas, de las pellizas de marta cibelina, desmontar las sillas con incrustaciones de piedras preciosas, los magníficos estribos, los chales de cachemir. Les arrancaban hasta las ropas todavía pringosas de sangre para representar, a la luz de las llamas, obras de teatro improvisadas.

Al borde de la extenuación, borrachos de miedo, de alivio y de la riqueza que corría entre sus dedos tan repentinamente, los hombres se evadían de su condición de

hombres. Se pasaban las ricas telas por los labios como si besaran a las más hermosas mujeres del mundo; se lamían la sangre de los dedos y algunos se dormían tumbados en la arena, envueltos en la ropa de sus víctimas como si fuera su nueva piel o su sudario. Los más hábiles empezaban ya a vender o a trocar; brotaba del desierto esa categoría de hombres que se ve aparecer en todas partes: hombres que no han luchado, que no han dado su vida ni su sangre ni su aliento, y que tanto en la hora de la victoria como en la de la derrota, están ahí para recordar que todo se compra y todo se vende, siempre.

Otros se lanzaban al Nilo para pescar cadáveres, peleando a dentelladas los unos con los otros, como cocodrilos, para hacerse con los cuerpos inertes envueltos en ropas llenas de agua y sangre, y cuyo oro y plata brillaban a la luz de las llamas con un destello particular. Salían de las orillas cenagosas con las manos llenas.

En las pobres cabañas del pueblo de Embabeh apenas se oían los gritos y los llantos de las mujeres. Tendidas en el suelo, los muslos desgarrados, sufrían la alegría brutal y sin memoria de los vencedores. Una jovencita apenas núbil, aterrorizada, estaba atrapada detrás de un matorral de acacias; pese a la suavidad del aire, pese al calor de las llamas, temblaba de frío, pero los héroes del día no temblaban: ellos le mostraban, desoyendo sus grititos de pájaro del Nilo, lo que el soldado francés también sabía hacer.

Vincent escuchaba aquellas voces y risas groseras, oía cómo le ofrecían asnos, alfombras, mujeres, chaquetas con bordados de oro. No se tomaba ni la molestia de contestar.

Tenía las manos vacías y el corazón lleno, el alma que vibraba con el viento ligero que se deslizaba por la noche.

Penetró solo en el silencio del desierto.

# 7

Todo el día, desde Gizeh, los franceses habían estado mirando las murallas y los minaretes de El Cairo. Bonaparte, silencioso, no le daba más vueltas a la victoria de la víspera: era algo pasado ya, una gloria para contar pero que ya no le concernía. Había mandado llamar a Vincent al palacio abandonado por Murad Bey, donde había instalado su cuartel general. Los oficiales descansaban sobre los almohadones de exquisita suavidad y se secaban la frente con tejidos de seda de Lyon. No todos los esclavos habían huido y algunos servían a sus nuevos amos con la misma sonrisa zalamera y sumisa que dedicaban a los antiguos.

Bonaparte estaba sentado en el lugar en que, tan solo un día antes, se hallaba Murad. Con su ceñida levita, su aspecto enjuto, preocupado, enfermizo, ardía con una energía que no se podía consumir en ninguna batalla, en ninguna matanza. Él no descansaba, él no se tumbaría nunca, y la dulzura le era algo ajeno: significaría dejar de arder. Ardía por lo que deseaba, pero no sabía poner un nombre, ni siquiera un límite, a lo que deseaba.

—Me abandonaste, Herbach, y eso podría haberme dado mala suerte.

Vincent lo miró con cara de sorpresa.

—Estaba solo en ese desierto. Me di la vuelta y ya no estabas. Creí que había llegado mi última hora. Tenía a Beauharnais conmigo. Es un hombre guapo; por un instante pensé en lo que me habían contado sobre las prácticas contra natura de los beduinos y me dije que no les gustaría una piel amarilla y vieja como la mía. De todos modos, habría sido un triste final, ¿no te parece?

Vincent lo miraba, estupefacto. A pesar de su tono jovial, era imposible saber si Bonaparte hablaba en broma. En cualquier caso, era mejor no reír con él para salir de dudas.

—Sea como sea —prosiguió Bonaparte como si preparara el plan de una nueva batalla—, tu Denon está en algún sitio entre aquí y Rosetta, dibujando a barbudos y ruinas para lo que él llama mi gloria. Tú no tienes nada mejor que hacer que ponerte a mi servicio.

—Como gustéis, mi general.

—Me caes bien, Herbach. No entiendo muy bien por qué, no tienes nada de lo que me gusta en los jóvenes. No puedo hacerte general puesto que no te gustan los soldados, y no puedo nombrarte miembro de mi Instituto puesto que no sabes nada. Y tu único talento, el piano, no me interesa.

Una sonrisa de tigre pasó por sus ojos.

—No del todo —corrigió.

Vincent no dijo nada, su atención estaba concentrada en las palabras de Bonaparte que, como a menudo, parecía meditar en voz alta.

—Se me ha ocurrido una idea extraña, una idea que otros llamarían superstición pero, como ahora ya sabes, todas esas cosas me son indiferentes… Acércate a mí…

Vincent acercó su oído a la boca de Bonaparte, que le susurró unas palabras. El joven abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Por qué semejante honor? —preguntó tímidamente.

—¿Por qué no? —dijo alegremente Bonaparte.

—¡Mi general!

Un oficial de estado mayor se acercó a Bonaparte, interrumpiendo la confidencia del general en jefe.

—Mi general, siguen llegando más.

—¿Cuántos?

—Son unos diez. Dicen que quieren ver al «gran sultán» o al «padre del Fuego».

Bonaparte esbozó una sonrisa.

—Vienen, eso está bien.

—¿Los hago entrar?

—Que esperen un poco más. A ellos no les da miedo el calor y a mí no me da miedo el tiempo. Estamos hechos para entendernos, pero cuando yo lo decida.

Vincent iba a retirarse, pero Bonaparte lo agarró del brazo.

—El padre del Fuego, está bien, ¿no?

—Está muy bien, mi general.

—Y no olvides lo que te he dicho.

—No lo olvidaré.

—Fiel, Herbach. Séme fiel y todo irá bien.

Por primera vez desde que Bonaparte lo había mandado llamar, pensó en Laura. Se le encogió el vientre, pero su repentina palidez pasó inadvertida al general en jefe. Fiel… Ya había pronunciado la palabra dos veces.

Vincent jamás se había sentido menos fiel.

En el Nilo todavía humeaban algunas ruinas. Un destacamento, a bordo de los *duermes* de Ibrahim Bey salvados de las llamas, había tomado posición en la isla de Rodah, la lengua de tierra situada entre Gizeh y la ciudad. Desde entonces, no se habían movido de allí.

Rashid esperaba a Vincent, acurrucado en un rincón de sombra. Señalaba la ciudad que vibraba en el aire como un espejismo.

—Su nombre significa Capital Victoriosa —dijo con orgullo—, pero uno de nuestros poetas antiguos dijo que estaba iluminada por las lunas y los soles de la erudición. Para nosotros, es el jardín del mundo. Ahí es donde me crié.

—Creía que habías nacido en Rosetta.

—Pero me crié en El Cairo. Y ahí es donde…

Rashid se interrumpió. Se llevó la palma de la mano a la boca, como si hubiera hablado demasiado y un pudor repentino le recordara que debía guardar silencio. Vincent no insistió.

En la noche de El Cairo, tras los redobles de tambor de la tropa que entraba, sonaban los ladridos de los perros vagabundos y los chillidos de las mujeres que no habían tenido tiempo de huir de sus palacios abandonados. Sin duda, algún eunuco sin amo les describía en detalle las atrocidades que iban a padecer. No había ni un alma en las estrechas callejuelas por las que avanzaba el destacamento francés con paso prudente, cada soldado torciendo el cuello para anticiparse al silbido del sable o al de la bala. Nada.

Les habían llegado algunos rumores, según los cuales el pánico se había apoderado de las calles y los hombres habían salido huyendo, tras vaciar los palacios, por las puertas de la ciudad cargados con todas las riquezas posibles. Los pobres y los mendigos vagabundeaban y robaban lo que quedaba por robar, las mujeres eran atacadas y violadas.

De esto, si es que tal visión no había sido fruto de la imaginación, no quedaba ya nada por las calles desiertas. Perros, sí, y montones de basura y quejidos. Apenas conseguían descubrir una mirada oculta tras la celosía de una ventana.

Habían seguido el canal seco de Jaliyi y habían entrado por una puerta coronada por dos elegantes minaretes que Rashid había llamado Bab Zuwayla, para después internarse por un dédalo oscuro en el que flotaban sutiles perfumes de esencias raras mezcladas con olor a podrido. Habían desembocado sin incidentes en las poderosas murallas de la ciudadela construida por Saladino. Esta, bajo la luna plateada, parecía un castillo encantado: no quedaba ningún soldado, solamente algunos mendigos dormidos y algunos tullidos incapaces de moverse, indiferentes a la identidad de los ocupantes.

El general Dupuy que mandaba el destacamento, se había ofendido por la insistencia de Bonaparte en confiar a Vincent la misión que le correspondía a él. Por capricho, el general en jefe había insistido en que el joven fuera el primero en pegar en los muros y puertas de la ciudadela la solemne proclama. Vincent se estremeció, a pesar suyo, cuando fijó los primeros carteles, en francés y árabe:

«Habitantes de El Cairo, ¡estoy contento de vuestro proceder! Habéis hecho bien en no tomar partido contra mí».

»He venido para destruir la raza de los mamelucos, para proteger el comercio y a los naturales del país…

»Que se tranquilicen todos cuantos tengan miedo…»

Mientras los soldados, agotados por la marcha, las batallas y las noches de guardia se iban a los cuarteles a dormir, Rashid hizo una señal a Vincent para que lo siguiera. El joven no sintió el menor miedo. Pasaron por delante de la mezquita al-Hasan, cruzaron las sombras blancas de los suntuosos mausoleos del cementerio mameluco y llegaron a las orillas del Nilo, donde no había más que algunas cabañas y pontones de madera.

El río transportaba todavía sombras negras, que podían ser los restos calcinados de una quilla, cocodrilos o cadáveres, cascos invertidos de las almas que huían.

—Ahora estás en mi casa —dijo Rashid.

Desde que se habían conocido en Malta, Vincent no se había cuestionado nunca la presencia del muchacho a su lado. Era algo natural, evidente: estaba ahí. Pero aquella noche, en la atmósfera un tanto mágica de aquella ciudad desierta que se abría a ellos sin un disparo de fusil, sin una pelea, por primera vez las preguntas acudieron a su cabeza.

—¿Qué haces tú conmigo?

—Me salvaste la vida. Así que te debo una vida… Te sigo a todas partes para estar preparado para devolvértela cuando llegue el momento.

—Tengo la impresión de que tú lo sabes todo sobre mí y que yo no sé nada de ti.

—Te haces demasiadas preguntas. La vida es más sencilla. El Señor nos da la vida y nos la toma, y mientras tanto hacemos lo posible para sobrevivir obedeciendo su Ley.

—Tu Señor habla como el mío…

—A lo mejor es el mismo…

La risa de Rashid resonó en la oscuridad.

—Al morir mis padres, me recogió un sacerdote copto del barrio de al-Nasara, cerca de la Azbakiyya. Se llamaba padre Cirilo. Tenía la costumbre de recoger cada mes a un niño desamparado cuya mirada le gustase. Nos alojábamos con familias del barrio y el sacerdote nos daba clases por la mañana en el claustro de la iglesia. Con él aprendí cuanto sé, él me dio las piedras que han ido marcando mi camino… Nos enseñaba a respetar el Corán tanto como la Biblia, y el nombre de Alá tanto como el de vuestro Señor. Para él, las mezquitas eran lugares sagrados, como las iglesias, y el espíritu del hombre debía elevarse hacia Dios fuera cual fuese el nombre que se le diera y el lugar en que se le rezara. Era un hombre de luces —te hablo de él en pasado aunque quizá aún esté vivo—, al que nadie podía conocer sin quererlo y sin querer ayudarlo. Gracias a él conocí a mi hermana. La llamo hermana pero no somos de la misma sangre: Pharia era la única hija de la familia que me acogió, y era tan inteligente que muchas veces iba a ayudar al padre Cirilo a dar clase a los más pequeños, aunque no fuera mucho mayor que ellos…

Vincent adivinaba los ojos de Rashid, que brillaban como carbones ardientes en la

oscuridad mientras evocaba aquellos recuerdos.

—Pero Pharia era mucho más que eso: tocaba la flauta y era capaz de sacarle sonidos desgarradores o de evocar danzas campesinas de una alegría contagiosa; con ella me escapaba por las noches, para ir a correr por las callejuelas de El Cairo y descubrir el mundo, y ella era también la única capaz de frenarme cuando quería ir más lejos, siempre más lejos. Sabía encontrar hierbas para curarme cuando me arañaba las rodillas y sabía hacerme estudiar cuando yo solo quería bailar y correr. Ella era mi amor puro de niño, la mujer con la que tal vez me habría casado si no hubiera tenido ese demonio en mi interior…

Rashid clavó su mirada en la de Vincent:

—¿Tú conoces al demonio que llevas dentro?

—Creo que sí. No estoy seguro…

—Créeme, hay que conocer al demonio que llevamos dentro y hablarle antes de que nos devore. Mi demonio era el deseo de correr siempre más lejos, y Pharia se dio cuenta… Desde que murieron mis padres, yo siempre había tenido la suerte de encontrar a seres profundamente buenos que no querían más que mi bien y que solo me pedían un poco de sumisión. Someterse a ellos no costaba más que someterse a Dios. Y, sin embargo, no conseguía hacerlo. Por las noches mi demonio me decía: ¿por qué te impiden correr mundo? ¿Por qué quieren reprimir tu rebeldía? ¿Acaso no saben que eres un señor y que tú los gobiernas? De noche, el demonio me dibujaba sueños en los que yo era el amo, el mundo me pertenecía y se sometía a mí. El pueblo oía mi voz atronadora y doblaba la espalda en señal de admiración y terror. Era como si me dominara una serpiente que me señalaba cada cosa y me la daba en propiedad; cada piedra era la primera de un palacio que me estaba reservado a mí, cada calle debía inclinarse a mi paso y los burros debían detenerse ante mí… Cuando alguien me hablaba, yo apenas escuchaba y sonreía, pues oía algo totalmente distinto de lo que intentaban decirme: estaba completamente sometido a aquella voz del diablo que me invadía y que me persuadía de mi invulnerabilidad. No me frenaban ni la gratitud ni el miedo, y ningún precepto ni consejo de prudencia me habrían hecho detener lo que me disponía a hacer…

Por el río pasaba una barca cuya vela se ondulaba con la ligera brisa del norte que le permitía remontar la corriente. A bordo se oían risas y se veían brasas en las que se estaban asando unos trozos de cordero.

—Así pasé tres años antes de que llegara mi desgracia. Y todos estos años, desde entonces, no era tanto en mi desgracia en lo que pensaba como en la pena que habría causado a aquella gente tan buena, el padre Cirilo, el hombre que me había criado, su mujer, y la mirada de Pharia me despertaba en medio de las húmedas noches y me observaba sin decir palabra, mientras que con su expresión me preguntaba por qué, por qué, por qué…

—¿Qué hiciste?

—Al final me fugué. Tenía la extraña idea de que me habían mentido, de que mis padres todavía estaban vivos y que me esperaban en nuestra casa, en Rosetta. Regresé allí, un mercader griego me llevó desde aquí a bordo de su faluca diciéndome que me daría de comer y me pagaría incluso algunos *paras*, y que me ayudaría también a encontrar a mis padres. Y yo lo creí, por supuesto, porque llevaba una cruz al cuello y estaba acostumbrado a tanta bondad. Sin embargo, en cuanto largaron amarras, me encadenaron; me daban de comer menos que a un perro, me trataban con risas de desprecio y me escupían cuando protestaba y lloraba. Llegamos a Rosetta y solamente allí —fíjate qué ingenuidad la mía— me di cuenta de qué mercancía era la que transportaba aquel griego: jóvenes como yo, destinados a ser vendidos, algunos para servir en los palacios, otros como bestias de carga, todos esclavos. Entonces tuve la suerte de ir a parar a la casa de un francés del fuerte Julián, que me tomó bajo su protección y me enseñó vuestro idioma. Pero cuando murió, empezó mi largo peregrinar, y así aprendí a ser lo que las dulces palabras del sacerdote y la amistad de Pharia no habían conseguido hacer de mí: un hombre.

—Cada uno de nosotros tiene un camino…

Vincent había vibrado con la historia de Rashid como si hubiera sido la suya propia. Ahora tenía la impresión de conocer muy bien ese «demonio» del que le había hablado Rashid. También él había vivido una sucesión de humillaciones; y quizá también él se había hecho un hombre, o al menos esa era la sensación que había tenido al salir vivo de la batalla, cubierto de sangre y sudor.

—Pero yo que he aprendido a desprenderme de todos los miedos, incluso el de morir, ahora tengo miedo otra vez.

—¿Miedo de volverlos a ver?

—No lo sé. Miedo de que no estén allí, o de que, si están, me rechacen por el dolor que les causé.

—¿Quieres que te acompañe?

—Así no nos saldrán las cuentas, amigo de Occidente. ¿Me salvarías otra vez tú, cuando yo aún no he hecho nada por ti?

—Acepta que no lo haga por ti, sino por mí.

Rashid permaneció en silencio.

—¿Cuándo? —preguntó al fin.

Vincent respiró el aire de la noche, cuya brisa transportaba junto con el olor de los muertos una serie de perfumes nuevos y penetrantes, especiados, y se llenó los pulmones.

—¿Qué tal ahora mismo?

Los balcones estaban tan cerca de sus cabezas que casi los tocaban. Pese a todo,

la luz de la luna penetraba en la callejuela, formando manchas blancuzcas en un reguero de agua fangosa. Tropezaron con un perro que salió ladrando, y a Vincent se le aceleró el corazón.

—Aquí es —susurró Rashid.

Hacía ya rato que, de callejón en callejón y de puerta en pasaje, Vincent había perdido la orientación. ¿Se habían acercado al Nilo o se habían alejado? No podía decirlo.

Se hallaban delante de la puerta de una casita cuya planta baja era de piedra y el primer piso de adobe encalado. En un extremo de la calle brillaba una luz mortecina.

—Deberíamos esperar a la mañana —dijo Rashid.

Vincent le señaló el resplandor de incendio que iluminaba la noche desde el Nilo.

—Se está haciendo de día —dijo Vincent con una especie de inquieta seguridad, llevando la mano a la puerta para llamar con decisión.

De pronto sonaron unos ruidos no solamente en aquella casa sino en todas las casas de la calle; los perros empezaron a ladrar, los niños se pusieron a llorar. Cuando al fin se abrió la puerta, Vincent estuvo a punto de lamentar aquella especie de certeza que lo había llevado a acompañar a su amigo. El hombre que los alumbraba sostenía un candelabro, y de su cara no veía más que una barba gris tan espesa como su cabellera, y una nariz recta alineada con la frente.

Rashid murmuró unas tímidas palabras y el hombre, sin apartarse de la puerta, dibujó primero una expresión de estupefacción en su rostro para luego dejar escapar un grito, que a Vincent le pareció, por un instante, que podía expresarlo todo a la vez: una ira alegre, un dolor feliz…

A continuación cogió a Rashid entre sus brazos y lo abrazó con fuerza, hasta casi ahogarlo. Lo apartó y lo volvió a abrazar, lo apartó y lo abrazó, parecía incapaz de cansarse, mezclando la risa con las exclamaciones y las lágrimas.

Vincent miró la habitación pobremente amueblada: algunas esteras y unos almohadones; en un rincón, la chimenea de ladrillo de una cocina donde se enfriaban las cenizas. En la parte oscura del cuarto se adivinaba la escalera.

Rashid le presentó al hombre y este le estrechó la mano con fuerza.

—Es el hombre que me crió más que mi padre, el buen Hasan, al que el Señor misericordioso ha conservado con vida y salud, y que generosamente me perdona mis errores.

Vincent se inclinó y saludó, dijo unas palabras que el hombre no pudo oír, pero en las que puso corazón y convicción.

Cuando se incorporó, se quedó sin aliento.

Emergiendo de la sombra de las escaleras como de un sueño, apareció la más perfecta silueta que pudiera imaginar, y unos ojos negros que observaban alternativamente a los dos jóvenes.

—Y esta es Pharia —dijo Rashid—, de la que te tanto he hablado y que es como una hermana para mí.

Vincent creyó estar sufriendo una visión: la figura que se movía delante de él le parecía una de aquellas que había visto pintadas en los muros del extraño palacio del caballero de Malta. El óvalo perfecto del rostro, las caderas anchas y la cintura estrecha que se insinuaban bajo la túnica; y, sobre todo, los ojos rasgados que subían un poco en los extremos, dándole la expresión de una ligera sonrisa, imperceptible, irresistible.

Pharia le tendió una mano menuda y fina que él dudó en tomar, como una mano-pájaro que hubiera ido a posarse en la suya, confiada, palpitante de calor. Apenas osó mirarla. Al inclinarse hacia ella, se le escapó la cadena por el cuello de la camisa y la cruz bailó ante los ojos de la muchacha. Con un rápido movimiento que no ocultó su turbación, Vincent la cogió, sin darse cuenta del profundo asombro, casi miedo, que había en la mirada de la joven.

Hasan avivó con alegría el fuego de la pequeña chimenea de ladrillo en la que puso un hervidor de cobre. Luego, con grandes palmadas, los invitó a sentarse, creando un agradable ambiente familiar y conmovedor.

Mientras Rashid contaba animadamente el relato de sus aventuras, Vincent pudo por fin mirar a Pharia sin miedo a ser visto, pudo llenarse el corazón con sus ojos y con la suavidad de su piel bajo la luz oscilante de la vela. El pavor que se había apoderado de ella había desaparecido y ahora lo miraba con calma, casi con solemnidad.

Cuando el día se coló bajo la puerta, cuando la ciudad se despertó con su ajetreo matutino, Hasan y Rashid se durmieron de cansancio en medio de una frase. Vincent y Pharia permanecieron despiertos, rozándose con los ojos; nunca se había sentido tan cerca de nadie estando a aquella distancia. Si hubiera tendido la mano hacia ella y la hubiera tocado, el temblor de su piel y de su cuerpo no habría sido más fuerte de lo que era en aquel momento. La joven había permanecido en silencio casi todo el rato, escuchando hablar a su padre y a Rashid, animándolos a proseguir solo con una risa o una exclamación, respondiendo con frases breves a las preguntas de Rashid.

—Por fin has llegado —dijo ella al cabo de un momento.

Su voz era profunda, y él no se sorprendió al oírla hablar francés: ya no se sorprendía de nada, ni siquiera del sentido misterioso de aquella frase que Pharia había pronunciado con el tono de una tranquila constatación.

—¿Me esperabas?

Rió con la ligereza de una jovencita, pero sin levantar la vista.

—¿Quién sabe? ¿No crees en el destino?

—Hasta ahora no era más que una palabra como cualquier otra, pero tengo la sensación de estar empezando a percibirlo. Sin embargo, eso no hace menor mi

ignorancia.

—Acabas de llegar a Oriente. Estás en la infancia del conocimiento…

—Me parece que no eres mucho mayor que yo.

—Nosotros no contamos así. Los viajeros que vienen aquí siempre nos parecen jóvenes, y nosotros enseguida les parecemos viejos, viejos como un mundo que ellos no han conocido. Nosotros cargamos con milenios a nuestras espaldas y no podéis evitarlo.

A pesar de su sonrisa, Pharia hablaba con tanta seriedad que su conversación no podía confundirse en modo alguno con la de una frívola parisina, que se limitase a jugar con un joven ingenuo para excitar sus sentidos.

—Entonces dime qué debo aprender…

—Ya has empezado a aprender. El resto lo descubrirás tú solo.

—Dime al menos de dónde vienes…

Ella le señaló la habitación:

—No hay ningún misterio. Nací aquí. Mi madre murió pocas semanas después de traerme al mundo, en esta casa: aquí oí mis primeras lágrimas y mis primeras risas, aquí crecí. Entre estas pocas calles aprendí cuanto sé con la bondad de mi padre…

—¿Y ahora?

—Gracias a la luz de un sacerdote que no cree que las mujeres deban permanecer en la ignorancia y la sumisión, doy clases a niñas y espero a que mi padre envejezca para estar a su lado cuando muera.

—¿Nada más?

—¿Por qué quieres que haya algo más?

—No he sido yo quien ha hablado de destino…

—Era una pregunta, no una certeza. En todas las lenguas y todas las religiones hay una frase para decir que la voluntad de Dios debe cumplirse. No quería decir nada más.

Sus manos reposaban sobre sus finos muslos. Toda su actitud era de pudor, de dignidad, de modestia. Antes de hablar reflexionaba un instante y el rostro se le teñía entonces de una encantadora sombra. La duda la hacía deliciosa. Cada palabra suya contenía una parte de misterio, de doble sentido, pero las pronunciaba con tanta sencillez, con tanta familiaridad que solo sentía deseos de dejarse guiar por ella y descubrir qué era lo que le tenía reservado. Cuando la joven se levantó para salir, le hizo un gesto para que no la siguiera.

—Ten paciencia —dijo Pharia.

La puerta se cerró tras ella sin que Vincent tuviera tiempo de desvelar el enigma de aquellas palabras que se lo prometían todo y nada a la vez.

# 8

Todas las mañanas Vincent se despertaba con los arrullos de las tórtolas bajo las cúpulas. La luz era dorada como las finas columnas que sostenían el palacio, y el aire transportaba fragancias de jazmín.

Bonaparte le había ordenado que se alojara en el palacio.

Durante días el general en jefe lo había dejado de lado o había pasado junto a él sin verlo; pero justo cuando se creía olvidado, Vincent fue convocado al amanecer. Mantuvieron varias conversaciones en las que Bonaparte, sin escucharlo en absoluto, le confió los más fantásticos proyectos que dormían en su corazón. Cada vez, Vincent temblaba por esa intimidad en la que dormitaba el mayor de los peligros. Sin embargo, en sus sueños, tenía los sentidos curiosamente alterados… No le bastaba con decirse que Bonaparte no lo *miraba*, que para él no era más que una especie de mascota, un ser transparente sin existencia autónoma cuya opinión e historia no contaban para nada. Su suerte había querido que lo salvara una vez: era la señal de su destino, la señal que lo convertía en una distracción de la que el Padre del Fuego se cansaría como de las demás. Desde su llegada había rehuido a Laura, pero al mismo tiempo se estremecía de deseos de volver a verla. A veces pensaba con temor que lo que más deseaba, en realidad, era que lo sorprendieran con ella.

Se creía liberado del miedo, pero de nuevo se hallaba sumido en él: se despertaba empapado en sudor y con el corazón desbocado por la angustia de morir al instante. Necesitaba la luz brumosa del día y el calor para desprenderse de él: aun así, nunca dejaba de tener la sensación de estar acorralado.

El palacio se hallaba en la gran plaza del Ezbekieh, donde estaba instalado el cuartel general de Bonaparte. La artillería, con las reservas de pólvora y balas, permanecía acantonada al pie de las pirámides, en Gizeh; pero, a la espera de un lugar mejor, una parte de las tropas se había instalado en el vasto triángulo de la plaza, donde los egipcios, sentados en cuclillas y sujetándose con una mano los faldones de la túnica que rozaba el suelo, observaban con afectada indiferencia la agitación y el despliegue de fuerza de los franceses.

El palacio, que había sido vaciado por completo justo antes de que llegaran, ofrecía un curioso aspecto de catedral donde los sonidos rebotaban en las paredes, donde todavía eran visibles las huellas de los tapices y cortinajes, donde todavía se veía la marca de los muebles en las esquinas, en las anchas escaleras y en los patios que ya solo estaban poblados con el agua de las fuentes. La decoración, en el interior, era de marquetería fina, con molduras de estuco, mientras que el suelo del exterior estaba pavimentado con delicados mosaicos de mármol verde y blanco. Era un lugar

para caminar descalzo, un lugar donde abandonarse a unas manos dulces. A través de la fina celosía de madera de las ventanas, el aire circulaba de tal modo que hasta la más leve brisa proporcionaba un agradable frescor, mientras afuera el calor golpeaba con la contundencia de un sable.

A lo lejos, por debajo de la terraza del palacio resguardada por cipreses y naranjos, limoneros y mandarinos, Vincent oía romper las aguas del Nilo. Mientras no llegaba la inundación y no se producía la organización definitiva de los cuarteles militares, muchos soldados acampaban en la plaza, del mismo modo que habían acampado en las playas de Alejandría y en las arenas del desierto.

¿Cuánto hacía que había dejado París y el barrio de Saint-Gervais? Las semanas habían pasado tan deprisa que le parecía que la vida no era real, que solamente era densa y verdadera la sucesión de aventuras que había vivido desde el momento en que se había topado con la cara irónica de Vivant Denon. A veces, de noche, le despertaba un sueño, siempre el mismo: un niño lanzaba una pelota al halcón, pero el ave, en lugar de volver a su puño, iba a posarse al de Vincent. Se sentía aterrorizado y feliz a la vez, y tenía la sensación de desaparecer dentro del ojo de aquella ave que crecía, crecía sin cesar. Había visto la figura del halcón en las paredes del palacio de Malta, dibujado con la misma delicadeza que el cuerpo de la mujer que le recordaba a Pharia. Cerrando los ojos, intentaba recordar los motivos que había distinguido en aquella ocasión, y veía una especie de libro de *imágenes* misteriosas, cada una de las cuales contenía una verdad que él debía desentrañar. «El camino ha sido largo, pero has llegado». ¿Adonde? ¿Cómo? ¿Para qué? De nuevo oyó en el rumor del río la dulce voz de Pharia: «Ten paciencia…». Pero el corazón le latía con violencia. ¿Cómo no ser impaciente?

—¿Qué hay, muchacho? ¿Soñando con el Nilo?

Vincent se sobresaltó. Denon le estrechaba la mano con un punto de efusión. No era propio de él. Llevaba puesto el sombrero de ala ancha, pero había sustituido sus calzas de tela negra por unos pantalones bombachos, un modelo diseñado por su amigo Bernoyer para los nuevos regimientos de dromedarios del ejército francés.

—He visto a Bonaparte.

Vincent se contuvo de decirle que seguramente él lo veía más a menudo que Denon.

—No me vas a creer —continuó Denon—, pero parecía casi de buen humor. Sí, feliz…

—¿Feliz?

—Como si nuestra flota, en manos del excelente Brueys, no acabara de irse a pique en la rada de Abukir, víctima de las naves —inferiores en número— del almirante Nelson. Apenas ha protestado por que no se hubieran seguido sus órdenes. ¡Qué hombre! Estamos aquí, aislados de Francia, condenados a sobrevivir en un país

donde no hallaremos más que hostilidad por todas partes, y él exhibe la sonrisa más seductora y ordena a Conté que prepare una demostración de globo para deslumbrar al pueblo, del que habla como si fuera el buen pueblo de París.

—¿Estará haciendo comedia?

Denon reflexionó.

—No, no lo creo. Incluso cuando miente, incluso cuando tiene la mala fe más terrible, nunca hace comedia. El es su propia verdad y su propia mentira.

—Se arroga lo que no pertenece más que a Dios.

Denon soltó una carcajada.

—Olvidaba que te encontré en una iglesia… Eres incurable… Me pregunto por qué se habrá encaprichado contigo hasta ese punto. Ya sé que en cierto modo fui yo el que te «dio» a él. Pero no creía haber acertado tanto.

—Yo no le pertenezco.

—¡Qué altanero te encuentro! Digamos que finge que no puede pasar sin ti… Al parecer, tocarás el piano en el palacio la noche de la fiesta del Nilo, dentro de unos días. Se dice que Rigel está molesto.

—Él también tocará.

—Será divertido.

Denon se frotaba las manos solo de pensar en aquel concierto en el que se mezclaba la rivalidad con la música. Casi estaba dispuesto a aceptar apuestas.

Vincent debería de sentirse totalmente feliz por haber encontrado de nuevo el verbo afectuoso de su primer protector. Pero, para entregarse a la dicha completa, tendría que poder explicarle todo lo que le había pasado aquellos últimos tiempos, desde la velada en la casa del cónsul, en Alejandría, hasta la noche en la casa del barrio copto, cerca de la iglesia dedicada a la Virgen…

—¿Vendrás conmigo en burro? Tendremos tiempo de hablar…

Si Denon le hubiese propuesto visitar los jardines colgantes de Babilonia, su cara no habría reflejado más alegría.

El modo en que Denon se organizó con los burros fue una expedición en sí misma: uno para él, uno para Vincent, uno para transportar el material de dibujo… Todo el día corrieron de un lado a otro y todo el día Denon se iba parando para dibujar. Nada le parecía repulsivo, ningún tema era demasiado trivial para no merecer que sacara lápices y papel de su cartera: ni los muros ni las sombras, ni los hombres ni los perros. Todo despertaba continuamente su curiosidad, su dedo se paseaba por las casas de la ciudad como si tuviera que levantar cada piedra y escrutar cada silueta detrás de cada columna.

Cuando se detuvieron para beber un té o una limonada, Denon, sin darle tregua, pidió a Vincent que le contara la travesía del desierto, Damanhur, la batalla de las Pirámides… Ante sus ojos brillantes pasaban las escenas que no había vivido, pero

Vincent se daba cuenta de que las absorbía y que se las volvía a pasar mentalmente, como una sucesión de imágenes animadas que formaran una historia en la que él también tuviera un papel.

—¿Y Baresi?

La pregunta estalló sin previo aviso. El tono seguía siendo afable y los ojos no habían perdido su expresión sonriente. Sin embargo Vincent se sonrojó: la estaba esperando, pero no *en ese momento*. Balbuceando, mintió.

—Hemos coincidido alguna vez…

Denon carraspeó.

—Espero que no coincidas con ella demasiado de cerca. Lo espero por ti, pues, ahora que estás entre el círculo del general en jefe, ya debes de conocerlo… Y lo espero por mí, porque sería capaz de incluirme en su venganza contra ti y privarme de las grandes cosas que me esperan…

—¿Por qué iba a vengarse de usted? —preguntó Vincent con voz apagada.

—No le des ocasión a que se haga la pregunta. Déjale que me nombre miembro de su Instituto y déjame aprovechar la primera ocasión para unirme a Desaix en el Alto Egipto. Allí es adonde hemos de ir.

Su mano dibujó un amplio arco y señaló el sur.

—Allí es donde está todo: allí están los templos que duermen ignorados desde hace siglos, bajo la arena que los ha ido enterrando. Allí donde, desde Heródoto, unos soñadores solo han puesto nombres, nosotros pondremos las manos y los ojos, muchacho… ¿Te lo imaginas?

Los ojos de Denon brillaban de exaltación, como los de un niño. A Vincent le daba vergüenza confesarle que, si por él fuera, se quedaría en El Cairo hasta el final de los tiempos, desde que…

Desde Pharia.

—¿Te lo imaginas?

Afortunadamente Denon, perdido en su propia fantasía, no había visto la turbación de Vincent. Así emprendieron el camino de vuelta al Ezbekieh, cada uno a solas con su imaginación, al ritmo de los burros.

En la ciudad, al caer la noche, Vincent sonrió al pensar en las calles desiertas que los habían recibido unos días antes. Ahora, atraídos por el rumor de la clemencia francesa y la incapacidad de los soldados para contar, artesanos y vendedores se amontonaban para hacerles las ofertas más diversas: bebidas y objetos, especias y perfumes, armas y muchachas, todo vaha pues todo tiene un precio.

En la entrada del palacio de Elfi Bey, Laura lo estaba esperando.

Lo abrazó como se abraza a un amigo: un brazo arriba, un brazo abajo, me alegra verte. Intentó desasirse, pero ella se resistió con una firmeza sonriente. Vincent notó

que sus dedos le agarraban la tela de la camisa y lo arañaban. Su determinación y su deseo lo paralizaron.

A aquella hora el palacio era un hormiguero. Los oficiales del estado mayor, los miembros del *diwan* recién instalados, los trajes verdes del Instituto, una multitud de vendedores y criados, artesanos y solicitantes, todos se amontonaban esperando una decisión, un favor o una simple mirada del general en jefe, la atención de uno de sus ayudantes de campo, la intervención de uno de sus generales. En medio de tanto bullicio, Vincent y Laura cruzaron los patios y los pasillos casi inadvertidos.

Cuando llegaron a los jardines que descendían escalonadamente hasta una terraza que dominaba el Nilo, se encontraron solos con la noche que caía y el ruido del agua que poco a poco iba tapando el de las voces.

Laura no llevaba el uniforme militar pero seguía vestida de hombre: francés por arriba, con camisa blanca y levita gris ceñida a la cintura, turco por abajo, con un pantalón bombacho rojo que le tapaba sus pies menudos. Con una pistola de culata plateada a la cintura, estaba tan hermosa que daba miedo y ganas de besarla a la vez.

Vincent la besó.

El movimiento fue irrefrenable, pues todos aquellos días había estado privado de ella casi tanto como ella había estado privada de él, pero también iba cargado de una vergüenza profunda y secreta. Habría querido que aquel beso no terminara nunca, porque era delicioso y porque cuando terminase tendrían que hablar, pronunciar palabras, y no sabía cuáles.

Fue ella quien puso sus pequeñas manos en las mejillas de Vincent y le apartó la cara.

—Te deseo tanto… —dijo ella.

—Es peligroso.

—Es tan agradable…

—Laura…

En su voz había un matiz de lamento que ella no oyó, que no quiso oír. Se apretó contra él, aplastó su grácil cuerpo contra el suyo con un abandono que acalló sus dudas, que borró de su conciencia todo cuanto pudiera privarlo de la realización de su deseo.

Vincent la acarició y, a cada presión de sus dedos, ella respondió con un murmullo, un gemido o, simplemente, un movimiento que parecía un temblor, que le demostraba que, en efecto, ella lo deseaba, lo deseaba y todo lo demás le era indiferente.

Se tomaron medio vestidos, se sentaron medio tumbados, se penetraron medio asustados, se atrajeron y se rechazaron, se tocaron y se mordieron, jadearon, se lamieron, se agotaron exprimiendo su deseo. Era un deseo incómodo, perseguido por el miedo de verse sorprendidos, y multiplicado por ese mismo miedo; era un deseo

que ardía por su propia frustración.

Un rumor entre el follaje de los mangos los sobresaltó. Se incorporaron, se vistieron, se quedaron casi pegados el uno al otro. Contuvieron la respiración hasta darse cuenta de que solo era la brisa lo que los había perturbado. Laura empezó a reír pero él le tapó la boca con la mano. Ella le apartó los dedos uno a uno y los fue besando.

—Él se va a ir —dijo ella.

—Cada vez que me manda llamar, tiemblo como un niño…

—¿Quién sabe? —prosiguió ella alegremente—. Tal vez se vaya hasta las Indias para ser coronado emperador de Oriente…

—Tú irás con él.

—No.

—¿Por qué?

Laura no contestó. En su silencio, Vincent oyó que, por primera vez, había notado sus reservas.

—¿Quieres que me vaya con él?

Como a pesar suyo, Vincent le cogió la mano y se la besó. Después se la puso sobre el pecho y la fue deslizando hasta el vientre y el sexo. Laura lo aprisionó.

—Yo también me voy a ir —dijo él con la boca seca—. No puedo más… Tengo la impresión de estar en una comedia mala interpretando un papel escrito para otro…

—¿De veras? —dijo ella irónicamente apretándole aún más, hasta hacerle gritar —. No interpretas tan mal tu papel, mi pequeño pianista. Yo te digo que no puedes irte. Tienes que tocar, ¿te acuerdas? Hemos de cantar juntos para el general en jefe…

El corazón de Vincent estaba a punto de explotar, de furia y de miedo, de deseo de poseerla y de ganas de estar en otra parte, en la pureza del desierto, al lado de la muchacha de ojos negros rasgados.

Su diálogo era una sucesión de palabras deslavazadas, cada vez más absurdas, y ellos no intentaban hacerlas más comprensibles. De nuevo estaban poseídos por el deseo de tomarse, pero por un resto de prudencia se contenían; sus manos se juntaban y se separaban, se acariciaban y se apartaban al mismo tiempo.

—¿No dices que me deseas? —susurró ella.

—Te deseo.

—No lo dices bastante bien.

El no dijo nada. Con la mano le aplastó el pecho hasta hacerle daño, le levantó la tela de la ropa para encontrar su piel cubierta de sudor.

—Lo dices mal —insistió ella—. Y no dices que me quieres.

—Te quiero.

En cuanto brotaron de sus labios, Vincent lamentó haber dicho aquellas palabras. Naturalmente, notaba la paz que se había apoderado de Laura, la redondez de sus ojos

y la manera adorable con que lo admiraba; naturalmente, notaba la tranquilidad que flotaba en el aire. Pero en su interior, había una tempestad de mentiras que le impedía pronunciar una palabra más.

Vincent huyó. Si ella le llamó, él no la oyó.

Las risas nerviosas, la conversación de una alegría un tanto forzada para enmascarar el apuro por estar juntos y la confusión de sus sentimientos: todo esto dejó paso al silencio cuando los tres jóvenes entraron en la iglesia, Pharia delante, Rashid detrás de ella y Vincent unos pasos atrás.

No había puesto los pies en una iglesia desde Toulon. Había rezado en los lugares más diversos, en el fondo de una apestosa bodega de barco, en un hueco entre la arena sucia y ardiente. Había hecho de la bóveda celeste el horizonte de su corazón. Pero allí, en aquella iglesia oscura donde no brillaba más que una luz encima de un icono y la mancha de ébano de un tabique colocado delante del altar, se sumió de inmediato en la inquietud y el fervor. «Dios mío», murmuró, y las lágrimas le inundaron los ojos al tiempo que se daba cuenta de que había tenido a su Dios bastante abandonado.

Era una iglesia de planta bizantina, formada simplemente por una nave, una iglesia que recordaba la fe humilde de los primeros tiempos. A la izquierda del altar se abría la escalera que conducía a la cripta: los dos jóvenes bajaron por ella siguiendo a Pharia.

En el ambiente reinaba una humedad negra, iluminada apenas por una vela colocada encima de una ancha piedra votiva sobre la que pusieron sus frías manos. No se dijeron nada, ni siquiera entre susurros. En la sombra Vincent adivinaba la silueta de Pharia. Su espíritu se elevaba con la oscilante llama de la vela, pero su cuerpo no se separaba del bienestar que le invadía cuando estaba cerca de ella, con su olor a leche de almendras.

—¡Bienvenidos!

El hombre que había surgido de la sombra tenía una estatura impresionante y los hombros cuadrados de un soldado, pero lucía el hábito negro de un sacerdote. Su cara sonriente estaba enmarcada por una barba gris cuidadosamente recortada. Rashid quiso arrodillarse para besarle las manos, pero él lo levantó con una risa que no perturbó el silencio y lo abrazó. Luego cogió las manos de Pharia entre las suyas y pareció descubrir a Vincent sin sorprenderse.

—Al fin has llegado —dijo.

Eran exactamente las mismas palabras que había pronunciado Pharia al recibirlo.

El padre Cirilo lo miró sin decir nada, con una sonrisa benévola que le suavizaba unos rasgos que habrían podido resultar duros. Vincent se sintió traspasado hasta el fondo del corazón, o tal vez, sencillamente, la fatiga, la acumulación de emociones y

la soledad forzosa lo habían vuelto un poco frágil. Estaba al borde de las lágrimas.

—Déjanos solos —dijo a Rashid.

Rashid los miró con sorpresa, abrió la boca para protestar. Pero una señal del sacerdote lo calmó. Los pasos se alejaron: Vincent se quedó solo frente a una sonrisa benévola, tranquila y paciente. Pharia estaba detrás de él, en alguna parte; su discreta presencia lo reconfortaba. Aunque no lo oyera, le complacía que estuviera presente en aquel momento en que quería aliviarse del peso de su carga.

—Bendígame padre, porque he pecado…

La confesión brotó de su interior, completa e ingenua después de estar tanto tiempo prisionera; las palabras se mezclaban con las lágrimas. Le habló de sus enfados y sus errores, de sus remordimientos, de esos pecadillos que guardamos en secreto y que desaparecen en el instante en que escupimos las palabras: ¿solo era eso? ¡Pesaba tanto, sin embargo! Le habló de su padre y, por supuesto, de Laura. Al final, el sacerdote no dijo nada, le dejó que recuperara la calma y la paz interior. Vincent era como una piedra lavada después de una tormenta.

La mano de Pharia se apoyó en su hombro. Era hora de irse. Subieron las escaleras de la cripta mientras la luz disminuía y se apagaba tras ellos, cruzaron la nave y se hallaron en la oscura calle por la que habían venido. Ya no sentía el corazón oprimido por temor alguno, le parecía que respiraba mejor; el mundo fluía bajo sus pies, ahora lo veía desde una altura prodigiosa donde todo era muy pequeño y muy nítido a la vez: ningún detalle se le pasaba por alto.

Pharia lo cogió del brazo y permaneció un instante en silencio.

—Ahora debes volver al palacio…

A ella también hubiera querido hablarle de Laura, pese a su turbación, decirle que ahora sentía una terrible necesidad de purificarse por lo que le esperaba en el futuro, pero también, sencillamente, por ella. Pero su mirada rasgada era tan profunda y confiada que contuvo sus ansias. ¿Acaso se puede hablar de pureza a la mujer que parece la pureza en persona? Además, su mirada le decía que sabía, que sabía mucho más que él.

Cuando se halló en su habitación en el palacio de Elfi Bey, era tan tarde ya que era temprano: las tórtolas cantaban de nuevo bajo la cúpula por donde se deslizaba la pálida luz. Por debajo de los pájaros oía las voces del sacerdote y de Pharia entremezcladas, y se quedó profundamente dormido.

Pero sus sueños le mostraron lo que creía disimular en el olvido.

# 9

El ruido del agua había aumentado antes que el río: llegó el tiempo de la crecida, tiempo de fiestas y de esperanza. Vincent temía ese día tan especial, como si todas las corrientes contradictorias que se agitaban en él tuvieran que desbordarse ese día, rompiendo las compuertas de su razón y arrastrándolo en su furioso torbellino.

Denon fue a buscarlo al punto del alba y juntos siguieron al estado mayor de Bonaparte; lo acompañaron hasta el nilómetro, en la isla de Rodah, junto con la asamblea de notables y el mulá, para constatar que el río había alcanzado el nivel de catorce pies y que ya era el momento de romper el dique. La silueta de Laura aparecía y desaparecía detrás de las del general Caffarelli que cojeaba con su pierna de madera, de Monge o de Geoffroy Saint-Hilaire, que solo hablaba del asombroso pez que había descubierto unos días antes: «Solo por él, dijo, esta expedición ya ha valido la pena».

Vincent y Laura no habían vuelto a estar a solas desde que él había huido de ella; a veces se despertaba por la noche empapado en sudor, temblando de deseo por ella y avergonzado de desearla, y al mismo tiempo veía ante sus ojos la mirada rasgada de Pharia, su ligera sonrisa inmóvil, su manera de observarlo sin juzgarlo nunca. Se dio cuenta, con estupor, de que no sabía nada o casi nada de aquellas dos mujeres que para él representaban a todas las mujeres, y de que estaba totalmente invadido, poseído por un ejército extranjero que luchaba contra su corazón, sus sentidos y su alma.

En el río había un despliegue de barcas y barcos de todo tipo, y las velas blancas o de colores eran como una bandada de pájaros revoloteando sobre el agua. En las orillas se habían congregado más de doscientas mil personas, la mitad de la población de El Cairo, sin duda. De vez en cuando se veían grupos de soldados vestidos con su nuevo uniforme. Pese a los rumores de sedición, pese a la hostilidad manifestada en algunas prédicas de las mezquitas, especialmente en la gran mezquita de al-Azhar, parecía que los hombres se hubieran sometido ahora a la voluntad del río. En los días anteriores se había producido una explosión de amistad eterna que aplazaba las hipocresías y el miedo a la rebelión. Había un gran alboroto de fanfarrias egipcias y francesas, y *La Marsellesa* se mezclaba con cantos orientales, a los cuales, pese a las exhortaciones del musicólogo Villoteau, Vincent no conseguía acostumbrarse. Los petardos estallaban y los cañonazos sacudían los muros de la ciudadela.

El día anterior había asistido con Denon al espectáculo supuestamente mágico de los *psylles*, los encantadores de serpientes que, gracias a la insistente melodía de su flauta, podían sacar el espíritu de los reptiles e insuflarlo en un hombre. Cuando

vieron que el espíritu así recogido era escupido en la boca del beneficiario, salieron huyendo, asqueados.

En las plazas, cerca de las puertas, se había instalado un sinfín de fiestas, con músicos y bailarinas, encantadores de serpientes y vendedores de toda ralea. Hacia Bab el-Luq, el barrio donde todo lo que no estaba prohibido estaba autorizado, los griegos preparaban las bebidas fermentadas y el aguardiente que correrían a mares. Las prostitutas más feas sonreían mostrando sus dientes blancos y disimulaban sus vientres prominentes y fláccidos senos dentro de túnicas multicolores. En el mercado de esclavos, habían observado que los soldados blancos preferían a las más negras. Saint-Hilaire había pagado 250 francos por un niño de once años al que le enseñaba a disecar animales y ordenar sus colecciones.

Bonaparte era un espectáculo por sí solo. Medio general francés, medio sultán oriental, había sustituido el bicornio por un turbante en el que, sin embargo, había colocado su escarapela tricolor. Iba envuelto en una especie de caftán que le daba aspecto de personaje de *El rapto del serrallo*. Lo que en otro cualquiera haría reír, en él adquiría cierta solemnidad.

Bonaparte lanzó unas monedas de plata y oro a la corriente y, entre un gran clamor, decenas de jóvenes se tiraron al agua para realizar una pesca milagrosa.

—Parece que cada año hay una decena de muertos —comentó Denon—. Curiosa práctica…

—Me dirá que estoy loco, pero nada me parece más deseable, en este instante, que zambullirme entre ellos.

—Adelante. ¿Qué es lo que te detiene?

No había desafío en la voz de Denon: más bien su eterna burla. Tenía razón: ¿qué podría detenerlo? Vincent abandonó la terraza y la sombra de la tienda que habían montado para la ocasión, y bajó hacia el Nilo. La muchedumbre que se apretujaba a su alrededor no le daba miedo, y cuanto más se hundía entre los hombres y los gritos de los niños, más sensación de libertad tenía.

Cuando llegó a las márgenes del río, la gente se apartó para dejarlo pasar. Aquel francés desarmado que se despojaba de su ropa y se disponía a zambullirse en el río en camisa provocaba risas y gritos. De pronto, un gélido estremecimiento recorrió su cuerpo de arriba abajo: recordó que no sabía nadar y, con los pies descalzos en la blanda tierra de la ribera, se quedó paralizado de miedo. Se sintió palidecer y casi desmayarse bajo el sol de plomo. Sin embargo, la vida continuaba su fiesta a la orilla del río, los niños lo salpicaban y chapoteaban. Sonaba la música, los tambores, las trompetas y las flautas, y las imágenes se mezclaban ante sus ojos.

No había nada que temer: se metió entre los niños.

En el crepúsculo, el Nilo se había vertido en el canal de Jaliyi y había empezado a

desbordarse por las partes bajas de la ciudad y hasta la plaza del Ezbekieh, isla emergente en el centro de un océano tranquilo y fangoso. Era como si se instalara otra vida, una vida lacustre donde los coches eran sustituidos por barcas, los asnos por velas. En pocos días se habría convertido en costumbre, pero, en aquel primer día de una crecida que se anunciaba excepcional, era un continuo regocijo. Transformaba a los hombres en niños y recordaba a todos las bendiciones que unos dioses olvidados aportaban a la tierra. Vincent, naturalmente, se acordaba de la frase del viejo Heródoto: «Egipto es un don del Nilo». Sí, un don, promesa de cosechas abundantes, de frutas jugosas en los árboles.

Hacia el viejo El Cairo, en todos los campos cultivados, a lo largo de los canales que ya no eran zanjas de lodo seco, hombres ancianos removían con sus desgastadas manos aquella tierra que el río les devolvía, blanda y llena de limo, más cargada de riquezas que el cuello de una mujer adornado con las más bellas piedras preciosas.

En el palacio de Elfi Bey se estaba preparando la fiesta.

Vincent había cruzado las callejuelas y había pasado Bab Zuwayla para bajar, debajo de las murallas de la ciudadela, a la mezquita al-Hasan. Por la mañana, cuando, con el pelo todavía húmedo, volvía a la terraza del palacio, se había cruzado con Michelet. El hombre de ojos grises le había citado sin precisar el motivo. Se había estremecido.

Sentado en una estera roja en el fondo de uno de los pórticos del gran patio, Vincent iba envuelto en un abrigo negro y con la bufanda al cuello.

—¿Tienes frío?

La silueta de Michelet había surgido de la sombra.

—Nunca tengo calor, ya lo sabes.

—Tienes suerte… Bonita fiesta, ¿verdad?, y sella una amistad eterna…

Vincent nunca sabía muy bien qué hacer con la ironía que destilaba cada palabra de Michelet. Este no había tenido para él hasta entonces más que gestos amistosos y palabras sin maldad, pero…

—Quería verte —dijo Michelet—, para protegerte.

Vincent se obligó a reír.

—Solo tengo que protegerme de mí mismo. Tú no puedes hacer nada.

—Baresi.

Había articulado las tres sílabas muy lentamente.

—¿Baresi?

—Os vi la otra noche en los jardines. Igual que os vi en Alejandría…

—¿Y qué?

—Sabes bien que no te juzgo. Pero no fui el único que os vio… Y no todo el mundo tiene tan buenas intenciones como yo. Aunque comporte ciertos riesgos, conozco a más de uno a quien no le importaría darle al general en jefe alguna

información estratégica sobre la calidad de su *enlace*. ¿Quieres que sea más explícito?

La sangre de Vincent se le heló en las venas. Se incorporó bruscamente.

—Tengo que volver al palacio —dijo—. Ya es hora de que me prepare para esta noche…

—No tengas miedo —dijo Michelet—. No de mí, al menos. Yo te ayudaré.

Vincent, bajo la débil luz de las farolas, no conseguía captar la mirada gris.

—¿Cómo puedes ayudarme? Basta con que…

—El hombre no ha hablado, ¿verdad?

—Creo que lo sabría.

—Hay una buena razón para su silencio.

—¿Cuál?

—Está muerto.

—¿Cómo ha sido?

—Ese joven oficial cometió la imprudencia de pasear solo, de noche, por Bab el-Luq. Lo han encontrado degollado…

—Michelet, no sé qué quieres decirme.

—Que soy tu amigo…

—Tu amistad es muy sorprendente.

—Te doy noticias que te interesan…

—¿Eres solamente el portador de las noticias o bien…?

—¿O bien?

—¿O bien el ejecutor?

—Ve a calentar los dedos, amigo mío. Para mí, estas distinciones tienen poca importancia y veo que te preocupan más de lo razonable. Recuerda solamente que te he ayudado y que te ayudaré si es preciso.

Al salir solo de la mezquita Vincent miró hacia las murallas de la ciudadela.

Le temblaban las manos.

Se preguntó cómo tocaría. Intentó evocar el rostro de Pharia y la certeza que, delante de ella, pocos días atrás, había tenido de ser mejor, de haberse librado de sus demonios.

Tenía ganas de reír de vergüenza y de desesperación: todos sus demonios seguían ahí y jugaban con él.

A pesar de la muchedumbre que llegaba en barca al palacio de Elfi Bey, Vincent la vio de inmediato. Llevaba la ropa y el pelo revueltos; por sus ojos verdes pasaba una luz de desvarío. Dudó, fue hacia ella, chocando con un criado cargado con dos antorchas y un grupo de oficiales que reían y se daban empujones. Sentados en el borde de mármol de una fuente, Monge y Caffarelli charlaban seriamente: lo miraron

de reojo. Se alejaron hacia la terraza. Estando iluminada por las antorchas, no les garantizaba la intimidad, pero al menos se alejaban del gentío.

—Estás loca.

—Tal vez… No sé: puede que el loco seas tú…

—¿Qué quieres decir?

—Estás días y noches sin verme y yo te busco, me dicen que te has ido, me cuelo en tu habitación y no estás, no duermo, y con los ojos cerrados o abiertos te veo y te deseo…

Cuánto habría dado, unas semanas atrás, por oír aquellas palabras embriagadoras, por ver aquellos ojos febriles. Pero aunque sentía la vibración de su cálido cuerpo junto al suyo, el malestar era más fuerte.

—No podemos, Laura, lo sabes bien, es una locura que nos costará la vida…

Por un instante pensó en contarle su encuentro con Michelet, pero no lo hizo. En el fondo de sí mismo estaba Pharia, su preciado secreto.

—Hablaré con él.

Ya no había el menor temblor en su voz, sino una determinación sorprendente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él, alarmado.

—Quiero decir que él no me ama, lo sabes muy bien. Solo me utiliza unas cuantas noches, y esas noches, no hace mucho más que hablarme de su querida Josefina y de sus sueños de grandeza. Le diré…

—No le dirás nada.

Vincent se sorprendió ante el tono metálico de su propia voz por la dureza que revelaba, aunque tal vez fuera su profundo miedo.

—No sabes a quién te enfrentas —prosiguió más suavemente—. A lo mejor no te quiere, pero puedo decirte que preferirá destruirte antes que perderte, y a mí contigo.

—Él no es así.

Vincent rió sarcásticamente.

—¿Acaso nos casará?

—¿Por qué no?

El desafío en su voz no tenía nada de irónico. Vincent no la veía pero sabía que estaba trastornada, que había perdido la lucidez. Era como si huyera lejos de él y él la viera alejarse sin ser capaz de retenerla, con la sensación de lo inevitable. Odiaba esa sensación.

—¡Herbach! ¡Herbach!

Varios jóvenes suboficiales pasaban por la terraza llamándolo. Quiso separarse de ella pero Laura lo retuvo por el brazo, clavándole las uñas en la carne con una determinación de joven fiera herida.

—Ya no me amas —dijo.

—Tengo que irme, ya lo ves.

—Eres tú el que está loco. Todo me da igual…

Lo soltó y, temblando, pálido como una sábana, Vincent emergió a la luz.

—¡Herbach, el general en jefe quiere verle!

El joven subteniente tenía las mejillas rosas de excitación y los labios ribeteados de una leve pelusa. Parecía muy joven, y Vincent, que debía de tener la misma edad que él, se sintió de pronto muy viejo. Ya había vivido varias vidas; ya estaba de vuelta del amor sin haber amado nunca.

Siguió al joven hacia los salones espléndidamente iluminados, donde se agolpaban los elegantes de El Cairo, los beys reconvertidos al culto del gran sultán, los griegos ortodoxos que maniobraban a favor del nuevo poder, cazadores y dragones en sus nuevos uniformes, generales celosos de Desaix, que corría ya por el Alto Egipto, y que a la vez temían el nuevo capricho de Bonaparte: atacar al Imperio otomano, al que creían fatigado, y perseguir a sus tropas hasta hacerlo capitular en Constantinopla. Todas aquellas figuras, con sus sentimientos y sus ambiciones, pasaban por delante de los ojos extraviados de Vincent como en un teatro de marionetas. La vida pasa, pasa tan deprisa, no lograba creer que dentro de pocos minutos estaría tocando ante el gran piano Erard. La presión en el pecho era muy fuerte y sus dedos eran trocitos de madera a punto de quebrarse.

Cuando penetró en el gran salón, tuvo la fugaz impresión de haber vivido ya aquel momento: había sido en la mansión parisina donde había entrado, más muerto que vivo, detrás de Vivant Denon, no hacía ni cuatro meses. Ahora era él quien subiría al escenario, se había convertido en lo que quería ser y más aún, en una persona allegada a la figura heroica del general ante el que se habría quedado mudo, en amante de la mujer inaccesible cuyos ojos verdes se habían posado en él burlonamente, y además tuteaba a aquellos hombres tan poderosos a cuyo lado él no era nada.

Y, sin embargo, en aquel instante, desfilando a pasos lentos ante los ojos del estado mayor, hubiera preferido volver a ser el joven tímido y desconocido que no llamaba la atención más que por su extraño atuendo y sus sucios zapatos marrones con hebilla de cobre.

No tenía elección.

Pasó ante los ojos grises de Michelet, que le dio ánimos con una palmadita amistosa que no lo tranquilizó en absoluto:

—¡Animo, Herbach!

En el grupito situado ante el piano, no vio más que la figura de Bonaparte. El general en jefe había cambiado: estaba más delgado, tenía la tez más amarilla, flotaba dentro de su levita negra y su mirada brillaba un tanto febril. ¿Sería efecto de su imaginación? Le parecía que no lo miraba con su indulgencia habitual.

—Llegas tarde, Herbach.

Vincent bajó la vista, no hallando nada que responder.

—El señor Rigel va a empezar.

Vincent sabía que Rigel tocaba todas las noches en palacio. Aquel hombre rechoncho, cuyos gruesos dedos ocultaban una agilidad notable, siempre había actuado como si él no existiera. Su mirada lo atravesó mientras se sentaba detrás del taburete. Bonaparte dio una sola palmada, y el gesto bastó para que se hiciera el silencio:

—¡Señoras y señores, la música!

Rigel atacó con un tiempo extremo la *5.ª Variación Goldberg* de Bach. La música de aquel oscuro maestro de capilla alemán era casi desconocida, y Vincent disimuló su sorpresa absorbiéndose en la contemplación de las finas columnas doradas que rodeaban el salón. En las paredes azules llenas de estrellas colgaban las antorchas, que alumbraban hasta la bóveda, dando la impresión de estar a cielo abierto, sin protección.

Rigel tocaba bien. Encadenó con la *6.ª Variación*, igual de rápido, demasiado rápido, por supuesto —¿cómo, si no, cuando uno tiene la obligación de lucirse?—, pero su técnica era tan segura que no falló ni una nota ni un silencio, era capaz de poner sin dificultad los trinos y mordentes que adornaban la música, de subrayar todos los retrasos y de realzar el genio armónico de Bach con una nitidez delicada y tranquila. Pero ¿por qué tocaba tan deprisa? Le faltaba… Vincent hubiera querido decir que le faltaba el alma de la música. Pero mientras estallaban los aplausos, observó que, a tres pasos de él, Laura se había acercado a Bonaparte y se mantenía detrás de él sin que este se diera cuenta. Llevaba ropa de hombre, pero se le escapaban unos bucles del pelo rubio que le volvía a crecer. Ya no era ni hombre ni mujer, tal vez un adolescente veneciano escapado de un cuadro de Carpaccio. Estaba irresistible, pero fuera de lugar. El corazón de Vincent palpitaba a grandes latidos sin compás.

Mientras Rigel se inclinaba para saludar, oyó entre una neblina la voz de Bonaparte que lo invitaba sin una amabilidad especial:

—Le toca a usted, señor Herbach.

Su mirada se cruzó con los ojos brillantes y confiados de Denon, y se acercó al taburete, que le quedaba un poco bajo y que, con su torpeza, no consiguió subir. Le pareció que iba a desplomarse, a caer sobre el piano. Como si, hasta entonces, hubiera realizado esfuerzos sobrehumanos para mantenerse en vida mediante un juego de ilusionismo que ahora había quedado reducido a la nada. La comedia llegaba al final, sería el mártir y el bufón.

A Bach respondió con Bach. Tocó el extraño tema de la *Fuga en La menor* del *Clave bien temperado*. Donde Bach equilibra la extrañeza de su tema con un contratema que anuncia claramente la tonalidad, Vincent prolongó la frase

conservando su estilo místico. Tocó una nota, otra, un acorde, una disonancia.

Murmullos, carraspeos.

Improvisaba desde la infancia: sus cadencias en los conciertos de Mozart duraban a veces más tiempo que el propio concierto, tocaba la fuga por su tema, una sonata por un pasaje. No sabía lo que tocaba: no se oía a sí mismo. Terminado el instante de gracia, se describía la escena como si caminara hasta la cumbre de una alta montaña aislada y, en lugar de detenerse en el mirador, continuase por el cielo, con las nubes y los pájaros, y volase sin miedo por encima de ríos y bosques.

A ese estado se llega por una especie de gracia; él estaba llegando en aquel momento, suspendido encima del vacío, al borde del silencio absoluto, debido a la miseria profunda en la que estaba sumido.

Su improvisación había dejado de provocar risas. No porque gustara, pues era demasiado extraña. Mezclaba efectos contrapuntísticos con una mezcla de ruidos que había captado allí, en la calle, compases de *La flauta mágica*, impresiones orientales cuyas sonoridades eran demasiado nuevas para evocar la placentera y tranquilizadora familiaridad que, en los salones, se llamaba música. Pero había superado la impresión de no ser nada más que una mota de polvo que flotaba al albur de la brisa: estaba dentro de la música y la imponía a todos con una especie de desafió tímido y tranquilo. En medio de aquella euforia, distinguió de pronto el rostro pálido y tenso de Laura vuelto hacia él. Lo miraba con una intensidad que no intentaba ocultar, con lágrimas en los ojos, como si lo viera por última vez, una mano crispada en el pecho. Lo miraba como si no existiese nadie más.

Todo el mundo estaba viendo el espectáculo del enlace del general en jefe ensimismado en la contemplación del pianista; el mismo Vincent, sin dejar de tocar, tuvo que aceptar la evidencia de que todo el mundo al mismo tiempo estaba descubriendo lo que ellos tan torpemente habían intentado ocultar.

Bonaparte se volvió hacia ella para susurrarle algo al oído. Se interrumpió. Comprendió. Palideció.

Se inclinó brutalmente hacia Laura, como si una bala lo hubiera herido, y le dirigió unas furiosas palabras en voz baja.

De repente, en medio del bullicio que iba subiendo de intensidad, Vincent dejó de tocar, como un sueño que se interrumpe bruscamente con un grito. Miró a su alrededor y vio todas las miradas asombradas apuntándole. Vio al general en jefe que empezaba a apartar a la gente para salir ante las miradas de sorpresa. Ya solo sabía una cosa: tenía que hacer algo para impedirle salir de la sala. Inmediatamente.

En el otro extremo del salón vio una bandera francesa que colgaba orgullosamente como un cortinaje.

Empezó a tocar las primeras notas de *La Marsellesa*.

Cesaron las risas y las protestas. Bonaparte se detuvo en seco y se giró hacia él.

Vincent se sintió inundado de una alegría feroz y socarrona: golpeaba los acordes con énfasis, las manos volando por encima del teclado. Introdujo las primeras variaciones y un rumor se adueñó de la sala.

—¡Está loco!

Pero lo decían con cierta admiración, y Vincent sintió, maravillado, que la sala se llenaba de la vibración casi sensual que había faltado en la interpretación de Rigel.

Cuando repitió la melodía sencillamente, se puso a cantar, y la sala con él. Se sentía invadido por una especie de ridículo que no le impedía, sin embargo, vivir con una increíble densidad interior el orgullo, la excitación y el alivio, aunque provisional, de ver la figura del general en jefe inmóvil, solo en la sala, una sonrisa crispada en la cara y moviendo los labios sin proferir ni un sonido.

Denon había conseguido hacerse un lugar al lado de Bonaparte, pero ahora que estaba allí, sus palabras se le habían helado en los labios. Todos los comentarios graciosos sobre el éxito de «su» pianista se le habían quedado atascados en la garganta; no veía más que la mirada fija, los labios pálidos y apretados de un hombre a punto de sufrir un violento arrebato de cólera que apenas podía contener. Cuando los ojos del general en jefe se posaron en él, Denon se sintió simplemente aterrado, aunque el hombre no le dijo nada. Al igual que una parte de la sala, lo había entendido todo y se reprochó no haber visto lo que había sido el primero en temer: Baresi, por supuesto… ¿Cómo había podido ser tan ingenuo? Agachó la cabeza y buscó una ocasión para dejarse tragar por el gentío.

La presión alrededor de Vincent era infernal. Solamente el entorno más inmediato de Bonaparte y Laura sabían la tormenta que se estaba preparando y se retiraron prudentemente. Los demás fueron a felicitarle, a animarle, a abrazarle incluso. Como si, con aquella *Marsellesa* inesperada, hubiera despertado en cada francés presente el entusiasmo y la nostalgia. En efecto, desde el desastre de la flota hundida en Abukir, todos se sentían aislados de su suelo natal. Las renovadas promesas de Bonaparte no cambiaban nada; eran un poco huérfanos de una tierra que algunos decían que no volverían a ver. Caffarelli se exclamaba riendo, golpeándose con una mano la única pierna buena: «Es como si me devolvieras la que dejé en Francia». Incluso el viejo Kléber, de visita al general en jefe desde Alejandría, le cogió la cara sonrojada entre sus poderosas manos: «Ha zido prrreziozo», comentó con su fuerte acento alsaciano que, en aquellas circunstancias, no hizo reír a Vincent. Entre dos felicitaciones buscó la silueta de Laura, pero no la encontró.

En el momento álgido de las congratulaciones, Michelet se deslizó hasta él y le susurró al oído: «Hemos de irnos». Vincent fingió no haberle oído: se estaba dejando ganar por una euforia que lo hacía invulnerable. Pero la voz metálica de Michelet sonó de nuevo, al tiempo que le clavaba con fuerza la mano en el brazo: «Hemos de

irnos ahora». A pesar suyo, Vincent se dejó arrastrar, en medio de gritos y aplausos sofocados. Se cruzó con la mirada de Denon, que le dijo algo, pero no pudo oír sus palabras, pues ya estaba demasiado lejos para detenerse. Mientras, Michelet seguía llevándoselo, inflexible.

Corrieron hacia el vestíbulo y Vincent encontró por fin la manera de pararse y protestar:

—Pero ¿qué demonios te pasa?

Los ojos de Michelet lanzaban sus destellos grises.

—¿Quieres morir?

Vincent no encontró nada que contestar ni nada que preguntar. Todavía veía nítidamente los ojos ardientes de Laura clavados en él, tan nítidamente como los del tigre amarillo que no volvería a llamarlo al amanecer para hacerle confidencias. Se sentía miserable y solo, avergonzado.

Toda la fatiga que había combatido se le vino encima, y siguió a Michelet en la noche de El Cairo, en medio de la fiesta, los bailes, los cantos, las zambullidas y los petardos, entre la alegre multitud que celebraba la crecida de las aguas y la ilusión de la alianza entre el pueblo de los antiguos faraones y el del nuevo sultán.

No, no quería morir. Pero sobrevivir en aquel difícil país siendo perseguido por el odio del hombre más poderoso del mundo no iba a ser cosa fácil.

# CUARTA PARTE

# LA REVELACIÓN

# 1

Vincent se pasaba los días y las noches entre las cuatro paredes de la habitación de Hasan. Una vieja criada muda le llevaba un té casi negro que le quemaba los labios. A veces se tumbaba en la estera e intentaba adivinar los ruidos de la ciudad a través del postigo de madera por el que entraba demasiado polvo y muy poca luz. Lo único que notaba del pleno día era el sofoco. Por lo demás, estaba siempre sumido en una penumbra que terminó por odiar. Sus pocas palabras de árabe no eran suficientes para conversar con el buen Hasan, y Rashid no aparecía hasta el anochecer. Pharia no estaba allí y no se atrevía a preguntar por qué.

A solas consigo mismo tenía visiones de una nitidez insoportable en las que se le aparecían los rostros de su madre y su hermana. Derramaba lágrimas de auténtico dolor y se reprochaba no haberles escrito, excepto una nota enviada precipitadamente desde Toulon. De todos modos, desde el desastre de la flota en Abukir, se decía que las cartas eran interceptadas por los ingleses, que las utilizaban para propagar rumores. Pero aun así…

Recordaba su huida, unos días antes, y la presencia de ánimo de su amigo Michelet, gracias al cual se habían alejado en barca del palacio de Elfi Bey hasta llegar a la sombría orilla donde, mirándolo fijamente, le había preguntado:

—¿Sabes dónde esconderte durante una semana?

Atontado, Vincent contestó que sí. Michelet le dio un abrazo.

—Ahora vete. No quiero saber dónde estás. Si me han visto salir contigo, no tendré que mentir…

—¿Cómo sabré que puedo salir?

—Envíame a tu criado. Te haré llegar el mensaje con él.

Vincent lo miró mientras se alejaba en la barca, lleno de gratitud. Se fue directamente a la casa de Hasan y el anciano, sin decir una sola palabra, lo acogió como había acogido a Rashid muchos años antes que a él.

Las conversaciones con Rashid estaban hechas de pocas palabras: su amigo no le negaba nada, pero Vincent intuía en él una contención que no quiso forzar y una distancia, simbolizada por la ausencia de Pharia, que no pretendió salvar.

Pasó una semana: por prudencia no envió ningún mensaje a Michelet. Pero en la rutina que se había creado percibió una extraña mezcla de sensaciones. Por un lado, le exasperaba el aburrimiento, tenía ganas de darse cabezazos contra las paredes. Por otro lado, paradójicamente, sentía una especie de dicha, como una ascesis religiosa, un retiro. El hombre libre y salvaje quería la libertad de poder ir por la calle, respirar aquellos olores tan fuertes, pasmarse ante el trote de un asno, sentarse en el banco de

piedra de una tienda, pararse en una de las puertas de la ciudad para mirar el espectáculo; el hombre interior, en cambio, se difuminaba en la sombra de aquel cuarto del que no podía salir, se sumergía en sí mismo.

Al cabo de una semana, Rashid le llevó un objeto envuelto en una manta de un color gris dudoso. Se lo puso entre los brazos.

—¿Qué es?

Su amigo se limitó a sonreír.

Incluso antes de desplegar la manta, antes de adivinar lo que pudiera ser, Vincent empezó a temblar de manera descontrolada, con una violencia que lo desbordaba. Cuando al fin la abrió, se le inundaron los ojos de lágrimas.

Su amigo había encargado a un artesano una réplica casi perfecta de su teclado mudo. Ahora tenía ganas de reír.

—¿Quieres que toque para ti?

Rashid inclinó la cabeza seriamente.

Le tarareó la *Fuga en do menor* del *Clave bien temperado* de Bach, alternando el tema y el contratema, hasta que Rashid le dijo:

—No hace falta que cantes: puedo oír la música.

Entonces tocó y tocó y tocó, y el corazón se le inundó de alegría, más que la noche del concierto con Rigel, más que en el *Orient*, más que nunca. No comprendía cómo en su interior había podido dormir tanta música. Cuando abrió los ojos, estaba solo.

Aquella noche no durmió: las visiones se sucedían y se unificaban. Le parecía que cada una de ellas contenía la clave de todos los enigmas. Tenía instantes de claridad absoluta en los que se juntaban palabras, imágenes y sonidos: todo era uno. Al fin, al amanecer, cayó dormido, y cuando se despertó ya no quedaba casi nada de todo aquello, apenas el recuerdo de un hermoso sueño.

Durante todo el día, en casa de Hasan, percibió los ruidos de la calle con una agudeza particular. Oyó las prédicas desde las mezquitas, más inflamadas que la víspera, y notó que en la calle flotaba un ambiente de espera más violento. El aire era denso.

Cuando llegó Rashid, le preguntó.

Por una vez, su amigo estaba preocupado.

—Los ulemas han predicado la revuelta contra los infieles —dijo—. Denuncian su impiedad, los impuestos, las extorsiones, los robos disfrazados de contribuciones voluntarias, llaman al pueblo a la rebelión…

—¿Y los mamelucos?

—Los mamelucos no tienen nada que ver en esto; no lo creo… Es una sublevación en nombre del Islam. Atacan a los franceses aislados, y también a los coptos, con los que siempre nos hemos llevado bien…

Vincent recordó por un instante la imagen del padre Cirilo en la iglesia de la Virgen. La cara que se le aparecía era tan apacible que no se atrevió a preguntar si debía sentirse amenazado.

—¿Qué harás?

—Te protegeré.

Pero por una vez, en los ojos de Rashid apareció la preocupación.

—Voy a pedirte mucho más que eso —dijo Vincent, no obstante.

—Pide.

Ante las palabras de Vincent, la frente de Rashid se frunció un poco más, pero no intentó hacer entrar en razón a su amigo, ni aconsejarle prudencia, ni hacerle reflexionar.

—Lo intentaremos —dijo— cuando caiga la noche.

Mientras esperaban que la luna se alzara sobre el Nilo, jugaron al ajedrez. Afuera, en la ciudad, resonaban los gritos, los disparos de fusil y los cañonazos. A veces se oía un inmenso rumor, y era como si una multitud de hombres invadiera todo el espacio; otras veces era el ruido de los obuses que silbaban y caían. En el aire reinaba un silencio de luto. Después, de un minarete a otro, volvieron a surgir las proclamas. Varias explosiones sordas hicieron temblar los muros de la ciudad. Los dos jóvenes se esforzaron en no perder la calma cuando se derrumbó una pared vecina. Al llegar la hora, Vincent cogió su pobre bolsa y dejó el piano. Rashid se asombró.

—¿No te lo llevas?

—Nuestro Señor dijo: nada para el camino.

—Si no lo coges tú, lo cogeré yo.

Vincent no protestó, al contrario, sonrió.

—Entonces tendré que enseñarte a tocar.

Los dos amigos se estrecharon la mano para sellar aquel momento de armonía.

En aquel instante oyeron un tumulto en la entrada de la habitación, unas voces entremezcladas cuya alarma era lo único que Vincent supo interpretar. Primero surgió la cara de Hasan, con su bondad sonriente ahora deformada, y después la de Pharia. Intercambiaron unas rápidas palabras y Rashid dio un brinco.

—¿Qué ocurre? —preguntó Vincent.

—Ven.

Vincent se puso el disfraz que Rashid le trajo y obedeció su orden de ocultarse la cara, callarse y seguirlos, confundiéndose en la sombra con las paredes. En la muchedumbre se mezclaban grupos de hombres vociferantes y mujeres desquiciadas, familias que corrían para esconderse y jóvenes coléricos. Pero ellos se escaparon por dos callejones: Vincent conocía aquel camino. Era el de la iglesia.

Cuando entraron, guiados por Pharia, lo comprendió de inmediato. Había varias

siluetas arrodilladas junto al altar, alrededor de un cuerpo tendido. No se oía casi nada, solo unos murmullos que se repetían con el eco de las paredes de la iglesia.

Pharia lo cogió de la mano. Tenía la cara pálida y en sus ojos negros brillaban las lágrimas. Le clavaba las uñas con tanta fuerza que tuvo que morderse los labios para no gritar. Cuando se acercaron, el pequeño grupo se apartó.

El sacerdote tenía los ojos abiertos, llenos de luz, y en la frente un poco de sangre que ya se había secado.

—Son jóvenes llenos de ira —dijo— y Dios los perdonará.

De susurro en susurro, Vincent comprendió que habían asaltado varias iglesias, que habían disparado a sacerdotes y fieles y ejecutado a algunos griegos a modo de venganza. Pero el sacerdote no deseaba perder el poco aliento que le quedaba hablando de la revuelta y las circunstancias que habían conducido a diez jóvenes furiosos a tomarlo por uno de los invasores infieles, uno de aquellos hipócritas bebedores de vino y violadores de mujeres.

—Es el momento —dijo a Pharia—, es el momento de que le muestres su camino…

La muchacha asintió con la cabeza. Contuvo las lágrimas y absorbió cada palabra del sacerdote.

—Pon tu cruz en mis manos —le dijo a Vincent.

Vincent se sacó la cadena de debajo de su amplia camisa y la desprendió del cuello. La puso en las manos secas y ardientes del sacerdote.

—¿Quién te dio esta cruz?

—Un caballero de Malta.

—¿Te dijo lo que era?

Vincent intentó recordar la fuerza de aquel momento en que, por primera vez, se había sentido «reconocido», elegido para un destino del que nada sabía.

—Realmente, no. Pronunció unas palabras que me designaban… Pero era un viejo que iba a morir…

—Es bajo la sombra de la muerte cuando se decide todo. Por eso ahora todo se abre para ti. Los antiguos egipcios llamaban a esta cruz la llave de la vida. La verás en todos los muros de sus templos. Por lo general, a lo largo de los siglos se han ido borrando los rostros y rascando las inscripciones, pero esta llave sigue presente en todas partes. Es el símbolo de millones de años, el símbolo de la vida eterna, la que sirve para el rito de la apertura de la boca. Las palabras han perdido su sentido, pero la cruz entró en nuestra tradición, se convirtió en nuestra cruz… Nuestros sacerdotes fueron los primeros en vivir en los templos y santuarios, los primeros en borrar las figuras de piedra a golpe de cincel y buril; ennegrecieron los muros con el humo de cocer pan. Sin embargo, los últimos practicantes del culto a Ra transmitieron sus secretos a algunos de aquellos sacerdotes, a los más sabios. Y por este camino tan

tortuoso han llegado hasta nosotros. Esta cruz —has de saberlo y aceptarlo ahora— no llegó a tus manos por casualidad. ¿Cómo te llamas?

—Vincent Jefferson Herbach —dijo.

El sacerdote sonrió.

—Sí —dijo muy bajo—, tú eres el hombre que la tradición nos envía, eres el enviado del tiempo, eres el que debe transmitir, estás aquí por una razón tan grande y tan hermosa que no podías conocerla antes de este momento…

El corazón de Vincent latía desbocado.

La lengua del sacerdote chasqueaba como si sufriera una sed intensa. Un hombre se precipitó con su odre para verter unas gotas de agua en los labios que aún se movían pero que no decían nada que pudiera oír nadie salvo Vincent.

—Llevas la llave de la vida y tu apellido, Herbach, significa cara de halcón en la lengua de los antiguos egipcios. A ti te ha sido dado ofrecer un don a los hombres, no solo a los hombres de esta tierra que casi han perdido la memoria, sino a los hombres de toda la tierra, para que el don del Nilo riegue todos los países y expanda las abundantes cosechas del alma por los siglos de los siglos…

Vincent cerró los ojos. Escuchó cómo su cuerpo absorbía aquellas extrañas palabras que, sin embargo, no lo sorprendían.

—Tu camino no es el de cualquier otro humano. Has aprendido y aún tienes más que aprender, has tenido miedo y volverás a tenerlo. No eres ni un santo ni un mesías: eres un hombre que debe iluminar a los hombres. Lo aceptarás. No te vanagloriarás de ello, ni entonces ni ahora, y no temerás el salto al vacío: en el borde del precipicio se encuentra tu salvación, muy cerca de la muerte se encuentra tu vida. No te niegues a nada, será en vano. Lo que ahora tienes delante de ti es como esta cruz que llevabas sin saber qué significaba: no conocías el nombre de tu tesoro pero era tuyo, el que tenías que recibir para dar, dar sin calcular antes de desaparecer, antes de ser borrado y enterrado por los siglos, como un grano de arena, hasta que regreses de nuevo. El tiempo…

Al pronunciar estas últimas palabras, casi en un sollozo, el sacerdote tenía la expresión de dolor de un hombre al que le están clavando un cuchillo en las entrañas.

—El tiempo te lleva como el mar lleva el barco. Vas y vienes, desapareces, reapareces, sales del Oeste y vienes al Este. Una ola te empuja y una ola te devuelve, una tempestad te destruye, un sol te hace renacer, una noche te engulle y un alba te libera.

El sacerdote tenía ahora los ojos casi cerrados, apagados: solo pasaba por ellos un hilillo de luz, tan débil como el hilo de su voz. Volvió la cabeza hacia Pharia:

—Dame la mano…

La mano de Pharia se posó en la del sacerdote, cerca de la de Vincent, con el río de plata de la cadena uniéndolos, como el Nilo entre dos tierras fértiles.

—Esta cruz era la llave de la vida, la mano de esta muchacha será desde ahora la guía de tu vida. Cuando te sientas solo, cierra los dedos y sentirás el calor de su presencia. Pharia es hija de Isis, la que da la vida, la que hace renacer…

Instintivamente, Vincent obedeció a la voz y se estremeció ante el contacto de los dedos de la joven, posados en su mano con delicadeza.

—Ahora te toca a ti —murmuró el sacerdote a Pharia con su ronca voz—. Tienes que guiarlo, por él, por ti, por nosotros… No siempre lo entenderá, pero no importa que su mente no comprenda todo lo que hay que comprender: basta con que siga el camino hacia el sur…

—Lo sé.

De repente, sus ojos se abrieron y se clavaron en ella.

—Hace mucho tiempo que estás preparada. Estás tan llena de amor que…

Al pronunciar la palabra amor, su cabeza cayó hacia un lado. El combate había terminado. Todos rodearon al sacerdote y lo tocaron con las manos, recogiendo el calor que se escapaba de su cuerpo, agitando los dedos en el aire como si quisieran atrapar el hálito de su alma que se expandía por la iglesia.

Entonces Pharia y Vincent se levantaron.

Ya no tenía la mano de la joven entre sus dedos y, sin embargo, seguía sintiendo su calidez.

Depositó un beso en la cruz antes de colgársela al cuello.

—¿Qué hemos de hacer ahora?

—Irnos.

—¿Cuándo?

—De inmediato.

Asintió gravemente con la cabeza. Nada de todo aquello le sorprendía.

Entonces, de pronto, recordó lo que había pedido a Rashid, lo que debía hacer antes de abandonar El Cairo.

—¿Dónde está Rashid? —preguntó. Pharia notó la alarma en el fondo de su voz.

—Lo encontraremos —dijo ella sin pedirle más explicaciones.

—Es preciso, es preciso —masculló Vincent.

—Lo encontraremos.

En pocos pasos regresaron a la casa de Hasan y entraron sin hacer ruido. Tembloroso, febril, dando vueltas mentalmente a todo lo que sucedía, Vincent no podía parar quieto. La silueta inmóvil de Pharia no lo calmaba. Por fin, tras una espera que le pareció infinita, Rashid se unió a ellos.

—Si todavía quieres, podemos ir ahora —dijo a Vincent.

Aunque la inquietud no se borró de su cara, Vincent esbozó una sonrisa de gratitud. Pharia y Rashid intercambiaron unas palabras en árabe.

—Nos encontraremos más adelante —dijo ella.

—¿Adonde vas?

—Yo no te he preguntado adonde ibas tú…

Vincent se agitó, quiso hablar, pero ello la tranquilizó al instante.

—Hago lo mismo que tú: lo que debo hacer. Date prisa.

—¿Cuándo nos encontraremos de nuevo?

Ella lo rodeó con los brazos y se apretó un instante contra él. La novedad de su cuerpo le resultó extraña, sofocante. Pero duró solo un segundo.

Salieron a la callejuela al mismo tiempo, pero se fueron en direcciones contrarias sin decir ni una palabra, sin hacer un gesto de más.

Mientras caminaba, ardiendo por el recuerdo de Pharia, Vincent se desesperó al pensar que tal vez solo se había abandonado a él de aquel modo, fugazmente, para decirle adiós.

# 2

Las calles estaban llenas de humo y gritos, el Jaliyi era ya de color de sangre y por todas partes resonaban rugidos de trueno: eran los obuses que seguían cayendo sobre las mezquitas, eran las pesadas puertas de los barrios de la ciudad que los franceses habían empezado a derribar. Detrás de ellos, oían los llamamientos a la rebelión que seguían sonando desde al-Azhar, el centro del alzamiento. Envuelto en una capa, con unos pantalones bombachos demasiado anchos para él y un turbante en la cabeza, Vincent tenía la extraña sensación de haberse vuelto egipcio. Cada disparo le hacía daño, veía con los ojos del vendedor que se agazapaba en el fondo de su tienda, veía con los ojos del joven creyente que se había refugiado en una mezquita y gritaba que estaba dispuesto a morir por su fe.

No sabía qué era lo que más habían de temer yendo por aquellas estrechas callejas, ya que si después del toque de queda se tropezaban con un destacamento francés, quizá les dispararían sin previo aviso; pero si se topaban con una tropa de rebeldes y lo reconocían, sin duda se le echarían encima a pesar de Rashid. Ya se decía por todas partes que habían matado al general Dupuy, saqueado la casa de Caffarelli y degollado a algunos franceses aislados que habían recibido la venganza por todas las humillaciones sufridas. Se cruzaron con unos jóvenes que llevaban una lanza robada a un húsar francés: su cabeza estaba ensartada en la punta. Fugazmente, Vincent pensó en 1793. Los jóvenes pasaron sin verlo, con los ojos brillantes por el fuego del odio liberado.

Conocía ya bastante El Cairo para saber que Rashid lo conducía hacia la ciudadela: a medida que se acercaban a las murallas, las calles se iban vaciando. Bajo los altos balcones reinaba un silencio de cementerio sin luna.

—¿Estás seguro? —susurró.

Kashid se dio la vuelta.

—Tú mismo me dijiste que todos los hombres que alquilan burros lo conocían. Los dos que aún he podido encontrar me han confirmado que estaba ahí.

Cuando desembocaron en la sombra de las murallas, Vincent tenía el corazón encogido y la cabeza fría. Tenía más miedo por su amigo que por él.

—No te quedes aquí, no querría que te pasara algo malo. Espérame en Bab Zuwayla —pidió a Rashid.

Se desprendió de la capa y del turbante, dejando aparecer la chaqueta recta y gris que, junto con el pantalón bombacho, formaba uno de los atuendos franco-egipcios que muchos franceses habían adoptado recientemente.

—¿Y si no estás?

—No me esperes.

Por una vez, la voz de Rashid el Tranquilo, dejaba traslucir un poco de inquietud.

—¿Estás seguro de que debes ir?

—Sí, debo hacerlo.

Pero al pronunciar estas palabras, Vincent se preguntó si realmente estaba tan seguro.

En las inmediaciones de las cortinas militares reinaba una agitación poco habitual. Los hombres con los que Vincent se cruzó no le dirigieron ni una mirada. Tenían espuma en los labios y la mirada llena de muerte. Oyó nombres: eran los hombres caídos. Oyó fragmentos de historias: cómo habían torturado a uno, cómo le habían cortado la cabeza a otro. Entonces, más allá del recinto, ante la mezquita construida por el gran Saladino, los vio.

Eran centenares de prisioneros, sentados, algunos todavía con sus camisas hechas jirones, la mayoría con el torso desnudo, la cara marcada por las heridas de los combates, el negro de la pólvora o los arañazos de una espada o una bala. Las heridas no estaban curadas pero nadie se lamentaba. No había reproches en los rostros, tan solo una determinación exhausta que, aunque vencida, se obstinaba orgullosamente en no morir. Vincent no conseguía cruzarse con ninguna mirada.

Alrededor de ellos un destacamento de la 18.ª media brigada los vigilaba, las bayonetas caladas y los insultos en la boca al mínimo movimiento. Cuando un gruñido salía de la garganta de un hombre, no se sabía si era una expresión de sufrimiento o de odio. Murmuraban el nombre de Alá, gritaban, llamaban… Vincent no pudo contener cierta admiración por la fe de aquellos hombres que los conducía sin vacilación aparente a las puertas de la muerte. Y pensar que los franceses se burlaban de los egipcios porque los consideraban demasiado dóciles… También en el interior de las ciudades hay espejismos.

Vincent distinguió a Bernoyer, el amigo de Denon responsable del vestuario del ejército, que tenía la mirada fija, como perdida. Aquel hombre había sabido manifestar en varias ocasiones su independencia de espíritu. Decidió acercarse a él sin miedo.

—¿Qué ocurre?

Bernoyer lo descubrió como si fuera un fantasma.

—El general D'Armagnac quiere una lista de estos hombres.

—¿Qué será de ellos?

Bernoyer no contestó. Haciendo un gesto, los envió a la noche sin estrellas, al cielo por donde pasaban los filamentos anaranjados de un lejano incendio.

—¿Ha visto a Denon?

Vincent procuraba mantener una entonación normal. Bernoyer señaló en

dirección a una terraza sumida en la sombra.

—Estaba allí hace un momento. ¿Herbach?

—¿Sí?

—No se quede mucho rato en la ciudadela. No he oído nada en concreto, pero…

—Ya sé. Se lo agradezco.

Vincent se alejó rápidamente. Afortunadamente para él, la atención de los soldados estaba concentrada en la masa de prisioneros desarmados, impotentes, condenados a muerte sin duda, pero cuyos murmullos y gruñidos seguían dando miedo.

Denon estaba solo.

—¿No dibuja?

—Hay cosas, muchacho, que uno prefiere no dibujar…

—¿Para no verlas?

—Eso no significa que las olvide. ¿Reapareces después de diez días para darme clases de moral?

Denon iba vestido impecablemente, con el sombrero de ala ancha puesto pese a ser de noche. No llevaba su famosa cartera de cuero. Su rostro reflejaba una sombría preocupación, extraña en él. De pronto, Vincent comprendió por qué.

—Está furioso, ¿verdad? Furioso conmigo…

—No soy de naturaleza colérica. Digamos que, al principio, no lo entendí. Luego lo entendí y me sorprendí a mí mismo pronunciando palabras que pocas veces utilizo, como «traición». Después me moderé un tanto y dije «estupidez». Recordé que yo también había sido joven, aunque mucho menos tonto que tú…

Vincent soportó el discurso sin decir palabra. Denon no esperaba respuesta y él no tenía ninguna que dar.

—Y luego vi los inconvenientes prácticos de la situación. El general en jefe, ebrio de ira, poniendo precio a tu cabeza oficiosamente, sin llegar a proclamarlo oficialmente. ¿Tener él celos por amor? ¡Ni pensarlo! Corre el rumor de que iba a cambiar de oficial de enlace de todos modos. Al parecer en el mercado le habían encontrado una esclava caucasiana con una ciencia amorosa inigualable… O puede que al fin construya el palacio que le había prometido a Josefina… Las malas lenguas dicen que Baresi no hizo más que anticiparse a su movimiento. Por otra parte, su marido está de camino. Sabías que tenía marido, ¿no? Volviendo a lo que me interesa, confiaba poder aprovechar la salida de un destacamento para unirme a Desaix en el Alto Egipto. Ya estoy harto de ir en burro y no tengo tan buena disposición como Monge que, a mi edad, ha llegado a la cima de la pirámide más alta de Gizeh antes que toda la tropa de jóvenes. ¿O tal vez lo dejaron ganar por cortesía? En fin: pensaba que después de tu nota desafinada olvidarían el asunto, pero resulta que me entero de que, al contrario, deseaban librarse de mí lo antes posible. Enviándome al Alto Egipto

o a cualquier otra parte… Seré el único civil en esta empresa… Es tanto como decir que esperan que me quede ahí para siempre. Y a lo mejor me quedo, ¿quién sabe?

Las palabras de Denon surgían extrañamente deshilachadas para un artista de la conversación como él. Era en cierto modo como si hablase para sí mismo.

—Me parece —dijo finalmente— que con un esfuerzo de la imaginación podríamos arreglar la situación en beneficio tuyo y mío. No he olvidado lo que ocurrió en Malta, ¿sabes?, en casa del caballero, ni la armadura espiritual que recibiste… Es la cosa más extraña que me ha sucedido en todo este viaje, tan extraña que dudo si anotarla o no en mis cuadernos. Creo que se burlarían de mí.

Vincent reprimió el impulso de confesarle sus nuevos descubrimientos.

—Espero y miro —prosiguió Denon—, ya ves, como hoy. Yo, que no me sorprendía por nada, todavía me sorprendo: ¿acaso serás tú, un bobalicón, un imprudente, el que me ayudará a realizar mis más altos designios? Después de todo, se han visto cosas peores… En fin, para tu seguridad y para mi gloria, creo que volveremos a encontrarnos en el Alto Egipto. ¿Tienes alguna objeción?

El sol se alzaba al otro lado del Nilo y proyectaba sobre la ciudad que se despertaba en su desolación una luz gris y rosa carente de esplendor. Los trescientos o cuatrocientos minaretes estaban silenciosos, por los muros de la gran mezquita ya no se oía el desprendimiento de piedras, los creyentes estaban agazapados en sus casas. ¿Cómo contar todo aquello a Denon? Vincent ni se lo planteó. Su corazón estaba impregnado de una intensa melancolía silenciosa que flotaba con los filamentos grises de la bruma y el humo. Nacía el día, todo terminaba y todo recomenzaba.

—¿No me contestas?

Cuando Vincent iba a abrir la boca, oyó el restallido de las órdenes. La tropa de prisioneros se levantó. Llamaron a los hombres por su nombre, uno tras otro. «Van a morir, pero después de que sus nombres queden anotados en un vulgar registro», pensó Vincent con mordaz ironía. A continuación condujeron a los hombres en grupos de diez hasta un segundo patio custodiado por un fuerte destacamento de húsares.

—Venga —dijo Vincent, que había tenido una inspiración.

Denon interrumpió su contemplación del Nilo.

—Que venga, le digo.

Denon no discutió aquella súbita autoridad de quien había sido y seguía siendo su protegido. Se dejó llevar por él. Los dos hombres pasaron por delante de los húsares. Su paso decidido imponía. Los dejaron entrar sin hacerles preguntas.

El patio era de dimensiones más modestas que el anterior. La principal diferencia, sin embargo, era que quedaba totalmente a salvo de las miradas, pues lo rodeaba un alto muro cuya única abertura era la puerta por la que habían entrado.

En el centro habían cavado una burda zanja, a modo de canal de desagüe. Los

obreros esperaban indolentemente con los picos y las palas en el suelo. En el borde había un hombre solo, totalmente vestido de blanco. Los prisioneros, uno a uno, eran conducidos ante él por dos hombres que los sujetaban por los brazos para impedir que huyeran o cayeran. No se oía ni una palabra, ni un murmullo: el ambiente era el de una ceremonia, el de un sacrificio casi. Cuando el prisionero se encontraba ante el verdugo (y ni por instante había podido dudar de que la sentencia que esperaba era la definitiva), le tiraban un puñado de arena a los ojos, lo cual tenía el efecto automático de hacerle agachar la cabeza. El sable caía entonces silbando, y la cabeza se desprendía de un golpe neto; dos turcos arrastraban sin prisas el cadáver hacia un cercado muy próximo, y otro se llevaba la cabeza. Los obreros terminaban el trabajo: tapaban con arena las huellas de la sangre que no había caído en la zanja.

Vincent miraba aquel espectáculo, fascinado por la monotonía tan bien calculada del horror. La escena se repetía como en el teatro, con imperceptibles variantes: el grito de un hombre, la luz que subía suavemente detrás de los muros como para dar colores de vida a aquella escena de muerte. Aparte de ellos, no había ningún francés presente: no querían ensuciarse los ojos con aquella atrocidad que habían decidido y organizado minuciosamente.

Denon lo arrastró al cabo de unos instantes.

—No quiero ver ni uno más —dijo en voz queda.

Al salir del recinto, Vincent distinguió los centenares de prisioneros que esperaban pacientemente, la mirada vacía, mientras los soldados reían y bromeaban. El sol se alzaba en el cielo, y Vincent se preguntaba cómo sería si él tuviera que decirse: ya está, ha llegado, es mi último día, mi última hora, y se preguntaba cómo reaccionaría ante el puñado de arena y el afilado sable del verdugo. Sin duda como ellos, decidió con un suspiro: pondría el cuello y moriría limpiamente.

—Lo siento —dijo a Denon.

—¿Lo sientes? ¿El qué?

—Siento haberle causado tantos problemas… Usted no ha tenido más que bondades para mí…

—¡Ya estás otra vez dándome las gracias! ¡Qué manía tienes!

—Déjeme terminar, se lo ruego. Ya sé todo lo que me ha dicho y lo lamento. No por mí, pues, a pesar de mi ignorancia, sé lo suficiente para aceptar convertirme en un hombre completo viviendo mis experiencias, con todas sus consecuencias. Tal vez, algún día, de mi confusión nazca un ser presentable. ¿Quién sabe? Pero que usted —mi amigo, mi padre— tenga que sufrir los inconvenientes por mi culpa, eso me apena terriblemente y a veces quisiera no haber hecho nada, haberme quedado en el muelle de Toulon…

Denon lo cogió del brazo.

—No lo lamentes, muchacho, no lo lamentes. Te he hablado porque estaba

decepcionado, decepcionado porque desapareciste de ese modo, decepcionado, en el fondo, como un amante celoso abandonado sin explicaciones. Es así de sencillo…

—¡Pero yo habría querido hablar con usted!

—Ya lo sé. Y aunque no hubieras querido, no pasaría nada. Me burlo de ti, pero me gusta tu alma pura y secreta, es como un remanso de agua fresca en la que hallo descanso.

Reinaba una extraña calma en aquella hora en la que normalmente había una gran agitación en las calles: las cortinas de las tiendas seguían cerradas y no se oían los martillos de los herreros ni de los orfebres, no se veían los viejos ágiles en sus bancos. Al salir de un pequeño patio, Vincent vio dos columnas corintias en un sucinto jardín de ciudad: entre ambas habían atado un cordel en el que había ropa tendida.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Me voy, saldré de El Cairo con una caravana de beduinos… Denon rió en silencio.

—Casi tengo celos de ti.

—¿Nos volveremos a ver?

Denon se detuvo, extrajo de su cartera un mapa y lo desplegó. Con el dedo resiguió el Nilo, mientras sus labios murmuraban aquellos nombres que le habían hecho soñar estando lejos y que, ahora, tenía tan cerca.

—Tengo que unirme con Desaix en este lugar —dijo—: Beni Suef. Si mis informaciones son buenas, ahí no hay ni templos ni restos de templos, ni una piedra. Pero así son las cosas. Apáñatelas para estar ahí…

Con cierta torpeza, sin mirarlo, tendió una bolsa con dinero a Vincent.

—Apáñatelas —repitió—, te necesito…

Del mismo modo que Denon no sabía cómo darle la bolsa, Vincent no sabía cómo darle las gracias. Se quedó desconcertado, balanceándose de un pie a otro, con la bolsa en la mano.

—Y ahora, vete, muchacho. Y no olvides mirar por mí. Hazte la idea de que tú eres yo y anota lo que ocurre, anota el viento y la arena, anota los pliegues de las túnicas y la manera de entornar los ojos, de apretar el turbante cuando se levanta el viento de arena…

—¿Denon?

—Sí, muchacho.

—¿Qué sucederá en Beni Suef?

Denon volvió a encontrar su risa franca y sin reserva.

—¿Quieres saber si Desaix dejará, por un momento, de perseguir a Murad para ejecutarte siguiendo las órdenes procedentes de El Cairo?

Vincent asintió con la cabeza.

—¿Crees que yo te citaría ahí para echarte arena en los ojos?

Aquella imagen le recordó con brutalidad que Denon había visto, igual que él, y que no lo olvidaba. Que aquella imagen le perseguiría igual que a él.

—No, no lo creo —dijo Vincent al fin.

Denon lo dejó con una simple palmada en la espalda.

Vincent andaba ligero por aquel dédalo en el que reinaban más los perros que los hombres, mientras se acercaba a Bab Zuwayla. Por encima de las puertas surgían, como dos lanzas en el cielo, los minaretes de la mezquita.

Pero, cuando estaba cerca de la puerta, cuando vio la esbelta silueta de Rashid que se giraba hacia él para recibirlo con una sonrisa de sorpresa y alivio, pensó en los hombres que había visto morir, pensó en los que seguían muriendo en aquel momento, en el sol del mediodía, y se preguntó cómo le diría que los libertadores también eran asesinos.

—¿Dónde está Pharia? —preguntó a Rashid casi demasiado bruscamente.

—Hemos de ponernos en marcha.

—¿Dónde está?

—Está donde tiene que estar —dijo Rashid con un asomo de irritación—. Y tú tienes que venir ahora. Ya hemos perdido bastante tiempo.

Vincent tuvo ganas de reír: ¿era tiempo lo que había perdido? Ilusiones, más bien. Tenía tanto que contar y tanto que callar a la vez.

Y lo peor era que, de todas las impresiones que se agitaban en su interior, la más cruel ahora no era la atroz muerte de unos hombres que no habían sido juzgados, algunos de los cuales no habían cometido más crimen que el de estar en el lugar equivocado en el momento inadecuado, sino la ausencia de la muchacha de ojos rasgados.

Entre sus labios murmuraba su nombre: Pharia, hija de Isis.

# 3

Durante dos días, hasta Saqqara, siguieron el Nilo a lo largo de la franja que separaba las grandes extensiones del desierto de las tierras fértiles donde estallaba la vegetación. A veces quedaban rodeados por los brazos de la inundación del río; los niños se bañaban, salpicándose entre gritos. Una alfombra verde pálido indicaba un campo de índigo; la ondulación de un verde más intenso, un campo de caña de azúcar.

Vincent no se cansaba nunca de aquella infinita variedad de verdes donde solo desentonaba el racimo violeta, cargado y sensual, de una palmera datilera.

Al otro lado estaba el desierto, donde no crecían más que rocas blanquecinas, montones de guijarros negruzcos, matorrales de espino y flores de arena.

Era como si dos mundos se tocasen: uno terrible y hostil al hombre, el otro generoso, acogedor; el segundo cargado de risas y nacimientos, mientras que en el primero no había más que viento, soledad y muerte.

Avanzaban hacia el primero de estos dos mundos, hacia unas extensiones tales que, de repente, las que habían atravesado desde Alejandría parecían una broma sin importancia.

De día, Vincent callaba y caminaba, distrayendo su atención con el tintineo de dos aros de bronce de la oreja de una mujer o siguiendo el movimiento de la cabeza de un borriquillo. Rashid nunca estaba lejos de él, animándole con una palabra, interrogándolo con su intensa mirada.

Vincent no decía nada, retrasaba el momento. Cuando le hubiera confesado lo que había visto en El Cairo, sabía que su incipiente amistad cambiaría para siempre. Era triste que algo que estaba empezando quedara cortado en seco. Pero veía que no podía hacer nada.

Apenas se detuvieron en Saqqara. Después de cruzar un campo de columnas derrumbadas que parecía haber sido un templo, dio la vuelta a la pirámide más grande, cuyos escalones estaban medio derruidos y cuyos bloques se desprendían hasta sus pies. La entrada estaba obstruida.

Vincent sentía en su interior una presencia antigua que no era capaz de descifrar, pues no disponía de signos que pudieran ayudarlo.

Después, queriendo ver la extensión de sepulturas, subió solo a una pequeña colina, donde encontró a un anciano sentado en cuclillas ante su cabaña, imponente como un viejo rey. No se movió cuando Vincent se puso a contemplar el paisaje. Adivinaba una tumba detrás de cada montículo de tierra y cada hueco en la arena, y, al darse la vuelta, vio un océano verde de palmeras datileras, bananos y árboles

frutales. A la orilla del río se amontonaban unas cuantas cabañas de junco, donde varios niños vigilaban rebaños de cabras y búfalos. A lo lejos se balanceaba la elegante silueta de un camello.

Maquinalmente, cogió con dos dedos la cruz que había recibido en Malta. La plata no se había ennegrecido y brillaba bajo el sol. A veces se quedaba absorto contemplando las minúsculas secuencias de dibujos de las dos inscripciones. Cuando la vista se le volvía borrosa, acariciaba suavemente la superficie, como si, con el contacto, pudiera aparecérsele el sentido.

La caravana se estaba alejando ya y, cuando se levantó para unirse a ella, con una mano, el anciano le tiró de la túnica y lo hizo detenerse. Murmuró unas palabras incomprensibles; detrás de sus pupilas casi cerradas por una piel de cocodrilo, Vincent vio unos ojos que brillaban. Se agachó a su altura.

—¿Qué hay? —preguntó lentamente, como si el hombre pudiera entenderle—. ¿Qué quiere?

El hombre le respondió y le puso su macilenta mano en el pecho. Vincent adivinó que quería tocar la cruz y se la puso entre los dedos. El hombre inició un murmullo que apenas le movía los negros labios. Cuando terminó aquella extraña plegaria, soltó la cruz y estrechó a Vincent entre sus brazos.

El joven quedó tan sorprendido que a punto estuvo de perder el equilibrio. Sintió en su cuerpo la palpitación, el calor de aquel cuerpo frágil como el cristal, el fuerte olor que desprendía y lo envolvía. Cuando se soltó, llevó varias veces su mano desde su corazón hasta el pecho del viejo, y le sonrió.

—Gracias —dijo.

Mientras se alejaba por el polvoriento sendero, se giró una última vez; el anciano había recuperado su postura y nada indicaba que lo viera, ni siquiera que se acordara del paso de un joven francés por su colina, donde reinaba sobre la arena y el viento.

Vincent se unió a los beduinos y a Rashid, que tampoco esta vez le preguntó nada. Se sumergieron en la inmensidad del desierto.

Por la noche, miraba a aquellos hombres reunidos a unos pasos de él, alrededor de las brasas que removían con las manos, terminando de cocer una torta que olía mejor de lo que sabía. La sacudían para que cayeran los granos de arena. Desplegaban una especie de tela de cuero que les servía a la vez de bolsa, mantel y envoltorio para cocer. El humo se difuminaba en la negra noche, atravesada por ruidos que no conocía.

Los insectos se le comían las piernas y el cuerpo entero, pero, para no agotarse, luchaba con todas sus fuerzas contra las ganas de combatirlos y rascarse. No era crispando el cuerpo como lo conseguía, sino más bien abandonándose, como si se entregara a una fuerza superior…

Le parecía que siempre se quedaba dormido antes de que los beduinos

desaparecieran bajo las tiendas sostenidas por cuatro palos de madera, donde hombres, mujeres y niños dormían apretujados junto con las cabras, los sables y el baúl con sus muy escasos tesoros. Sus voces le llegaban entre murmullos y era capaz de seguir sus oraciones con los labios. Le había preguntado a Rashid qué decían. Hablaban de la profundidad del pozo en el que se habían parado aquel día para llenar los odres. ¿Y qué más? Hablaban del pozo que se hallaba a dos días de marcha y decían que, la última vez, otra tribu había tirado piedras en él. ¿Y qué más? Rashid traducía: cabras envenenadas, cuchillos afilados, historias de sus vidas y sus muertes, historias de las que Vincent no se cansaba nunca, como si detrás de aquellas palabras hubiera una música mágica a la que, cinco veces al día, el nombre de Alá aportaba su fuerza atronadora.

A veces Rashid se les unía y se sentaba en cuclillas con ellos. El tono de las voces cambiaba: solamente le hablaba un hombre, el que llevaba una larga túnica de algodón sobre una camisa azul ceñida con un cinturón de cuero con piedras preciosas incrustadas. Se sacaba el puñal de la vaina y pasaba un dedo por la afilada hoja. Le brotaba un poco de sangre. Los demás bajaban la cabeza. Cuando Vincent se les unía también, callaban. No podía decir si estaban molestos o desconfiaban… Simplemente callaban. Si se cruzaba con sus miradas, desviaban los ojos sin cambiar de expresión. Pensaba que unos hermanos suyos los habían acosado entre Alejandría y Damanhur. Estaba solo, con una bolsa oculta entre los pliegues de su túnica… Les resultaría tan fácil librarse de Rashid y hacerlo desaparecer a él…

Sin embargo, no tenía miedo. Se acordaba del anciano, al que imaginaba solo en su colina, acuclillado en la noche, rey de la eternidad.

Cogió arena entre las manos.

Hablando para sus adentros, susurró su nombre, una y otra vez: Pharia, hija de Isis.

Se dijo: tal vez no vuelva a verla nunca. Se dijo: tal vez haya desaparecido. Se dijo: moriré detrás de una duna y no habrá nadie para sepultarme bajo tierra, solo aves de presa para comerme las entrañas y vaciarme los ojos.

Se dijo: no, no puede ser así, y de antemano se sintió lleno de gratitud.

A ese sentimiento le dio un curioso nombre antiguo que volvía a ser nuevo: Dios. También a Dios, más que a los insectos del desierto, debía abandonarse y encomendarse.

En lo más profundo de la noche, cuando por fin todo dormía y en el campamento había cesado ya la agitación repentina de un camello o un burro, Vincent contó a Rashid, con voz sofocada, lo que había visto en la ciudadela de El Cairo. La narración duró largo rato, toda la noche. No le ocultó nada, ningún detalle. Rashid se mantenía en silencio.

—Quisiera pedirte perdón… —dijo al final Vincent en un impulso.

Rashid volvió hacia él sus ojos febriles y Vincent vio en ellos lágrimas y sorpresa a la vez.

—¿Perdón? ¿Por qué? Tú no eres culpable de nada…

—Perdón de todos modos, en nombre de los míos… por los tuyos…

Al pronunciar estas palabras, se dio cuenta de lo banales que eran. Sin embargo, le era imposible no decirlas. Rashid se encogió simplemente de hombros: indiferencia, fatiga…

En la grisácea luz del alba, Vincent adivinaba su mirada que saltaba sobre unos montones de piedras antes de perderse tras una ondulación del horizonte. Lo peor para él era que Rashid no preguntaba nada, no le reprochaba nada. No le decía: ¿no podías haber intentado evitarlo? ¿Tenías que asistir a ese espectáculo? No hizo preguntas inútiles. Desde su más tierna infancia sabía que las cosas eran como eran.

No obstante, durante todo el día, cuando el calor empezó a crecer y a quemar, cuando hubo que desmontar el campamento y poner las albardas a los camellos, no salió de su silencio, y Vincent supo que, en su mente, se había abierto camino un pensamiento que le hacía sufrir. Era como una brecha en su amistad, una fisura, una grieta que terminaría por matarla.

Interminable y torpemente, Vincent intentó enrollarse los quince pies de turbante que lo protegían del tórrido calor. El, que nunca se quejaba, notaba cómo el sudor le impregnaba la frente y le corría por el cuello. Tenía que guiñar los ojos, pero la luz era tan blanca que se preguntaba si no se habría quedado ciego.

A veces Vincent tenía visiones de Laura de dolorosa precisión. Empezaba bailando delante de él y luego se contorneaba como una llama, gritando y estremeciéndose. El deseo que le subía entonces por la cintura se transformaba en un terror sin nombre. Era como si se calcinase por dentro, como si el soplo de un viento cálido cargado de arena raspara su alma. Cuando se desnudaba, afloraban sus sensaciones y sus recuerdos: los sufrimientos más antiguos, los más enterrados, recobraban una fuerza parecida a la de una herida que se creía cicatrizada, cerrada, y que de repente se ponía a quemar, a sangrar, a bullir como si fuera recién hecha.

Una mañana descubrió que otro grupo de beduinos se les había unido durante la noche. En medio de ellos distinguió a Pharia que, con la cabeza inclinada, no le quitaba la vista de encima. En cuanto se recuperó de la sorpresa, la aparición le pareció un sortilegio que no le agradaba en absoluto; casi le aterrorizaba. Pero después se relajó, dejó de resistirse. El desierto lo simplificaba todo.

Iba vestida como las mujeres de los beduinos, pero su cara, su porte, todo en ella era diferente. A diferencia de las otras, ella lo miraba sin apartar la vista.

Vincent tenía ganas de gritar su nombre, pero su boca estaba seca.

Tenía la impresión de no haber respirado durante días. El aire abrasador que

entraba en él llevaba ahora una brisa marina que le refrescaba los pulmones. Le invadió una sensación de alivio y sintió deseos de dar gracias a Dios por lo que Dios sabía: ella estaba allí.

Ella era la mujer a la que querría hacer las preguntas que lo asaltaban, pero todavía tenía que guardárselas en su interior.

Gozó con la posibilidad de que le bastaría tender una mano hacia ella para tocarla. Naturalmente, no lo hizo: solo intentó caminar detrás de ella e impregnarse del ritmo de su paso. A fuerza de observarla, podría cantar la ondulación de su túnica en las caderas. Veía la perfección de sus formas y, por primera vez desde que la había vislumbrado en la penumbra de la casa de Hasan, aceptó que tuviera un cuerpo, que fuera una mujer. Era un pensamiento tímido, carente de la sensualidad que le empapaba cuando evocaba el recuerdo de Laura.

Al anochecer plantaron las tiendas cerca de lo que se podía llamar una aldea: unas pocas cabañas hechas de barro y paja secada al sol. Rashid trajo unas tortas que habían cocido en la arena y se las ofreció sin decir palabra: aunque la mirada del joven seguía siendo brillante, Vincent veía en ella cierta reserva, adivinaba casi hostilidad. Le dio las gracias.

Silenciosamente, Pharia fue a sentarse con ellos.

Los tres jóvenes guardaron silencio. No intercambiaron palabra alguna, pero en el aire reinaba la tensión. Vincent intentó refugiarse mentalmente en el rumor del viento que pasaba a lo lejos. Sin embargo, era imposible escapar de aquel denso silencio.

Rashid se levantó.

Vincent inició un movimiento para seguirlo, pero Pharia lo retuvo. No estaba seguro, pero Vincent había percibido en el movimiento de su amigo una furia, una bocanada de violencia que habría podido impulsarlo a dar puñetazos contra alguien, sin más, por nada.

—No te muevas —murmuró Pharia—. No es nada…

La silueta de Rashid había desaparecido, aspirada por el humo que ascendía en torbellinos en medio de la noche. Vincent y Pharia callaban, bañándose sin pudor en la conciencia de la dulce presencia del otro. Finalmente, Vincent le hizo la pregunta que le quemaba en los labios desde que ella había faltado a su cita en Bab Zuwayla:

—¿Dónde estabas?

—Estás enfadado…

Repitió más suavemente:

—¿Dónde estabas?

—Había un hombre —dijo Pharia—, un hombre al que había que sepultar… ¿Lo has olvidado ya?

Vincent se sonrojó. Calló de nuevo antes de calmarse.

—Sin ti he perdido la cuenta de los días —dijo al fin, soñadoramente.

—Está bien: has entrado en el desierto. Un día, una noche, otro día, otra noche, el sol, las estrenas, el viento, el agua, la falta de agua: los elementos simples de la vida y de la muerte. La cuenta de los días no forma parte de ellos.

—A veces querría que dejaras de hablarme en enigmas. Querría que me dijeras por qué apareces y desapareces. Querría saber adonde me llevas y por qué…

—Solo te digo palabras sencillas.

—Yo también querría decirte palabras sencillas, pero no lo consigo.

—Querrías, querrías… Crees en Dios pero siempre hablas de tu voluntad. No has aprendido a someterte de verdad.

—Creía que sí —confesó con sencillez—, pero me doy cuenta de que tienes razón: creo haber renunciado, pero un instante después me sorprendo queriendo de nuevo. ¿Me ayudarás a curarme?

Pharia no contestó de inmediato. Su mano se posó en el pecho de Vincent, ligera como un ala de pájaro, y sacó delicadamente la cruz que dormía en su pecho. Vincent apenas tuvo tiempo de estremecerse por la sensualidad del gesto. Pharia sonrió.

En el interior de una tienda un niño empezó a llorar pero una voz lo tranquilizó enseguida. La calma volvió a la noche. Vincent sacó de su bolsa el piano mudo y lo desplegó. Tocó las primeras notas de la coral *Jesu, meine Freude*.

—Lo que te digo —murmuró Pharia—, imagínalo como las notas de la música que tocas ahora: nadie las oye y, sin embargo, están aquí, presentes.

—¿Por qué Rashid está tan hostil?

—Ya lo sabes.

—¿Por culpa de lo que vi? ¿Es esa la única razón?

Notó que Pharia se azoraba. No contestó de inmediato. Vincent se alegró secretamente de haber tocado por fin uno de sus límites, de haber resquebrajado la seguridad que destilaba cada una de sus palabras.

—A lo mejor le parece que estamos demasiado unidos —confesó Pharia al fin.

—¿Y a ti qué te parece?

—No sé qué decir.

Le hizo la confesión en voz baja. Aunque no podía verle la cara, sintió una intensa emoción. Adelantó la mano hacia la de Pharia y se la rozó en la oscuridad, como una flor del desierto en la fría arena. Sus manos no se unieron, se mantuvieron a una mínima distancia.

Vincent echó la cabeza hacia atrás y abrió los ojos a la noche estrellada. El cielo estaba negro como la tinta y sintió un impulso del corazón hacia las constelaciones, una armonía natural con el universo.

Por primera vez desde hacía años durmió sin tener miedo a nada.

Y cuando, con las primeras luces de un alba rosa, recuperó la conciencia, no se preocupó siquiera por la fría huella que el cuerpo de Pharia había dejado en la arena.

Vincent estaba haciendo su camino.

# 4

En las orillas del canal de José verdeaban, bajo la luz del crepúsculo, los sicómoros y los bananos, las palmeras y los naranjos. La brisa ondulaba un campo de *dura*. Se oía un sonido olvidado de la vida de antes: era la risa de los niños que jugaban casi desnudos en el agua. La ancha cinta líquida serpenteaba paralelamente al Nilo, dominada por una cadena de montes de arena que protegían un desierto más vasto que todos los desiertos conocidos, un desierto en el que no se aventuraban ni los mismos beduinos.

A ras de suelo el viento levantaba remolinos de polvo, pero el aire estaba cargado de una deliciosa humedad que se antojaba néctar divino.

Vincent tenía la curiosa sensación de ser un marinero que vislumbraba tierra tras una larga travesía: la felicidad de llegar se mezclaba con la inquietud, casi la angustia, de abandonar la infinita calma del desierto, donde un trozo de leña era un acontecimiento y la silueta descarnada de un árbol, una isla.

Pharia y Rashid iban su lado, flanqueándolo.

En los dos últimos días apenas habían intercambiado alguna palabra; se daba cuenta de que cada vez necesitaba menos palabras para vivir. Gestos, más bien: los que le habían permitido aprender a preparar un fuego en la arena para cocer las tortas, el de atar una cuerda a un odre de cuero para sumergirlo en un pozo descubierto gracias a un bosquecillo de árboles, el arte de encontrar leña en una superficie aparentemente vacía, el modo más fácil de atarse el turbante… En compañía de los camellos, siempre envueltos en un zumbido incesante de moscas, había aprendido la impasibilidad. La piel se le había secado y endurecido, y, en la densa noche del desierto, sabía dejarse caer en brazos de un sueño que cesaba unos minutos antes del alba, justo antes de las primeras luces. Entonces se levantaba y miraba el cielo, y se le hinchaba el pecho de la pura alegría del mundo, mientras el hombro redondeado de una duna emergía de las sombras de la noche. De igual modo, por la noche, se quedaba con los ojos clavados en el disco rojo del sol poniente, atravesado por jirones de bruma violetas como bandadas de pájaros.

De pronto, en la caravana empezó a cundir cierta agitación, se oyeron gritos e imprecaciones. La noche que caía se vio perturbada por el galope de dos caballos que se acercaban. Delante de ellos, hacia el sur, aún no se veían los pobres muros de las casas de Beni Suef, como tampoco las empalizadas del campamento francés, si es que estaba ahí.

Sacaron los fusiles, desenvainaron los puñales de los cinturones. Unos disparos habían sonado ya cuando, entre la niebla de polvo y emociones que le quemaba los

ojos, Vincent distinguió el sombrero negro de ala ancha de uno de los dos jinetes.

—¡Es Denon! —gritó a Rashid, que no se había apartado de su lado—. ¡Diles que paren!

Un destello de duda pasó por la mirada de Rashid antes de precipitarse hacia el jefe de la caravana. Sin reflexionar, Vincent lo siguió y se puso a hablar y gesticular al mismo tiempo que él. De los pliegues de su camisa hizo surgir la bolsa que Denon le había dado en El Cairo y la colocó entre las manos del beduino; la cara del hombre no cambió de expresión, pero dictó algunas órdenes breves y tajantes.

El fuego cesó en el momento en que los dos jinetes llegaban a su altura. Vincent se sacó el turbante y lo agitó como una especie de bandera.

Era Denon, en efecto. El otro imprudente era Michelet, que observaba a Vincent sin decir palabra, con sus ojos grises y sin expresión clavados en él.

—Te recuerdo que teníamos una cita —le dijo Denon en tono de burla—. Llevo dos días esperándote. Ya ves adonde ha estado a punto de conducirme la impaciencia.

—No he podido ir más deprisa —dijo Vincent señalando la pobre caravana, los camellos, los asnos y la tropa de beduinos que los observaba.

—Corríamos hacia el campamento para llegar antes de la noche —dijo Michelet —. Yo le propuse una opción más prudente…

—Ya no tengo edad para ser prudente —replicó Denon alegremente—. Júzgalo por ti mismo. Hoy he estado a punto de morir dos veces. La primera vez ha sido uno de nuestros hombres que ha girado la bayoneta y me ha golpeado en el muslo justo cuando pasaba delante de él. La prudencia no me habría sido de ninguna utilidad, a menos que nos enseñe a guardarnos de nuestros amigos. ¿Crees que el muy animal me ha pedido perdón?

Vincent asintió con la cabeza.

—Nada de eso —dijo Denon, encantado—. Sencillamente, al verme caer, ha exclamado: «Bueno, un sabio menos». El muy torpe era obstinado. Y ahora te metes tú en medio, como la auténtica ave rapaz del desierto en que te has convertido. De haber sabido que eras tú, habría expuesto mi pecho más generosamente. ¿Te vienes con nosotros ahora?

Vincent miró a Pharia y a Rashid. El joven esclavo había recuperado la expresión de los últimos días, la misma que quizá exhibía en Malta cuando servía a viejos príncipes intentando disimular el odio que le devoraba el corazón. Pharia no dejaba de mirarlo.

—Nuestros caminos se separan aquí —dijo Vincent a Rashid, con la voz quebrada.

—Aún no te he devuelto la vida que tú me diste.

—Ya me la has dado, Rashid, me la has dado cien veces. Estamos en paz desde hace tiempo. No quiero que te sigas preocupando por eso.

—Todavía debo ir contigo.

—Te lo he dicho: ya no me debes nada.

Su expresión era terriblemente ceñuda.

—Ni siquiera me has enseñado a tocar el piano.

—No me lo has pedido.

—Esperaba…

Su expresión de pesar devolvió a Vincent el amigo que había tenido. No reducía la distancia que les separaba, pero al menos evocaba el pasado que los había unido. Sin embargo, no consiguieron mirarse a los ojos, cogerse de la mano ni separarse. Pharia hizo un movimiento hacia Rashid, lo cogió del brazo y lo arrastró unos pasos.

Denon miró a Vincent con un interrogante en la mirada, pero Vincent no contestó. Estaba perdido en el espectáculo de sus dos amigos sumidos en una conversación que no podía comprender y cuyas palabras le llegaban a retazos, transportados por la cálida brisa.

—Cuando hayas resuelto tus problemas domésticos, tal vez podamos volver al campamento antes de que caiga la noche por completo, a no ser que tus nuevos compañeros decidan cocinarnos para su cena.

—¿Quién es? —preguntó Michelet, señalando a Pharia.

—Su…, digamos, su hermana.

Entonces, repentinamente, añadió:

—Ella se viene conmigo.

—Si su «hermana» viene contigo, será prudente que se disfrace de chico. Te traerá algún recuerdo de El Cairo…

Vincent se ruborizó y Michelet le dirigió una sonrisa rápida, un poco contrita, que hizo más ligera la mordaz ironía de su observación.

—En serio —prosiguió—, hace algún tiempo que no has visto a nuestros soldados y los encontrarás un poco… nerviosos.

Pharia y Rashid regresaban a pasos lentos. Sin decir palabra, Rashid se acercó a Vincent.

—Adiós, amigo de más allá del mar —murmuró a su oído—. ¡Que Alá te proteja!

Mientras se desprendía al fin de sus brazos delgados y fuertes, mientras se alejaba hacia Beni Suef solo con Pharia a su lado, y mientras Michelet y Denon no se atrevían a perturbar su silencio, Vincent guardó en la memoria la luz del sol negro de los ojos de su amigo, detrás de los cuales se escondían desdichas y esperanzas, tantas que no podría contarlas ni imaginar su magnitud.

El jaleo que reinaba sobre la tierra batida del pueblo, entre las pobres paredes de las cabañas que apenas podían llamarse casas, era indescriptible. Salvo los bananos y los demacrados ancianos acuclillados en los umbrales, todo se movía, todo corría: los

niños jugaban, las mujeres se ocultaban, los hombres y los animales eran presas de un incoherente frenesí.

Desaix acababa de llegar de El Cairo, trayendo unos refuerzos que doblaban su ejército: mil doscientos jinetes y varios centenares de hombres de infantería se sumaban a los dos mil soldados de la brigada que había iniciado la campaña del Alto Egipto. Los recién llegados se instalaban al lado de los que, desde hacía semanas ya, se dejaban la piel cruzando el desierto y sumergiéndose en los canales en busca del inasequible Murad Bey.

Al borde del canal de José, de los *chermes* armados y parapetados los hombres desembarcaban, a grandes gritos y a la luz de las antorchas, cajas de galletas, seis trenes de artillería, fusiles, balas, cajas de municiones y de cerveza. Jadeaban y cantaban, se insultaban alegremente. El día antes habían combatido en Sedimán, el día después quién sabe dónde combatirían. La vida valía lo que vahan los espejismos. Los muertos se habían ido, las heridas habían pasado y las angustias se anestesiaban con una buena comida, un poco de alcohol adulterado e historias lo bastante falsas para hacerles soñar pero lo bastante ciertas para que exclamaran entre risas: «Ah, sí, así fue, ya lo creo. A mí también me pasó…». Era una de esas noches en que nada estropeaba el buen humor, ni siquiera una pelea, ni siquiera la falta de mujeres.

—Vamos —dijo Langeac a Vincent, con los ojos brillantes—, tomarás un aguardiente, ¿no?

Sacó el frasquito plateado del fondo de su bolsa con tanta fruición que Vincent no se atrevió a confesarle que tenía tantas ganas de beber aguardiente como de ir al infierno.

Pharia lo había dejado a la entrada del pueblo con palabras tranquilizadoras y la promesa de volverlo a ver a la salida, disfrazada de chico casi invisible. Vincent había errado entre el desorden, como un borracho, hasta encontrarse con su amigo por casualidad a la vuelta de una esquina. Frédéric se lo llevó hasta el pontón de madera habilitado por los ingenieros a la orilla del canal para facilitar el desembarco de hombres y material francés. Aún no habían intercambiado más de tres palabras y Vincent solo había sentido la emoción de su amigo por la manera de apretarle el brazo hasta casi rompérselo.

Un amigo que se pierde, otro que se encuentra… Pero el corazón no hace así las cuentas. No podía desprenderse de la terrible sensación de que había perdido algo irreparablemente.

Se sentaron a la orilla, bajo unas acacias.

—¿Y bien? —preguntó Vincent.

—Pues bien, Jefferson, bien…

Aquel nombre, «Jefferson», parecía pertenecer ya a otro mundo. Rieron levemente. Frédéric tendió el frasco a Vincent, que se lo llevó a los labios y dejó que

el líquido le quemara el paladar y la garganta. Chasqueó la lengua y repitió:

—¿Y bien?

—Estamos vivos, y eso es todo. ¿Qué más quieres decir? Habría que decir la verdad y entonces… Los hombres te contarán historias… O no dirán nada… Sí, sobre lo esencial, no te dirán nada, afortunadamente: no te hablarán del placer de matar, ni de la excitación de tener entre las manos el cuerpo de una muchacha que se defiende y se resiste, ni del miedo a morir ni de lo que el miedo te puede llevar a hacer en ese momento.

El vigoroso pecho de Frédéric se hinchaba, cubierto de gotas de sudor azul sobre la piel desnuda, bajo la chaqueta de cotonada que desteñía, el paño escaseaba.

—Te voy a contar una historia bastante reciente… Ocurrió en Sedimán, justamente, y no es para sentirnos orgullosos. Aquellos hombres tenían una manera de lanzarse sobre nosotros, incluso cuando atacaban nuestros cañones a sablazos, con una clase y una furia que, en el fondo, nos impresionaba… Y, además, apuestos como cualquiera sueña ser cuando es soldado, no había ni una parte de su cuerpo que no brillara con oro o plata. Justo a mi lado, después de no sé qué asalto, cayó Le Floch. ¿Conociste a Le Floch? Seguramente te acordarías, no tenía ni un pelo en la cabeza y la piel roja como si se la hubiesen pintado. Era un bretón, un Léonard, como él decía, y no conseguía enseñarnos a pronunciar su nombre como en su país: L'Floch o algo así. ¿No, no te dice nada? Bueno, el caso es que Le Floch cayó a mi lado y, al mismo tiempo que él, un mameluco se cayó del caballo y, en el impulso, le clavó el sable atravesándolo casi de lado a lado. Le Floch todavía tenía los ojos abiertos, pero la vida se le escapaba a toda velocidad, era como si ya se hubiera ido aunque seguía ahí, pero algo en él se aferraba, se resistía, no sé qué era —amor no, al contrario, diría que una especie de odio final que se había apoderado de él y que lo agarraba por el cuello, fuertemente, antes de soltarlo de golpe hacia la muerte—. Giró la cabeza hacia el mameluco que estaba medio muerto por la caída, se sacó el puñal del cinturón y empezó a asestarle golpes con una violencia que tal vez no habría tenido cuando estaba vivo… En esas, un oficial se presenta y ve el espectáculo un tanto repugnante, debo confesarlo, de aquel moribundo que estaba cortando a rebanadas a un muerto, le arrancaba pedacitos con la punta, le cortaba los ojos y las orejas y Dios sabe qué más… «¿No le da vergüenza?, le espetó el teniente. Un soldado francés más bien debería estar encomendando su alma a Dios». Y sin dejar su particular carnicería, Le Floch le replicó con su boca de bretón un poco burdo: «Para usted es muy fácil hablar, mi teniente. Usted está vivo y yo voy a morirme. Tengo derecho a disfrutar un poco…». —Disfrutar…

—Disfrutar: esta es nuestra palabra, la única que cuenta para todos nosotros…

Y justo después de eso, cuando tenía las manos llenas de sangre y los ojos se le empezaban a poner en blanco, me pidió que fuera a rezar por él a una pequeña capilla

donde lo habían bautizado en la bahía de Carantec, en el islote Callot lo llamó, unido a tierra firme por un camino que quedaba cubierto de agua en la marea alta, y le dije: «Claro que sí, hombre, aunque seas el primero y el último que me haga ponerme de rodillas para rezar, iré, te lo prometo». Cuando lo miré, estaba muerto y no sé si oyó mi promesa hasta el final.

Los dos jóvenes permanecieron un instante en silencio.

—Entonces, quizá lo que cuenta no es solamente disfrutar —murmuró Vincent.

Frédéric no contestó.

—¿Irás? —insistió Vincent.

—No lo sé. Si el camino está en marea baja…

Había tanta tristeza en sus palabras que Vincent no quiso decir nada más.

El hombre que los acogió tenía una sonrisa casi sin dientes. Los largos y escasos pelos de su barba colgaban como hilos blancos pegados de cualquier manera. Con las manos expresaba una simpática mezcla de buena voluntad y avidez.

—He aquí un hombre que nos desplumará con nuestro consentimiento —murmuró Denon a Vincent.

El hombre les enseñó sus catres en un rincón mal iluminado de una habitación aparentemente limpia, con una chimenea cuyas brasas proporcionaban una cálida luz. Mediante gestos les indicó que él dormiría afuera, tras lo cual intercambiaron palabras incomprensibles pero llenas de deseos de bienestar.

Vincent dejó la bolsa a su lado y metió la mano dentro: por un instante creyó encontrar el piano que le había dado a Rashid. La decepción le cortó la respiración.

—Déme un papel —pidió a Denon.

Sin hacer preguntas inútiles, Denon le pasó su cartera de cuero marrón.

Con unos cuantos trazos torpes, Vincent dibujó un teclado en el que situó dos octavas en negras y blancas. Compuso un acorde al azar, que resonó en su interior. «Es el acorde de Rashid», se dijo, preguntándose dónde estaría su amigo.

Luego se tumbó en la estera con una sensación de agotamiento que no había sentido en todos los días de desierto, durante los cuales había tenido sin cesar el cuerpo y el alma en estado de alerta. A su lado, Denon, según su antigua costumbre, charlaba mientras recomponía las vendas de su muslo herido. Dijo que verían a Desaix al día siguiente, que seguramente todo se arreglaría, que lo llevaría al otro lado del Nilo, en dirección al vahe de los Carros y del monte Kolsun, que se distinguía desde el pueblo, para visitar las grutas santas donde vivieron los cenobitas, san Antonio y san Pablo.

Desde la cima, en un día claro, se veía hasta el Sinaí y el mar Rojo. Hablaba y hablaba, pero no mencionaba ni El Cairo, ni Laura, ni Bonaparte, y Vincent se lo agradecía, y le agradecía también que no esperara su respuesta.

—¿Vincent? —le llamó, sin embargo, cuando se estaba durmiendo.

Le contestó con un gruñido.

—Me alegro de haberte encontrado. La auténtica aventura comienza aquí y yo no podía empezar la auténtica aventura sin ti.

—Denon…

—No digas nada, ya estás durmiendo, muchacho. Nunca más te volveré a prestar a Bonaparte…

Vincent se emocionó y, sin duda, una sonrisa se posó en su cara invadida ya por el sueño. Se guardó el secreto de Pharia en su interior. Murmurar su nombre siquiera constituiría una especie de impiedad, y de todos modos estaba demasiado agotado. No se preocupaba por ella, estaba heno de calma. Sus párpados se cerraron con aquella tierna imagen sin poder evitarlo, y al final cayó dormido.

En medio de la noche se despertó bruscamente.

Tenía la impresión de que la estera se movía. Se incorporó de golpe. A la débil luz de una antorcha prendida adivinó un mundo pululante de insectos, sapos, escorpiones, babosas, cochinillas y cucarachas, un castigo divino que, en la frontera entre la sequía del desierto y la humedad de las márgenes del Nilo, realizaba una unión imposible; los dos mundos se rechazaban y se excluían pero, en sus extremos, se tocaban y creaban toda aquella vida.

Se puso la ropa en un santiamén y miró a Denon que dormía apaciblemente, con el sombrero tapándole los ojos, una lagartija trepando por su muslo y una nube de moscas zumbando alrededor de sus oídos. Por un instante pensó en despertarlo pero no lo hizo, pues su estómago, revuelto por la náusea, le apremiaba.

Un ave nocturna ofrecía su triste canto en la punta del minarete.

Echaba de menos su piano: tocó sobre la arena.

Vincent acabó la noche bajo las estrellas, envuelto en su abrigo, formando con los dedos el más bonito acorde del mundo.

# 5

—¿Qué majadería es esta?

El general Desaix tenía la voz quebrada, el pelo en desorden, pegajoso por la alternancia de polvo, arena y humedad, y los ojos encogidos por la falta de sueño.

—Dime, Denon, tú que eres un hombre inteligente, ¿qué majadería es esta?

—Déjeme que le conteste —suplicó Vincent al lado de Denon—. Señor, estoy a sus órdenes. Sé que el general en jefe ha dado instrucciones referentes a mí, pero ignoro cuáles son en concreto. Una orden de usted es una orden de él: si usted lo dice, regresaré a El Cairo con el primer destacamento para darme preso.

—Entonces, ¿por qué no lo hiciste ya de entrada? ¿Por qué huiste disfrazado como esos ladrones beduinos? —gruñó Desaix.

—Porque tenía miedo, señor.

La honradez y la sencillez de la respuesta de Vincent dejaron al joven general sin voz. Detrás de su grueso bigote se dibujaba una sonrisa.

—Y porque era más conveniente para todos. En tales casos, un ajuste de cuentas en un callejón oscuro es más aconsejable que un escándalo público.

Desaix miró a Michelet que acababa de intervenir con una frialdad no exenta de sensatez. Luego se volvió hacia Vincent.

—Ya recuerdo —dijo—. Tú eres el de las monjas en Malta… Y también el que envié a Alejandría para llevar el mensaje que tanto impresionó a Bonaparte…

—Así es, señor.

—Primero actúas y después reflexionas.

—Espero valer un poco más que eso, señor. Pero si usted lo considera así…

—Vamos, no te hagas el sumiso, no va contigo.

—Mi respeto hacia usted es una sumisión voluntaria. Como ya se habrá dado cuenta, nadie cuenta con él de entrada.

—Me tranquiliza ver tu orgullo detrás de tu humildad.

—Pues a mí me preocupa —dijo al fin Denon que ya no aguantaba más—, mi querido Desaix, desde el principio me preocupa el orgullo de este muchacho que tiene otras muchas cualidades y al que necesito de manera esencial para cumplir mi misión…

La cara de Desaix se relajó al soltar una gran carcajada de soldado que se apoderó de toda su persona. Esta risotada sin reserva ni malicia, la de un jefe capaz de ser también un simple camarada, era lo que lo hacía tan popular entre sus hombres, casi tanto como su reputación de no exponer vidas inútilmente. Finalmente podía mirar a Denon y a Michelet, silenciosos en un rincón de la sala, sin la crispación que lo

agarrotaba desde que había descubierto la presencia de Vincent entre ellos.

—Está bien —dijo—. Aunque tenga que sufrir la ira del gran sultán, puedes quedarte. De todos modos, no he estado charlando con este hombre —señaló a Denon con una mezcla de desenvoltura y afecto— días y noches enteras para negarle ahora su primera petición. Y además…

—Y además tenemos otras preocupaciones: Murad Bey es un peligro mayor para la República que Vincent Jefferson Herbach —dijo fríamente Michelet.

—¿Está seguro?

La pregunta de Desaix había surgido tan natural, tan espontánea, que todos volvieron a reír. Acto seguido, el general, retorciéndose el bigote, retomó el hilo de su reflexión.

—Necesito una batalla ahora —dijo—, una solamente…

—Murad no la presentará nunca —dijo Michelet.

—Si lo sigo por el Alto Egipto lo bastante lejos para que nos crea debilitados, extenuados por su acoso, por los raptos, las dificultades… Si abandonamos las orillas del Nilo y aceptamos verdaderamente el desafío del desierto…

—Tendremos la gloria que hasta ahora se le ha negado a todos los conquistadores de Egipto —dijo Denon—. Haremos como Alejandro, construiremos ciudades por todo Egipto.

—O bien moriremos todos —dijo Michelet—. Una cosa o la otra…

Desaix los miró alternativamente.

—Lo haremos —dijo—. Por supuesto que lo haremos. No se puede actuar de otro modo. No nos habrían elegido para esta expedición, señores, si el general en jefe no tuviera la certeza absoluta de que no nos detendríamos hasta haber hecho lo que tenemos que hacer, o bien hasta que agotáramos por completo nuestras fuerzas.

Los otros tres callaban y dejaban vibrar las palabras. Estas les prometían la gloria soñada por Denon o el desastre temido por Michelet. Ambas cosas a la vez, sin duda, pues tal es el destino de los hombres.

—¡Desaix! —exclamó finalmente Denon.

—¿Sí, amigo mío?

—No lo atrape demasiado pronto, si es posible.

—¿Por qué ese antojo?

—Porque, para su gloria y para la de Bonaparte, antes tengo una civilización que descubrir.

Rashid contemplaba las estrellas.

Desde que Pharia y Vincent se habían ido y la caravana de beduinos se había detenido a orillas del canal de José, a corta distancia de un campamento de pastores nómadas, se pasaba los días esperando que llegara la noche, que se alumbrara el

cielo, para zambullirse en aquella contemplación por la que pasaban todas sus emociones, todas sus dudas, todos sus miedos. Las estrellas le hablaban una lengua; tenía la impresión de que, si pudiera entenderla, comprendería al mismo tiempo todos los misterios del universo. Tendría un poder… terrorífico… Solo de pensarlo, el corazón le latía un poco más fuerte. Cuando bajó la vista, cogió un poco de tierra húmeda entre las manos y la removió entre las palmas resecas, se la pasó por las mejillas para tener la sensación de su pequeñez, de su pertenencia a la tierra. Pensaba en la suavidad de las manos de Pharia, en la tierna inquietud de la mirada de Vincent. Pero después no pudo evitar alzar de nuevo los ojos esperando una señal cualquiera.

La mano que lo agarró bruscamente era fuerte —y fuerte también la que le cerró la boca para impedir que gritara—. Le ataron los puños con una cuerda de cuero mientras le vendaban los ojos con un grueso pañuelo. Quedó sumido en una noche negra, sofocante. «Si quisieran matarme…, si quisieran matarme…» Si quisieran matarlo, ya lo habrían hecho. Pero los acontecimientos se sucedían tan rápidamente, tan aterradoramente, que no tenía tiempo de tranquilizarse con pensamientos lógicos. Y además, la mano que sujetaba el puñal no surgía nunca por donde la esperaba.

La confusión se instaló a su alrededor. Los beduinos fueron extirpados de sus tiendas sin contemplaciones, con gestos precisos y órdenes concretas. No presentaron batalla, era inútil: sabían bien que sus pocas armas no vahan nada frente a las de los mamelucos.

Se sintió aupado a un caballo y sujetado a la silla por un brazo robusto, mientras el aire le silbaba ya en los oídos. No había oído ni una palabra, ni un gruñido, y estaba estupefacto por la falta de resistencia: no se había defendido, no había intentado nada. Su corazón agitado latía al ritmo del galope del caballo.

¿Por qué se lo llevaban solo a él, delante, mientras los demás iban caminando?

La cabalgata fue corta. Más que bajar, cayó de la silla y tuvieron que aguantarlo para que se tuviera en pie.

—Espera —susurró una voz.

Intentó dominar el temblor que se había apoderado de sus piernas y de todo su cuerpo, un miedo que sentía en la garganta como una náusea.

Luego notó que le desataban las manos y le quitaban la venda de los ojos. De inmediato, como por arte de magia, el miedo se disipó.

Nunca había visto el rostro que tenía delante, pero lo reconoció al instante.

—¿Están lejos? —preguntó Vincent.

—No —dijo Langeac.

—¿Cómo lo sabes?

—He ido hasta su campamento. ¿Cómo crees que los mamelucos nos causarían tantos daños si estuvieran lejos de nosotros?

—Pero entonces, ¿por qué…?

—¿Por qué Desaix no nos pone en marcha para terminar con ellos? Porque en el momento en que dé la orden de marcha, los mil ojos que ven se abrirán, los mil oídos que escuchan también, y ellos sabrán que llegamos antes de que nuestros cañones empiecen siquiera a moverse.

—Llévame.

—¿Ahora? ¿Esta noche?

La voz de Langeac sonaba más bien divertida.

—De todos modos —refunfuñó Vincent—, no voy a poder dormir con los sapos y las cucarachas de nuestra habitación. Denon dice que le hacen compañía, pero a mí…

—No le digas nada a Denon, ¿me oyes?

—Te lo prometo.

Lo que pomposamente llamaban establos no era más que un cercado al aire libre hasta donde llegaba una derivación del canal. Un precario cobertizo con tejado de caña de azúcar protegía el forraje y hacía las funciones de guarnés. Langeac y el guardián intercambiaron unas rápidas palabras antes de que su amigo le hiciera una señal para pasar. Los caballos estuvieron ensillados en un santiamén y acto seguido Vincent y Langeac se alejaron en la noche.

De tanto seguir los recovecos del canal de José, Vincent terminó perdiendo el sentido de la orientación. Habría sido incapaz de volver a encontrar el lugar exacto en el que Langeac aceleró bruscamente hacia las montañas de arena, donde Denon había dicho que se hallaban las grutas de los santos. Se limitó a seguirle hasta un bosquecillo de palmeras, donde echaron pie a tierra y ataron los caballos.

Se pusieron a caminar. Vincent abría los ojos de par en par, pero no conseguía ver nada, solo el desierto en su infinita ondulación. Langeac se volvió hacia él y, llevándose el dedo a los labios, le pidió el silencio más absoluto. ¿Podía ser que estuvieran allí?

De repente lo comprendió: justo delante de ellos el suelo se elevaba formando una cornisa en cuyo borde Frédéric se agachó y luego se tendió del todo. Por debajo de ellos se abría una especie de depresión, como una hondonada que resultaba completamente invisible a diez pasos detrás de ellos. Vincent contuvo un grito de sorpresa.

Aunque era de noche, el campamento estaba iluminado como si no les preocupara un posible ataque de los franceses. No estaba delimitado por una cerca, pero sí fuertemente vigilado por soldados a pie, cuya magnificencia recordaba la de los jinetes, sus señores.

Había varias tiendas montadas para los beys, y en la entrada de una de ellas el ir y venir de esclavos indicaba que se hallaban allí reunidos. La tienda que veían más cerca también era la más grande; un estandarte rojo y verde ondeaba en el asta.

—Murad —murmuró Vincent.

Al pronunciar su nombre, Vincent recordó la conversación con Desaix y Michelet: que su adversario estuviera tan cerca y tan lejos a la vez, tan fácil de ver y tan difícil de capturar, hacía nacer en él una especie de admiración.

—Vámonos de aquí —dijo Langeac.

—Quiero ver un poco más.

«Si el palacio de Murad Bey está decorado con tanta riqueza como su tienda», pensó Rashid, «debe de ser increíblemente suntuoso…» Aunque no podía apartar la vista de los ojos del jefe mameluco que lo contemplaba en silencio, de reojo miraba los cortinajes de terciopelo adamascado, el brillo de los sables y los diamantes, la suavidad de los colchones y los cojines de seda.

Pero, sobre todo, estaba cautivado por el rostro impasible de aquel hombre. Su forma redonda y la espesa barba denotaban un carácter bonachón, pero la cicatriz que lo cruzaba revelaba una dureza inflexible. Y, en medio, sus ojos negros, insondables, podían expresar tanto la bondad más profunda como una crueldad sin límites.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Rashid con voz temblorosa a pesar suyo.

Murad no contestó. Lo miró con cierto aire de regodeo. Rashid se sintió desnudo hasta el alma. Tenía la impresión de que no podía ocultarle nada a aquel hombre, que ya sabía cuanto tenía que saber para mantenerlo cautivo.

—No te preocupes por los demás. No los necesito a ellos, sino a ti —dijo finalmente Murad.

—¿Para qué?

—Entre los franceses tengo ojos que los observan pero no tengo a nadie que los entienda.

—También hay…

—Cada cosa a su tiempo.

El hombre que había intervenido estaba oculto, pero Rashid reconoció su voz sin identificarlo. Lo asociaba a Vincent, pero ¿por qué? Sintió una repentina angustia.

—¿Y bien?

—Le debo mi vida a uno de ellos. Liberaron a todos los esclavos de Malta. Ponerme en su contra…

—¡Perro inmundo!

Los ojos de Rashid lanzaron negras llamaradas.

—¿Piensas que tu vida, tu miserable vida de esclavo, tiene el menor valor en esta guerra? ¿Te liberaron para hacer de ti un hombre libre o para convertirte en su esclavo? ¿Acaso, atacando a los mamelucos en nombre del sultán y a los extranjeros caucásicos en nombre de los egipcios, practican otra cosa que la monstruosa hipocresía de los conquistadores?

Rashid pensó en lo que Vincent le había contado sobre las ejecuciones en la ciudadela de El Cairo. Murad no se imaginaba hasta qué punto era consciente de que los franceses no eran los «libertadores» que decían ser.

—No quiero ofenderte, poderoso señor.

—Imprimen proclamas en árabe para acusarnos de todos los males. Pero ¿quién aumenta ahora el *miri* hasta extremos nunca vistos? ¿Quién pasa por las aldeas y viola a vuestras mujeres? ¿Quién humilla al pueblo de Egipto como nunca lo habían humillado en su historia?

En las palabras de Murad había furia y sinceridad, y Rashid no podía dejar de ser sensible a ellas. Aunque el bey estaba defendiendo sobre todo sus intereses y los de su clan, sus argumentos se ajustaban a la realidad.

—Lo sé —repitió débilmente Rashid.

—Lo sabes y, aun así, pretendes negarte.

—Por miserable que sea, no me es posible traicionar al hombre al que debo mi libertad. Para mí sería como traicionar mi vida misma y ofender a Alá.

Murad se levantó y se acercó a él. Le puso su poderosa mano en el pecho y luego en el cuello. Finalmente los dedos apretaron la garganta hasta casi asfixiarlo.

—Tu libertad —gruñó—, tu vida… Pueden ser gacelas en el desierto, o pueden ser miserables hormigas. Son palabras que tienen el sentido que yo quiera darles.

Aflojó la presión de la mano y Rashid pudo respirar de nuevo.

—Que Alá sea tu juez, Murad, si quieres arrebatármelas.

—Murad…

La voz que se oyó era tranquila. Esta vez, la silueta salió de la sombra y Rashid pudo observar los ojos grises y fríos del hombre; lo había visto antes con los franceses, en Malta, en Alejandría y en El Cairo.

—Murad, creo que hay un modo de convencer a este joven mejor que esas inútiles amenazas.

Hablaba un árabe perfecto, casi sin acento.

—Sé muy bien cuál es la única manera de convencer a los esclavos —rugió Murad.

—Con este, que no tiene alma de esclavo, no saldrá bien.

Murad estaba furioso por no haber conseguido lo que quería. Aun así, hizo un gran esfuerzo para no empezar a soltar imprecaciones contra el extranjero. Incluso forzó una sonrisa que apareció entre la barba.

—Te escucho, Hamilton. Hasta ahora tus consejos no me han servido de gran cosa, pero tampoco me han costado nada. Y ya sabes lo que sucederá si me engañas…

—No tengo otro objetivo que el de ser un amigo sincero en nombre de Su Majestad el rey Jorge, de quien soy súbdito fiel. Si uno de tus sables me cortara el

cuello, nadie saldría ganando, ni el rey ni yo.

—Ahórrame tus razonamientos y tus burlas, Hamilton, y dime cuál es tu receta mágica.

—Este muchacho tiene una hermana… —empezó Hamilton, pero se interrumpió para mirar fijamente a Rashid.

El joven había palidecido y sus manos se habían crispado.

—Si le hacéis daño a ella… —gruñó.

Murad recuperó la sonrisa.

—Me parece que hay algo en los ingleses —dijo— que no tienen los franceses. Me empiezan a caer bien. Bueno, ¿con qué terrible castigo nos amenazas si le hacemos daño?

Rashid tuvo que hacer un esfuerzo inmenso para permanecer en silencio, hasta el punto de que el cuerpo entero le empezó a temblar. Murad se apartó de Rashid y posó una amistosa mano en el hombro de Hamilton, quien se inclinó hacia él.

—Sigue —le dijo.

Y en voz baja, de manera que Rashid solo pudo captar fragmentos incomprensibles, Hamilton expuso su plan.

# 6

Al caer el día la columna se extendía ya a lo largo de más de una legua. El sol teñía de naranja el valle de los Carros y la cumbre del monte Kolsun. Mientras este parecía redondearse, toda aquella naturaleza hostil se engalanaba con unos matices suaves que no durarían más allá del crepúsculo.

Tras varios días de reposo, gracias a la cerveza y la abundancia de frutas y trigo que sustituyeron a las galletas con sabor a tierra, los hombres pudieron levantar cabeza. El rosa les coloreaba las mejillas. La llegada de los jinetes de El Cairo insufló en el ejército nuevas energías, una nueva confianza que lo sacó del estancamiento, de la monotonía de una persecución en la que se sentían más presas que cazadores. La esperanza renacía como un espejismo. Las bromas seguían el ritmo del galope de los caballos, y Desaix, con la cabellera flotando al viento del anochecer, semejaba un nuevo Alejandro.

—Así es —dijo Denon a Vincent—, tendemos a mirar al jefe y atribuirle unas virtudes heroicas que no siempre tiene…

—Prefiero escoger héroes que solo existen en la imaginación.

—No conoces la delicia de estar sometido al poder de un hombre.

—En el fondo eso no es cierto. Es lo que me gusta de usted. No se cree sus propias palabras de adulación; lo que le guía es algo hermoso que vale mucho más que los hombres a quienes dice servir.

—Calla, desdichado, o derramaré lágrimas por mi propia grandeza. No es bueno para mí.

A su modo, Vincent también se sentía lleno de ligereza y de esperanza. Iban hacia el sur… Allí era donde se encontraba su verdad, en algún lugar entre la arena.

Apenas había podido intercambiar tres palabras con Pharia, quien, envuelta en una túnica blanca que le daba silueta de muchacho, se hallaba entre los guías, porteadores y esclavos que iban en la retaguardia de la columna, con los carros, los cañones, los camellos cargados de material y las inevitables galletas. Le había parecido que, al mirarlo, sus ojos rasgados brillaban con un destello especial, pero no se atrevía a formular esta observación en términos amorosos. Todavía no…

«¡Cuídala!», le había encomendado medio en broma a Langeac quien, con una parte de la 88.ª media brigada del general Morand, tenía la misión de proteger la retaguardia de la columna.

Frédéric había echado un vistazo a la joven pero, por una vez, reprimió sus comentarios jocosos. Vincent se lo agradeció en secreto, tanto más cuanto que había sorprendido algunas miradas curiosas de los soldados hacia ella. Pero no podía hacer

nada: tenía que confiar en Frédéric.

Avanzaron a través de una aldea desolada. A pesar de la pobreza que encontraban por todas partes, esta tenía algo especialmente patético: las paredes estaban medio derrumbadas, las tierras sin cultivar, los árboles muertos colgaban como cadáveres abandonados a las aves.

—¿Qué ocurre? —preguntó Vincent.

—No lo sé —dijo Denon—. Se diría que aquí solo viven sombras.

Justo detrás de ellos se oyeron unos gritos y la columna aminoró la marcha hasta detenerse. Un ayudante de campo llegó jadeando a la altura de Desaix.

—Hemos atrapado a un criminal.

—Traédmelo.

El «criminal» era un ladrón de doce años, que se miraba sin emoción especial la ancha herida que un sable le había infligido en el brazo. Tenía la belleza y el orgullo de un ángel de ojos negros. Llevaba un pobre gorro de algodón que le tapaba el pelo alborotado.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Desaix.

—Ha robado varios fusiles.

—¿Quién le ha mandado hacerlo?

Los hombres se miraron. A nadie se le había ocurrido hacer aquella pregunta. ¿Para qué? ¿No había suficiente motivo para ejecutarlo de inmediato? Con ojos asombrados miraron a Desaix quien, impávido, repitió la pregunta.

—¿Quién?

Tuvieron que ir hasta la retaguardia para buscar a un intérprete. Vincent vio llegar a Pharia, pero intentó no mirarla, no dejar traslucir su emoción.

—¿Quién te ha mandado robar los fusiles?

Desaix hablaba con suavidad y Pharia traducía en el mismo tono. La respuesta del chiquillo fue tajante:

—¡Nadie!

—¿Quién te ha empujado a cometer este robo?

—¡Nadie! ¡El Todopoderoso! ¡Dios!

—¿Dónde están tus padres?

—Solamente vive mi madre, pobre y ciega.

—Si confiesas quién te ha enviado, te salvarás. Si te empeñas en callar, se te castigará como mereces.

—Ya se lo he dicho, no me ha enviado nadie. Solamente Dios me ha inspirado.

Tiró el gorro a los pies del general, con lágrimas y actitud desafiante.

—Aquí tiene mi cabeza, ya me la pueden cortar.

Pharia traducía tanto con el cuerpo como con la lengua. Con la cabeza agachada, indicaba la sumisión del chico. Cuando la levantó, buscó la mirada de Desaix. Este

había apartado la vista.

—Pobre desdichado…

El interrogatorio había durado demasiado y había tenido lugar ante los ojos de demasiados soldados, que ya no veían en él a un ladrón sino a un niño, para que aún pudiera ordenar la ejecución. Pero el general se sentía molesto por su propia generosidad, no sabía qué hacer.

—Démelo a mí —dijo Vincent.

—Vaya —dijo Desaix—, nunca dejarás de asombrarme.

El muchacho se agachó y recogió el gorro de la arena. Sin que le dijeran ni una palabra entendió que le habían salvado la vida, pero no sabía qué vida exactamente. Se disponía a correr cuando la mano de Pharia lo retuvo sujetándolo por los harapos.

Desaix hizo un gesto de indiferencia.

—Ahora eres responsable de él —añadió—. Si nos falta un fusil…

El muchacho se volvió hacia Desaix, hacia Pharia, hacia el hombre de pelo negro. Pharia le susurró unas explicaciones. De repente, perdió su expresión de desafío, su mirada sombría dispuesta a todo: ya no era más que un chiquillo y con sus flacas manos se agarró a la túnica de la joven. Hablaba con precipitación. Denon miró a Vincent, divertido.

—Por lo que se ve, también vas a tener que quedarte con el intérprete.

Vincent no supo qué contestar, encantado con aquella molestia que no había previsto. Que ella se pudiera quedar en la vanguardia, con ellos, sería… Desaix, listo para reanudar la marcha, se dio media vuelta, irritado, atusándose el bigote con mano nerviosa.

—¿Aún están ahí?

Con un movimiento del brazo, los instó a retroceder en la columna. Pharia se llevó al niño hacia atrás.

A Vincent le pareció que ella le dirigía un gesto, un gesto imperceptible de calma que bastó para sosegarlo, para recordarle que desde ese momento, aun estando separados, estarían juntos, unidos por un minúsculo lazo.

Llovía sobre el desierto.

Los soldados abrían las manos como niños y se lamían las gotas que les corrían por las mejillas hasta los labios resecos. Reían como si hubieran encontrado un tesoro, pero aquel tesoro duraría tan poco como los demás.

El cielo plomizo hacía el día más sofocante y Desaix se detuvo por tercera vez para escuchar a los exploradores y los guías. La columna se extendía a lo largo de varias leguas y un destacamento enviado a la retaguardia tardaba en aparecer: seguramente se habría roto la rueda de un carro. Impaciente, Desaix envió un segundo enlace hacia la retaguardia. La vanguardia, por su parte,…

—¡Ahora me dicen que están aquí, luego me dicen que están allá! —vociferó, la frente empapada por la lluvia—. Y cuando llego, no hay más que cenizas frías y ni siquiera suficiente leña para hacer fuego. Terminaré por preguntarme si esos malditos mamelucos existen de verdad.

—Viendo lo que nos cuestan, si no existen tendremos que inventarlos —soltó Michelet, con su habitual mezcla de indiferencia y desprecio.

—Teniente Michelet, hasta ahora no se lo he dicho nunca claramente, pero su eterno escepticismo no es bien recibido en este ejército. No le vimos ni en el Rin ni en Italia…

—¿Quiere decir que…?

—¿… que dudo de sus cualidades? Talleyrand se las recomendó muy vivamente al general en jefe, y este le puso en mis manos para que las pudiera ejercer. No he tenido muchas ocasiones de juzgarlas en combate, pero apuesto a que su ardor en el mando supera la aspereza de las predicciones que no cesan de salir por su boca; se diría que echa de menos las delicias de El Cairo y que prefiere regresar ahí antes que ayudarme a cumplir nuestra misión. ¿Tiene algún otro comentario útil que hacerme ahora, teniente Michelet?

Michelet abrió la boca y la cerró al instante. Sus ojos grises se habían apagado.

—No —dijo en voz baja—. Solamente quería abundar en el sentido de sus palabras, mi general.

Vincent estaba atónito, pero no descontento de ver que, por una vez, alguien había cerrado la boca a su extraño amigo.

—¡Mi general!

Los dos oficiales de enlace regresaron al mismo tiempo y con la misma noticia: al parecer, en la retaguardia de la columna, en medio de la agitación debida al mal tiempo, los mamelucos habían atacado, consiguiendo aislar los carros de víveres y raptar a varios porteadores e incluso a algún soldado.

—¿A cuántos hombres?

—Imposible saberlo, mi general. Unos cuantos, ni siquiera un destacamento.

Vincent sintió frío y estornudó, lo cual provocó una risa nerviosa a su espalda. Con la nueva preocupación, Desaix había perdido el mal humor y recuperado la calma. Se volvió hacia Michelet.

—He aquí una buena razón para ir detrás de esos mamelucos que no existen.

Y dio orden de iniciar la persecución.

Cuando cesó la lluvia, Rashid vio que detrás de una duna había emergido una florecilla violeta. La miró intensamente, como si pudiera zambullirse en ella. Varias veces desde que estaba prisionero había pensado en fugarse. Pero el pensamiento de que pudieran hacer daño a Pharia para vengarse de él le resultaba insoportable.

Con todas sus fuerzas se negó a pensar en nada más allá de la eclosión de aquella flor que habría desaparecido ya al día siguiente, tal vez aquella misma noche; quería saborear su belleza, disfrutar de la dulzura de la que él carecía.

La noche cayó en el desierto envolviéndolo en la oscuridad.

Entonces oyó unos pasos que movían la arena. De los caballos vio caer, como sacos, a los prisioneros atados de pies y manos. La primera en aparecer fue Pharia. Cuando iba a precipitarse sobre ella, la muchacha, sin una palabra, solo con la fuerza de sus ojos negros, lo conminó a callarse. Pese a su nerviosismo, Rashid reconoció a uno de los soldados franceses capturados: era Frédéric Langeac, el amigo de Vincent. El corazón le dio un vuelco al acordarse de él en Malta. Langeac también lo reconoció y abrió la boca para llamarlo, pero finalmente no dijo nada.

Entre golpes y gruñidos, profiriendo órdenes breves y risas de desprecio, los jinetes mamelucos dejaron en manos de sus esclavos la vigilancia del grupo.

Los condujeron a una pequeña tienda situada justo detrás de la de Murad, que se hallaba descansando.

Cuando recuperó el ánimo, Rashid comprendió lo que debía hacer.

La única concesión del general Desaix a la necesidad de ir más deprisa fue dividir la columna en dos: imposible formar cuerpos más pequeños. Su debilidad los haría vulnerables ante los jinetes de Murad; de buen seguro estos, bien informados sobre el avance de los franceses, los atacarían y los destruirían. Su fuerza residía en seguir juntos, aunque ello los condenase a una relativa lentitud.

Las primeras huellas que encontraron fueron los carros volcados e incendiados. Las cenizas todavía estaban calientes, lo cual dio a Desaix una buena razón para no demorarse ante el espectáculo de sus provisiones destruidas. Los hombres reanudaron la persecución con una rabia más íntima, en la que se mezclaban la sensación de impotencia y el sabor de una venganza imposible.

Vincent tenía el miedo metido en el vientre.

No por él, pues hacía ya mucho que ni los sables ni los fusiles le hacían temblar.

Era algo vago y negro que le desgarraba las entrañas, mientras el frío de la noche del desierto le segaba la nuca.

Apretó las piernas en los flancos del caballo y se incorporó sobre los estribos.

El cielo era una lluvia de estrellas: pero no evocaba en nada la grandeza del universo. Delante oyó voces sofocadas y apretó el paso.

Desaix se había detenido a la entrada de un pueblo desolado y desierto.

Los guías habían sacado a un anciano escuálido, adormilado, con la mirada atontada, de quien en un principio fue imposible arrancar una palabra inteligible.

—¿Ha visto algo o a alguien? —insistió el general con voz nerviosa.

El viejo masculló algo entre los tres pelos revueltos que habían sido una barba.

—Un grupo —dijo el guía.

—¿Cuántos hombres, cuántos caballos?

El viejo señaló hacia la noche que los rodeaba.

—Tantos como las estrellas.

Desaix no tenía tiempo para bromas.

—¿En qué dirección?

La mano temblorosa e imprecisa señaló hacia el sur.

Varios hombres bajaron del caballo y se acercaron al desdichado en actitud amenazadora.

—¿Adonde exactamente? —rugió un joven teniente.

El viejo señaló en otra dirección. Desaix se apartó con una mueca de decepción; se retiró a varios pasos para conferenciar con dos o tres oficiales.

—¡Nos está tomando el pelo! —gruñó una voz.

—¡Tantos como las estrellas!

—¡Menudo sabio, lo haremos miembro del Instituto!

—Es más raro que el pez de Geoffroy Saint-Hilaire. ¿Por qué no lo disecamos y lo mandamos al Museo? ¡Nos darían unas galletas a cambio!

Eran risas sin alegría, llenas de maldad y cansancio.

Mientras Desaix daba la orden de reanudar la marcha, un reducido grupo de soldados se quedó molestando e increpando al viejo. Le escupieron y lo golpearon con la fusta. Entumecido por la vejez y el miedo, confundido por todas aquellas voces que sonaban en una lengua extraña de la que no entendía ni una palabra, intentaba protegerse levantando la manga. Con la hoja de la espada, le obligaron a bajar los brazos. Encogiendo la cabeza entre los hombros, parecía derrumbado en su propia miseria.

Con la punta del sable un soldado le hizo saltar el turbante, lo exhibió como un trofeo y luego rasgó sus harapos. El hombre no se movió, inmóvil como un trozo de leña.

Vincent y algunos más apenas tuvieron tiempo de precipitarse a detener aquella odiosa escena cuando, de un tajo limpio, el húsar separó la cabeza del flaco cuello. Cayó al suelo dando un golpe seco y rodó como una bola de madera en el juego del mallo.

Se echaron a reír con carcajadas obscenas. La silueta anónima del asesino volvió a subir a la silla en medio de algunos insultos.

—¡Malnacidos!

—Bueno, bueno, el viejo iba a diñarla de todos modos.

—Aun así, sois unos malnacidos.

—¡Vamos! ¡En marcha, en marcha!

Vincent tenía un amargo sabor en la boca.

Recordaba la frase de Frédéric en Malta, la que había estado a punto de separarlos para siempre: «He hecho lo que un soldado suele hacer. Y por lo demás…».

Imaginaba con horror los ojos de Pharia viendo aquella escena y se preguntaba qué podría decirle. ¿Lo mismo que a Rashid tras las ejecuciones de la ciudadela? Los soldados, al menos, practican el oficio de arriesgar su vida; él, en cambio, con demasiada frecuencia, no era más que un espectador impotente.

—Y bien, ¿has cambiado de parecer?

Murad estaba recostado en un mar de esteras, con la espalda apoyada en un océano de almohadones. Se pasaba el pulgar una y otra vez por la profunda huella de su cicatriz justo encima de la barba. Tenía la voz tranquila y suave de un sabio incapaz de encolerizarse. Olía bien, un olor denso a jazmín de una sensualidad casi femenina, paradójica en aquel hombre de guerra.

—Sí.

Hasta el último segundo, y cuando todavía cruzaba el umbral de la tienda, Rashid se había preguntado qué diría ante Murad. Si había esperado que el «sí» lo aliviara, estaba decepcionado: seguía sintiendo una intensa amargura llena de bilis en el fondo de la garganta, y ninguna de sus dudas desaparecía ante la decisión que fingía mostrar.

—Pero con una condición.

Murad exhaló un suspiró de cansancio. Chasqueó los dedos: un esclavo de tez pálida le trajo un narguile.

—Sabes bien —dijo, antes de inspirar profunda y voluptuosamente— que no soy hombre de condiciones.

—Una petición.

Murad parecía absorto en las delicias del humo. Una vaga sonrisa se posó en su rudo rostro.

—Una súplica.

—Di.

—Quisiera tu promesa de que Pharia estará siempre a salvo.

—¿Pharia?

—La muchacha. La que…

—Pharia, sí. Ya entiendo. La que te ha hecho cambiar de parecer.

Rashid controló la bola de odio que se alojaba en su corazón.

—Su familia me acogió. Me criaron como hermano suyo.

—Muchacho, hago la guerra porque debo hacerla y no porque me interese: mi interés habría sido, como el de muchos beys de El Cairo, someterme a esos perros franceses y engordar a sus expensas. Hago la guerra porque debo hacerla y no porque me complazca. La hago cruelmente porque es una guerra cruel, como todas las

guerras. Pero no me gustan las crueldades inútiles. Tienes mi palabra.

—¿Y si muero?

—Ni siquiera me has preguntado qué es lo que tendrás que hacer.

—Si muero —insistió Rashid sin turbarse—, ¿mantendrás tu promesa?

Murad contuvo una sonrisa.

—No me vengaré en ella por tu fracaso —dijo—. Y mi promesa es una promesa.

Rashid se sumergió en el lago negro de los ojos del bey. El alivio nunca recompensaba sus actos decisivos, la inquietud cambiaba de forma, simplemente.

—¿Qué esperas de mí? —preguntó al fin.

—Que mates a su jefe.

—¿Cuándo?

—En cuanto sea posible.

—¿Cómo?

Murad depositó un frasco en sus manos y se recostó de nuevo en los almohadones, observándolo con curiosidad. Rashid dio vueltas al frasco entre los dedos; el líquido parecía brillante, casi dorado a la luz de las llamas. Cerró la mano, y sintió el puño vibrar con una nueva vida, insidiosa e inquietante. Cerró los ojos un breve instante, sin imaginar los gestos que debería realizar cuando llegase el momento.

—En cuanto sea posible —repitió.

En aquel instante, oyó un primer grito.

# 7

A medida que se acercaba el alba, las extremidades se iban entumeciendo, los párpados se hacían más y más pesados. Era la hora en la que los hombres anhelaban parar, desmontar del caballo, tumbarse y dormir; era la hora en la que tenían que seguir avanzando por la arena salpicada de piedras grises y negras.

Hacía tiempo que no llovía y el aire absorbía deprisa la poca humedad que quedaba.

Vincent estornudó de nuevo, pero esta vez no provocó las risas de los cansados jinetes. Cuando la columna se detuvo, ya no se dirigió hacia Desaix, quien, con sus oficiales, escuchaba los informes de los guías y escrutaba un horizonte vacío de signos. Los egipcios antiguos, le había dicho Denon, creían que el desierto caminaba hacia ellos.

Los caballos avanzaban hacia un palmeral donde se veía un grupo de cabañas por encima de las cuales volaban, como comas en el cielo, golondrinas de color de arena gris claro. Por décima vez se detendrían, preguntarían, conferenciarían…

Aunque el sol no era más que un halo por levante, a Vincent le ardían ya los ojos.

—Me pregunto qué habrán hecho con ese chico tuyo…

Era Michelet, que parecía emerger de entre la bruma.

—¿Qué chico?

—El que adoptaste. Creo que es uno de los secuestrados…

El corazón de Vincent dio un vuelco. Abrió desorbitadamente los doloridos ojos y se despertó de golpe.

—No es posible —dijo.

Michelet abrió la boca para contestarle, pero escogió el silencio. Vincent sintió que sus ojos grises se posaban en él, curiosos y sin expresión.

En aquel momento, uno de los guías se acercó a Desaix y, por primera vez desde que habían iniciado la marcha, la conversación adoptó un tono vivaz. Los gestos eran precipitados, brotaban preguntas y las respuestas expresaban algo más que ignorancia.

Sin dedicar una mirada más a Michelet, Vincent fue a unirse a la cabeza de la columna con un corto galope.

Durante dos horas, Frédéric Langeac estuvo oyendo a su compañero sin verlo: primero un aullido de animal que había desgarrado el aire, luego gemidos inarticulados, insultos medio formados que quedaban estrangulados en sollozos de

sufrimiento e impotencia. ¿Dónde estaba?

Después de raptarlos, al granadero Soumy y a él, los habían separado de inmediato, sin tiempo siquiera para esbozar ni un gesto ni un grito de protesta. Cuando llegaron al campo de los mamelucos, tampoco pudo verlo.

Soumy era un tipo silencioso que tenía solo cuatro palabras detrás del bigote: sí, no, bueno, malo. Con estas cuatro palabras había cruzado el Mediterráneo y los desiertos. Cuatro palabras con las que se puede resumir toda la vida y la moral de un hombre. ¿Violaciones? No. ¿Dátiles? Buenos. Un buen tipo, sí, uno de los pocos que compartían hasta la última galleta, y sin una mirada de reproche. Pero ahora, mientras lo estaban rematando, sus cuatro palabras y su generosidad no servían de nada.

Tras los gritos vinieron las súplicas, después los gemidos y las lágrimas. Y luego ya nada; los ruidos apenas recordaban un soplo de viento: una vida que se iba.

Frédéric escupió. La saliva que fluía por la comisura de sus labios tenía sabor a sangre. Volvió a escupir.

Los hombres que lo rodeaban no le gritaban ni le insultaban. Lo miraban con una sombría curiosidad, como si quisieran descifrar un mensaje secreto en su comportamiento, en su rostro marcado y su cabeza redonda de pelo negro y corto que crecía en desbandada.

—¡Atreveos, pandilla de degenerados! —masculló sin provocar reacción alguna.

Hacía horas que estaba atado de pies y manos con fuertes cuerdas, sentado en la fría arena al lado de una hoguera en la que todavía quedaban algunas brasas encendidas, entre las altas tiendas de los mamelucos.

La rabia que sentía en las entrañas lo mantenía vivo, le impedía pensar en la certeza que tenía desde el primer instante: su muerte estaba cerca. En pocos meses, en la travesía del desierto entre Alejandría y El Cairo, y desde el inicio de la campaña hacia el Alto Egipto, se había acostumbrado a los secuestros, a las desapariciones. Y sabía en qué estado aparecían los restos. Pero la rabia le impedía apiadarse o tener realmente miedo. Le protegía de los alaridos y del llanto del pobre Soumy. Lo mantenía en un estado que a él mismo le sorprendía: no temía tanto sufrir como no encontrar la manera de matar a un hombre.

Matar a un hombre antes de morir. Disfrutar antes de irse al otro mundo.

Lentamente, pacientemente, mientras los distraía con sus imprecaciones, sus escupitajos, sus gestos, sus risas de demente, mientras les contaba chistes, les cantaba canciones o les recitaba cuentos orientales a su modo, había conseguido deshacer los nudos que le ataban los puños. Tendría que soltarse con un golpe seco y aprovechar, por un breve instante, el efecto sorpresa.

Cuando el mameluco se acercó a él, vestido con una túnica encarnada y pantalones bombachos, con los puñales y las pistolas a la cintura, supo que había llegado el momento.

Le sonrió amistosamente.

—¿Qué, Gran Mogol, no te parece que hace muy buen día para morir?

Y, liberándose bruscamente de sus ataduras, le saltó al cuello.

Murad cumplió su promesa: en cuanto salió de la tienda, Rashid fue conducido junto a Pharia. El grupo de beduinos, despojado de sus armas, estaba ligeramente apartado del campamento. Reinaba una atmósfera de resignación y vaga espera. Los alaridos del francés torturado, a lo lejos, no provocaban más que las miradas interrogantes de los niños. Las evidencias no se explican: ni la vida ni la muerte.

Se abrazaron largo rato pero les resultaba difícil hablar. Para Rashid no había más que un secreto que le quemaba el corazón, pero quería dejarla al margen de aquello: estaba viva y eso era suficiente alegría.

—¿Y este niño? —preguntó, señalándolo con el dedo.

Pharia le contó la historia, sin omitir el papel de Vincent.

Ahora Rashid miraba al niño, con los ojos llenos de lágrimas. Tuvo la impresión de que se había abolido el tiempo: él había sido aquel muchachito, un niño que lo ignoraba todo de la vida pero que ardía con una llama que podía conducirlo a todas partes o a ninguna, al desastre o al éxtasis.

Le puso la mano en la cabeza y el niño quiso escaparse, pero Rashid lo atrapó con un rápido movimiento y lo calmó con su risa.

—No tengas miedo —le dijo.

El niño lo miraba con sus grandes ojos silenciosos y un destello de confianza.

—¿Cómo te llamas?

—Rashid.

—¿Rashid?

Rashid, el hombre, y Rashid, el niño, se sentaron ante la hoguera, cada uno a un lado de Pharia. Silenciosos, se sumergieron en la precaria dicha que impregnaba aquella noche en que se habían encontrado.

Langeac reía como un demente.

Fueron necesarios cinco o seis hombres para separarlo del cuerpo del mameluco al que había estrangulado. Lo habían azotado brutalmente y los puñales le habían abierto el cuerpo en varios puntos. Le sangraba la mejilla, tenía el labio abierto y una herida en el costado, pero seguía riendo.

Sus guardianes habían perdido la expresión de indiferencia, y ver el miedo que sentían le alegraba y atenuaba su sufrimiento.

Luego un hombre se acercó a él y lo miró sin decir palabra. Langeac dejó de reír.

—Murad Bey —murmuró—. El gran guerrero al que llevamos semanas

persiguiendo. Delante de mí, al alcance de la mano… Qué pena que no hayas sido tú el primero en venir a admirarme como futuro cadáver hace un momento. De buen grado te habría reservado la sorpresa que le he dado a tu lugarteniente.

Murad rugió una breve orden.

Cuando vio surgir los puñales, supo que se le había acabado el tiempo de disfrutar.

Iban a despedazarlo vivo.

Entre sus labios sangrientos exhaló un último aliento antes de su último aliento: un alarido que contenía todas sus emociones, su ira y su vergüenza, su orgullo y su miseria, y su miedo, el horrible miedo que había contenido más allá de todo límite, pero que ahora lo devoraba.

En un último esfuerzo de lucidez y voluntad, se cortó la lengua con un violento golpe de mandíbula.

Tendrían el espectáculo de su agonía, pero no tendrían el placer de oírle gritar.

Cuando el primer navajazo le arrancó un ojo, el mundo entero se volvió rojo.

Mientras se alzaba el día, los beduinos miraban a los esclavos mamelucos que levantaban el campamento en menos tiempo del que necesita una nube para pasar delante del sol. Ellos plegaron sus tiendas y se pusieron en cuclillas a esperar. Pero nadie les daba ninguna orden, nadie les gritaba o vapuleaba, los jinetes pasaban a su alrededor, con el sable silbando al viento y lanzándoles un poco de arena a los ojos.

Después de varios días de detención, era como si de repente se hubieran olvidado de ellos.

El campamento vibraba entre gritos y órdenes. Cuando los primeros jinetes se pusieron en marcha, el jefe de la tribu dirigió a Rashid una mirada interrogante.

—Esperemos —dijo este sencillamente.

El resto del ejército de mamelucos desapareció, con los camellos cargando las tiendas y los esclavos a pie, pero los beduinos siguieron sin moverse.

Al final, Rashid, el niño, pegó la oreja al suelo. Esperó, mientras escuchaba el temblor que se iba alejando hasta hacerse imperceptible. Siguió esperando. De repente se levantó de un brinco e indicó que ya estaban lejos.

Del campamento no quedaban más que cenizas y excrementos de animales: no habían dejado ni un poco de leña, ni una torta ni un fruto seco, ni un odre. Ni un pedazo de carne.

Excepto uno.

Cuando Rashid lo descubrió, sintió náuseas y dio un paso atrás.

Al amanecer y durante los primeros minutos del día había reinado una gran

animación. A medida que el sol subía en el cielo se había ido apagando y finalmente se habían resignado a la idea de que, una vez más, llegarían demasiado tarde.

Habían tenido mucho tiempo para pensar en los carros incendiados, en los víveres destruidos, en los días de marcha extenuante que los separaban del Nilo y de las anheladas barcas.

Habían tenido mucho tiempo para pensar en la suerte de Murad y en su desgracia de estar a la merced de aquellos científicos que siempre querían ir más lejos para descubrir cosas inútiles y morir por ellas. ¿Por qué no dejaban a ese Murad vivir en paz en el desierto? ¿Por qué no los dejaban a ellos volver a El Cairo y de ahí a Francia?…

A más de uno de aquellos feroces combatientes se le llenaban los ojos de lágrimas al pensar en su tierra, en su trocito de río, en la pequeña colina donde se echaba una siesta en las tardes de verano, a la sombra de un nogal. Sí, más de uno cabalgaba sorbiéndose los mocos, a solas con sus pensamientos.

Vincent no había dejado la cabeza de la columna, no había apartado la mirada del horizonte desalentador, no había hecho ni una pregunta. Había sufrido los paradas y las vacilaciones, las pistas falsas, había dejado su cansancio para otro día. Y, sobre todo, no había dejado de pensar en Pharia ni por un instante.

Cuando penetraron en la vasta explanada marcada por las pisadas de caballos, camellos y hombres, tuvieron la decepción de comprobar que ya solo estaba ocupada por un pequeño grupo de beduinos, con sus asnos y sus cabras. Vincent vio a un hombre que se separaba del grupo e iba hacia ellos sin dudar, con furiosa determinación.

Era Rashid.

En su rostro tenía una expresión que Vincent no le conocía, y se alarmó de inmediato.

—¿Y Pharia? —le preguntó con voz estrangulada.

Rashid lo miró con cara de sorpresa y negó con la cabeza. Le hizo señas para que bajara del caballo. Vincent desmontó y lo siguió hasta el campamento, donde todavía humeaba algún fuego y unas moscas enormes zumbaban en medio de olores sin identificar. Les acompañó un reducido grupo de hombres. Los demás se quedaron en su sitio, fatigados, vacilantes, esperando la llegada de Desaix, que se hallaba más retrasado.

Cuando se encontraron delante del primer cadáver, todos, en medio de un silencio aterrado y enfurecido, reconocieron a Soumy.

Cuando llegaron delante del segundo, Vincent tardó un momento en comprender. Era como si toda una tropa de crueldad infinita se hubiera ensañado en aquel cuerpo. Estaba destrozado, cortado en láminas, sin dejar ninguna parcela de piel, ningún orificio intacto. Lo que quedaba de él estaba tendido de costado, con una serie de

grandes incisiones que le desgarraban la parte baja de la espalda y el ano. Como última atrocidad, lo habían violado, todavía vivo o ya muerto, no debía de haber gran diferencia en aquel estado… Los ojos, la nariz, las orejas no eran más que cavidades ensangrentadas de las que los insectos se habían enseñoreado, dando al cuerpo torturado una nauseabunda palpitación.

La sorpresa fue tan fuerte, tan intensa, que al principio Vincent no pensó ni en preguntar quién era la víctima de semejante ensañamiento. Solamente la intensidad de la mirada de Rashid terminó por introducir una duda en su mente y, al final, lo comprendió.

—¿Langeac? —preguntó en voz baja—. ¿Frédéric Langeac?

Rashid asintió con la cabeza.

Fue en el momento en que se dio la vuelta para cogerse la cabeza entre las manos cuando por fin distinguió a Pharia, que se acercaba con las manos en el pelo negro del niño perdonado por Desaix.

Estaba llorando.

No pudo ni esbozar un gesto hacia ella, ni decirle que en toda la noche su imagen no lo había abandonado. Estaba tan lleno de dolor y de asco, tan petrificado de horror que no conseguía dar unos pasos para alejarse y recogerse…

¿Recogerse, rezar? Era un movimiento reflejo de su antigua fe, pero ya no le servía de nada, no le inspiraba nada. No, nada podía quebrar el infinito sentimiento de soledad y pesar que lo devoraba, que le daba ganas de vomitar.

En aquel momento, una oleada de ira y de gritos recorrió la columna de los franceses. Uno a uno fueron desmontando del caballo y descubriendo los dos cadáveres. Pasada la primera estupefacción, una rabia terrible se apoderó de ellos. La noticia fue pasando de unos a otros en dirección a los que aún iban llegando.

A cien pies de ahí, el grupo de beduinos, del que solo se habían separado Pharia y los dos Rashid, permanecía inmóvil. Pero Vincent se dio cuenta de la agitación que se apoderaba de los franceses y sintió la amenaza que se cernía. Torpemente fue alejándose hacia un bosquecillo de palmeras cuyas esbeltas siluetas se balanceaban bajo el cálido viento.

Primero no ocurrió nada, solo aquella cólera que bullía y brotaba en gritos e insultos. Se pronunciaban los nombres de Soumy y de Langeac, se repetían una y otra vez. Incluso quienes apenas los conocían se acordaron de ellos, de repente, con una precisión procedente del más allá. Recordaban sus menores actos y sus gestos, les prestaban nuevas virtudes heroicas, eran los mejores camaradas.

Luego bastó que un granadero señalara con el dedo a los beduinos que estaban huyendo. Una decena de hombres montaron a sus caballos y salieron a galope tendido hacia el grupo.

—¡Vincent!

El joven levantó la cabeza, al fin.

—¡Vincent!

Había una angustia profunda en la llamada, el grito más bien, de Pharia. Vincent vio y comprendió lo que se estaba preparando. Una parte de él estaba tan fatigada, tan convencida de la inutilidad de todo movimiento… Pero ahí estaba la mirada intensa y negra de Pharia, su llamada.

En pocas zancadas estuvo ya montado en el bayo con el que formaba pareja desde Beni Suef. Los talones le golpeaban los flancos, pero las rodillas apenas tenían fuerza para sujetarse en aquel inútil galope.

La matanza ya había empezado y sus gritos no consiguieron frenar la locura asesina que se había apoderado de los hombres. Vio la mirada desamparada del jefe de la tribu, el hombre al que le había dado la bolsa de dinero, que levantaba débilmente las manos frente al sable que lo golpeaba y fustigaba y que terminó cayendo en la arena en un movimiento lento y continuo, sin un grito de protesta. Vio la decena de cadáveres que salpicaban el suelo, pues los beduinos no habían tenido ni tiempo de esbozar un gesto de defensa. Vio las pocas mujeres que retrocedían y gritaban, levantando las manos al cielo, mientras los soldados, rugiendo como fieras, saltaban de los caballos para perseguirlas y forzarlas.

—¡Alto, alto de inmediato!

El rugido de Desaix, al que Vincent no había oído llegar, lo paralizó todo. El movimiento se detuvo formando ante él un cuadro de desolación.

—¿Queréis que os mande fusilar a todos? ¿O, mejor, que os pase por el sable para ahorrar pólvora?

—Mi general…

—Nada de «mi general».

Desaix no dedicó ni una mirada a Vincent. Todo el mundo agachó la cabeza.

Todos regresaron juntos hacia el grueso de la columna, los que habían matado y los que no, el general y los soldados, todos a pie con el caballo cogido de la brida. Vincent no se sentía mucho mejor por haber sido un espectador impotente.

Desaix pronunció unas palabras ante los restos de Soumy y Langeac envueltos en una tela de algodón negro.

Los ingenieros aún no habían llegado pero, espontáneamente, todos se arrodillaron para cavarles una tumba con las manos, una tumba en la arena, un montículo que pronto sería una duna, donde una cruz de madera señalaría que un hombre había pasado por allí.

Solamente entonces Vincent se sacó la cruz de plata que le quemaba el pecho y rezó manteniéndola en el hueco de las manos, como si quisiera hacer una ofrenda a su amigo muerto.

Recordó la promesa que Frédéric Langeac había hecho a Le Floch, el bretón para

quien el camino al islote Callot estaría eternamente invadido por la marea alta de la arena.

# QUINTA PARTE

# EL VIAJERO DEL TIEMPO

# 1

El Nilo negro, en el que las olas abrían surcos de cobre, desaparecía bajo la bruma del anochecer. Un ibis inclinaba su grácil silueta mientras una barca se deslizaba silenciosamente por el agua. Una brisa estremeció los ligeros follajes de los árboles y la luz cayó bruscamente: de pronto, Vincent sintió frío.

—Dentro de pocos días —dijo Denon— estaremos en Dandara. ¿Te acuerdas de Malta, del caballero?

Claro que se acordaba… Sin embargo, desde la muerte de Frédéric Langeac, Vincent se hallaba sumido en un ensimismamiento del que nada conseguía sacarlo. Ni la dureza de una nueva travesía del desierto, ni la persecución a caballo de una hiena, ni los asombrosos peñascos con jeroglíficos grabados habían logrado arrancarle más que una leve sonrisa. Su única alegría era trasladarse de vez en cuando a la retaguardia de la columna y quedarse en silencio, con el corazón encogido de pena, entre Pharia y el pequeño Rashid. Unos días antes había participado junto a la caballería en la batalla de Samanhut, donde Desaix creyó por primera vez que lo podía perder o ganar todo contra Murad y sus aliados beduinos de turbante verde. Vincent había luchado como un hombre, se batió con el sable e incluso recibió un arañazo en la mejilla. De igual modo habría recibido la muerte… Algo en lo más hondo de sí mismo quería sustraerse de aquella indiferencia, pero no lo conseguía.

—Pronto —insistió Denon que, con su jovialidad habitual, fingía no notar nada— sabremos de qué poder inaudito hablaba el anciano… Será un cambio, comparado con estos pueblos fantasmas que han sido evacuados hace dos horas pero parecen abandonados desde hace siglos…

Naturalmente había ironía en su voz, pero eso no les impedía soñar un poco. También él estaba preso del desierto y veía espejismos. La presencia de Dios era especialmente nítida, casi se palpaba. ¿A qué distancia estaba Dandara? No más de una o dos leguas. Y, sin embargo, sus misteriosos templos parecían todavía lejanos, enterrados en lo más profundo de las arenas, esperando que surgieran los hombres nuevos para revelar su milagro.

—Y además —añadió Denon—, sabremos cuál es tu papel.

—Mucho me temo que se lleve un chasco. Tendrá que contentarse con la firmeza de mi espalda cuando dibuje y la atención que pongo en no romperle las minas del lápiz.

—Ese tono pesimista no va contigo, muchacho. Y la decepción no es mi estilo.

Vincent sacudió la cabeza, pero no respondió. Le pasó a Denon su cartera de cuero, donde acababa de guardar sus últimos dibujos y sus lápices recién afilados.

Hacía el trabajo sin brío ni alegría, pero con una voluntariosa aplicación que le descargaba de su pena.

Dejó a Denon a solas con sus ensoñaciones, comiendo miel y bebiendo vinagre para aliviar sus ojos enfermos de oftalmia. Se fue a caminar entre los hombres extenuados, que se contaban cuentos orientales mientras esperaban la llegada de las barcas. El destacamento de caballería enviado a Girgeh para custodiar su avance había regresado para anunciar a Desaix que las barcas llegarían por la noche. ¿Qué transportaban? La propia esperanza, la muselina de sueño de un confort que durase aunque solo fuera una noche, una sola…

A las cuatro de la tarde habían comido sopa, una sopa clara y pobre, y había habido algunas riñas, algunos cantos. No había nada que saquear, nada que violar, era una tarde de lasitud en la que apetecía darle la espalda a la belleza extrema. Los hombres se refugiaban dentro de las tiendas, de las que salían sordos murmullos.

De pronto, oyeron una música procedente del río antes incluso de ver el primer barco. El sonido de los cobres sonaba de una orilla a otra, provocando sonrisas y burlas, pero también una cierta ternura.

—Si hay música… —dijo una voz.

Cuando llegó el primer *cherme*, se produjo un impulso, una agitación, una precipitación hacia la orilla.

Todos se ofrecieron para desembarcar las cajas y, con una especie de borrachera anticipada, las abrieron sin esperar. Un rumor de asco recorrió a los presentes cuando el contenido quedó al descubierto.

Las cajas estaban llenas de mantequilla.

En los alrededores del campamento reinaba un extraño ambiente. Pese a que se habían reforzado las guardias, los ladrones se mezclaban cada noche con los guías, los intérpretes o los porteadores, y hacían razzias de provisiones e incluso de armas y caballos. Nada los desalentaba, ni los obstáculos naturales, ni los disparos de fusil que estallaban en la noche, ni siquiera las ejecuciones sumarias de los culpables pillados in fraganti. La noche nunca era tranquila, siempre la recorrían crujidos, chasquidos, gritos de pájaros que tal vez eran hombres, voces de hombres que parecían gritos de animales.

En la tienda beduina, Pharia no dormía. Su mirada se posaba en dos jarras, en unos pocos utensilios de cocina, en el cuerpo de una cabra dormida tumbada entre dos niños. Era toda la vida que quedaba desde la inútil matanza del campamento mameluco: unos cuantos seres que se aferraban a la vida, de los que Rashid y ella se sentían responsables. En una estera, como si fuera un ser humano, dormía el piano que Vincent le había dado a Rashid; por lo que Pharia podía recordar, Rashid no lo había abierto nunca.

Escuchaba cada movimiento de la noche, y no conseguía descansar en la respiración regular del sueño de los dos Rashid, la manita del niño incrustada en la del hombre que se había convertido en su padre adoptivo.

La luz proyectada por las brasas del fuego los iluminaba con una suave claridad que le llenaba los ojos de lágrimas. En su corazón, los dos se fundían en uno, un solo muchacho que llevaba el desafío en la mirada y una pena inconsolable en el corazón. Sin darse cuenta, como siempre, su pensamiento derivó hacia Vincent. Cada noche era así: soñar con él y dejarse llevar hacia imágenes indistintas, todas impregnadas de dulzura y momentos compartidos, se había convertido en una manera de apaciguar su corazón o bien de hacerlo latir un poco más deprisa.

—Pharia…

El susurro la sobresaltó, y las mejillas se le tiñeron de rosa como si la hubieran sorprendido en una postura indecorosa. Afortunadamente, la noche protegía el secreto de sus pensamientos. La sombra de Rashid se separó de la del chiquillo y se inclinó sobre ella.

—¿No duermes?

—Tú tampoco…

—No es una noche tranquila.

Pharia apenas le veía más que la cara delgada y nerviosa. Sintió que la cogía de la mano, y se dejó llevar, inclinada y saltando por encima de los cuerpos dormidos de hombres y animales, hacia fuera de la tienda.

A lo lejos oyó truenos y, aunque no llovía, los relámpagos atravesaban la noche. Les separaban del Nilo un huerto y un bosquecillo de palmeras datileras que se balanceaban nerviosamente al viento. Hacía frío. No, desde luego, no era una noche tranquila.

—¿Qué ocurre, Rashid? ¿Qué te pasa? Desde que volvemos a estar juntos te noto cambiado.

Los negros ojos del joven estaban clavados en ella. Pharia vio en ellos aquella expresión brillante e intensa que tanto le gustaba y que, al mismo tiempo, la asustaba un poco. Por un breve instante, le pareció que Rashid iba a hablarle sin pudor, pero bruscamente sus ojos se apagaron y su expresión volvió a ser indescifrable; desvió la mirada.

—No pasa nada —dijo—, es que no puedo dormir.

—Rashid, ya no hablas conmigo, ya no soy tu hermana…

—Mi hermana…

Había un deje de dolorosa ironía en su manera de repetir la palabra.

—Eras mi hermana —prosiguió— cuando éramos niños. Pero crecimos, yo me fui, estuvimos separados. Cuando regresé, no encontré a mi hermana, sino a una mujer hermosa como la luz del día, una mujer de alma pura a la que nunca había

dejado de amar.

Jamás Rashid había sido tan directo y Pharia se sintió azorada. Hizo un esfuerzo sobre sí misma para ser tan sincera como él.

—Yo tampoco he dejado de pensar en ti, como en un hermano muy querido.

—En mis días de vergüenza, entre los muros blancos de Malta, cuando me apaleaban, para dormirme me preguntaba: ¿habrías llegado a ser mi mujer si no hubiera cometido la locura de irme?

—Habría seguido siendo tu hermana…

—Lo sé —susurró, abatido—. Ya lo ves, no tenemos nada más que decir.

—¡Rashid!

—¿Querías que te hablase? —replicó, enojado—. Bueno, pues ya lo he hecho. ¿Estás contenta?

—No me refería a eso, hermano mío. Actúas como si yo no aceptase tu amor, pero tú rechazas el mío.

Oyó su respiración precipitada, el jadeo ronco de la cólera que a duras penas podía contener.

—Perdóname —dijo Rashid finalmente, con voz quebrada—, siempre he sido así y no puedo cambiar. Habría sufrido mi destino en silencio hasta el fin de mis días, pero he visto cómo mirabas al extranjero…

—¿El extranjero? ¿Así es como llamas a Vincent?

—Desde la matanza de la ciudadela se ha vuelto un extranjero en mi corazón. No logro verlo como amigo. Mi agradecimiento no tiene límites, pero él es compañero de quienes quieren aniquilarnos.

—También es el hombre que te liberó, el que quiso salvarte de los beduinos, un hombre de corazón generoso…

—Sé muy bien lo que es, Pharia.

La joven no se atrevió a ir más lejos, por miedo a que Rashid volviese a hablar de sus sentimientos por ella y la obligase a revelarle su turbación. Por miedo también a tener que revelar lo que sabía del destino de Vincent y del papel que desempeñaba en él.

—Voy a irme —dijo Rashid de pronto.

—¿Irte? ¿Otra vez? ¿Como cuando eras aquel muchacho que sonaba con vivir su vida? Recuerda que lo que encontraste fue la esclavitud y años de cautiverio y humillación.

—No he olvidado nada. Pero voy a irme —repitió con obstinación—. Es la única solución.

En sus palabras había una sombría determinación que imponía silencio.

—Cuando ya no esté aquí —dijo—, quiero que devuelvas de mi parte el piano al extranjero. Quiero que le digas que desconfíe del hombre de los ojos grises. Y, sobre

todo, quiero que te acuerdes de que Alá es el único juez de nuestros actos…

Al final de la frase, la voz se le había estrangulado con tanta emoción que Pharia se le acercó y lo estrechó entre sus brazos.

—¡Rashid! ¿Qué ocurre?

—Nada. No te preocupes. Pero acuérdate de lo que te he dicho. A pesar de la insistencia de la joven, se negó a decir nada más.

—Déjame solo —le pidió.

Hacia el mar Rojo aparecían las primeras luces del sol naciente. Pharia se metió en la tienda: quedó absorta contemplando al pequeño Rashid que dormía solo, con el puño apretado y los labios también apretados por una inquietud de la que el sueño no lo liberaba. El niño y el hombre: se durmió al alba con la imagen de un solo ser unido por una historia misteriosa, subterránea…

Rashid se alejó hacia el Nilo, describiendo un amplio círculo alrededor de las tiendas francesas, donde ya sonaban el tambor y las trompetas del toque de diana.

Por primera vez desde hacía días, sintió el corazón en paz y se dio cuenta de que ya no era prisionero del miedo, el terrible miedo que le impedía dormir, hablar, rezar a Dios.

Del bolsillo extrajo el frasco que le había entregado Murad Bey. Le dio vueltas entre los dedos, sintiendo de nuevo el calor del líquido de muerte que habitaba en su interior como un ser vivo. Lo alzó hacia los primeros rayos de sol como si fuera una ofrenda. Brillaba con destellos de ámbar.

Pidió perdón a Dios.

# 2

Las risas sonaban en la tienda del general Desaix, donde tres antorchas y unas sedas rescatadas de algún palacio bastaban para crear una atmósfera de fiesta. Como Bonaparte en El Cairo, no habían dudado en ponerse turbantes.

Las tiendas de los generales franceses se asemejaban cada vez más a las de los beys pese a las protestas de Desaix, que opinaba que a quien se le ablanda el trasero se le ablanda el alma.

Llenaron los vasos de aguardiente y el general Morand se puso a cantar, un poco desafinado, una vieja canción de su tierra. Al general Rapp, que apenas se restablecía de su herida en Samanhut, todo el mundo le dio palmaditas en el hombro. No faltaban las conversaciones ingeniosas, ni la amistad de los combatientes, ni el calor del alcohol; había casi de todo, excepto mujeres, cuya ausencia dejaba en el corazón de aquellos hombres una silenciosa amargura.

—¿Los indios? —exclamó Belliard dirigiéndose a Morand—. ¿Dice que son los indios quienes colonizaron Egipto?

—Es una divertida hipótesis. Me pregunto si no figura en el libro V de Heródoto.

—¿Y por qué no en Estrabón, ya puestos? Yo, por mi parte, digo que la sabiduría de los indios es no abandonar jamás su tierra, contentarse con los productos de su suelo, vivir con sus dioses y no buscar una felicidad quimérica. ¿No se dice que fue más bien el faraón Sesostris quien intentó conquistar las Indias?

—Bueno —intervino Denon—, los etíopes sí vinieron a Egipto. Pero los indios, no sé.

—Mientras alguien no nos pida que vayamos a su país…

La observación de Desaix mientras se atusaba el bigote provocó nuevas risas. Con una sonrisa de circunstancias clavada en la cara, Vincent se ocultaba a la sombra de Denon para que su actitud taciturna no fuera objeto de burlas. A aquellos guerreros, todos los cuales habían perdido a algún hermano de armas, les resultaba desagradable que el joven guardara tanto tiempo luto por su camarada.

—Parece como si no lo conociera, Desaix —intervino jovialmente Denon—: si él llega a Constantinopla, ya pueden ustedes empezar a abrirse camino de vuelta hacia Europa a sablazo limpio; yo reuniré una bonita colección de objetos y aprenderé a dibujar todos los pueblos y todos los templos de la tierra.

—Cosa que no le disgustaría en absoluto, Denon.

—No digo que no. Imagínese el espectáculo: ustedes consiguen la gloria en todos los campos de batalla, y yo voy detrás recogiendo las más hermosas obras para llevarlas a París y reunirías en unas colecciones que harán de nuestra capital la nueva

Roma, la nueva Atenas, o más aún. Una vez terminada su conquista, Alejandro Magno reinará sobre la paz y las artes.

—Con el sitio que sus «objetos» ocupan en mis convoyes de El Cairo, sus colecciones ya deberían poder visitarse —comentó afectuosamente Desaix.

—No se ensañe con este pobre anticuario. Está trabajando para su gloria.

—¿Y dónde pondrá ese museo suyo? —preguntó Morand.

Denon reflexionó un instante y, en tono serio, afirmó:

—En el Louvre.

Una salva de carcajadas acogió sus palabras.

—¿Por qué no en Versalles? Nos está dando sed con sus sueños, Denon. ¿Por qué no llega ese té? ¡Murad!

Desaix había rebautizado a su criado con el nombre del bey. Aparte de esta burla, lo trataba bien, no le pegaba y de vez en cuando le daba un *para*.

Cuando Vincent reconoció en la silueta que penetraba en la tienda no a Murad sino el tallo de papiro del cuerpo de Rashid, se quedó atónito de sorpresa. Ninguno de los oficiales se dio cuenta, excepto Desaix, que se asombró:

—¿Quién es este?

—Lo conozco —dijo Vincent.

—¿Te sirve a ti?

—No sirve a nadie. Es mi amigo y mi hermano.

Denon agitó la cabeza, esbozando una leve mueca para hacer olvidar tan pomposa declaración. Los oficiales permanecían en silencio mientras Desaix se dirigía a Rashid un tanto bruscamente:

—¿Dónde está Murad? ¿Por qué no es él quien sirve el té?

—Está enfermo, mi general, me ha pedido que lo sustituya.

Rashid estaba de pie ante la abertura de la tienda, con la bandeja de plata en la mano. Tras lanzar una mirada descontenta a Vincent, Desaix le indicó que entrara. Vincent no le quitaba los ojos de encima, lo cual debía de turbar al joven, que dio dos pasos inseguros.

—Tu hermano no tiene prisa. Vamos, vamos…

Vincent se ruborizó como si la regañina fuera para él. En aquel momento captó todo el desprecio contenido en cada una de las palabras que los franceses dirigían a los egipcios. El Rashid que él conocía habría dejado caer la bandeja y habría desafiado al general con sus furiosos ojos negros. El que estaba allí, en cambio, era sumiso, sumiso en exceso. Vincent observó, aunque sin darle mayor importancia, que, contrariamente a lo que marcaba el ritual, el té ya estaba servido en los vasos.

Rashid, con la cabeza respetuosamente inclinada, ofreció un vaso a cada general. Vincent tuvo una sensación de malestar al ver cómo su amigo volvía a adoptar el papel de esclavo que tanto tiempo había sido. Sus gestos eran bruscos, sin su gracia

habitual, como si tuviera el cuerpo crispado, como si cada movimiento fuera el resultado de un esfuerzo intenso.

Tras entregar el último vaso a Desaix, Rashid se inclinó profundamente y se dispuso a salir, con la bandeja bajo el brazo, como un criado de palacio. No, desde luego, aquello no le gustaba nada a Vincent… Pero justo antes de levantar la cortina de la entrada, Rashid aceptó por fin cruzarse con su mirada. Después de dudar un instante, se puso de rodillas delante de su amigo. Detrás de ellos, las conversaciones se habían reanudado y nadie se extrañó de tan asombrosa escena.

Rashid guardaba silencio. De repente, con un rápido movimiento, llevó las manos al cuello de Vincent y le descolgó la cadena. Antes de que este tuviera tiempo de recuperarse de la estupefacción, Rashid ya estaba de pie y había salido.

Se oyó un golpe seco fuera de la tienda y todos salieron corriendo.

Rashid yacía en el suelo, con los ojos abiertos hacia las estrellas y un poco de bilis verde en la comisura de los labios.

Estaba muerto.

—¿Qué…?

Desaix no tuvo tiempo de terminar la pregunta, pues Belliard ya había descubierto el frasco vacío, tirado en el suelo a dos pies del muchacho. Lo observó y lo olió con prudencia.

—Diría que la ausencia de Murad no era casual en absoluto, mi general. Este hombre tenía la intención de envenenarle.

—Pero no lo ha hecho —dijo Desaix pensativamente.

Todas las miradas se volvieron hacia Vincent.

—Yo no sé nada —dijo con voz débil—, sé tanto como ustedes, caballeros.

Se inclinó sobre su amigo inerte, intentando hallar un indicio en sus ojos fijos en el más allá. Fue entonces cuando notó el puño cerrado y quiso abrirlo. El cuerpo todavía estaba caliente, flexible, pero la última voluntad de Rashid se había concentrado en aquel puño y Vincent tuvo que hacer un gran esfuerzo para separar los dedos.

En la palma morena reposaba su cruz.

Se incorporó de un brinco, loco de dolor y de incertidumbre.

—Déjenme solo, se lo ruego.

Desaix lo miró con muda severidad, pero indicó a los demás que se alejaran y él mismo desapareció en el interior de la tienda.

*Dios mío. Quisiera encontrar las palabras que expresaran mi pena. Y que la miel de tu Gracia se derramara en mi garganta. Pero no soy más que dolor y soledad. Conozco el desierto en el que me pierdo, Dios mío. Pero no sé perder a mis amigos. Preferiría perderme yo antes que abandonarlos. Dios*

*mío. Te lo ruego, pon tu dulzura en mi corazón. Extraviado como la semilla que se siembra al viento…*

Durante mucho tiempo, en la noche, siguió murmurando su oración y su invocación, con una mano sosteniendo la cruz y con la otra cogiendo la mano de su amigo, que poco a poco se enfriaba y se alejaba de él. No hallaba consuelo, pero tampoco se cansaba de rezar.

Y así fue como Pharia lo encontró y lo levantó para que al fin pudiera echarse a llorar en sus brazos.

# 3

Vincent no sabía adonde, pero Pharia se lo llevó en medio de la noche estrellada. Cuando terminó de llorar, se apoderó de él una fiebre, directa, mortal, violenta, como si un animal rabioso naciera de golpe en su cuerpo y lo devorara por entero. Se retorcía de dolor, ardía de fiebre, y al mismo tiempo una lasitud extrema le encorvaba el cuerpo. No quería ya nada, y no sintió la mano que se posaba en su frente, ni las gotas de leche y miel que se deslizaban entre sus labios. Siguió caminando, como un ciego, literalmente arrastrado por ella, hasta una pobre tienda sostenida por un poste de madera. En el interior solo adivinó unas sombras que se agitaban a medida que se acercaba. Se desplomó y, en un último esfuerzo, se arrastró hasta la estera que Pharia desenrolló para él. Se tumbó de espaldas, jadeando, y la joven lo tapó con mantas que no lo calentaban. Apenas percibió el movimiento de su cuerpo encima del suyo, la sombra de sus labios que pasaban sobre los suyos. Sentía frío en el pecho, como si se le hubiera abierto un agujero, un agujero en cuyo fondo helaba. ¡Dios mío, qué frío tenía! ¡Dios mío, qué profunda era la noche! A su mente regresaban fragmentos de su oración como ecos sonoros, pero no conseguía sosiego. A cada instante, en su defirió, se le aparecían los rostros de Frédéric y de Rashid y al acto se borraban. Seguía llorando, lágrimas ardientes y saladas que se lamía en los labios, pero no hallaba consuelo, nadaba en un mar de dolor en el que estaba solo, y cualquier gesto que esbozaba para escaparse no hacía más que hundirlo un poco más.

En medio de su fiebre, adivinó unos ojos negros atónitos clavados en él. No eran los de Pharia y, sin embargo, los reconocía. ¡Rashid! ¡Rashid estaba vivo! Por un instante, esta absurda esperanza le hizo latir el corazón. ¿Tal vez no había sido él, después de todo, tal vez el bueno de Murad había servido el té, como de costumbre? Se durmió durante una noche que duró solo unos minutos, abrió los ojos de nuevo, tenía la boca reseca por la sed y sus labios ardientes no tenían fuerzas para llamar, solo podía emitir un penoso ruido, una especie de chasquido con la lengua. Una mano se deslizó bajo su nuca y lo incorporó levemente, alguien le acercó a los labios un odre con olor a cabra, y un poco de agua del Nilo se abrió paso en su interior. Era como un nadador de la vida que, arrastrado por la corriente, creía ahogarse a cada minuto, y a cada minuto conseguía sacar la cabeza. ¡Pero aquellos ojos! ¡Qué intensos eran aquellos ojos, qué profundos! El asombro que expresaban se hundía en él. De repente, fue presa de una intensa agitación y quiso levantarse, quiso hablar y decir todo lo que guardaba en el corazón, un torrente de emociones se le agolpaba en la garganta pero, a pesar suyo, solo conseguía emitir ruidos inarticulados. Apenas oía a Pharia que intentaba tranquilizarlo en su idioma. ¿Qué cantaba? Una canción

infantil, en voz baja, que penetraba en él y lo sosegaba, en efecto. Reconoció los ojos: eran los del muchacho al que había salvado y que, sin duda, se preguntaba cómo aquel hombre tan poderoso podía hallarse en una tienda beduina tan miserable, acostado, delirando… Tenía frío. Estaba empapado en sudor.

No consiguió dormir realmente en las últimas horas de aquella noche. Al acercarse el día, Pharia sintió que por fin se relajaba. Rindiéndose, su cuerpo se destensó. La respiración se hizo más regular, aunque de vez en cuando un sobresalto interrumpía su profundo sueño, levantándole el cuerpo como si recibiera una descarga de pólvora.

—¿Qué le pasa? —preguntó el pequeño Rashid.

—Está enfermo.

—¿Se va a morir?

—No.

Le dio un cántaro para que fuera a llenarlo de agua del Nilo y el chico salió corriendo, no sin echar antes un último vistazo a Vincent tendido en la estera.

—¿Y mi padre, dónde está?

Así llamaba a Rashid, después de solo unos pocos días.

—Tu padre ya no está aquí. Este será ahora tu padre.

—¡Este no es mi padre!

Tras el espontáneo grito de cólera, el chico huyó, apretando el cántaro entre las manos. Aunque apenada, Pharia sintió una inmensa ternura. Lo reconocía hasta en la impetuosidad de su rabia.

Cuando volvió, silencioso y lleno de rencor, dejó el cántaro lo más lejos posible de ella y se quedó a la entrada de la tienda, en cuclillas, con la cara ceñuda formando una mueca que hizo reír a Pharia.

—Si no lo quieres a él como padre, ¿aceptas al menos que yo sea tu madre?

La miró seriamente, luego hizo que «sí» con la cabeza, un pequeño sí tímido y desafiante que la llenó de alegría.

—Tengo que quedarme con él, ¿lo entiendes?

Asintió de nuevo con la cabeza.

—Es uno de ellos, pero es un buen hombre, un hombre que vino aquí hace tiempo y que hizo el bien, un hombre de sabiduría y conocimiento con quien nuestro pueblo está en deuda, y algún día se lo reconocerá… Es un mensajero.

El joven Rashid la miró intensamente: no entendía todas las palabras que empleaba, pero sí entendía que podía someterse sin sentirse humillado.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó solamente con voz tímida—, ¿el que tenía ayer?

Aquella pregunta tan inocente apenó más a Pharia que la cólera anterior. De pronto se dio cuenta de que con la fiebre de Vincent no se había concedido ni un

momento para llorar a su hermano y meditar sobre su desaparición. Esta última imagen, sin embargo, fue la que le ayudó a contestar la pregunta del niño.

—Se ha ido —dijo—, Dios lo ha llamado para seguirlo.

—¿Seguirlo? ¿Adonde?

—Seguirlo al otro lado del desierto.

Rashid miró a lo lejos, guiñando los ojos de manera casi cómica.

—Tengo buenos ojos pero no lo veo —dijo seriamente.

—Es como una faluca que se aleja por el Nilo, al ponerse el sol. Cuando desaparece en la curva del río ya no la ves, pero sigue estando allí.

—Entonces, ¿allí es donde nos reuniremos con él? ¿Allá, tan lejos?

Pharia vaciló un instante.

—Más lejos aún, pasados los lagos y los bosques, pasados otros desiertos, y mares inmensos, y tierras donde reinan animales terribles.

La voz del niño, tensa por la espera, repitió:

—¿Allí nos reuniremos con él?

—Allí nos reuniremos con él algún día, sí.

El niño se acercó a ella y cogió espontáneamente el segundo cántaro vacío.

—¿He de llenarlo también?

—Por favor, Rashid.

Antes de salir, le dejó una sonrisa.

A lo largo de todo el día, Pharia oyó a los franceses desembarcando las cajas de los barcos que habían llegado durante la noche. Al mismo tiempo se preparaban para levantar el campamento. A lo largo de todo el día reinó un gran ajetreo alrededor de los camellos y los carros, de los caballos descansados y lavados, de los hombres que hacían chasquear sus armas presas de los nervios y de la espera. A lo largo de todo el día, Vincent durmió bajo su vigilancia.

Vivant Denon fue a verlo y a interesarse por él con sincera solicitud. Ella le dijo que pronto estaría mejor. Denon se instaló delante de la tienda, sacó de su cartera papel y lápices, y empezó a dibujar. Pharia lo observaba sin decir palabra, mientras el pequeño Rashid revoloteaba a su alrededor. Denon terminó por tirarle su sombrero negro de ala ancha. El niño se lo puso para jugar y al final no quiso devolvérselo.

Al anochecer, el hombre de ojos grises también acudió y ella se estremeció. Sin embargo, también él parecía preocupado por la salud de Vincent. Sin mirarlo a la cara, Pharia lo tranquilizó con pocas palabras, tras lo cual se fue.

En el secreto de la sombra, Pharia se sacó el gorro que le sujetaba el pelo y liberó su masa negra. Lo peinó detenidamente con un placer sensual, mujer otra vez, mientras sus ojos entornados no se apartaban del hombre que dormía. Después, tras recuperar su disfraz, salió de la tienda y reanudó la vigilancia. Con la punta de sus finos dedos se puso a tocar una flauta de la que no había extraído ningún sonido

desde hacía años. Las tímidas notas se perdían en la noche.

Vincent abrió los ojos. Su fatiga era extrema, pero la fiebre había remitido. Retiró las mantas y se levantó lentamente. Oía una melodía lejana, que un viento caprichoso se llevaba haciendo desaparecer la mitad de las notas.

Descubrió la cadena y la cruz de plata que Pharia le había vuelto a colgar al cuello en medio de su delirio. La vida volvió a él cuando pasó los dedos por los brazos de la cruz, por los misteriosos caracteres. Los miró y se impregnó de cada una de sus imágenes como si las viera por primera vez. Luego, medio encorvado, salió de la tienda y se sumergió en la noche.

—¿Qué me ha pasado, Pharia?

Pharia ocultó de inmediato la flauta en su manga.

—Creo que la pena se te ha querido llevar, pero la vida finalmente ha decidido conservarte.

Vincent sonrió tristemente.

—Pero la pena sigue ahí.

—No te abandonará nunca. Pero algún día será como la herida que recibiste en la batalla. Un recuerdo por el que basta pasar un dedo para que aparezca de nuevo, pero cuyo intenso dolor pasa rápido. Se convertirá en una presencia como las demás.

Le dijo que Denon había ido a verlo, y el hombre de los ojos grises…

—¿Qué dijo, Pharia?

—¿El hombre de los ojos grises?

Vincent se impacientó.

—No, Rashid…

—No lo entiendo todo: en los últimos días tampoco me hablaba mucho a mí. Estaba encerrado en sí mismo, víctima de un dolor que no quería compartir con nadie.

Le contó las extrañas palabras de su hermano. Vincent reflexionó y al cabo preguntó:

—¿Desde cuándo estaba así?

—Desde que lo encontramos en el campo de los mamelucos…

—¿Te dijo cómo había ido a parar ahí?

—Creo que lo habían secuestrado.

—Desaix —murmuró Vincent—. Era a Desaix a quien debía envenenar.

Pharia lo miraba asombrada. No obstante, lo dejó hablar sin interrumpirlo.

—En el último momento no pudo resignarse a hacerlo y su noble alma no vio otra salida que arrebatar su propia vida…

—Me pidió que te devolviera tu piano. Y también…

—¿También?

—Que no te fiaras del hombre de los ojos grises…

Su expresión no cambió.

—Mis amigos van muriendo y yo sigo aquí. ¿Deberé desconfiar de los que aún me quedan?

—Lo dijo justo antes de morir… Hablaba como si Dios le dictara las palabras.

Vincent se enfureció.

—¿Acaso Dios le dictaba envenenar? ¿Dios le hacía mirarme como si yo fuera el peor de sus enemigos? ¿Dios le ha hecho morir?

—Tu ira no le devolverá la vida. Y no te dará la respuesta a las preguntas que te haces.

—Perdóname, Pharia, es solo que…

Se interrumpió, pareció olvidar que estaba hablando, y su mirada se extravió por las nubes naranja que atravesaban el sol poniente.

—No quiero oír esas palabras. Me hieren mucho más que un sable.

—¿Y esto?

Pharia le puso sobre las rodillas el piano envuelto en una bolsa de algodón azul que olía a polvo y a leche cuajada. Vincent lo extrajo como si fuera el violín más valioso, lo desplegó…

—Lo mandó hacer para mí, en El Cairo.

—Lo sé.

Con la joven a su lado, empezó a tocar, en la noche que caía, una pavana para sus amigos difuntos.

El primer edificio que vieron, justo a la izquierda del camino, era un pequeño templo en mal estado. Vincent apenas había iniciado un gesto de sorpresa cuando ya Pharia se había detenido. Su mano le indicaba una dirección que se perdía en la sombra de un pórtico, detrás de un muro derruido.

Desmontaron y pasaron a pie delante de varios bloques de piedra cuya antigüedad estaba atestada por las inscripciones en jeroglíficos. Eran grandes como muslos de héroes, torsos de gigantes. Los muros estaban derrumbados, las columnas desplomadas, los capiteles caídos. Todo estaba en ruinas, devastado, un caos de piedras donde, en varios puntos, los cortes netos mostraban que a lo largo del tiempo los habitantes del lugar se habían servido libremente.

¿Aquel montón de piedras era el templo tan esperado? ¿Para ver aquella devastación le había obligado, a primeras horas de la noche, a secarse las lágrimas y montar a caballo?

Bajo el halo blanco de la luna, Vincent se creía más bien en un gran cementerio donde las tumbas hubieran sido levantadas, vaciadas, saqueadas, y por donde merodearan las almas muertas, llevadas por el viento.

De pronto, a la vuelta de un pilar desplomado, descubrió el templo. Surgiendo de

la arena, tenía la sustancia algodonosa de los sueños. Su silueta era tan grácil que temió que desapareciera al acercarse. Su perfección le emocionó como ningún edificio hasta entonces lo había hecho, ninguna iglesia, ningún palacio, ningún castillo le habían parecido emerger con aquella armonía intemporal.

Avanzando a través de las ruinas, descubrió de repente los restos de un edificio más importante: enormes bloques de arenisca rosa coronados por un dintel decorado con un elegante follaje en cuyo centro aparecía una cruz copta dentro de un medallón. Una pequeña bóveda en forma de concha dormía, volcada, cara al cielo. Dirigió una mirada a Pharia. Allí habían rezado los suyos hacía siglos, pero también ellos habían sido expulsados y se habían unido a las sombras.

En el gran patio que precedía la entrada del templo, el amontonamiento de arena y bloques de piedra llegaba a su máxima altura; tenían la impresión de estar cabalgando sobre dunas, encima de las cuales las columnas bailaban como un barco sobre las olas. En la sombra entrevió varias cabañas miserables, hechas con ramas, edificadas entre tres grandes bloques, y los espíritus de los muertos se levantaron para verlos pasar. Instintivamente, Vincent se llevó la mano a la espada pero la única amenaza eran los fantasmas. Los muros de ladrillo rojo que en otros tiempos cerraban el recinto estaban casi por completo derrumbados. Los ladridos de los perros vagabundos resonaban en la noche sin llegar a perturbarla.

Vincent se estaba quedando sin respiración. No debido al esfuerzo, sino porque su asombro no cesaba, no disminuía. Al contrario, penetraba en su corazón y lo irrigaba con un nuevo aliento, con una promesa que lo intimidaba. Regresaron a su mente fragmentos de las palabras del caballero de Malta, pero no se atrevió a preguntar a Pharia donde se hallaba el zodíaco del que le había hablado el hombre, el que tenía la clave de no sabía qué poder del testamento de cristal… A decir verdad, le parecía que si abría la boca el hechizo desaparecería brutalmente.

La presencia de Pharia a su lado formaba parte de la inquieta felicidad de aquella clara noche. Aunque ligera y silenciosa, a cada instante él era consciente de la proximidad de su cuerpo, tan al alcance de su mano. Cuando tropezó con una roca, la joven se volvió rápidamente para sujetarlo, y su mano se agarró a la suya. Mucho después de que lo soltara, Vincent aún notaba el rasguño en su palma, y cerró el puño para conservarlo.

La arena llegaba hasta la mitad de los muros y obstruía en parte la abertura. Por encima se alzaban las seis columnas del templo, rematadas por una cornisa en la que aparecía, a la luz de la luna, un disco solar alado.

El corazón de Vincent ardía de esperanza aunque, al mismo tiempo, la timidez casi lo paralizaba. Medio caminando, medio reptando, descubrió las imágenes que cubrían el muro exterior, donde se mezclaban figuras humanas y figuras animales que contaban historias en las que él tenía la oscura sensación de tener un lugar. Vio la

etérea silueta de unas mujeres que se parecían a Pharia, vio el estruendo de las armas y el respeto del poder.

Y luego la vio a ella: una reina de nombre desconocido, que presentaba a su hijo coronado ante unas figuras divinas.

Justo debajo del fresco había varios jeroglíficos grabados, como otros tantos que ya había visto en los muros y las rocas, en las grutas y hasta en la arena, anclados en el tiempo.

Y en medio, como si lo estuvieran esperando, reconoció uno a uno los signos trazados en el brazo derecho de su cruz: primero el semicírculo, luego el huevo inclinado, el halcón, y otros más, hasta el triángulo y el león recostado.

Sintió ganas de gritar y se volvió hacia Pharia, con la cara iluminada por una certeza que le desgarraba el pecho, una alegría salvaje más fuerte que todas las fuerzas de la tierra.

Entonces ella le habló con dulzura, separando las palabras, de modo que cada una de ellas cayera en el lugar adecuado, en su corazón:

—Bienvenido a tu casa, rostro de halcón.

Juntos cruzaron la entrada del templo.

# 4

Vincent no sabía de dónde venía la luz y, sin embargo, podía ver. Poco a poco, ante sus ojos deslumbrados, el bosque de columnas fue saliendo de la noche. Tuvo que apoyarse un instante para soportar la magnificencia de lo que estaba viendo. Levantando los ojos distinguió el rostro de una diosa que adornaba las cuatro caras de los capiteles de cada columna. Parecía que desde el cielo lo mirase una multitud de rostros, algunos ennegrecidos por el humo, otros mutilados, y sin embargo, siempre era el mismo, el de una diosa madre de paz y de tranquilidad.

—Isis —murmuró, pues se había acostumbrado a dar el nombre de la diosa madre a cada figura femenina.

—No —contestó Pharia en voz baja—, es Hathor, el ojo de Ra, la hija de Ra, diosa de la Alegría, del Amor y de la Belleza. Este templo está dedicado a ella. Visitaba a su esposo Horus, el dios de los dioses en la tierra, hijo de Isis y Osiris…

En el interior del templo había menos arena y pudieron avanzar sin demasiada dificultad. En el techo adivinó cielos y lunas, soles y estrellas; más lejos, doce barcas permitían atravesar el mundo. Se adueñó de él una extraña sensación: no había abandonado el universo para entrar en un templo, sino que, muy al contrario, había abandonado el estrecho y cerrado espacio del mundo para entrar en el infinito.

Todos sus miedos y penas quedaban ya lejos, detrás de él.

En cuanto entraron, Pharia se difuminó para guiarlo solo con su mera presencia. Después de la gran sala de columnas penetraron en una más pequeña. El techo estrellado presentaba ocho aberturas por las que caía la luz, que proyectaba sus sombras grises sobre las blancas piedras que pavimentaban el suelo. La arena había desaparecido, por todas las paredes aparecían colores, las caras de los dioses cobraban vida. Pharia ya no estaba con él, se hallaba solo.

Siguió caminando por las pequeñas estancias construidas alrededor de la sala. Ignoraba el sentido de las imágenes trazadas en la piedra, pero reconocía los rostros y los signos, los collares enteros hechos con la llave de la vida que brillaba en su cuello. En una de las imágenes había varios recuadros preparados para contener inscripciones pero se habían quedado vacíos, como lápidas donde no se hubiesen grabado los nombres. La impresión era sobrecogedora, como si una voluntad divina hubiera interrumpido a los artesanos en su trabajo, como si hubieran dudado sobre qué nombres grabar, como si aún esperasen a alguien.

De pronto, el suelo falló bajo sus pasos y creyó que caía: ante él se abría una escalera que bajaba hacia las profundidades del templo. Sin darse la vuelta, lleno de confianza pese a la angustia que le había punzado el vientre, fue avanzando poco a

poco. A cada peldaño disminuía la luz y, cuando, después de unos quince pasos, se dio la vuelta, se halló completamente a oscuras. No era la oscuridad de una noche estrellada, ni siquiera la de una noche de tormenta: era una oscuridad opaca, una oscuridad de tinta líquida que penetraba en su interior, como si lo absorbiera, como si se diluyera en ella. El miedo le hacía temblar todo el cuerpo y, sin embargo, ni por un segundo pensó en dar media vuelta y subir hacia la pálida luz lunar.

Cuando su pie tocó el suelo llano, solo hizo una ligerísima pausa antes de seguir avanzando, con las manos extendidas como un ciego en pleno día. Sintió que algo le rozaba la cara, como unos dedos vellosos; contuvo un grito antes de reconocer el silbido de los murciélagos, importunados por primera vez desde hacía mucho tiempo.

El pasillo por el que se había internado describió una nueva curva; chocó duramente con la pared antes de reanudar la marcha. El miedo seguía retorciéndole las entrañas y, en voz baja, llamó:

—¡Pharia!

Solamente entonces se dio cuenta de su ausencia.

—¡Pharia!

Se dio la vuelta en todas direcciones, se arañó las manos en los muros, habló en voz alta, gritó al fin:

—¡Pharia!

Su voz resonó y rebotó en la piedra sin hallar respuesta. Estaba solo.

Cuando estuvo seguro de que así era, sintió que las piernas le traqueaban y tuvo ganas de tumbarse en el suelo. Resistió al pánico con todas sus fuerzas e intentó seguir avanzando. Un paso tras otro, lentamente, siguió caminando…

Le pareció distinguir un espacio iluminado por la luz de una antorcha. Al acercarse, se dio cuenta de que era un cuadrado de luz que se recortaba en la pared debido a la claridad de la luna que caía desde una abertura situada encima de él.

Entonces se le apareció la silueta de Horus, el dios de cabeza de halcón, con las alas desplegadas y un sol en la cabeza. En el pico sostenía la cruz, la llave de la vida, y se la entregaba al soberano, que abría las manos para recibirla.

Vincent se quedó inmóvil. Se sumió en aquella aparición y halló refugio en ella. En un gesto que ya le era familiar, se sacó la cruz que protegía bajo su túnica. No intentó distinguir las otras figuras que iban delante o detrás de aquel fresco en la pared: se sosegó mirándolo, calmó los latidos de su corazón, se curó una vez más de su miedo y dejó de sentir la soledad como una enemiga. Poco a poco, frente al perfil del halcón, recuperó la sensación que había sentido en el umbral.

Estaba en su casa. En su morada…

Dio media vuelta y volvió al fondo del templo, sintiéndose limpio de las emociones negras que habían obstaculizado su vida, y gozando de una liviandad

próxima a la exaltación.

Pharia lo estaba esperando. Cuando lo vio, le sonrió y le ofreció sus palmas para que pudiera descansar sus manos en ellas.

—Ya veo dónde has estado —dijo Pharia—, veo el miedo y veo la alegría.

Vincent no dijo nada, al principio. Después, sencillamente:

—Llévame contigo.

Pharia lo condujo hacia la derecha del templo por un pasadizo que daba a un pequeño patio del que partían unos peldaños. Arriba encontró una especie de capillita. Descubrió el techo por el que se extendía el cuerpo de una mujer, increíblemente alargado. Su vestido estaba decorado con ondulaciones que representaban las olas del mar.

Mientras volvían al corazón del templo, el silencio era una masa negra que su cuerpo cruzaba trabajosamente. Aquel era el santuario —lo sabía, lo sentía—, allí desembocaban los misterios. En una pared, un rey quemaba incienso frente a las divinidades.

Alrededor del santuario corría un pasillo que se abría en once capillas. Las contó, pero no entró en ellas. Las cifras bailaban en su mente: las doce barcas, los cuatro puntos cardinales, el santuario y sus once capillas… Eran cifras que la Biblia le había hecho familiares, pero tuvo que inclinarse ante la civilización, ciertamente anterior, que había desarrollado aquel simbolismo de fuerza universal, intemporal.

En el ala derecha del templo, una escalera de caracol daba acceso a la terraza. Salió al aire libre y se llenó los pulmones del suave aire de la noche. Como en las inmediaciones del templo, también ahí se habían edificado algunas cabañas, pero todo estaba dormido, salvo el inevitable perro que ladraba a la luna. Debajo descubrió un lago salpicado de reflejos de plata. A menos de una legua, la cinta negra del Nilo. Más allá, la infinita ondulación del desierto.

Pharia lo guió hasta una de las salas de la terraza. Era más pequeña que las demás, y Vincent no comprendió enseguida por qué lo llevaba hasta ahí.

Hasta que vio el techo.

Vio la rueda del zodíaco. Adivinó la sucesión de signos en el exterior del círculo. Vio el friso de las diosas que, con los brazos abiertos, sostenían el mundo.

Su palidez sobresaltó a Pharia:

—¿Vincent? ¿Qué te ocurre? Pareces un fantasma.

El dibujo. Se acordó del dibujo.

El dibujo que se le había caído del bolsillo y que Denon había querido devolverle en París representaba aquella rueda. Se vio también a sí mismo, lleno de confusión, examinándolo en el coche en el que su maestro lo llevaba a escuchar *La flauta mágica*, la misma noche en que se decidía su destino…

Todos los pensamientos y todos los recuerdos se mezclaron en él, mientras sus

ojos iban del rostro de Pharia al zodíaco y del zodíaco a Pharia. Poco a poco fue recuperando el color y al fin pudo hablar.

—Es una larga y extraña historia…

La muchacha lo escuchó mientras le contaba las circunstancias de su encuentro con Denon y las condiciones en las que había conservado aquel dibujo extraviado.

—Pero ¿te acuerdas de cuándo realizaste el dibujo?

—No lo recuerdo. Solo sé que estaba en mi bolsillo, sin duda, puesto que él dijo haberlo recogido detrás de mí… De todos modos, vista la calidad de la ejecución, seguro que no era mío…

—¿Podría ser que se lo cogieras a alguien?

—¿A quién? Te parecerá una locura, pero la única persona que conozco capaz de semejante precisión, es precisamente Denon. Y no puede ser él…

Los labios de Pharia se fruncieron en una mueca de duda.

—¿Dónde está ahora ese dibujo? —preguntó.

—Con Denon, si es que se lo quedó por descuido. O bien en su casa, en París…

Pharia no le preguntó nada más. Se miraron.

—Y ahora Pharia, estoy aquí, guiado por ti… No me acuerdo de ese dibujo, pero me parece que en el corazón se me agolpan unos recuerdos que no me pertenecen y que me cuentan una historia…

Ella posó un dedo en sus labios.

—Chsss… Ahora, cállate, rostro de halcón. Hay un tiempo para hablar y un tiempo para callar. Un tiempo para luchar y un tiempo para…

Fue Vincent, entonces, quien le cerró los labios.

No podía parar de temblar. El agua del lago estaba tibia y el aire que corría por encima de sus hombros era cálido, un viento de desierto cargado de arena y olores lejanos; sin embargo, tenía frío, un frío insoportable, y las manos de Pharia no bastaban para hacerle entrar en calor.

Lo había desnudado como para celebrar un bautismo y Vincent había bajado al agua por los escalones de piedra sin poder mirarla: todos los sentimientos que había contenido, todas las emociones que se había prohibido, toda su alma gritaba por el deseo de liberarse. Tenía la impresión de que iba a hundirse hasta el fondo del agua como un tambor de bronce. Había agitado los brazos como un pájaro que se ahoga.

Cuando Pharia se reunió con él, todavía iba envuelta en una ligera túnica, pero la fuerza de su abrazo le desveló todos los rincones de su cuerpo. Las palabras llegaban a él en ráfagas al mismo tiempo que la realidad: el cuerpo cálido y flexible, los senos redondos de pezones duros que le dibujaban un escalofrío en el pecho, las piernas finas y musculosas que lo rodeaban. Vincent no sabía nadar, pero con Pharia no necesitaba saber: ella le enseñaba con el movimiento y sin más mensajes que su

respiración cada vez más rápida. Aquel jadeo en su oído valía por todas las semanas de inquietud: cuando era suave evocaba la ternura infinita, cuando se volvía ronco despertaba la violencia del deseo, cuando quedaba en suspenso, la inquietud de la espera. Vincent quería hablar pero de su boca no salían palabras, solo su propio aliento que semejaba un estertor, casi un grito.

Por un instante pensó en Laura y la vergüenza le bloqueó el pecho. Pero enseguida se tranquilizó: siempre había sabido que el amor no había estado presente en aquel abrazo, por delicioso que hubiera sido. Por supuesto, había sentido el temblor de la piel, cuando no queda ninguna parte del cuerpo indemne, cuando se vuelve sensible a la menor caricia, hasta a la de una pequeña ola. Pero lo que estaba descubriendo con Pharia era un estremecimiento interior, el deseo infinito de poseer y ser poseído, de tomar y ser tomado, de recibir y de dar. Jamás había sentido tan bien su cuerpo y jamás, al mismo tiempo, había estado tan lejos de sí mismo, en un viaje que le hacía cruzar todos los elementos.

Finalmente, dijo un «te quiero» sin miedo y sin reservas. No era el «te quiero» tímido y avergonzado que había susurrado en los jardines del palacio de Elfi Bey. Ahora estaba lleno de la seguridad y la confianza de un hombre que acaba de nacer a sí mismo.

Lo dijo muy bajo, y luego más fuerte, y lo gritó y lo chilló y ella tuvo que taparle la boca con la mano. Entonces se lo volvió a decir con los labios, con las manos, con los dientes, acariciándola y haciéndole daño, un poco, suavemente, una deliciosa mordedura, o cruelmente, a arañazos y dentelladas, como un cachorro de león que se despierta y juega con la sangre.

«Expulsa el aire», le dijo Pharia, y comprendió lo que quería decir. Vació los pulmones y sin preocuparse, cogiéndola de la mano, se sumergió hasta el fondo del lago. ¿Tenía miedo de caer como una piedra? Era una piedra, una piedra de amor que brillaba en el agua translúcida, atravesada por los reflejos quebrados de la luna. Pharia se deslizó encima de Vincent y él, sin apenas esfuerzos, penetró en ella. El peso había desaparecido, y la falta de aire se convirtió en deseo, la angustia en una bola roja de placer que ardía como un sol en lo más profundo de las entrañas. El latido sordo de su goce era como el latido de un corazón, como la vibración del fondo de la tierra. Seguir, seguir, golpear, acariciar, tocar, la piel, la luna, todo giraba y se tambaleaba, incluso el tiempo se convirtió en una burbuja que crecía hasta lo infinito, que lo abarcaba todo y no se detenía ya en el pasado, ni en el futuro… El era el halcón que surca el aire, era el agua que da la vida y la luz que no acaba nunca.

Cuando remontaron a la superficie, ella aún estaba dentro de él pero un miedo reflejo se apoderó de Vincent. Se debatió con tanta fuerza que se separaron y ella tuvo que arrastrarlo hasta el borde de piedra. Se aupó a las anchas losas y descansó, respirando entrecortadamente. La brisa le daba piel de gallina y Pharia lo tapó con

una tela liviana como una caricia. Con la comisura de los labios, Vincent atrapó su mejilla. Con aquel simple contacto, todo su deseo volvió a despertar, ya no un deseo de las dimensiones del universo y las estrellas, sino el ímpetu de un hombre único que deseaba a una mujer única y que le ofrecía toda la debilidad alojada en el seno de su fuerza.

Su boca corría por todo el cuerpo de la joven, le besaba cada centímetro de piel. A veces, entre dos besos, levantaba los ojos hacia los ojos de ella, que se abrían y cerraban, unos ojos que conservaban todo su misterio pero que parecían sucumbir; bajo los dedos de Vincent, su cuerpo se crispaba y se convertía en el de una joven frágil, al borde del sufrimiento, hasta que recuperaba su plenitud sensual, dichosa y confiada. Vincent deslizó su sexo entre sus senos y se hizo un ovillo, se sumergió entre sus caderas, descansó en un pliegue de su cuello, buscó un hueco en lo alto de su muslo, soldó sus manos en la curva de su espalda, iba y venía, amaba, él te quiero y otra vez y ella también te quiero y yo lloro y tú ríes, y tú gimes y yo gozo, y así no se acababa nunca, entre síes y noes, y una especie de murmullo cantado que acudía al borde de sus labios, un gemido de pájaro que venía del fondo de su garganta.

El hombre de los ojos grises miraba, oculto en la sombra de dos bloques de la muralla caídos en la arena.

Al acercarse el amanecer, volvieron a subir al tejado del templo y miraron el sol rosa que rozaba las dunas como con la punta del dedo. Algunas cabras y unos pollos fueron a merodear a su alrededor; una vieja de dientes negros les llevó una torta y ellos sonrieron.

Palabra a palabra. Vincent devanó el ovillo de sus recuerdos. Le contó toda su vida, sin avergonzarse de nada puesto que ella estaba a su lado para guiarlo. Bajo la mirada de Pharia, sus iras más sordas parecían meras anécdotas, y lo mismo ocurría con sus vergüenzas más profundas. La vida era tan sencilla…

—Rostro de halcón —preguntó finalmente Vincent—. ¿Mi nombre significa eso de veras?

—Y también garbanzo…

Los dos rieron.

—¿Qué más sabes en ese idioma?

—Nada importante. A lo largo de los siglos nos hemos ido transmitiendo el secreto de algunos jeroglíficos y hemos aprendido el sentido de ciertos signos. Así fue cómo, con la ayuda del padre Cirilo, te reconocí.

—Mientras seas tú quien interprete los signos y los signos te lleven hasta mí, te autorizo a que encuentres tantos como quieras.

—Ahora no me vuelvas a decir que no los aceptas.

Sin contestar, Vincent posó su mano sobre la de ella y ejerció una ligera presión.

La cruz, el zodíaco, su nombre… La noche había cubierto de magia todas las etapas de su viaje hacia una verdad que todavía desconocía. El nacimiento del día y el sentimiento amoroso los envolvían en una luz natural. No deseaba pronunciar las palabras que siguieron.

—¿Y ahora?

—Te falta por encontrar un brazo de la cruz, ¿no es cierto? Te falta descifrar el significado y transmitirlo.

—¿Qué sucederá? ¿El cielo se abrirá entre rayos y truenos, y un cetro bajará hasta mi puño? Me convertiré en el gobernador del fuego, y los pueblos de la tierra, tan numerosos como los granos de arena, se someterán ante mi mera presencia.

Pharia sonrió.

—Te burlas, pero te burlas de ti mismo.

—¿Qué sucederá, Pharia?

—No lo sé, igual que tú. Solamente sé que debo acompañarte aún más al sur, hasta Filé…

—Y abandonarme allí.

La mirada de la joven se ensombreció y Vincent se enfadó de repente.

—¿Y abandonarme allí? —preguntó de nuevo con dureza en la voz.

—No me pidas que te responda.

Apartó la mirada y no quiso hablarle más. Permanecieron así, en silencio, suspendidos entre la felicidad y la tristeza, mientras el sol se alzaba sobre las colinas de Dandara.

# 5

Durante todo el día los hombres no habían dejado de ir y venir entre la miserable aldea y el templo. Incluso los más rudos, incluso los que deseaban la muerte de los científicos por haberlos arrastrado a aquella expedición se habían emocionado ante los múltiples rostros de la diosa de cuernos de vaca. Incluso los más obtusos habían intuido la sabiduría y la luz que habían seguido brillando a través de los siglos. A todos se les había acelerado el corazón al pensar que eran los primeros viajeros que volvían a ver aquellas piedras.

—Desde que estoy en Egipto —dijo un joven oficial, emocionado, a Denon—, siempre me había sentido melancólico y enfermo, desengañado de todo. Dandara me ha curado. Lo que hoy he visto me compensa de todas mis fatigas. Suceda lo que suceda desde ahora, me alegraré siempre de haberlo vivido por los recuerdos que este día me dejará eternamente.

Habitualmente era un joven parco en palabras y Denon lo escuchó complacido, con la cartera en la mano, tan impaciente por probar sus lápices como otros por manejar la espada o el fusil. A medida que había ido bajando hacia el sur, se había desprendido de su preocupación por la elegancia: desde el sombrero negro de ala ancha hasta las babuchas, pasando por el sable al cinto y las pistolas en bandolera, parecía una especie de bandido del desierto. Pero mientras los soldados disparaban a los mamelucos, a las avutardas o las hienas, él solo iba en pos de la inaprensible belleza.

Denon era víctima de un frenesí que le hacía querer verlo todo y dibujarlo todo. Aun poniendo en riesgo su seguridad, se quedaba solo con Vincent en el templo hasta caer la noche, inspeccionando a la luz de las antorchas la menor huella de aquel gigantesco libro de piedra. Ni siquiera tenía tiempo de sorprenderse por la seguridad con la que Vincent le guiaba.

Una vez en la sala del zodíaco, dirigió una larga mirada al muchacho, que se hallaba perdido en la contemplación de las montañas del horizonte, y se sumió después en sus apuntes con toda la precisión y todo su talento, torciendo el cuello para seguir el movimiento circular. De repente se interrumpió, boquiabierto. Luego salió a la terraza, con el dibujo en la mano, bajo el sol que todavía quemaba.

Vincent guiñaba los ojos, cegado por la blanca luz, y abría las manos en señal de ignorancia, de impotencia. Denon se negó a moverse.

—Sabes muy bien de qué quiero hablar. Dame la cartera.

Vincent se la pasó y Denon sacó un montón de hojas desordenadas en las que anotaba sus impresiones desde que habían penetrado en el desierto. Al final extrajo

un papel garabateado. Vincent no tuvo necesidad de mirarlo.

—Este dibujo se te cayó del bolsillo, el día en que te conocí…

—No sé…

—¿Tendré que tocarte la flauta para sacarte la memoria como si fuera una serpiente?

El tono pretendía ser jovial pero Denon casi estaba furioso.

—Le aseguro que no sé nada. Recuerdo que el dibujo estaba en mi bolsillo, pero ignoro cuándo fue realizado y cómo pudo llegar hasta mí.

—Muchas veces, al descubrir toda esta belleza, he creído que me guiaba algo más poderoso que yo. Pero este zodíaco… He tenido la impresión de que un demonio o un dios me habían cogido la mano y me hacían copiar exactamente lo que ya había visto en tiempos antiguos. Y resulta que el modelo de lo que yo copiaba lo tenías tú cuando te conocí. Como si me estuvieras esperando. ¿Y esperas que no te haga preguntas?

Vincent asintió con la cabeza.

—¿Te acuerdas de la predicción del caballero de Malta? —preguntó de pronto Denon.

—Oí sus palabras, como usted, y me quedé tan estupefacto como usted. He seguido cada signo…

—¿Hay otros?

Tras un momento de duda, Vincent lo cogió del brazo:

—Venga —dijo.

Lo condujo por la escalera hasta el exterior del templo. En el muro le enseñó la inscripción donde figuraban los mismos jeroglíficos que aparecían en su cruz.

—¿Qué significan? —preguntó Denon.

—No lo sé. Ni esto ni nada más… Como usted, a veces tengo la impresión de estar siguiendo las etapas de un camino que un dios juguetón ha trazado para mí…

Denon estaba pensativo. Cogió la cartera que llevaba Vincent y la apretó entre sus brazos.

—No creo en nada de todo esto, ya lo sabes, pero si los dioses son juguetones yo también quiero serlo. Al principio creí que tú me seguías, después empecé a preguntarme si no era yo quien te seguía a ti.

Vincent no osó alzar la cabeza hacia él. Denon añadió con jovialidad:

—Al menos, ahora, ya lo sé.

A lo largo del Nilo crecían exuberantes las palmeras y los tamariscos gigantes, y de vez en cuando se veía aparecer el dorso brillante de un cocodrilo que lo cruzaba entre las innumerables islas de arenas esparcidas por el Nilo.

La aldea en la que el hombre de los ojos grises acababa de penetrar tenía una longitud de media legua, pero como tantas otras olía a abandono. No eran los saqueos

ni los fuertes tributos los que la habían vaciado de habitantes, sino una fuerza oscura y más antigua: a pesar de la generosidad de la inundación, estaba rodeada de tierras que permanecían sin cultivar.

Se había arriesgado mucho, pero el mensaje de Murad era de tanta urgencia que había tenido que inventarse una misión de reconocimiento en dirección a Tebas, a la que Desaix, sin duda deslumbrado por la belleza de Dandara, había dado su consentimiento sin pedir precisiones ni exigir que partiera con una escolta.

Murad no se encontraba en un palacio, rodeado de sedas y blandos almohadones. Lo estaba esperando en una pobre cabaña, en la que su cuerpo imponente resultaba demasiado grande para las cuatro paredes de tierra. En el pliegue de su cintura brillaban las incrustaciones de diamantes de las culatas de sus dos pistolas. Estaba colérico.

—¡Todo fracasa! —atacó directamente—. Todos tus planes, todas tus ideas fracasan. Y la ayuda de la que me hablas no llega nunca…

—No me crees, pero has de saber que la expedición de Bonaparte en Siria está sufriendo los primeros reveses… El comodoro Sydney Smith, tras los éxitos del almirante Nelson, trabaja sin cesar para terminar con ellos…

—¡Qué me importan a mí Siria, Bonaparte, Smith y Nelson! Te hablo de Egipto y de Desaix. ¡Un plan infalible debía conducir a su asesinato y, según tú, el ejército debía amotinarse y huir en desbandada!

—¿Deberé enseñar paciencia a un mameluco? Los mejores planes pueden fracasar, pero lo que no fracasará es el desgaste de los hombres por el desierto, la soledad, el alejamiento extremo, la nostalgia de sus casas y sus mujeres…

Estas palabras despertaron en Murad el eco de la predicción de Fátima, a la que había tenido que dejar atrás, en un pueblo del oasis de Fayum. Siguió refunfuñando, pero en un tono menos exasperado.

—Palabras y más palabras… No te he llamado para escuchar más, sino para darte una última oportunidad.

El hombre de los ojos grises sonrió.

—Mi última oportunidad hace tiempo que pasó, bey poderoso. Vivo cada día como si fuera el último, dejando que la fortuna decida si mi estado debe prolongarse… ¿Que la fortuna es la hoja de tu sable? Que así sea. Moriré habiendo hecho lo que tenía que hacer, sin haber cumplido lo que tenía que cumplir. Es el destino de muchos.

En su voz no había desespero ni emoción: simplemente una constatación tranquila que hizo mella en Murad, pese a su impaciencia.

—Ve más lejos, Murad —prosiguió—, ve hacia el sur, acósalos como nunca has dejado de hacer, rehuye las batallas en las que puedas perder ventaja y hombres valiosos, gana tiempo.

—¡Detesto esa prudencia!

Sin embargo, guardó silencio, y el hombre de ojos grises también, sabiendo que sus palabras se abrirían camino poco a poco, sabiendo, a decir verdad, que Murad no podía tomar otro partido que el de huir y esperar.

—Ahora me toca a mí pedirte consejo…

La mirada de Murad expresó una ligera extrañeza y su mano pasó de la cicatriz a la barba.

—Intentaré ser más útil que tú.

—No es de una cuestión de guerra, Murad, de lo que quiero hablarte…

—Deja de excitar mi curiosidad, y explícate.

—Ese muchacho al que tanto apreciaba el loco que prefirió quitarse la vida antes que matar a Desaix…

—¿Qué ocurre con ese muchacho?

—Parece que, a su modo, también está cumpliendo una misión. No he conseguido saber qué es exactamente, pero parece que desde Malta, donde se vio en secreto con un caballero de la orden, sigue unas indicaciones que no logro entender. En Dandara, se las arregló para merodear por las ruinas del templo la víspera de nuestra llegada.

—¿Estará buscando un tesoro? Nunca he oído hablar de un tesoro en Dandara. Ni en ninguna otra parte entre ese montón de piedras. Hubo riquezas pero fueron saqueadas hace tiempo.

—¿En los templos de Tebas? ¿En las tumbas?

Murad sacudió la cabeza.

—Todas las tumbas fueron violadas hace siglos.

El hombre de los ojos grises no pudo discernir si el bey fingía ignorancia o si era sincero.

—¿Qué es lo que busca, entonces?

Murad se rascó la barba, en señal de perplejidad.

—Su sombra, tal vez.

A las nueve de la mañana, en la cumbre de una cadena montañosa, la palabra «Tebas» recorrió la columna de un extremo a otro. Tras la fascinación de Dandara, desde la víspera solo se hablaba de «la Tebas de las cien puertas» mencionada por Homero y evocada por todos los viajeros posteriores.

Al distinguir los monumentos por primera vez, Denon hizo parar a Vincent, Pharia y el joven Rashid, que no se separaba de él desde que habían salido de Dandara. Aunque no entendía por qué, el chiquillo se había amoldado enseguida a las exigencias del artista y, cuando este chasqueó los dedos, corrió a llevarle su silla plegable.

Lo miró instalarse con urgencia.

—¡Mira! —dijo Denon a Vincent—. Mira ese milagro y reza como yo para que no desaparezca ahora mismo, o para que un ataque de Murad no nos prive de él para siempre.

A lo largo de las revueltas del Nilo, las ruinas se extendían entre las miserables aldeas, desde levante hasta poniente, en ambas orillas del río, formando un fabuloso conjunto.

El lápiz de Denon corría sobre el papel a una velocidad fantástica, guiado por el trance de quien lo manejaba. Aunque le hacía gracia, Vincent sentía, sobre todo, admiración y ternura por la pasión del hombre al que, en su corazón, seguía llamando maestro.

Sentía la luminosa presencia de Pharia, pero no podía librarse de la terrible angustia de tener que perderla tan pronto después de haberla encontrado.

La columna francesa se alejaba ya y, a trescientos pies, distinguió las siluetas amenazadoras de varios jinetes que los observaban sin correr todavía hacia ellos.

—¡Denon, hemos de irnos o, si no, sus dibujos servirán para encender una hoguera esta noche! Y no estoy seguro de que consiguiera distraer a nuestros carceleros con sus maravillosos relatos.

Denon no contestó, pero, con unos cuantos trazos de lápiz, terminó la vista. Se levantó maldiciendo, aunque todavía tenía las mejillas coloradas de excitación.

—Sin regla, sin mesa, y encima ni siquiera puedo terminar tranquilamente un esbozo —protestó, mientras recogía apresuradamente su material.

Corrieron hacia el grueso de la tropa que entraba en una vasta explanada. En ella se veían todavía las huellas de una ancha avenida, flanqueada por esfinges: algunas se habían librado de los efectos del tiempo y de la estupidez de los hombres, pero la mayoría estaban rotas, mutiladas. También allí, como en Dandara, el espacio entero era un caos de columnas caídas, rocas, muros y fragmentos de estatuas. Pero allí todo era más grande, empezando por la muralla que habían franqueado y que el ojo humano no podía abarcar totalmente.

Cuando los hombres de la cabeza de la columna llegaron a los dos altos muros que marcaban la entrada del palacio, Vincent oyó que prorrumpían en aclamaciones y aplausos.

Corrió para unirse a ellos.

# 6

Durante mucho tiempo se paseó entre las ruinas de Karnak, imaginando que se habían convertido en su casa, su iglesia, su templo, viéndose atravesar el espacio para establecerse allí, entre el poderoso torso de un faraón, ancho como diez rebaños de bueyes, y un obelisco partido en tres trozos, cargado de misteriosas inscripciones. Si la caballería había tardado más de media hora en dar la vuelta a los muros del palacio, ¿cuánto tiempo necesitaría él para explorar a pie todos los rincones, para descubrir las capillas abandonadas, las gigantescas columnatas, las salas cargadas de tanta energía que podía sentirla solo con posar la mano en un muro? ¿Una vida entera?

Caía el día, las voces se iban, el galope de los caballos retrocedía. Vincent se encontró entre perros, niños y sombras, una compañía que ningún hombre digno de ser llamado así podía temer.

Estaba feliz y solo, en un punto de equilibrio de su vida donde el presente de la eternidad lo llenaba por completo: ni las amarguras del pasado ni las inquietudes del porvenir podían quebrarlo.

Cuando la oscuridad de la noche fue absoluta, regresó a la primera gran sala, la que los hombres habían aplaudido, aquella donde un bosque de columnas se alzaba a cielo abierto. Bajo la bóveda estrellada, representaba las primeras piedras del diálogo entre el hombre, el universo y los dioses. Nunca habría nada más grande, nunca habría nada más hermoso. Abolía el terror, daba la medida imposible de la inmensidad.

A Vincent le bastaba con apoyarse en una columna, poniendo las manos detrás, en la piedra que aún estaba caliente, y dejar que su mirada se perdiera por la cima de los pilares para quedar sometido a aquella fuerza, tranquilizadora como un gigantesco latido de corazón, regular y eterno.

Tenía la cara alzada hacia las estrellas y, sin embargo, en lo más profundo de su cuerpo era consciente de todas las presencias que lo acechaban en la sombra. Ya nada le daba miedo: nada podía sucederle. Estaba inmóvil: no necesitaba moverse, no necesitaba pensar. Buscó en su interior qué era aquello que, de repente, le hacía capaz de vivir aquella evidencia, y lo halló sin esfuerzo, con una claridad que lo llenó de dicha: era el amor. Su amor por Pharia era el camino, su vía láctea interior, brillante, misteriosa, incorruptible.

Había alcanzado ese momento en que basta ser, respirar, para sentirse lleno de la exaltación de vivir.

Poco a poco, casi sin darse cuenta, se le fueron doblando las rodillas; su pretendida fuerza flaqueó y cedió. Cayó sobre sí mismo, dentro de sí mismo, y,

deshaciéndose de todo lo que había pretendido ser, aceptó dejar de ser, se alegró de su miseria. Ni siquiera oyó el choque metálico de su sable contra el suelo, ni notó la empuñadura de la navaja que se le clavaba en la espalda al tenderse. Quedó completamente pegado a la tierra, como si una mano poderosa e invisible lo aplastara. Reducido al silencio, a la pura admiración sin palabras, se sintió totalmente libre.

Permaneció así largo rato, y quien le hubiera visto no habría podido destacar más que la vaga sonrisa que flotaba en sus labios.

Después, la luz de una antorcha que flotaba entre las columnas como un espíritu lo sobresaltó y se puso de pie:

—¿Quién anda ahí? —gritó casi, el corazón de pronto agitado.

—Soy yo.

Michelet estaba delante de él. Aunque su mirada era tranquila, no pertenecía a aquel universo. Todas las dudas que el hombre le había inspirado desde el primer momento, las últimas palabras de Rashid a Pharia, todo regresó a él como una ola. Apretó los dientes para no dejar estallar su ira.

—¿Es que no tengo derecho a la soledad de esta noche? ¿Habías de perseguirme hasta aquí?

—Estás lleno de furia, Vincent. Solo quería hablarte sin que nadie nos molestara. He pensado que estarías aquí. Si quieres que me vaya, me voy ahora mismo.

La cólera se disipó al instante. Quedó en el aire una especie de tristeza que los acercó. Las estrellas desaparecieron mientras pasaban por una abertura entre dos paredes que, aunque estaban medio caídas, eran de una altura vertiginosa. Al pasar, Vincent retuvo la imagen de un rey erguido en su carro, al frente de decenas de prisioneros.

—¿Por qué querías verme?

—Querría saber qué es lo que buscas.

La respuesta fue tan directa, tan ingenua a su modo, que Vincent se quedó un momento desarmado. Al final se echó a reír.

—¿Que qué busco? A mí también me gustaría saber qué estoy buscando. ¿Has venido a decírmelo tú?

Pero Michelet no bromeaba. Sus ojos grises tenían un brillo de inquietud.

—¿Y tú? —preguntó de pronto Vincent—. ¿Vas a decirme qué es lo que buscas tú?

Michelet guardó silencio. Su cuerpo se había crispado, pero no dejaba traslucir sus sentimientos, sus emociones. Vincent se dio cuenta de que, desde el principio, aquel hombre no le había dado nada: solo aquella presencia opaca.

—Imagino que busco… como los demás… una aventura que me aúpe y me lleve a lo alto de estos pórticos.

Con un gesto irónico, señaló la cumbre de un pilono en el que, por la tarde, los

hombres se habían subido para grabar en la piedra sus nombres al lado del de los faraones y los sacerdotes.

—Tú no has subido con tu punzón, Michelet. Me parece que a ti te importa un comino tener tu nombre ahí arriba.

—Pongamos que me dejo llevar por la arena.

Vincent sacudió la cabeza.

—No tienes pinta de ser un hombre que se deje llevar, no pretendas que me lo crea.

—¿Tiene que haber una razón para que esté aquí?

—Todos estamos aquí por una razón. Aunque hayamos huido de la miseria o soñado con la gloria, todas esas cosas vagas e imposibles, el Señor podría llamarnos uno a uno y nosotros le daríamos nuestra razón. No quiero hablarte de la mía, no ahora, pero si te la dijese, te costaría más a ti entenderla que a mí expresarla. ¿Cuál es la tuya? ¿Por qué no quieres contestar una pregunta tan sencilla?

Su rostro no cambió y ni una gota de sudor apareció en su frente, pero Vincent percibió la extrema tensión de Michelet.

Lo miraba sin decir nada, y en ese silencio se instalaban todas las dudas que había rechazado desde que Pharia le había hablado.

—Yo tenía un amigo en este ejército —dijo pausadamente—, y ese amigo está muerto. Conocí a un nuevo amigo en esta tierra, y ese amigo está muerto. Cuando me alertaron contra ti, me rebelé en silencio. Rechacé la idea con todas mis fuerzas porque no quería perder al único amigo que me quedaba.

—Creía que Denon…

Vincent barrió la objeción con un gesto.

—No es lo mismo, ya lo sabes. Por Denon siento admiración, es mi maestro, mi protector, mi profesor… ¿Mi amigo? No puedo darle ese nombre: es mucho más y mucho menos a la vez.

El camino que se dirigía hacia la pequeña aldea de Luxor estaba bordeado por otras esfinges y un amasijo de escombros. La basura y los excrementos hacían crecer flores en la piedra. Varias hogueras ardían entre los muros de lo que había sido un templo y se había convertido en un refugio para hombres, cabras y gallinas, bajo un techo de juncos. De vez en cuando un perro se les acercaba gruñendo y tenían que sacar la espada para ahuyentarlo. A lo lejos oscilaban las luces de Luxor. Michelet terminó rompiendo el silencio.

—¿Quién te ha prevenido contra mí?

—Qué frialdad… No me dices si tenían razón o estaban equivocados…

—Equivocados, naturalmente. A mucha gente, en el estado mayor, no le gusto porque digo en voz alta lo que ellos piensan y no se atreven a decirle a Desaix.

—Otra vez te alejas, amigo mío. Terminaré por pensar que te he inventado… Sí,

quizá mi soledad era tan profunda que te imaginé como no eras.

—Quisiera que tú me hablaras primero, que te confiaras sin reserva al amigo que soy. Y te prometo que después te diré mi verdad.

La voz no había cambiado, ni la expresión de los ojos grises. Sin embargo, Vincent podía creer que una extraña emoción se había apoderado de Michelet. Estaba tentado de escucharlo, de abandonarse a él como ya no podía hacer con nadie, ni siquiera con Denon; pero algo le decía que huyera, que la voz de aquel hombre era tan peligrosa como la hoja de un puñal entre sus costillas. «Desconfía del hombre de los ojos grises…»; sin embargo, el deseo de hablarle fue más fuerte.

—De acuerdo —dijo al fin.

Caminaron por la orilla del Nilo, que, más que verse, se adivinaba bajo la luna descendiente. Se sentaron y escucharon el movimiento del agua, dejándose vencer por su generosidad y su ímpetu. Vincent todavía estaba impregnado de una sensación de invulnerabilidad, fina cota de malla tejida por las estrellas en la gran sala de las columnas.

Vincent habló. Habló de su padre y de la música, de Laura y de Pharia, del caballero y de Denon, del zodíaco y de la cruz… Le contó su historia a fragmentos sin que Michelet hiciera una sola pregunta, desvelando poco a poco el sentido de su viaje. Le habló de su estupefacción cuando encontró una de las dos inscripciones de su cruz gravada en la piedra de Dandara, la fuerte impresión que tuvo de estar cerca de una revelación, de un secreto, de una potencia interior infinita. Le habló de su confianza en las palabras del sacerdote copto Cirilo.

—No es la riqueza —murmuró Michelet—, ni la fortuna, no hay ningún tesoro…

Vincent se detuvo, saliendo bruscamente de su ensoñación.

—¿Pensabas que estaba buscando un tesoro real en una de las tumbas del desierto?

—Puede que haya imaginado algo así.

—Entonces, debes de estar decepcionado.

—Al contrario, amigo mío.

En el silencio que siguió, Vincent pesó el eco de las palabras del hombre de los ojos grises. Por una vez no oyó un doble sentido, sino sinceridad, incluso una tímida admiración.

—La respuesta está aún más al sur, en Filé sin duda. Intento imaginar qué es, pero no puedo. Nunca he podido imaginar lo que me sucedía, simplemente he aprendido a aceptar vivirlo y a estarle agradecido a mi Creador. Eso no me ha hecho ni más orgulloso ni más humilde… No me ha dado ni poder ni un conocimiento secreto que algún hombre anhelara, sino tal vez un poco más de sabiduría. Yo, que me levantaba cada día con el rechazo en el vientre, con una bola de miedo o de odio, ahora me puedo despertar en mitad de la noche, con la espalda rota sobre el duro suelo, y creo

que soy feliz. Y si solo fuera un sueño… Aunque solo fuera un sueño, preferiría este sueño a la vida.

Michelet permanecía callado. Hizo crujir sus dedos uno a uno, lo cual provocó un extraño ruido en la noche. A lo lejos cantó un gallo insomne. En el aire flotaban olores de flores rosas y pan cocido en un horno. Al otro lado del Nilo, los muertos hacían su viaje nocturno.

—¿Y tú? —preguntó al fin Vincent—. ¿No tenías que hablarme también?

Michelet se lo quedó mirando un buen rato, seriamente. Emitió una leve risa, casi infantil, que no casaba con la seriedad de su actitud habitual.

—Lo que perderé —murmuró—, lo que ya he perdido…

—¿Qué dices?

—No me hagas caso. Aprovecho los últimos minutos de nuestra amistad. Intento imprimir en mi memoria nuestros pasos por este camino, el aspecto de estas columnas, el ruido del río, la luz de tu mirada mientras hablabas…

—¿Por qué nos habría de separar tu verdad?

—Porque soy un traidor.

Vincent dejó que el asombro le quemara las entrañas y le coloreara las mejillas. Un movimiento lo levantó y le dio ganas de correr lejos, otro movimiento lo paralizó y lo dejó pegado a la orilla.

Nada había cambiado: Michelet estaba a su lado, la mirada perdida hacia el oscuro sol poniente. Todo había cambiado: Michelet tenía razón, ya no podían pretender seguir siendo amigos.

Detrás de su asombro y su disgusto, Vincent descubrió una sensación que no se esperaba.

Lo sabía. Y no le molestaba.

# 7

Detrás de ella, Pharia oyó unas risas, luego otras más, y unas palabras apenas sofocadas. Se dio la vuelta; los dos soldados no hacían nada por disimular sus burlas y el destello ruin de sus miradas. Instintivamente, la joven estrechó un poco más fuerte la mano de Rashid, que se había pegado a ella.

—Acércate, muchacho —insistió jocosamente uno de los dos, un hombre de torso tan ancho que parecía que sus piernas no podrían sostenerlo—. Ven que escuchemos tu bonita voz. ¿Acaso no eres intérprete?

El otro se echó a reír con carcajadas groseras, mientras se daba palmadas en los muslos.

—¿Verdad que nos interpretarás una cancioncita?

Pharia intentaba ignorarlos, pero la columna, por una razón que desconocía, se había detenido. No había ningún oficial a la vista, y los soldados se hallaban solos en medio de la tropa de porteadores que fingían no darse cuenta de nada.

—Nosotros podríamos hacerte cantar una canción que te gustaría mucho…

—¡Te la meteríamos por el culo, hombre!

—Y luego te pondríamos boca arriba para ver qué chico tan guapo eres.

Ya no se reían. Se acercaron a ella extendiendo la mano. Pharia estaba paralizada de terror. No podía esperar ninguna ayuda, por ninguna parte; jamás había estado tan cerca de semejante violencia. Como en un destello se acordó de las historias de las violaciones de Gamerissiem, y tuvo la sensación brutal, atroz, de estar cayendo en otro universo.

Uno de los hombres ya le había puesto la mano encima, cuando un alarido desgarró el aire. El pequeño Rashid se había lanzado sobre la mano del soldado y lo había mordido, con todo el salvajismo del que era capaz. El hombre dio un salto hacia atrás mientras Rashid intentaba seguirlo para arañarlo y golpearlo con toda su fuerza. Pero, en un instante, lo tiraron al suelo de un bofetón y uno de los dos soldados empezó a propinarle patadas y a insultarlo.

—¡Dejadlo!

Pharia había puesto en su voz toda la firmeza de la que aún era capaz. Los porteadores, pese a su apatía y su fatiga, depositaron la carga, los camelleros se acercaron y formaron una masa confusa alrededor de la escena. Rashid se levantó lentamente, adoptando una postura de tigre listo para saltar pese a su extrema debilidad. Uno de los hombres sacó un puñal.

La actitud de la muchedumbre que los rodeaba no era en absoluto amenazadora. ¿Cómo uno de aquellos hombres desarmados se atrevería a enfrentarse a los

soldados? Sencillamente esperaban, aplastados por el miedo, a que la cosa terminara… Pero en su número había algo impresionante, en su silencio algo inquietante.

—¡Vamos, moveos, moveos! —gritó el soldado, mientras se guardaba el arma en el cinturón.

La columna reanudó la marcha en aquel momento, muy oportunamente. Los dos hombres se fueron hacia delante tras lanzar una mirada de odio a Pharia y al niño que volvía a darle la mano.

Ella se juró no decir ni una palabra a Vincent. Sabía también que, si quería vivir, no podría quedarse mucho tiempo con los franceses.

—Gracias —murmuró a Rashid.

El niño no volvió los ojos hacia ella. Miraba hacia delante, el pelo lleno de tierra.

Le apretó la mano un poco más fuerte.

Cuando estaban ante las maravillas de Edfú, una vez más llegó la noticia de que los jinetes mamelucos no andaban lejos: no los de Murad sino los de Elfi Bey. Convendría capturarlos, convendría capturar cualquier cosa. Sí, dijo Desaix a Denon, una matanza calmaría a los hombres.

Tuvieron que atravesar una montaña de pizarra podrida, arenisca, cuarzo blanco y rosa, guijarros marrones y cornalinas blancas. Se les rompían los zapatos, y por las laderas resonaban los gemidos de los hombres que se lastimaban los pies y comprendían lo inútil que resultaban sus protecciones.

Luego la montaña se acercó al Nilo como si quisiera ahogarlo, absorberlo. Formaba como un templo de las dimensiones de la naturaleza: las huellas de los cinceles, la marca de los bloques arrancados de las paredes lisas, el cuerpo de una estatua recortada en la roca, las inscripciones que aún se veían por las laderas, todo daba testimonio del trabajo y la admiración de los hombres que habían tallado aquella roca veinte o treinta siglos atrás.

A varios pasos de aquel lugar el río se hacía más estrecho, más nervioso. Ya no era el ancho río indolente que habían conocido al norte. Parecía más bien un torrente embravecido, de una energía devastadora. Bajo el sol del mediodía, bajo el cielo de un azul denso, casi negro, semejaba un mar encharcado en medio de la tierra que intentara abrirse paso dando empujones líquidos.

Los hombres apenas tenían sitio para pasar, por lo que la columna se había estirado indefinidamente; los jinetes habían desmontado y llevaban a los caballos de la brida; los porteadores, empapados en sudor, se afanaban en vaciar los carromatos. Un gran peñasco les obstaculizaba el paso. El río rompía en él formando olas infatigables cuyo estruendo ahogaba las órdenes, los relinchos de los caballos, el chirriar de las ruedas. Los gritos e insultos no cesaban. Sobre el peñasco se hallaba

apostada una extraña tropa de guerreros armados de manera heteróclita. Algunos iban totalmente desnudos, otros blandían un sable o un escudo, otros incluso un fúsil. Sus cuerpos negros brillaban como los de luchadores. Aunque no podían ver la extensión total de la columna, no parecían asustados. Resultaba difícil creer que aquel puñado de hombres armados como para un carnaval, por belicosos que fueran, quisiera plantar cara seriamente al ejército de Desaix.

Belliard envió a dos guías e intérpretes. Hablaron, conferenciaron, regresaron.

—Dicen que hemos de volver mañana, y cada día durante dos meses.

Belliard miró a los oficiales que lo rodeaban, y a Denon y a Vincent, para asegurarse de que lo había entendido bien. El asombro y la posterior irritación les impidieron echarse a reír.

—¿Qué demonios significa eso?

Vinieron entonces algunas explicaciones bastante embarulladas sobre el carácter sagrado del paso o del peñasco, la presencia de un escarabajo del que debían alejarse y otros trucos de magia que los franceses no sabían apreciar, sobre todo cuando estaban sufriendo hambre y sed.

—Tienen cinco minutos —dijo Belliard, que de inmediato puso en posición a un destacamento de infantería de doscientos hombres, cuidando que las armas brillaran al sol para que los guerreros las vieran bien.

Fue inútil. Con una rabia multiplicada por la sensación de absurdo, los franceses iniciaron el asalto. Fue una matanza fácil y triste en la que no tuvieron que lamentar más que un herido por accidente: un tobillo torcido al escalar por las rocas. Pero cuando alcanzaron la cima, comprendieron la obstinación de la tribu. Abajo, en la llanura arenosa, contemplaron el desastre de una huida en la que los últimos hombres válidos degollaban a sus mujeres, y las mujeres a sus hijos…

Cuando Vincent llegó a su vez a lo alto de la peña, lo entendió de inmediato. Lo que aquellos hombres querían no era tanto luchar como retrasar el momento en que, fieles a su reputación, los franceses destruyeran su pobre aldea de cabañas, saqueasen sus reservas y violasen a sus mujeres e hijas. Al bajar la pendiente, intentó impedir que una madre mutilara a su propia hija: con la hoja del cuchillo ya le había arrancado la nariz y tenía las manos llenas de sangre, mientras un quejido se escapaba de los labios de la niñita que no se defendía, no protestaba. En cuanto a la madre… Vincent no olvidaría aquellos ojos: carecían de toda expresión, casi en blanco, como si ya hubieran caído en el otro mundo.

La matanza y la huida no duraron más de unos minutos, pero parecieron interminables a todos los participantes, pues cada cuadro que se ofrecía a la vista era desolador. Dos cabañas terminaban de consumirse, y los habitantes habían tenido tiempo de contaminar los víveres para evitar que los franceses se hicieran con ellos. El suelo estaba sembrado de cadáveres de hombres y animales, y los moribundos

gemían. Un chiquillo yacía con un velo de sangre cubriéndole el cráneo partido, tumbado como si durmiera, rodeando con los brazos una oveja cuyas entrañas estaban esparcidas por el suelo.

Cada soldados pensaba: «Yo no quería esto…», pero todos apretaban los labios mientras recordaban que, en efecto, habían violado, saqueado y matado, y que aquella tribu —junto a la cual habían estado dispuestos a pasar en paz— no había imaginado solamente las atrocidades cuyo rumor los precedía. Cada soldado contenía las lágrimas y hacía de tripas corazón repitiéndose que aquello era la guerra, y que la guerra es dura.

El único ser todavía vivo, aparte de algunos animales miserables, era una niña de siete u ocho años que se retorcía de dolor como si fuera víctima de convulsiones. Los soldados intentaron acercarse a ella, pero echó a correr huyendo y los hombres dudaron en seguirla. Desaix, descubriendo de un vistazo la gravedad del desastre, dio una orden breve, exasperada.

—¡Cogedla, maldita sea!

La niña se agitaba, como poseída por el diablo, mordía, arañaba y lloraba, y los soldados, confusos, no sabían qué hacer. Denon se acercó y fue el primero en darse cuenta. Le habían cosido el sexo, de manera grosera y brutal. No había que buscar más lejos el origen de sus convulsiones.

La contraoperación que se le practicó de inmediato tal vez no hubiera sido aprobada por el médico jefe Desgenettes, pero no se pudo hacer nada mejor en aquel momento. Vincent entrevió con cierta sorpresa cómo Denon se transformaba en cirujano primero y cómo luego cogía a la niña en brazos y la bañaba él mismo en el agua del Nilo.

Todos los soldados miraban y ninguno dijo una palabra.

Los gestos de Denon eran delicados, y Vincent se emocionó al verlo tocar con dulzura, por fin, otra cosa que no fueran sus lápices y el papel.

Cuando la sacaron del agua, la niña ya estaba en pie.

Denon hizo una seña para que se llevaran su caballo.

Junto a la columna que se ponía en marcha sin hacer mucho ruido, Vivant Denon caminaba lentamente, la mirada perdida bajo su sombrero negro, con una herida en el corazón y una niña herida cogida de la mano.

Desde que habían partido de Luxor, no corría más rumor que el de la desaparición de Michelet. Había quien hablaba de secuestro, de asesinato; otros decían haberlo visto en un jardín alejado del pueblo comiendo guayabas y mangos con una muchacha a quien besaba en la mejilla y la boca. Vincent callaba. Ni siquiera dijo nada a Denon. Pensaba en Frédéric y en Rashid, y se preguntaba por qué había dejado desaparecer en la noche al hombre de ojos grises. Bajo sus párpados ardientes ya no

hallaba razones para su tranquilidad, su indiferencia: si lo tuviera entre sus manos y le hiciera confesar la verdad, la auténtica, la de sus crímenes…

Con tanta frecuencia como podía, se iba hacia atrás para estar cerca de Pharia. No necesitaba hablarle ni tocarla, ni siquiera verla: le bastaba estar seguro de su presencia, de su mirada que lo buscaba, de la sonrisa tímida que podría leer en su cara solamente con volver la cabeza.

La esperó al otro lado de unas rocas desprendidas, atrapando al pequeño Rashid en sus brazos y sosteniéndola a ella por la pura delicia de tener fugazmente su mano en la suya, al tiempo que ignoraba los murmullos y las burlas que se elevaban desde las filas de la tropa. Ante ellos se extendía un desierto sobre el cual unas leves huellas de gacelas dibujaban una elegante geometría.

—¿Cuándo? —preguntó en voz baja.

—Pronto…

—¿Mañana?

—Sin duda…

—Dime qué veremos.

—Verás una isla formada en un recodo del Nilo. El agua es de una maravillosa nitidez y los muros y las columnas del templo, a mediodía, se reflejan como en un espejo. Un poco antes encontraremos el pueblo de Asuán frente a la isla Elefantina y la primera catarata donde el Nilo se quiebra.

—Pero ¿nos separaremos en Filé?

Ella asintió con la cabeza, como si un destino contrario le aplastara la nuca.

—¿Por qué, Pharia?

Entreabrió los labios para responder, y estaba deliciosa así, con la amplia camisa de algodón blanco que cubría aquel cuerpo tan ágil que había descubierto unas noches antes y cuyo recuerdo, de pronto, lo desgarró por dentro.

—Te lo diré —dijo finalmente.

Vincent se emocionó, aunque mantuvo la voz firme.

—Esta noche —insistió él—, estaremos juntos pase lo que pase.

—¿Cómo lo haremos?

De repente, aquella diosa que lo guiaba y lo ayudaba a juntar sus pedazos era una jovencita tímida, asustada por la violencia de su deseo. El orgullo le hinchó el pecho.

—Nadie me retirará esta noche.

Habló como un general antes de la batalla, con un énfasis ridículo e irresistible.

Ella asintió con la cabeza.

Tras la larga franja de arena llegaron los campos de trigo, y luego las miserables cabañas de la tribu de los Barrabas, entre los cuales los soldados, extenuados y hambrientos, buscaron en vano alguna fechoría que realizar. También aquel pueblo

estaba abandonado. Habían acogido la llegada de la caravana con un estallido de alegría: una vez más lo que habían encontrado en las alforjas amontonadas en los camellos era mantequilla y se habían tenido que conformar con hacer buñuelos con la poca harina que les quedaba.

Se encendieron hogueras y brotaron canciones, cuentos y risas. El camino se había alejado del Nilo y, a pesar de la sed ardiente que estallaba al término del día, nadie tenía valor para arrastrarse hasta la orilla del río, a una legua del lugar. Por la noche enviaron un destacamento a buscar un pozo, a punta de sable. Vincent y Pharia se eclipsaron tras sus pasos, seguidos por la mirada sombría del niño Rashid, que pasaba sus finas y despellejadas manos por encima del fuego.

Pronto dejaron que se perdieran en la noche las antorchas y las voces del grupo de franceses. Pegados el uno al otro, se refugiaron en el primer abrigo que la oscuridad les ofreció: una barca varada lejos del río, como arrastrada por una antiquísima marea.

A la quilla le faltaban varios tablones, pero el fondo estaba liso y seco. Se tumbaron, envueltos en el abrigo de Vincent.

Al principio fueron incapaces de decirse una palabra: se comieron con los besos contenidos durante tantos días y tantas noches, se saborearon para saciar una sed más terrible que la propia sed, y sus cuerpos chocaron sin gracia, con la pura brutalidad del deseo. Las manos de Vincent se aplastaban en el cuerpo de la muchacha, amasándolo con deseo, tristeza, amor y todas las emociones que lo habían asaltado en las últimas semanas.

El pantalón de Pharia y su túnica rodaron como un trapo y él se zambulló en ella, nadando con la misma libertad que en el lago sagrado, haciéndole sentir en cada movimiento su dominio sumiso, su suave violencia. Ella le rodeaba la cintura con las piernas y él no dejaba de extrañarse de su agilidad, se alimentaba de ella, no se cansaba de jugar. Ella empezó a murmurarle algo al oído, pero él no intentó entender: eran palabras que eran ruiditos, cantos de pájaros, gemidos de mujer, gritos apagados. La sintió crisparse bajo él y tensarse hasta el infinito, y cuando ya estaba a punto de caer, ella le cogió el labio y se lo mordió, lo mordió con una dulzura animal, lo mordió hasta hacerle sangre, dándole a la boca un sabor a muerte y a placer.

Vincent la apartó y deslizó la boca hasta su sexo para beber de ella. La muchacha quiso impedírselo pero su resistencia se convirtió en estremecimiento cuando la forzó y volvió a subir entre sus muslos. Le lamió el sudor sobre su suave piel y algunos granos de arena. Pharia sabía a todas las frutas, la fuente misteriosa del jugo que podía alimentar su boca por siempre; también tenía el sabor de la sangre que latía, que fluía bajo su lengua y sus labios.

Estaban inmersos en su propia travesía del mundo. ¿Qué podía haber al otro lado de aquella borda carcomida por el polvo y el olvido? ¿El océano, el río, un desierto,

campos? ¿Qué corrientes podrían horadar la quilla? Estaban juntos e inmóviles, temblando de un calor helado, deslumbrados por haberse encontrado, aterrorizados por perderse.

Cuando él la besó de nuevo, se mezclaron sus sangres y sus lágrimas, el sabor del otro se confundía en un abrazo que no terminaba nunca, el dolor era gozo, el placer sufrimiento.

Se dio la vuelta, apoyando la espalda en el fondo de la barca, sus ojos yendo de los ojos de Pharia a las estrellas. ¡Qué liviana era encima de él! La levantó como una ofrenda y la atrajo de nuevo hacia sí, la dio y la tomó en un solo movimiento. El rostro de la joven se había vuelto hermético, minúsculo como una cabeza de alfiler, concentrado en disfrutar sin fin de su caricia, de su dolor, de sus embestidas.

En el momento en que iba a gozar dentro de ella, Vincent se incorporó, la rodeó con los brazos y empezó a recorrer su frágil espalda con los dedos, como si tocara una música al piano. No era una melodía virtuosa ni una sucesión de acordes coloridos; eran aquellas cuatro notas, siempre las mismas, que tocaba y dejaba sonar.

Se quedaron quietos, sus cuerpos enlazados perdidos en un balanceo inmóvil.

Se separaron pero no se separaron: piel con piel, mano con mano, aliento con aliento permanecieron largo rato el uno dentro del otro. Sus cuerpos todavía ardientes absorbían el sudor. Se susurraban «te quieras» como si la noche pudiera oírlos.

Después de vestirse el uno al otro con delicados gestos, descendieron de su barca lunar. Una franja de arena los condujo hasta el refugio de dos grandes rocas de granito.

—¿Y ahora? —preguntó Vincent, sorprendido por la violencia de las palabras que se atropellaban en su garganta.

—Pasarás la entrada del templo de Filé y sabrás lo que debes saber.

—¿Y después?

—Me dejarás aquí y seguirás al ejército.

—¿Por qué no vienes tú? ¿Por qué no me puedo quedar contigo?

—No te puedes quedar porque tú eres el viajero, el mensajero, y tu camino no habrá terminado hasta que no hayas realizado lo que está dicho.

—¿Y tú? ¿Acaso quien lo dice te prohíbe venir conmigo?

—Nadie me dice nada, Vincent, nadie me prohíbe nada: solamente sé que, aunque lo quisieras con todas tus fuerzas y toda tu alma…

—¡Pero eso es lo que quiero! ¡No quiero nada más!

—Aunque así lo quisieras, nosotros también hemos llegado al fin del camino. No puedes protegerme en cada momento de los hombres de tu ejército y, suponiendo que logremos regresar hasta Alejandría juntos, te será imposible hacerme embarcar. Tendré que mirar cómo se va tu barco desde un muelle, oculta detrás de una carreta para que nadie vea mis lágrimas. No lo conseguiré. Prefiero…

—¿Prefieres?

—Prefiero dejarte aquí, en este maravilloso lugar al que has venido a buscar tu verdad.

Las palabras se ahogaban en la garganta de Vincent. Aquella mañana, aquella misma mañana aún, era tan sabio… Y ahora ya no era más que un joven desamparado que se tapaba los oídos para no oír lo evidente.

—Debes aceptarlo, igual que aceptas lo demás.

Hizo un terrible esfuerzo por no soltar un grito de cólera y despecho. Se mordió los labios, pero esta vez, junto con el sabor de la sangre, notó el de la bilis y tuvo ganas de vomitar.

—Me has seguido sin saber lo que venía después. Tienes que seguir haciéndolo…

—¿Qué habrá después?

—Si solo escuchas tu sufrimiento de hombre, no habrá más que soledad y recuerdo…

—¿Puedo oír algo diferente?

—Tal vez.

Esa duda le hizo latir el corazón, le devolvió la esperanza.

—Hay otra voz, una voz escondida que yo misma no estoy segura de comprender bien. Pero esta voz dice que, aunque separados, no nos separaremos nunca…

—¡Qué felicidad verte en sueños!

—Deja la amargura, olvida la ironía… Esta voz dice que, si hemos recorrido tanto camino para encontrarnos, no puede ser un camino inútil.

Vincent calló. Su corazón era un torbellino. Todavía estaba lleno de rebelión y cólera, y de una furiosa resignación; pero también se insinuaba en él una esperanza, frágil, insegura, sin rostro. ¿Qué quería decir?

—Qué felicidad verte en sueños…

Repitió las palabras pero, esta vez, no estaban impregnadas de dolor. A su memoria volvieron las palabras que él mismo había pronunciado, al final de su explicación a Michelet: y si solo fuera un sueño… aunque solo fuera un sueño, preferiría este sueño a la vida…

Y si creyera en ese sueño, entonces el sueño podría convertirse en realidad.

Por la frente le corría un poco de sangre y Pharia, con sus dulces labios, se la lamió. Luego retiró la astilla que se le había incrustado en una joven arruga y le envolvió la cabeza con un trozo de tela blanca.

—Parezco un pirata perdido en tierra —dijo él.

—Pareces el hombre al que amaré siempre.

Sus pálidas sombras regresaron hacia las hogueras.

Nadie los había visto salir, nadie los vio regresar, excepto el pequeño Rashid, acurrucado contra el vientre de una cabra, y por cuyos párpados casi cerrados pasaba

un hilillo de luz.

# 8

A mediodía cayó el primer caballo.

El impacto levantó una gran polvareda, y el jinete que lo llevaba de las riendas se apartó para no quedar aplastado. El animal estaba cubierto de espuma blanca y temblaba de arriba abajo. Con la mirada sombría, dura, el joven suboficial disparó un tiro para poner fin a sus sufrimientos. El eco resonó a través de las montañas de granito hasta el río, donde se perdió.

De inmediato, un agente de enlace llegó con una orden del general Belliard: para ahorrar municiones, quedaba prohibido rematar a los caballos. La sensación de injusticia hizo correr por la columna un fugaz viento de rebelión, pero la fatiga, el abatimiento y el calor fueron más fuertes: siguieron avanzando.

El suelo era una corteza de arenisca que se desmenuzaba bajo los pies, haciendo tropezar a hombres y caballos.

«¿Estamos lejos?», era la pregunta que corría por todos los labios resecos.

Los oficiales, tan agotados como sus hombres, no se molestaban ya en responder, ni siquiera en levantar un brazo para señalar la mole de una montaña, al sur.

Las pausas eran numerosas pero no descansaban. Los soldados caían desmoronados en el mismo sitio en que recibían la orden de alto; se absorbían entonces en realizar los contados gestos que aliviaban lo poco que podían aliviar. Se comían el último dátil de la última ración: su sabor azucarado era más asqueroso que nunca, y ni jarras enteras de vino blanco de Turena podrían saciar la sed ardiente que les quemaba los labios, la garganta, el vientre hinchado. Ya no sabían qué les dolía más, desde los ojos inflamados hasta los pies que sangraban envueltos en jirones de tela.

Cuando llegaron a un desierto sintieron casi alivio: sus pasos se imprimían en la suave arena al lado de las huellas de los animales. Luego apareció una calzada antigua, señalada por el alineamiento rectilíneo de grandes piedras. «Nos acercamos a Asuán», «Asuán está a una legua», eran palabras que no animaron a los hombres, apenas les dieron la fuerza para levantarse y continuar.

En medio de la noche que caía, la columna no era más que un repiqueteo de espadas, un rumor desolado de pasos que se arrastraban y de hombres que jadeaban. Ni una conversación, ni un canto, ni siquiera una protesta. «Un paso más» era todo el esfuerzo que los hombres realizaban.

Llegaron a una vasta extensión de hierba: aunque la ciudad estuviera cerca, tenían que detenerse para alimentar a los caballos si no querían perder más. Desde Edfú ya habían caído veinte.

Vincent apoyó la oreja en la hierba, pensando que se levantaría al cabo de un instante para encontrarse de nuevo con Pharia y el pequeño Rashid. Cerró los ojos.

Se quedó dormido.

Lo primero que vio al despertar fue la vela blanca de una faluca que, impulsada por una brisa regular, cruzaba el Nilo a contracorriente en dirección a una islita verde en cuyo extremo se alzaba un elegante pórtico.

Allí todo era suave. Incluso el Nilo, más estrecho y más azul, adquiría el aspecto de un río acogedor. El pueblo de Asuán estaba formado por casas de piedra y calles rectas, y su llegada provocó una amistosa y alegre efervescencia que hizo florecer, como por arte de magia, un agradable comercio.

Los soldados erigieron una columna militar al norte del pueblo, en un sendero de árboles. En ella se leía: «Carretera de París número once, ciento sesenta y siete millas trescientos cuarenta». Nadie pasaba por delante sin sonreír y sentir un pellizco de nostalgia.

Vincent siguió a Denon que se aposentó en la casa del *kiashef*, una bonita vivienda de piedra de habitaciones abovedadas y ventanas abiertas que daban a la pequeña isla florida que llamaban Elefantina. Aparecieron los artesanos y, al igual que en El Cairo, les fabricaron camas, mesas y sillas, mientras que la abundancia de esteras, alfombras y almohadones les prometía el confort del que habían carecido durante tantas semanas.

Denon escupió el gajo de limón que llevaba en la boca.

—Con agua y azúcar —comentó— podría ser una limonada aceptable. Se necesita imaginación y optimismo para sobrevivir en este desierto. ¿Y ahora qué?

—¿Ahora?

—¿Acaso no estoy ahora a tus órdenes?

Vincent rió tristemente.

—Vaya a dibujar, amigo mío, querido maestro. Ya le avisaré cuando llegue la hora.

—Muchacho, tienes unas dotes de mando que no te conocía. Desaix nos ha dejado para perseguir a Elfi Bey. Debería haberte confiado el ejército a ti en vez de al excelente Belliard: estoy seguro de que tu autoridad natural haría maravillas.

La burla no le impidió preparar la cartera y disponerse a partir.

—Seguramente tú y yo —añadió— somos los únicos que estamos felices de establecernos aquí.

Vincent apenas podía mantener la sonrisa jovial que convenía a las conversaciones con Denon.

—¿Qué ha sido de la niña? —le preguntó finalmente.

Desde aquella terrible escena no habían intercambiado ni una sola palabra al

respecto.

—Le he encontrado una familia aquí, en Asuán.

Vincent sonrió ante aquella evasiva generosidad, que no quería complacerse en sí misma. No insistió.

Cada hora del día que pasaba lo acercaba al momento de su separación de Pharia. Sintió el impulso irreprimible de contárselo a Denon. Pero este ya se había ido en medio de un torbellino de entusiasmo.

A pasos lentos Vincent se dirigió a su vez hasta la orilla, ignorando gritos y llamadas. La vista era placentera, tanto que aquel lugar podría muy bien ser una de las imágenes del paraíso.

La suavidad de las manos de Pharia, la humedad de sus labios, el amor oculto en sus palabras, todo se le hacía presente y todo se alejaba: su corazón estaba lastrado por la espera y el dolor futuro.

Llegada la noche, Rashid, el niño, fue a buscarlo.

Lo montó delante de él en el caballo y salieron al paso por la carretera del Norte. Vincent iba callado, una mano en las riendas y la otra mano en el vientre del niño, que palpitaba como el de un pequeño pájaro.

La carretera de tierra estaba jalonada por bloques cubiertos de jeroglíficos.

Más allá de las cataratas, la naturaleza se volvió caótica, y tuvieron que pasar por unas rocas por las que resbalaban los cascos de los caballos. Por encima de ellos parecían amontonarse bloques de granito que amenazaban en todo momento con perder el equilibrio. El niño apenas los miraba.

Se detuvieron en el meandro del Nilo donde se hallaba la pequeña isla. Tendida en la arena vieron una sombra: era un hombre silencioso, inmóvil, cuya mirada ya no los veía. Estaba desnudo, excepto por una túnica que dejaba al descubierto sus piernas flacas y unas sandalias de madera que todavía llevaba atadas a los pies con correas. A su lado yacían, abandonados, un odre, galletas y tabaco: nunca más bebería, nunca más comería, nunca más fumaría, pero aún seguía unido a la vida por el hilo de aquella atención que dirigía a la isla. Su cuerpo flotaba ya en espíritu en la barca de los muertos. El pequeño Rashid cogió el tabaco y se lo metió en el bolsillo con afectada indiferencia.

La faluca estaba anclada cerca de unas rocas de granito rosa. Saltaron dentro; Vincent recordó por un momento aquellos relatos maravillosos en que una barca mágica espera al caballero, al término de la última prueba de su búsqueda, para llevarlo hasta su dama.

El desorden de los templos que se recortaban ante él quedaba acentuado por la masa de rocas que parecían querer asaltarlos desde un extremo de la isla. En la piedra se habían excavado varias viviendas en las que se veía oscilar la llama de unas pobres

hogueras. A un lado de la isla, el río fluía a lo largo de una suave pendiente salpicada de palmeras, mientras que en el otro las olas rompían contra unos muros bien construidos que semejaban una fortaleza.

La luna brillaba aún bastante para lanzar sus blancos peces en el agua negra. Rashid saltó con habilidad de la proa a la popa, ahora izando la vela, ahora irguiéndose en el timón, la mirada siempre fija delante como un marino en alta mar.

Vincent hubiera querido que la travesía no terminara nunca; dejó correr la mano por el agua, donde, de vez en cuando, aparecía y se perdía el reflejo cobrizo de un fuego perdido en lontananza. La brisa hacía restallar la vela y el mástil chirriaba. Cuando se divisó el embarcadero de piedra, le invadió la soledad, y un velo de bruma y de lágrimas lo separó del niño, que arrió la vela y dejó que la embarcación se deslizase por su propio impulso hasta la orilla.

Vincent se puso en pie y saltó a tierra, la mente en blanco. La isla le pareció desierta y virgen como al principio del mundo. El niño se quedó sentado a bordo, en una banqueta de madera, fumando sin mirarlo, dispuesto a esperarlo en la cálida noche aun sin decírselo.

Vincent echó a caminar, con los brazos un tanto separados del cuerpo, por un sendero estrecho que subía levemente formando curva. Iba mirando al suelo y, cuando levantó la vista, se halló frente a una vasta explanada. Vio las columnas rechonchas de un templo romano a la derecha, pero no le hizo caso: quería seguir adelante, a través del espacio oscuro de aquella plaza de anchas losas medio cubiertas de arena. Al fondo se alzaban los dos altos muros que señalaban la entrada del gran templo, más allá de los cuales vislumbró un patio bordeado de una columnata.

A cada paso que daba bajo el cielo, tenía la impresión de acercarse a un vacío espantoso. En Dandara estaba con Pharia, aquí estaba inmerso en una soledad que resonaba y cuyo eco se perdía en él.

La sombra de un ave nocturna se deslizó por encima de su cabeza y Vincent se estremeció sin dejar de caminar, aunque sus débiles piernas apenas lo sostenían.

Un obelisco de dimensiones parecidas a los que había visto en Luxor yacía no lejos de su zócalo. Otro gigante caído… Se arrodilló y pasó el dedo por las líneas de piedra de los jeroglíficos. Cuando descubrió los caracteres inscritos en uno de los brazos de su cruz, no le tembló la mano. Desde el semicírculo y el halcón hasta el triángulo y el león sentado, todo estaba en aquella forma cilíndrica parecida a un cartucho de fusil. Buscó la otra inscripción en varios puntos, pero cada vez su esperanza se vio burlada.

A pesar de todo, continuó pasando el dedo por la piedra incansablemente, y todo quedó grabado en su memoria sin esfuerzo. Aunque inmóvil y con los ojos cerrados, sentía un movimiento interior irresistible.

Grabó la piedra lentamente, como si fuera una materia viva que su cincel no

tuviera derecho a herir. Cada uno de los signos que trazaba era completo, y cada uno era la parte de un todo; lo mismo pasa con cada hombre, ser único, parte del todo. El trance lo arrastró: no dejó de ser el que era, pero al mismo tiempo se convirtió en el que había sido o el que soñó haber sido. Las palabras que salieron de sus labios quizá no tuvieran ningún sentido, pero eran las que llegaban hasta él a través de la materia, el espacio, el tiempo.

Los sacerdotes me honraron con su confianza y me volví humilde y sumiso. En otro tiempo había sido orgulloso y envidiaba a quienes podían entrar en el santuario. Después fui yo, muy pronto, demasiado pronto, quien recibió el honor de servirlo. Ahora que penetraré en él por última vez, siento que la edad hace crujir mis huesos, siento que el frío hiela mi negra sangre.

En el zócalo del obelisco estoy grabando las mismas palabras en la lengua nueva, la de los griegos. La entiendo y la hablo, pero para mí no tiene el poder de la lengua de nuestros antepasados, la lengua de la tradición que muere cada día y que, sin embargo, vive en mí, que vive cada día y que, sin embargo, muere en mí. Soy el último.

Las primeras piedras que me tiraron y los perros que enviaron para morderme me hicieron sufrir, y la humillación me hizo derramar lágrimas. Ahora miro las estatuas derribadas, el tesoro saqueado, los campesinos que cuecen el pan en los muros del templo, tapando con el humo negro las inscripciones sagradas, con una tristeza que crece y me invade.

Soy el último.

Aprendí que los secretos se transmitían de generación en generación, pero yo, en este mundo que se ha vuelto tan extraño, no he transmitido lo que sé a quien debía hacerlo. ¿Cómo ha podido ocurrir? No sé lo suficiente para decirlo. ¿Por qué soy el último? Tampoco lo sé. La ignorancia vence en mí del mismo modo que la oscuridad vence sobre la luz. Pronto, cuando el sol se oculte tras la isla de Filé, no quedará ya nada.

Por ello me apresuro a trazar los signos en griego: soy el último.

Mientras la noche cae sobre mis ojos, me parece saber que algún día otros hombres vendrán y harán este camino en sentido inverso, partirán de los torpes signos trazados por un ignorante, un viejo que no tenía más que una vaga idea de los antiquísimos misterios y que tan solo había conocido los últimos fuegos de la gloria de la tierra de los faraones.

En los primeros tiempos no me gustaba penetrar en el santuario de la diosa Isis: me sentía un intruso, hasta cuando tenía que expulsar con gritos e imprecaciones a los que venían a comerse sus tortas de maíz o, incluso, ¡profanación suprema!, a copular como perros.

Preferí pasar por loco.

Con ello no conseguí el reposo de espíritu —pues perdí el sueño, y mi reposo no es más que un vacío en el que me hundo brevemente antes de volver a emerger, con babas en los labios y el cuerpo dolorido—, sino más bien cierta benevolencia por parte de estos salvajes que han perdido la pureza egipcia. Ahora vienen a tocarme como a un escarabajo divino, sienten por mí la cómica veneración que se siente por el babuino, así como el miedo que se le tiene al chacal.

Me dan de comer y de beber, me cuidan cuando me hago daño y, sobre todo, ahora dejan vacío el santuario. Me hacen ofrendas de fruta y carne, y no las rechazo, pues con la edad mi apetito no disminuye; cuanto más como, más se reseca mi cuerpo, más se atrofian mis músculos, más parece mi piel un saco vacío, más como para llenarme.

Sé bien que cuando me muera me enterrarán sin tardanza con oraciones paganas e invocaciones a esos nuevos dioses cuyo nombre apenas conozco, y que harán que desaparezca todo cuanto las generaciones antiguas adoraron.

El sol descenderá detrás de la isla de Filé por última vez. El Nilo saldrá de su cauce por última vez. Isis modelará el miembro de Osiris en el fimo por última vez y, por última vez, Horus —¡gloria a su rostro!— desplegará sus anchas alas y alzará el vuelo.

De mi cuello, tan delgado como el de un pollo, cuelga la cruz que llamaban, lo sé, la llave de la vida. Los nombres que lleva son los de los últimos soberanos, no los más grandes, los más gloriosos, sino los últimos que veneraron a nuestros dioses, como yo soy el último de los sacerdotes.

Pongo su nombre en mis labios mientras me arrastro de rodillas a través de las columnas hacia la suave luz del santuario de la diosa.

Les rezo lastimosamente, miserablemente, les rezo en la luz que se apaga mientras me acerco al santuario, arrastrándome como una serpiente a la que se le cae la piel muerta, despedazándome los huesos, buscando en el fondo de mi flaqueza, de mi debilidad extrema, las últimas llamas de la antigua fuerza.

Soy el último.

No tengo miedo al vacío que se abre ante mí, y el murmullo de mis labios fluye por la piedra, remonta hasta su fuente para morir y para nacer.

Soy el aliento, la brisa de la noche que agita la llama de la vela pero no la apaga, la que pasa sobre las brasas y las aviva, soy el suave frescor, el calor naciente, lentamente hago que se evapore una gota de sudor en una frente, paso sobre la mano del enfermo ardiente de fiebre y ya no lo calmo y, sin embargo, yo soy ese aliento, soy el aliento que muere sin querer morir, que termina sin terminar.

Isis, hija de Isis, exhalo mi suspiro con tu nombre. En sueños me sumerjo en un agua que torna mi piel suave y fresca como la de un joven de cuerpo tenso y

musculoso.

Mis dedos hurgan en mi pecho, se abren paso a tientas, como hormigas, y encuentran mi cruz de plata. Cuando llegue el momento, diré al mensajero las palabras necesarias para hallar la vida.

Vincent salió del trance como si hubiera tomado una potente droga, con la lengua pastosa, el cuerpo lento, los pasos inseguros.

Cruzó el gran patio tambaleándose, y pasó los muros y el obelisco sin mirarlo, sin darse la vuelta.

No tenía ganas de poner palabras ni pensamientos a lo que acababa de vivir y cuyo recuerdo latía en él como una potente pulsación de vida.

En el embarcadero de piedra, el pequeño Rashid lo estaba esperando en la faluca.

# 9

En la mañana fresca, color de Nilo azul pálido, Denon estaba mirando la isla Elefantina con el trasero metido en el agua. Era el único alivio físico a los picores que lo atormentaban desde que había llegado a Asuán, pero era, sobre todo, el puro goce de bañarse contemplando, con los ojos entornados y el ala del sombrero levantada, el paraíso en la tierra: como un jardín, concebido solo para él, en medio de aquellas ruinas que lo estaban esperando. Mientras la luz se iba haciendo cada vez más viva, Denon grababa en su imaginación cada uno de los detalles: el templo cuadrado decorado con una galería de pilastras, el color terracota de los restos de ladrillos romanos, un bosque verde esmeralda, la abundancia de plantas, la elegante silueta del sicómoro que dominaba el nilómetro.

Allí, como en todas partes, corría de un lado para otro para verlo todo y dibujarlo todo. Pero cuando se cansaba de buscar una barca para trasladarse a la isla, se dejaba acunar por el colchón líquido de la corriente, era un placer del que no se cansaba nunca. A veces, salía de la cama a media noche para saborearlo.

Vincent lo observaba desde la orilla, instalado con la majestuosidad de un señor en sus tierras. El espacio que le pertenecía era el que abarcaba su vista, y era suyo en virtud sencillamente del placer sensual, del goce que obtenía contemplándolo de la noche a la mañana y de la mañana a la noche.

—¡Ven!

Denon lo había llamado sin volver los ojos hacia Vincent, pero el muchacho no se asombró. Quitándose solamente las botas, se unió a su maestro en el fluir de la corriente.

—¿Y bien?

—He fracasado —dijo Vincent.

Denon se echó a reír sin poder contenerse.

El café se anunciaba como «Palais Royal». Las letras, adornadas con una flor de lis que más parecía una flor de loto, estaban trazadas con pintura roja en un tablón colgado de una acacia.

—Solamente aquí pueden permitirse este tipo de fantasías —dijo Denon.

Se sentaron uno a cada lado de una mesa coja, símbolo de la elegancia parisina, y bebieron un espeso café mientras comían dátiles.

—He fracasado —repitió Vincent, aunque con la sonrisa en los labios.

—Cuéntame.

Vincent se desprendió la cadena del cuello y la puso encima de la mesa, entre ambos. Dirigió la cruz hacia Denon y le señaló las inscripciones.

—Desde Malta he tenido la sensación de estar sometido a esta cruz. Creí que las dos inscripciones de estos cartuchos grabados en cada uno de los brazos eran la clave de un misterio… La primera la encontré en Dandara, en el muro exterior, luego la misma en Filé… Pero la segunda no la he encontrado en ninguna parte; y ahora estoy como al principio, como un niño que no sabe leer y al que le regalan miles de libros maravillosos que cuentan historias que no entenderá nunca…

Denon lo miró pensativamente.

—Yo no creo que estés, para decirlo con tus palabras, «como al principio». No, en absoluto, no son esas las palabras adecuadas…

Esta vez fue Vincent quien se echó a reír. Denon puso ante él su cartera de cuero y la abrió, extrajo los dibujos y se los mostró: la entrada del Nilo en Egipto, las vistas de Filé, de Elefantina, un anciano sentado, una mujer en un harén…

—Solo por esto —murmuró Vincent, admirado— ya valía la pena venir.

—Es mi libro de imágenes —dijo Denon, no sin cierta fatuidad desarmante—. Todo el mundo puede leerlo. En cuanto al otro, estoy seguro de que llegará el día…

Vincent volvió a coger la cruz y se la colgó al cuello. El vuelo de un ibis distrajo su mirada, y empezó a hablar con los ojos en la lejanía.

—Y, sin embargo, en la soledad de esta isla, la noche en que estuve solo, cuando no tenía ningún miedo de los habitantes, me encontré en el lugar que me estaba reservado; comprendí instintivamente todas las palabras que había oído, las del caballero, las del sacerdote copto, las de Pharia…

Al pronunciar su nombre, se le encogió el vientre y lanzó una breve mirada a Denon, en cuyas mejillas se marcaron los hoyuelos pero que no hizo ningún comentario.

—Y, sin embargo, he fracasado, ¿verdad?

—Ya lo has dicho tres veces, y las tres veces me has hecho reír. No, ya no eres el que eras cuando te tiraste a las ruedas de mi coche, aquel jovencito inocente que solo temía una cosa en la vida: llegar tarde a su siguiente clase de piano. Pero conservas algo de aquella ingenuidad, y ni todas las cosas por las que hemos pasado y que te han hecho crecer en estos desiertos y estas ruinas, ni los sufrimientos ni los placeres que has vivido la han destruido. Que Dios —¡tu querido Dios!— te guarde de la gente astuta e inteligente. Que Dios te haga creer ahora y siempre que, aunque el misterio todavía esté intacto, a ti te está reservado participar en su revelación, de una manera que siempre será un misterio para ti mismo… Y que si no se revela, si al fin tu nombre no tiene nada que ver en todo esto, que la duda no te corroa, pues tu mirada habrá estado aquí, siempre, conmigo, acompañando mi mano y guiándola.

—Estoy contento por ello y me someto gustosamente. ¿Nunca le he hablado de

mi mediocridad? Aquí la tiene, pero ya no me causa dolor. Lo que solía encontrar cuando pensaba en Dios, ahora lo he vivido: me resulta agradable abandonar toda esa pretensión que se había acumulado en mí, decirme que estaba hinchado de viento como los odres y que he sido útil cuando no pensaba serlo, siendo sencillamente yo mismo, y que mi «misión» tal vez era sencillamente vivir…

—Yo también he creído encontrar aquí un poder insólito que podría ofrecer al héroe Bonaparte para que sometiera a los hombres… Sí, yo tendría el cetro fulminante y se lo pondría en su puño y me llevaría detrás de él en su carro triunfal…

—¿Eso cree?

Denon apretó la mano del muchacho entre su vieja mano que, sin embargo, se conservaba tan joven, llena de la vida de sus dibujos: la sostuvo entre dos dedos, con la misma delicadeza que uno de sus lápices.

Vincent clavó sus ojos en los de Denon.

—¿Sabe? Tenía la extraña impresión de haber estado allí antes. Como si hubiera tenido un sueño. O bien como si yo mismo estuviera dentro de un sueño. ¿Cómo llamaría usted a un sueño dentro de un sueño?

Denon reflexionó un instante y, al fin, sin soltar la mano de Vincent, respondió:

—La vida.

Al caer la noche, los soldados hacían lo que los soldados «solían hacer»: cantaban y se peleaban, bebían y buscaban mujeres. Cuando estaban cansados, sus pesadas cabezas caían hacia un lado, y las ruidosas historias que se contaban se dislocaban y se esparcían en fragmentos, en borborigmos, en risas incoherentes. Se dormían sentados, masticando sena.

Vincent, en cambio, caminaba solo.

Había pasado por el palacio del *kiashef* a coger su bolsa y el piano mudo que llevaba al hombro.

Había dejado el sable y las pistolas, no tenía más que un puñal en el cinturón y una cinta blanca alrededor de la cabeza, como un pirata extraviado en tierra. «Eres el hombre al que amaré por siempre…»

Todavía no había repetido aquellas palabras y se le inundaron los ojos de lágrimas. Quiso contenerse, hacerse el hombre, pero al fin se abandonó. Durante un buen rato, a solas, sollozó, se sorbió los mocos, escupió, todo su cuerpo se derramó por la gran oleada de pesar que le invadía el pecho, inconsolable como un niño.

Poco a poco se le fue pasando y se calmó, recuperó el ritmo regular de la respiración. Se sacó la cinta blanca y se pasó un dedo por la cicatriz aún fresca donde Pharia había puesto sus labios. Se lamió el dedo: todavía tenía sabor a sangre.

Cuando se cruzó con una silueta, no pudo evitar imaginar que tal vez fuera ella. Tal vez había llegado e iba a reunirse con él… Vincent sabía bien que no; siguió

buscándola movido por una costumbre recién adquirida que lo ayudaba a vivir.

Pharia se había ido tal como había venido.

Pasó delante de las barcas y las falucas donde nunca dormía nadie. Las siluetas de los marineros se levantaban y lo llamaban, lo invitaban…

De pronto Rashid, el niño, apareció delante de él.

—Rashid, ¿dónde está Pharia?

El niño lo observó con aquella expresión que conocía bien, intensa y vacía. Vincent, sin embargo, estaba seguro de que lo entendía. Quizá él lo supiera.

—¿Dónde está Pharia? —repitió.

Sin contestar, Rashid le cogió de la mano y se lo llevó. Vincent le dejó hacer con un suspiro. Lo supiera o no, su ausencia no era menor.

Tomó asiento en una barca iluminada por dos pobres fanales cuyas luces oscilaban en la noche y no se apagaban. Con Rashid había otro niño: estaba tullido pero se desplazaba a bordo con una sorprendente agilidad. Apenas intercambiaron unas palabras.

La noche los aspiró: Nilo de agua negra de últimos reflejos rojos, Nilo de plata tejido de hilos de oro, Nilo de agua azul oscuro que recogía en el hueco de las manos. No se preguntó por qué el niño lo conducía, ya no creía estar en el camino del misterio que le llevase a descubrir el gran secreto.

En la barca, Vincent rasgaba la noche, el aire fresco corría sobre su piel, el agua jugaba con sus dedos, la perezosa brisa de la noche hacía restallar la pesada vela mientras los dos niños murmuraban.

Navegaban, en la noche joven, eternamente.

Sacó el piano y, como quien recuerda unas caras, tocó algunas de las notas de las melodías que lo habían acompañado en aquel viaje, unas contestando a las otras con unos arreglos que nunca serían tan hermosos.

Se detuvo en las cuatro notas que repetían hasta el infinito el aria de Pharia: aquella melodía rota que había tocado mientras esperaba que él saliera de la inconsciencia, la víspera de Dandara. Luego cogió el piano entre los brazos, lo cerró y lo lanzó al Nilo.

Regresaron al muelle. Vincent estaba lleno de paz. Sus ojos ya no lloraban más que por la falta de viento.

Dio unas monedas a los niños, que no le sonrieron. El tullido se alejó y Rashid se quedó frente a él, con la mirada del primer día, cuando Desaix le perdonó la vida. ¿Quién lo había inspirado? El Único, el Poderoso…

Vincent se dispuso a partir cuando el niño le tiró de la manga: le puso un objeto en la mano y salió huyendo.

—¡Rashid!

Pero a Rashid ya se lo había tragado la oscuridad: era como querer detener la brisa en las hojas de las palmeras.

Vincent se acercó el objeto a los ojos: era un sobre que llevaba escrito su nombre.

No lo abrió.

Se lo metió dentro de la camisa, pegado a la piel, pegado al corazón.

Caminó por la orilla, alejándose hacia la salida de la aldea, donde ya no había barcos, ni hombres, ni niños, donde la punta de Elefantina y su templo casi desaparecían.

Donde estaba absolutamente solo.

Se tumbó a la orilla del Nilo y se dejó envolver por la noche. Pensó en los niños de Egipto: en Rashid, el silencioso, en la niñita en brazos de Denon.

Al día siguiente o dentro de unos días emprendería el camino de regreso: en las orillas cenagosas, en el horno del desierto y hasta en las calles de El Cairo, si llegaba, llevaría en el corazón la tristeza y la sonrisa de todos ellos.

Si aquel debía ser el único tesoro que se llevase de Egipto, para él sería suficiente…

# SEXTA PARTE

# LA LLAVE DE LA VIDA

# 1

En las puertas de las casas de El Cairo, obedeciendo la recientísima ley francesa, se habían colgado farolillos para alumbrar lo que, durante siglos, había permanecido en la penumbra. Por los callejones llenos de balcones que se tocaban, en las puertas debajo de los minaretes, corrió el rumor de que llegaba la peste, de que ya estaba en el delta —la peste que, casi por sí sola había hecho retroceder a Bonaparte delante de San Juan de Acre, la peste que, según los panfletos ingleses, era una plaga enviada por Dios a los franceses como castigo por sus crímenes.

De los cincuenta mil hombres que habían llegado ante Alejandría pronto haría un año, no quedaban más que quince mil, debilitados, cansados de esperar noticias que no llegaban, y de saber que sus cartas eran interceptadas por los ingleses del comodoro Sydney Smith; con cierta perversidad, este dejaba pasar solo las que manifestaban malestar, abandono, y el resto del correo lo daba como alimento a los peces. Los pocos periódicos que llegaban de Francia decían que el Directorio retrocedía en todas partes. A pesar de la tranquilidad que exhibía Bonaparte, corría el rumor de que los refuerzos no llegaban, que no llegarían nunca.

—Estamos abandonados —dijo Denon a la mujer que le masajeaba la espalda sin entender ni una palabra de francés—. Estamos abandonados, pero no consigo ser desgraciado… —Estaba tumbado en una estera, la espalda desnuda, arrellanado entre almohadones cuya seda le acariciaba, entregado a unas manos que sabían muy bien qué gestos eran agradables y qué puntos hacían daño. El marido de la mujer había insistido en dejarlos solos y la había empujado literalmente en brazos del francés como si le regalase una cabra. Denon empezó a preguntarse si, al caer la noche, cuando la joven hubiera bailado, cuando le hubieran traído refrescos, guayabas y mangos, y cuando las otras muchachas se hubieran retirado, no tendría acaso un momento de debilidad. Después de todo, había tenido tan pocos a lo largo de aquel año…

El joven oficial que irrumpió en la habitación abovedada no le dejó tiempo para abandonarse a esa dulce, esa excelente ensoñación. Su joven cara era redonda y risueña.

—¡Teniente Ruetsch, 88.ª media brigada!

Denon se incorporó dando una palmada amistosa y paternal a la mano de la joven, cuyos dedos, pese a todo, seguían posados en su hombro. Sus uñas bien cortadas se hundían en sus carnes flojas, dándole una agradable idea de lo que habría podido seguir.

—Te conozco, Ruetsch, estabas en el Alto Egipto con mi buen amigo Morand.

¿Qué puedo hacer por ti?

—El general en jefe le espera.

Denon suspiró y retiró la mano de su fugaz amiga no sin antes besarle la palma y dedicarle una mirada de pesar. La joven le pasó su camisa con suavidad de pájaro. El se puso sus zapatos de punta curvada.

—Son ridículos, ¿no le parece, teniente?

—Si quien los lleva no lo es…

—¡Vaya, qué ingenioso! ¿El general me está esperando?

El joven teniente dirigió un vistazo a la muchacha que se recogía la masa negra de pelo con aire de indiferencia ahora que había entendido la marcha inminente de su protegido.

—Sí, le está esperando. Comprendo, señor, que…

Denon estaba de pie, ya en marcha.

—Vaya por Dios —replicó—, el general me está esperando… ¿No crees que podría esperar un poco más?

Ruetsch sacudió su cabeza de cuello más bien robusto. Llevaba desabrochado un botón de su uniforme de paño azul.

—Creo que sí, señor.

—Comprendes, crees… Voy a decirte algo, Ruetsch. Me está esperando a mí, pero a ti no, ¿verdad?

—No.

Denon cogió a la muchacha de la mano, la condujo hasta el teniente y la puso en el pecho de Ruetsch. Este se sonrojó, pero no retrocedió.

—Ahora tienes que ocuparte de este joven, como si fuera yo. Tengo que irme, pero él se queda. Tu marido se sorprenderá un poco cuando vuelva, pero seguro que es un hombre de gran amplitud de miras, ¿verdad?

Le depositó unos *paras* de plata en las manos y, aunque no había entendido ni una palabra de todo aquel discurso, la mujer sonrió al teniente y, diestramente, la emprendió con su uniforme.

—¡Parece que le interesas mucho más que yo! —exclamó Denon—. ¡Juventud, juventud!

—Yo le… le estoy muy agradecido, señor.

—¡Ruetsch!

—¿Señor?

—No te preocupes, no diré ni una palabra a tu mujer.

En la antecámara del palacio de Elfi Bey Denon esperaba a que Bonaparte hubiera terminado de esperarle. Caminó de un lado a otro bajo la cúpula donde se arrullaban las palomas y, siempre de buen talante, pensó en las manos de la muchacha sobre la espalda del joven teniente pletórico de vida y colorado de timidez.

Lo cual dejó en su cara una imperceptible sonrisa.

Sus rasgos eran los de un anciano. Su tez estaba más amarilla que nunca. No tenía ni treinta años y, sin embargo, la violenta sucesión de los episodios de su destino le había dejado una profunda huella; de la juventud no le quedaba más que aquella energía negra como lava que parecía brotar de él a cada instante para llevárselo todo a su paso.

—¿Qué se dice, Denon?

—No entiendo, mi general.

—¿Qué se dice de mí, de la campaña de Siria?

—Se dice que en Jaffa dirigisteis una matanza atroz y que los hombres, ebrios de sangre, violaban a las jóvenes sobre los cadáveres de sus madres. Se dice que después, en el mismo lugar, disteis personalmente la orden de ejecutar a tres mil prisioneros que se habían rendido a Junot, todo ello a sable y bayoneta para ahorrar pólvora.

—¡Denon!

—El mar al que esos desgraciados huían estaba rojo de sangre… Me habéis preguntado qué se dice. Si no queríais saberlo, deberíais haberme pedido que me callara. ¿Debo continuar?

Bonaparte, la tez cerosa, hizo «sí» con un suspiro de exasperación.

—Se dice que habríais tomado San Juan de Acre si la peste no os hubiera matado a muchos hombres. Se dice que, como san Luis, visitasteis a los enfermos y los besasteis como si fuerais Jesús entre los leprosos. Se dice que, si las cosas siguen así unas semanas más, la alianza de los turcos con casi todos los países que nos odian en Europa, desde los austríacos hasta los ingleses, terminará con vuestro ejército, y que los dioses de la Fortuna y de la Suerte habrán dejado de acompañaros.

Bonaparte esbozó una sonrisa crispada.

—Así pues, se dice la verdad. Más o menos… No se dice lo que he enterrado en la tumba de mi corazón. No se habla de Caffarelli, el mejor de todos, a quien tuve que dejar allá. No me hablan del granadero que murió en mis rodillas pidiéndome perdón. Me oyes, Denon, me pedía perdón a mí… ¿Crees que no sé todo lo que dicen? Tal vez eso sea lo peor: que lo sé todo y, aun así, debo continuar.

Bonaparte pareció hundirse en el silencio de una meditación que Denon no se atrevió a interrumpir. Luego levantó la cabeza. Una nueva furia iluminaba una llama negra en sus ojos. Y al mismo tiempo había cierta jocosidad.

—También se dice, ¿sabe?, que he montado esta expedición solo para usted, Denon, o casi, para permitirle pasear por los salones parisinos contando sus historias y enseñando sus dibujos. La presentación que hizo en el Instituto fue…

—Destacada.

—Porque era destacable. Leí su discurso y pasé una noche mirando sus láminas. Aunque lo que oigo es verdad —pero falso, naturalmente—, sí es cierto que ha servido bien a mi gloria. Quienes le acusan de ligereza —entre los que me contaba yo — no lo conocen.

—Cada cual tiene sus sueños de grandeza, mi general, y cada cual su manera de protegerlos.

—Hay frases que me gustan, que se repiten en mi ejército: «Si mi amor por la Antigüedad me ha convertido en soldado, el interés de los soldados por mis investigaciones ha convertido a muchos en anticuarios». Soldados anticuarios y anticuarios soldados: es un ejército que me complace.

—No pensaba que viviera lo suficiente para oíros citarme, mi general.

—No olvide que soy yo quien le inspira.

Bonaparte tuvo esa sonrisa breve, oblicua y fugaz que marcaba sus raras ocurrencias chistosas. Enseguida prosiguió:

—Al final me ha ganado usted, Denon. Ahora voy a atarlo tan fuerte que no se separará nunca más de mí.

El destello de inesperada diversión en los ojos de Bonaparte impuso silencio a Denon. Pero al instante los ojos recuperaron la seriedad.

—Quiero ir más lejos…

—No me sorprende de vos.

—Lo que un hombre solo ha hecho de manera precipitada y urgente, sin medios y sin más conocimientos que los de su vasta cultura, quiero que lo haga un ejército entero de científicos y artistas, jóvenes que no me hablen cada mañana de regresar a Francia, soñadores que no teman el calor y las privaciones y que se duerman sabiendo que participan en la más grande empresa que jamás existió.

Denon aplaudió. Bonaparte prosiguió, con una luz extraña brillando en sus ojos, golpeando el suelo con sus botas negras como si quisiera dejar sus huellas grabadas en la tierra.

—Quiero que otra expedición, esta vez científica, salga para el Alto Egipto. Quiero que copien cada detalle de los templos, que estudien las costumbres de este pueblo, su agricultura, sus animales, sus antiguas técnicas, sus dioses…

Sus manos finas y nerviosas se levantaron formando un círculo que abarcaba Egipto y el mundo entero. La frustración del conquistador se había mutado, por completo, en una aventura a su medida: imposible.

—Y ahora, Denon —prosiguió el general como si estuviera perdido en sus pensamientos—, hemos de irnos…

—¿Queréis que os deje?

—¿Dejarme? Tal vez, cuando yo se lo diga… Hemos de irnos de aquí, de Egipto: ha llegado el momento, París espera, Europa espera…

Denon estaba fascinado por la capacidad de aquel gran hombre para atizar sus propias brasas y encenderse de nuevo, de un proyecto a otro, de un sueño a otro, elaborándolos en su mente insaciable, creando su propia lógica impecable, inatacable, quizá loca, e ignorando soberanamente el precio a pagar en dinero y en hombres.

—Lo que antes se llamaba pomposamente Directorio ya no es más que una pandilla de cobardes. Creían que me verían morir aquí, nos envían cajas de aguardiente en lugar de las municiones y los hombres que les pido. ¡Todo, me oye! ¡Ahora, aquí, puedo hacerlo todo! ¡Pólvora, cañones, fusiles, coñac, lentes astronómicas! ¡Lo único que no puedo fabricar son hombres! Seis mil y lo recuperamos todo, nos ponemos en marcha otra vez, expulsamos a los turcos y echamos a los ingleses. ¿Se acuerda de Abukir? ¡Bah!

Con un gesto barrió ese sueño.

—No los enviarán. Ni mil, ni cien, ni uno. Por lo tanto, hemos de irnos, yo he de irme.

—¿Cuándo?

—Ahora, mañana. Dos fragatas esperan en el puerto de Alejandría.

—¿Quién lo sabe?

—Lannes y Murat, Monge y Berthollet, ahora usted, algunos más…

—¿Quién viajará?

—Aquellos que están al corriente…

—Se lo agradezco infinitamente. ¿Y Kléber?

—Se queda para tomar el mando en mi lugar. Es el mejor. Y el más veterano…

—¿Lo sabe él?

—Lo sabrá.

—¿Junot?

—Le he escrito que nuestra amistad continuaba. Pasado mañana recibirá mi carta.

—¿Y los demás?

—Cuando llegue el momento nos ocuparemos de ellos…

Una vez más el gesto negligente apartó unas objeciones que nadie haría, Denon no, en todo caso. Sin la ayuda de nadie, los franceses de Egipto serían barridos por el primer viento procedente del desierto o del mar. Denon prefería no pensar en la desesperación de aquellos hombres abandonados por quien les había prometido tanto y que los dejaba solos en aquella incertidumbre. Habría más de uno que, en ese momento, se acordaría amargamente de los «seis arpentes de tierra» anunciados en la euforia del embarque en Toulon.

—¿Qué haréis en París?

—Echaré a ese montón de abogados incapaces de gobernar la República. Me pondré a la cabeza del gobierno, uniré a todos los partidos y consolidaré esta magnífica colonia…

Denon contuvo su admiración. El momento que temía y esperaba había llegado. Carraspeó.

—Mi general, tengo que hablaros de un hombre.

Bonaparte se quedó quieto y clavó la mirada en la de Denon.

—Si es en el que estoy pensando…

—Ese es.

—Denon, he preferido ignorar por qué milagro, quiero decir gracias a qué personas que han desobedecido mis órdenes, ese muchacho a quien había tenido la debilidad de ofrecerle mi simpatía aún se halla vivo. Si me dice una palabra más al respecto, lo dejo en El Cairo estudiando las nuevas especies de pelícanos que pueblan el Nilo en esta época. ¿Todavía quiere hablarme de él?

Denon abrió la boca y volvió a cerrarla. El calor era agobiante, pero, si estaba sudando la gota gorda, no era por eso.

—No.

# 2

Caminaba por las calles de El Cairo, caminaba incansablemente, escrutando las caras, buscando sin cesar, no renunciando nunca.

«Ella está ahí, en algún lugar». Vincent lo sabía, lo sentía con todas las fibras de su cuerpo. Varias veces desde que habían regresado, había vuelto al barrio copto pero, en casa de Hasan, no había más que una vieja desdentada. La mujer lo dejó hablar y le respondió con unos gritos guturales que terminaron por hacerle marchar; varias veces también había vuelto a la iglesia de la Virgen, pero sus oraciones habían caído en saco roto y el acceso a la cripta estaba cerrado por una verja de hierro.

Los meses transcurridos desde Filé estaban en su memoria como un solo día: ni la terrible batalla en que se habían enfrentado a los mamelucos, donde de nuevo había sido herido, ni los días caminando encorvado contra el *jasim*, el viento del desierto, ni los saltamontes ni los buitres le habían dejado huella.

Su vida regresaba sin cesar a aquel momento en que se había tumbado a la orilla del Nilo en plena noche, esperando encontrarla contra toda esperanza y contra sus mismas palabras. A veces ponía la mano en el sobre que Rashid, el niño, le había dado y leía su nombre trazado por la fina mano de Pharia.

No quería abrirlo…

Le pareció que si lo dejaba así, misterioso y cerrado, nada destruiría la promesa que tenía en el corazón. No quería palabras de adiós, por dulces que fueran; no quería consuelo. Si estaba enfermo, enfermo de ella, no quería curarse, quería mirar, día y noche, la herida abierta de su ausencia.

Quería seguir soñando…

Cuando habían llegado a El Cairo, Denon había aprovechado sus numerosas relaciones para alojarlo cerca de Bab Zuwayla, en una casa de almeas, las bailarinas entre las cuales el héroe del Instituto tenía muchas amigas. Dormía con un viejo eunuco en una habitación donde se guardaban las reservas de perfume; por la noche, su olfato se despertaba debido a los efluvios de jazmín y de rosa. Alarmado, se tocaba la cruz de plata, comprobando con la yema del dedo que las dos inscripciones aún estuvieran presentes, pues había tenido una pesadilla en la que desaparecían y él corría en vano por la ciudad para encontrar a un hombre que declarase en su favor. Sin cesar seguía el trazado minúsculo de los signos, como había hecho en el muro de Dandara, como había hecho en el obelisco de Filé.

Pese a la decepción que sentía y que había compartido con Denon, no renunciaba a la idea, la vieja y seductora idea, de que poseía algo y que al alba, a la hora en que se podían apagar los faroles y pasaba por encima de los cuerpos dormidos de las

almeas, tendría por fin la revelación tan esperada.

Dentro de poco tiempo se produciría de nuevo la inundación; de nuevo las barcas circularían entre Bulaq, el viejo El Cairo y el Ezbekieh; se imaginaba tendido en el río que lo levantaba, lo arrastraba, mientras él se entregaba a su fuerza y se sometía, feliz, a ella.

En la noche soplaba un viento cálido que levantaba remolinos, apagaba las antorchas y hacía chirriar las contraventanas de madera. Había dejado el asno y se paseaba a pie, solo, con las manos aferradas a las solapas del abrigo en el que iba envuelto.

Pasando por el Ezbekieh, dejó a lo lejos la silueta del palacio de Elfi Bey donde se alojaba de nuevo Bonaparte. No temía a quien había sido su protector y al que había traicionado tan vergonzosamente… No temía ser detenido ni ejecutado, una parte de él sentiría incluso una cierta alegría secreta viendo todo aquello terminar limpiamente, de un sablazo, de una descarga de mosquete.

Solo temía, era lo único que temía pero lo temía de veras, encontrarse con Laura y sus reproches, con Laura que era depositaría tanto de su vergüenza como de su corazón.

Cruzó la plaza, donde el viento se internaba con violencia e irrumpía en los callejones del barrio copto y el rugido se transformaba en silbido.

Una vez más se halló ante la puerta de la iglesia y la empujó, con el corazón acelerado.

Un hombre solo rezaba a la débil luz de unos cuantos cirios.

Al acto, lo supo.

—Quería verte —dijo el hombre de los ojos grises.

Afuera el viento seguía soplando, pero ellos no lo oían: estaban envueltos en su propia brisa, la que les hacía remontar el tiempo de su historia.

Michelet llevaba un disfraz egipcio que no engañaba a un ojo avezado; tenía la cara demacrada y sus ojos brillaban con un destello sombrío. También él había atravesado desiertos y sufrimientos, también él había visto cosas que preferiría no contar nunca.

—He sabido que venías a menudo a esta iglesia…

—¿Cómo?

Michelet esbozó una breve sonrisa.

—¿Acaso saber no es mi oficio? He sabido que venías y, aunque la religión esté alejada de mí, he querido hablarte… Digamos que quiero confesarme, por así decir.

—Ya me dijiste lo que tenías que decirme en Asuán. Todavía me pregunto cómo no te detuve ni te maté… Pero bueno, así es y ahora ya ha terminado todo. No necesito nada más.

Michelet sonrió. Pero era una sonrisa triste, de la que habían desaparecido su seguridad y su altivez.

—No me habrías ni detenido ni matado, Vincent. Cada cual tiene su talento, y el mío… ¡Ah! No hace falta que te diga cuál es mi talento, ¿verdad? Al contrario de lo que piensas, aún no ha terminado todo. Créeme, si así fuera, no me presentaría ante ti. Necesitas más, mucho más… Pero primero tienes que oírme. ¿No deseas saber, comprender?

Como siempre le ocurría con él, desde que se habían conocido, Vincent estaba desorientado, tal vez un poco hostil, pero al fin y al cabo se sentía atraído por el hombre.

—Michelet es el apellido de mi padre, pero mi madre es una Hamilton. Sería de poco interés para ti que detallase cómo mi padre tuvo que abandonar Francia, expulsado por la Revolución, y cómo yo fui educado en el amor a un país que ya no existía y el odio a los hombres que lo arrasaban y saqueaban, esos hombres que nos habían prohibido una tierra donde el recuerdo de mi infancia retrocedía, se sepultaba, desaparecía… Es la historia de muchos y no voy a perder tiempo contándote los conflictos o las contradicciones. Sin embargo, yo no olvidaba: para los ingleses me llamaba Hamilton y era uno de ellos: para mi padre yo era, seguía siendo un Michelet que algún día debería volver a pisar la tierra de Francia. Mi verdad imposible se situaba en algún punto entre esos dos nombres y la única manera de sobreponerme a ese dolor era luchar, luchar sin fin… Mi padre, llamado por el cónsul de Inglaterra, vino a establecerse a El Cairo durante varios años y yo lo seguí: así aprendí árabe. Así aprendí a conocer ciertas particularidades de este país y a hacer algunas amistades. Pero estos detalles no te interesan.

Vincent permanecía en silencio.

—En las semanas que precedieron a la expedición, muchos de los nuestros —tendrás que acostumbrarte a que «los nuestros» significa Inglaterra— creían que era una amenaza directa para nuestras costas. Se formulaban otras hipótesis más o menos fantasiosas —entre las cuales la de Egipto, debo confesarlo, más bien hacía sonreír—. «Hay que cortarle a Inglaterra la ruta de las Indias». Se decía que el rey Jorge pronunciaba esta frase en francés. Pero el peligro era conocido, acuciante, y el jefe nos preocupaba más que su destino: ¡Bonaparte, Bonaparte! No tenían otra cosa en la boca. Las risas disimulaban un miedo que no terminará —te lo digo de pasada— mientras ese diablo esté vivo…

Michelet se interrumpió, intentó escrutar la reacción de Vincent que miraba a otra parte, hacia el altar perdido en la sombra.

—Mi padre se moría de unas fiebres antiguas y de viejas tristezas. Me hizo prometer ayudar a mi antiguo país a la vez que ayudaba a mi nuevo país, y se lo prometí. Aunque no hubiera prometido nada, habría pasado lo mismo: es el destino

de muchos hombres. Las justificaciones vienen después… Unos contactos sobre los que prefiero no decirte nada para no incomodarte me ayudaron a regresar discretamente a París y, en cierto modo, a «introducirme» cerca de Bonaparte. No gané su confianza, pero tampoco la perdí. Estaba cerca de él y lejos, fascinado a mi pesar —no me creas más inteligente que los demás, tal vez solo un poco más prudente…— ¿Mi papel? Ya lo sabes: espiaba para los nuestros, debía informar y crear problemas cuando podía sin revelar nunca mi posición. El terrible contratiempo que supuso el «milagro» que protegió la salida de vuestra flota no quedó totalmente compensado por las sutiles maniobras del almirante Brueys en la bahía de Abukir que Nelson supo aprovechar. En suelo egipcio no éramos muchos los que podíamos aportar ayuda a la guerra —«acoso» sería más conveniente— librada por el comodoro Sydney Smith.

A medida que oía las palabras de Michelet, Vincent sentía que una vieja cólera se despertaba en él.

—No me importan todos esos detalles, no quiero tu confesión…

—Pero tal vez quieras saber por qué tus amigos están muertos.

Vincent calló.

El tono de Michelet había cambiado; había perdido su punzante ironía, el barniz de agudeza y burla que normalmente le daba color.

—Querría decirte simplemente, si te puede aliviar, que es por culpa mía… Como sin duda adivinaste, Murad quería presionar a tu amigo Rashid para que ejecutase una misión especial en vuestras filas. Al principio se negaba: entonces aconsejé raptar a la muchacha, su hermana, tu amiga… Fue un desdichado azar el que puso a Langeac junto a ella. Y Rashid encontró valor para escapar de su misión por el único medio de que disponía…

Vincent estaba tranquilo, su arrebato de cólera se había desvanecido. Le quedaba una inmensa amargura.

—Lo siento, Vincent. Lo siento sinceramente… No lo digo por ellos pues apenas los conocía, y esto es la guerra… Lo digo por ti, o quizá también por mí…

—No te entiendo.

—Hay una parte de mi historia que no te he contado. Es la que se refiere a ti. Puede que… te haga sonreír… ¡Oh! No es muy larga. Cabe en unas pocas palabras que no pronuncio a menudo, que nunca he pronunciado. Yo te quería.

Pese al tono tranquilo de la confidencia, Vincent recibió el impacto de aquellas palabras en pleno pecho.

—Te quería como un hombre puede querer a otro hombre, te quería desde que te conocí y tu mirada pura me impresionó. Tenías la fe que yo no tenía, tenías la sencillez de la que yo carecía. Cuando descubrí que no buscabas un tesoro sino una forma de verdad de la que yo estaba excluido para siempre, me reconcilié

extrañamente conmigo mismo.

—Yo…

—No digas nada. Lo sé todo.

La voz se quebró, se deshizo, y Vincent ni siquiera se atrevió a volver la cabeza para ver si el rostro también perdía su máscara habitual de placidez.

—Recuerdo que, cuando me hablaste a la orilla del Nilo, por fin comprendí lo que buscabas, y te admiré aún más por ello. No quiero decir que me despreciara, perdóname, pero no conseguía lamentar lo que había hecho. Yo también, a mi modo, estaba allí por una razón, y mientras esa razón me sostenía, debía continuar… Yo tenía un anhelo de otro tipo, un anhelo que no sabría definir. No era realmente amoroso —te he dicho que lo sabía todo—, pero a mi manera particular, me hacía pasar a… a otra dimensión… ¿Te parece bien esta palabra?

—Sí.

—Yo mismo me reía, sabes. Quería ser digno de ti. En mi huida, puesto que no quería ser tan digno como para dejar que me ejecutaran por traidor, removía sin cesar el recuerdo de tus palabras, de aquella especie de enigma del que eras portador, el mensajero, no sé…

—He renunciado a todo eso.

Michelet lo miró.

—No has renunciado. Te conozco: no serías tú.

—No he encontrado nada.

—¿Quién te ha dicho por qué caminos llevarías a cabo tu papel? ¿Tienes la pretensión de haberlos seguido todos concientemente desde que embarcaste en Toulon? ¿O bien reconoces que el destino te ha zarandeado, te ha llevado a su antojo?

—No entiendo adonde quieres ir a parar.

—A lo siguiente. Hace unas semanas, unos soldados franceses encontraron en Rosetta, en un viejo muro que estaban derribando para agrandar el fuerte, una piedra de un interés especial. Es una piedra de basalto negro a la que le falta un trozo y que presenta tres textos que tienen evidentemente el mismo contenido: el primero está escrito en jeroglífico, el segundo en una letra cursiva que ha sido identificada como un derivado de los jeroglíficos y el tercero en griego… El descubrimiento está dando mucho que hablar, vuestros sabios han reconocido de inmediato que allí había un camino para descifrar la antigua lengua de los egipcios…

Al escuchar las últimas palabras de Michelet, Vincent sintió que le invadía un cierto calor, una excitación. Abría y cerraba los labios, quería hablar, agitaba nerviosamente las manos.

—Pero para avanzar les falta una clave. Una clave que les permita en cierto modo entrar en el texto…

—Y esa clave la tengo yo.

—La tienes tú, Vincent, desde el principio.

Los dos hombres se quedaron en silencio. Al final Vincent preguntó:

—¿Dónde está esa piedra?

—Aquí.

Cien veces en la noche Vincent desplegó el papel que Michelet le había entregado, una de las pocas copias, malas, que se habían hecho del texto de la piedra encontrada en Rosetta.

Corrió y corrió hasta la habitación de Denon esperando encontrarlo, despertarlo y decirle…

Entre dos zancadas recordó los ojos grises de Michelet clavados en él y, ahora que estaban separados para siempre jamás, aceptó el extraño y poderoso sentimiento que aquel hombre había alimentado hacia él; aceptó también el don que le hacía.

Un criado dormido se negó a abrirle la puerta. Tuvo que llamar otra vez hasta que Denon en persona, con los ojos cargados de sueño y un largo camisón flotando sobre sus pantorrillas lisas y flacas, fue a recibirlo. En cuanto lo vio, se despertó como si estuviera en pleno día. Sin embargo, la confusión le tensaba los rasgos.

—Caramba, muchacho, qué impaciente eres…

—¡No es eso, no es eso!

—Vincent, no he podido…

—¿Que no ha podido?

—Hablar con Bonaparte, interceder en tu favor…

—¿Acaso le estoy hablando de eso?

La agitación de Vincent era tal que los remordimientos de Denon se diluyeron. Había decorado su salón al estilo oriental, con cojines y esteras. Vincent estaba impresionado por la acumulación de piezas: estatuillas, joyas, momias, baúles funerarios, fragmentos de columnas o de capiteles, piedras de todo tipo, ópalos y cornalinas. Se fijó también en un papiro antiguo, sobre una mesita, lleno de jeroglíficos: era la primera vez que veía la escritura egipcia fuera de los muros de los templos o las piedras. No se detuvo mucho en aquel detalle. Una gran parte de los tesoros de Denon ya estaba ordenada en cajas y Vincent esbozó un gesto de sorpresa.

—¡Ah, eso! —exclamó Denon—. Primero me cuentas lo tuyo y luego te contaré mis negocios de anticuario.

Vincent se sacó del bolsillo el texto de la piedra y lo puso frente a Denon, separando dos delicadas figurillas de bronce que representaban un halcón.

Denon se concentró inmediatamente, mostrando un interés apasionado. Entró un criado nubio, que colocó ante ellos dos tazas de té caliente y cambió una antorcha apagada. Denon apenas lo vio, presa de una extraordinaria agitación: los ojos se le salían de las órbitas y no paraba de mover las manos.

Varias veces fue de un texto a otro y del papel al cielo como si tuviera que encontrar allí una inspiración. Por fin clavó su mirada en la de Vincent.

—El primer texto está escrito en jeroglíficos —dijo pensativamente—, y el tercero en griego.

—¿Y el segundo?

—Es una especie de demótico que me resulta completamente desconocido. El texto griego es fácil. Es una dedicatoria al rey Ptolomeo, cuyo nombre se repite varias veces… Lo más probable es que sea la traducción del texto en jeroglíficos.

—He buscado correspondencias entre el griego y los jeroglíficos…

—¿Qué has encontrado?

—La inscripción griega tiene cincuenta y cuatro líneas, la de los jeroglíficos treinta y dos…

Denon sacudió la cabeza, perplejo.

—Eso no nos lleva muy lejos.

—¿Ha dicho que el nombre de Ptolomeo se repetía varias veces?

Una inspiración se adueñó de Vincent.

—Si se trata de la traducción, entonces el nombre debe repetirse otras tantas en el texto en jeroglífico. ¿Cuántas veces aparece citado en el griego exactamente?

Denon arrugó la frente.

—Más de diez.

—Entonces basta que encontremos la secuencia de dibujos que aparece ese número de veces en las inscripciones en jeroglíficos…

Los dos hombres se sumieron en la lectura, pero tenían la impresión de encontrar las mismas figuras en todas partes. Plumas, leones recostados, semicírculos, cuadrados, los signos parecían tener vida propia, todo era siempre parecido y siempre diferente; terminaron por mezclarse ante sus ojos, y el desaliento se apoderó de ellos.

Al inclinar el cuerpo hacia delante, la cadena que Vincent llevaba al cuello se le escapó de la camisa. Con un gesto maquinal, cogió la cruz para meterla de nuevo en el refugio de su pecho. Había pasado tantas veces los dedos por aquella superficie de plata arañada; se había perdido tantas veces en aquel misterio como en un laberinto. Pero esta vez detuvo el movimiento y dejó la cruz en el hueco de la mano. A la luz de las antorchas, la cruz se reflejaba en el cuerpo cobrizo de un narguile. Vincent fue a tocar el reflejo y se quedó absorto mirando los jeroglíficos que ondulaban como pececillos dorados. Entonces, solamente entonces, lo vio.

La serie de signos que le devolvía el espejo de cobre le resultaba familiar: eran los mismos signos que los grabados en el cartucho más largo de su cruz, pero escritos al revés, de izquierda a derecha. Su mirada fue de la cruz al narguile y nombró los caracteres uno a uno. Señaló el reflejo a Denon, que lo entendió al mismo tiempo que él. El cartucho tal como se veía en el reflejo aparecía en varias ocasiones en el texto

jeroglífico de la piedra.

Sus ojos iban del papel al reflejo, del reflejo a la cruz, de la cruz al papel, sin fin, como si cada objeto fuera el espejo del otro.

Las palabras del caballero de Malta regresaron bruscamente a la memoria de Vincent: «A ti te será dado ver, como en un espejo y en un enigma».

—Ptolomeo —murmuró Vincent—. El nombre del rey homenajeado está encerrado en un cartucho…

—Pero no habríamos podido entenderlo si no hubiéramos llegado hasta el final del viaje.

Vincent pensó también, fugitivamente, en las palabras de Michelet: «Tú tienes la clave, Vincent, desde el principio…». Denon lo miró con cara de broma, los hoyuelos marcados. Pero su pregunta fue seria:

—¿Y el otro brazo de la cruz?

Vincent se quedó pensativo.

—El obelisco de Filé en el que encontré la misma inscripción que en Dandara junto al rostro de aquella mujer también tenía un texto en griego en el zócalo.

—¿Hiciste una copia?

—No hablo griego…

Vincent cerró los ojos. En su mente dibujó el universo de un templo, de noche, y las inscripciones desfilaron a toda velocidad. Luego el ritmo disminuyó y su mirada interior las leyó con más lentitud, notaba incluso la sensación física de su dedo pasando sobre las líneas; fugazmente un murciélago le rozó la mejilla, y la inolvidable silueta de Dandara se ofreció a él, y por último su mente lo transportó a Filé, en el estado en que se hallaba aquella noche. Su cuerpo le parecía viejo y cansado, cargado de un conocimiento exhausto.

Cogió a Denon uno de sus papeles y un lápiz de Conté y se puso a escribir con los ojos cerrados, sin pensar: el dibujo de los jeroglíficos y el de las letras griegas se mezclaban, reconocibles pese a su torpeza. Luego abrió los ojos y escribió las letras una a una.

—Por un camino misterioso más —dijo Denon observando su papel—, algo de la lengua de los griegos ha llegado hasta ti…

—¿Y qué significa ese «algo»?

—Cleopatra —dijo Denon separando las sílabas—. Su nombre está escrito en tu cruz. Y la cara que viste es la de ella.

Vincent abrió los ojos, tocó el otro brazo de la cruz y repitió con voz más firme: «Cleopatra». Denon sonrió.

—No te pregunto cómo has aprendido a escribir griego y jeroglíficos.

—No tengo la menor idea… Aunque me amenazara, no podría escribir otra palabra en esta lengua.

—¿Y este papel?

—Es la inscripción de la famosa piedra que se encontró el mes pasado en Rosetta…

—¿Cómo ha llegado a tu poder?

—Ya circulan bastantes copias…

Denon se inclinó haciendo una reverencia cómica.

—Los caminos del mensajero son impenetrables…

—Es que…

Denon advirtió su confusión y lo detuvo, poniendo una mano amistosa en su hombro.

—Has encontrado el inicio, con tu llave has abierto la primera brecha en el misterio. Has pronunciado las palabras que algún día darán nueva vida a esta vida cuyas huellas hemos tenido el privilegio de descubrir. Se necesitarán fracasos y esfuerzos, por supuesto, y una inteligencia más poderosa que la mía, pero tan inspirada como la tuya y por los mismos dioses…

—Un viajero del tiempo.

—Un viajero del tiempo, sí.

No dijeron nada más. Vincent sonrió, y de pronto la fatiga llenó de plomo todos sus miembros. Se bebieron el té a sorbitos.

—¿Recuerda —preguntó bruscamente Vincent— el nombre árabe de Rosetta?

—Rashid —contestó vivamente Denon—. El nombre de tu amigo…

Se levantó, desapareció unos instantes y regresó.

—Ten —dijo—, te devuelvo lo que te pertenece.

Vincent reconoció el dibujo del zodíaco de Dandara que estaba en su posesión cuando Denon lo levantó delante de Saint-Gervais.

—Nunca sabré de dónde venía y, de todos modos, no creo que me pertenezca. Nada me pertenece en esta historia: yo soy el que va de un lado a otro y deja los recados.

—Pero este dibujo es nuestro…

—Lo borraré: no quedará rastro de él. Solo quedará para la memoria el que usted dibujó en Dandara. En cuanto a mi paso, se notará tan poco como el de la brisa sobre el Nilo. Usted se llevará la gloria y solamente usted se acordará, con una sonrisa, de que yo le serví en la sombra.

—¿Por qué tanta modestia?

—He pensado mucho, Denon, mientras remontábamos el Nilo, y en mi mente se mezclaban las épocas y las civilizaciones, yo estaba aquí antes, estaba aquí después y nunca dejaba de estar presente… Era una convicción con consistencia de sueño, pero usted mismo me enseñó que eso podía ser la vida. Si este sueño es útil para algo, me doy por satisfecho. Yo, por mi parte, seguiré soñando mi vida, viviendo mis sueños

sin preocuparme de nada más, ni gloria, ni posesiones, ni títulos…

—Al menos, dejarás que haga algo por ti —dijo Denon.

Su maestro le contó en pocas palabras su entrevista con Bonaparte.

—Que me ahogue, si quiere —dijo Vincent.

—Que te embarque y que regreses con nosotros, si puedo.

Vincent reflexionó largamente. No pensaba en lo imposible de la empresa ni en el terrible rencor del general en jefe; tras el año que había vivido sería tan solo una locura más. Sintió, pegado a su pecho, el papel amarillento del sobre con la letra de Pharia. No se lo había enseñado a Denon ni le había hablado de él.

Seguirlo a él era renunciar a ella. Totalmente, definitivamente.

Seguirlo era, en la noche estrellada, romper por fin el sobre y el lacre de cera que representaba un halcón, y deslizarse por las palabras que no había querido leer.

Seguirlo era decir adiós.

¿Quería seguirlo?

# 3

Reinaba una agitación desacostumbrada en los jardines del palacio de Hasan Kashef que, desde la llegada a El Cairo, servía de sede al Instituto que Bonaparte tanto mimaba. Incluso los pájaros estaban nerviosos en la gran pajarera. Los sabios se cruzaban sin atreverse a hablarse mucho. Los que «sabían» no tenían estómago para mentir a los que «no sabían», pues —como había dicho Bonaparte a Denon— los que sabían se iban y los que no sabían se quedaban. Era un hecho que, tanto a la ida como a la vuelta, los designios del general en jefe quedarían ocultos para la mayoría de los hombres. Cada cual tiene su manera de ser Dios.

A pesar de la magnificencia del lugar, que, en palabras de Geoffroy Saint-Hilaire, disponía de más comodidades que el palacio del Louvre, a pesar de la belleza de los jardines y las terrazas, protegidos de la inundación del Nilo, en los que se cultivaban especies raras a la sombra de las acacias, nadie tenía ganas de quedarse. El asmático poeta Parseval-Grandmaison, celoso de Denon hasta la bilis, había anulado aquella misma mañana el viaje que debía iniciar al Alto Egipto. Aquello olía a fin de reinado, a fin de mundo, cajas trasladadas más o menos discretamente y «los que sabían» hacían una selección en sus manuscritos, sus láminas, sus muestras.

Denon encontró cerrada la puerta del gran salón del harén.

—Está con Monge —dijo el oficial que montaba guardia.

—He de hablar con él.

—Ya sabe cómo es…

Denon empujó la puerta y descubrió la gran sala en la que se habían celebrado tantas sesiones. Allí había hecho su presentación tras su regreso del Alto Egipto y había recibido las primeras aclamaciones, allí el «sabio» Bonaparte había presidido, unas veces de manera competente y otras veces colérica, muchas reuniones de aquellos hombres empeñados en descubrir.

—Nadie superará la gloria de Newton.

—¡Newton!

Los dos hombres absortos en su discusión no se percataron de la entrada del artista. Bonaparte estaba apoyado en el magnífico reloj de péndulo de Berthout, uno de los muchos muebles preciosos que adornaban el salón.

—¡Newton! —repitió Bonaparte, casi gritando—. ¿Me cita a un inglés, ahora?

Un gran jarrón japonés estuvo a punto de pagar el precio de su furia. Monge se excitó e insistió:

—Newton, sí, aunque os disguste. Porque había un mundo por descubrir, pero había uno solo.

—Su Newton ha solucionado el problema del movimiento en el sistema planetario. Le concedo que no está mal.

Monge protestó, agitó los brazos y sacudió la cabeza. Bonaparte suspiró.

—Le concedo que es magnífico, en todo caso para ustedes, la gente de ciencia y matemáticas. Pero si yo hubiera enseñado a los hombres cómo se opera el movimiento que se comunica y se determina en los cuerpos pequeños, habría resuelto el problema de la vida y del universo…

Monge se calmó de inmediato. Clavó la mirada en el general en jefe, con la mano detenida en el aire en una última objeción y cara de preguntarse si el insaciable conquistador, decepcionado por su falta de éxito militar, iba a transformarse en sabio a tiempo completo. Un largo suspiro le hinchó el pecho: ¡menudo panorama!

—El mundo de los detalles está por investigar —concluyó Bonaparte, soberbio.

—Hablando de detalles…

Los dos hombres se volvieron hacia Denon, que no se había perdido ni una palabra de la conversación.

—Hablando de detalles, pronto serán las once de la noche y los coches esperan, mi general. Y como yo también tengo una breve comunicación personal que haceros…

La autoridad que Denon había ganado con su viaje era tal que Monge se eclipsó al acto.

—Mi general, tengo un pasajero más a bordo de vuestras fragatas.

Bonaparte pasó de la animación extrema de su discusión con Monge a una frialdad glacial.

—No me diga que vuelve a empezar, Denon, terminará agotándome la paciencia.

—El mundo está en los detalles, mi general.

Entre los dedos tenía la cadena de Vincent. La cruz se balanceaba como un péndulo.

—¿Ahora se dedica a la religión? ¿Al comercio de los clavos de la Vera Cruz?

—Esta cruz, mi general, cuenta una historia que os concierne… Dejadme que os la cuente brevemente.

A medida que Denon fue hablando, Bonaparte perdió su aire huraño y hostil. Cuando hubo terminado, lo miró un instante en silencio.

—Siempre y cuando no vaya en mi fragata.

Denon hizo un movimiento de gratitud y Bonaparte, descontento y feliz a la vez por su propia generosidad, añadió furiosamente:

—Siempre y cuando yo no lo vea.

—Estará escondido, mi general, si es preciso en mis calzas, pero lo estará, ¡se lo aseguro!

Y Denon salió corriendo, más deprisa de lo que había cabalgado persiguiendo

mamelucos.

Denon citó a Vincent en el puerto de Bulaq donde se estaba embarcando frenéticamente. El joven estaba dividido, desgarrado: quería irse, quería quedarse. Toda la nostalgia de Egipto —y no solamente la de Phariale— inundaba el corazón, el cuerpo, todos los sentidos. Tendría que abandonar tantas cosas, olores, sonrisas robadas, la belleza oculta en la miseria, la piel negra de los niños… Tendría que renunciar a tantas cosas…

No sabía qué hacer: quedarse era demasiado absurdo, irse era demasiado cruel.

Se quedó absorto mirando el asombroso espectáculo del embarque de un camello. El animal estaba metido en una enorme jaula de madera, especialmente confeccionada para él, y resoplaba y gritaba mientras un enjambre de hombres lo empujaba, tirando de él, martirizándolo.

Un piano a la ida, un camello a la vuelta: el Alejandro de los tiempos modernos no podía hacer nada como todo el mundo.

Los muelles estaban llenos de una multitud que no sabía qué pasaba pero que se congregaba allí, por si acaso. Los mendigos, los vendedores y los ladrones se agitaban, empujados por los nerviosos soldados.

De aquel amontonamiento surgió un húsar de silueta demasiado fina. Vincent la reconoció de inmediato: buscaba a una mujer y huía de otra. La mujer de la que huía había acudido a esperarlo…

Laura le sonrió.

Era una sonrisa tierna y burlona, desprovista de reproches o malevolencia.

—Mi pequeño pianista…

—Laura…

—No venía a despedirme de ti, pero estoy contenta de verte.

—Laura…

—Antes hablabas más, pero no tienes por qué tener miedo, nunca has tenido que tener miedo de mí, ni siquiera cuando estaba un poco loca por ti. Nunca te habría hecho daño, nunca…

—No obstante, tenía miedo.

—Hacías mal. Yo sabía que no me querías, pero fue agradable hacértelo decir una o dos veces, y estuvo bien sentir tu calor en mi corazón cuando estaba triste.

Se sacó el sombrero —un bicornio con escarapela— y soltó sus rubios cabellos. Ahora eran largos y, cuando se quitó la cinta que los ataba, cayeron en cascada sobre sus hombros hasta los galones dorados que adornaban el dormán de paño azul.

Laura rió ante su sorpresa, y aquella risa le devolvió toda la ligereza de la que había carecido mientras pensaba en ella.

—Estás más guapo ahora que eres un hombre —dijo Laura—, ¡pero eras tan

guapo como hombre-niño! Nadie me quitará esa maravilla y la recordaré cuando sea una viejecita, una aburrida viuda de oficial. Mis nietos —si es que tengo— me preguntarán en qué estoy pensando y yo les diré muy seria: «En la muerte de Luis XVI», cuando, en realidad, cerrando los ojos sentiré todavía la caricia, torpe e impaciente, de tus dedos en mis jóvenes senos. ¡Qué bonito, Vincent, qué bonito fue! Tú temblabas y no sabías nada, pero ya lo sabías todo: nunca más volverás a hacer el amor como lo hiciste conmigo: nada me quitará tu primera vez, tu fogosa y temblorosa primera vez, el agua de tu mirada cuando llegaste… yo te miraba, lo sabes, no te podía quitar los ojos de encima… No tienes por qué arrepentirte más de lo que me arrepiento yo…

—No estoy arrepentido.

—Más bien deberías recordarlo con ternura de vez en cuando y no tocar nunca Mozart sin dedicarme en secreto —¡insisto!— un pequeño compás en tu corazón.

El ruido de los coches y los gritos sonaban en la noche. Los soldados tuvieron que sacar las espadas y disparar los fusiles para dispersar a la masa. Vincent le cogió su pequeña mano y la besó rápidamente. Laura se arregló el pelo, se colocó el bicornio con una gracia muy poco militar y se separó de él al instante, tras un último destello de sus ojos verdes.

—No dejes de amar a la mujer a la que ya no amas; amarás mejor a la que has empezado a amar… Adiós, Vincent.

Laura desapareció y Vincent la vio acercarse con seguridad a un coche del que se apeó Bonaparte.

No oyó lo que se decían. Pero en la profunda reverencia que Laura Baresi dirigió a su ilustre amante a modo de despedida, no había tanto abandono como en uno solo de los pequeños gestos que había tenido para con él.

En su pecho, el corazón ya no latía de incertidumbre.

# 4

—¡Recítanos un poema, Parseval!

—¡Un himno!

—¡Piedad, señores!

El poeta estaba agarrado a las mesas de guarnición de la fragata *La Muiron*, la de Bonaparte. La frágil embarcación que lo había conducido se alejaba ya y se quedó allí, suspendido entre el agua negra de la rada y el agua negra del cielo.

Cuatro marineros le impedían poner pie en cubierta. Esperaban órdenes. Llegaron. Decían que no.

—Tendrá que nadar, señor —gritó el segundo.

—¡Venga, Parseval, a nadar!

—¡La *Eneida*, Parseval, recítanos la *Eneida*!

—¡No me abandonaréis! —gritó el poeta—. ¡No dejaréis que me ahogue! ¡Si hubiera tenido que morir en Tebas, la de las cien puertas, mi destino no me habría traído hasta aquí!

Finalmente llegó la contraorden: excepcionalmente, el general en jefe aceptaba que subiera a bordo, no de *La Muiron* sino de *La Carrère*, la otra fragata. Los marineros gritaron para hacer regresar la barca y el poeta aceptó al final soltar el aparejo.

Vincent miraba a Denon, que no conseguía retener su hilaridad.

—Parece que tiene que realizar toda la travesía con el camello.

—Podrá probar sus versos con un público sin prejuicios.

—¡Y pensar que habría podido morir en la Tebas de las cien puertas!

—¡Horrible!

—¡Terrible!

Entre los gritos de la maniobra, los dos hombres reían tan fuerte que tuvieron que sujetarse el uno al otro para no caer.

En la noche se había levantado una brisa favorable y se alejaban de las costas de Alejandría a buen ritmo. El viento del suroeste transportaba arena y un polvo oloroso que llenaba los pulmones de Vincent. El silencio era casi total a bordo de las dos fragatas: pasada la euforia de la marcha, cada cual pensaba en el riesgo de encontrarse con los ingleses. *La Muiron* y *La Carrère* eran fragatas venecianas, espaciosas pero poco armadas, y de todos modos habrían tenido pocas oportunidades contra los navíos de guerra británicos.

Pero del mismo modo que la bruma había protegido milagrosamente a la flota a la ida, aquella brisa poco frecuente también los arrancó de la tenaza de Nelson. Cuando el viento giró, faltaba poco para el alba y ya estaban a treinta leguas de las costas.

Vincent y Denon no se habían movido de cubierta.

Con los ojos dirigidos hacia Alejandría, no se cansaban de escrutar la línea negra de aquella tierra que les había cambiado la vida y cuyo destino habían cambiado ellos.

Tenían el corazón encogido.

—Cuenta la leyenda que quien ha bebido agua del Nilo regresará necesariamente a su orilla —dijo Vincent—. Nosotros hemos bebido.

—Yo soy demasiado viejo para seguir la leyenda. Pero creo en tu historia: hace mucho tiempo que debiste bebería por primera vez…

—Seguro que usted estaba conmigo…

—Ya te he dicho que creo en tu historia. Eso no me impide quedarme a mí con la mía y estar muy a gusto. No, muchacho, en esta vida y en las otras solo he pasado un año en Egipto. Pero es un año que me vale por muchas vidas.

Se deslizaban en la noche, insensibles al cansancio. Cuando se levantó viento del norte, su posición en cubierta se hizo incómoda pero no se movieron, dejando que el relente les fustigara la cara.

Apartaron la mirada de la costa y se volvieron hacia el mar. No sentían ninguna de las angustias del viaje, sino una libertad embriagadora que se teñía con la dulce tristeza del exilio.

—Le doy las gracias —dijo Vincent—, le doy las gracias por todo.

Denon se echó a reír.

—Desde luego, nunca dejarás de empalagarme con tu amabilidad. ¿Tengo que buscar yo también palabras de gratitud?

—No, no las necesita.

—Y sin embargo…

Vincent desprendió la cruz de su cuello y la mantuvo unos instantes en la palma de la mano, como si fuera un animalito de plata que acabara de recoger. Hizo saltar la cadena y volvió a cerrar el puño. Toda aquella vida…

—Su mano, señor.

Aunque sorprendido, Denon se la tendió. Vincent depositó en ella la cruz.

—No se le habrá olvidado, ¿verdad?

—¿El qué?

—Prometió llevarle un regalo a Josefina de Beauharnais, sin la cual ni usted ni yo habríamos ido más allá de las viñas de Bercy. Una cruz que perteneció a Cleopatra será sin duda de su gusto, ¿no le parece?

Vivant Denon miró la cruz, la sopesó, jugó con ella. Un brillo burlón iluminó su

mirada.

—¿Acaso tienes algo que hacerte perdonar?

—¡Yo! No sé de qué me está hablando…

Por levante, en la dirección de lo que fuera Rosetta, un hilillo de pálida luz rosa pasaba por encima del horizonte. La pierna de Vincent, la que tenía herida, le hizo daño de repente. Se deslizó despacio hasta sentarse en el suelo, en la cubierta bien encerada. Denon se sentó a su lado.

—El mensajero ya no tiene nada suyo. Ha entregado lo que tenía que entregar y puede seguir camino…

—El mensajero quiere vivir y eso basta. El mensajero tiene la cabeza y los dedos llenos de música, y los pulmones llenos de vida. El mensajero tiene la fe que mueve montañas.

Por una vez Denon no se burló. Vincent notaba el contacto del papel y el sobre de Pharia en su pecho. La fatiga le cerraba suavemente los párpados; y los ruidos del mundo, los de las faenas del barco y la voz del mismo Denon llegaban hasta él filtrados por aquella enorme, inmensa fatiga. «Debería leerla, ahora, sí, voy a leerla ahora mismo…»

—El mensajero ha hecho bien su trabajo, Vincent. El viaje se acaba ahora.

—No sé —dijo Vincent con voz adormilada—, no sé, me gustaría tanto que el viaje continuase…

Silencio, silbido del viento en los obenques, crujidos de mástil. Luego, Denon de nuevo:

—Esta cruz, Vincent…

—¿Sí?

—Después de todo, me pregunto si me la quedaré.

Vincent dormía bajo un cielo donde las estrellas se apagaban unas tras otras y la media luna quedaba rezagada en el cielo violeta y gris, cargado de nubes. Nacía el día, pero parecía también que caía la noche. Era una noche en pleno día, un día en plena noche: un momento en el que todo se despertaba y todo dormía a la vez.

Entre los dedos cerrados de su mano derecha reposaba un sobre con el sello roto. Con el viento del norte el papel volaba como un ala de pájaro prisionero. A pesar de estar dormido, el joven no lo soltaba.

Soñaba…

Vivant Denon se inclinó hacia él y lo miró con una ternura que, esta vez, no se tiñó de ironía. Miró el sobre con cierta curiosidad, pero no quiso cogerlo.

Jugueteó largo rato con la cadena y la cruz entre sus finas manos de venas azules. Luego, muy despacio, con un poco de tristeza, le deslizó la serpiente de plata de la cadena por debajo de la camisa.

—Es tuya —murmuró.

# 5

No sé por qué cogí el ferry.

Se tarda más y me mareo, pero no me veía llegando a Londres en tren.

Toda la travesía desde Calais estuve en cubierta, prácticamente solo en aquel húmedo frío, perdido en una vaga somnolencia. Anna había llorado al volverme a ver pero, después de oír mi relato, insistió en que me marchara de nuevo inmediatamente: «Más adelante —me dijo en medio de lágrimas de felicidad—, más adelante tendremos todo el tiempo».

Saqué el sobre del bolsillo y rompí el sello: los primeros trozos de la figura del halcón de cera roja se esparcieron al viento del norte. Mientras volaban, oí cuatro notas en el viento que me daban vueltas por la cabeza como una gaviota en el cielo.

Desplegué el papel que tanto miedo me daba leer…

Justo antes de la entrada principal del British Museum, en Great Russell Street, me paré delante de la tienda. Estaba especializada en piezas raras y antiguas, pero no era eso lo que me había llamado la atención. En medio del escaparate destacaba un ojo de Horus, una piedra verde en un pequeño expositor de cristal. El ojo y yo nos miramos un buen rato antes de decidirme a entrar.

Regatear no se me da bien pero empecé a hablar con la vendedora. Pasando por alto mi acento francés, me preguntó amablemente dónde había aprendido a hablar *such a good English*. Era una mujer bastante mayor con el pelo gris recogido en un moño que le daba a su cara una expresión severa. En realidad, parecía más una profesora, pero sus ojos eran tan cálidos que se olvidaba rápidamente lo demás. Me explicó que el ojo era un amuleto de época ptolemaica.

—Debe de costar una fortuna…

—No necesariamente…

—¿Qué quiere decir?

—Es una pieza muy bonita pero no es única. Son bastante fáciles de encontrar en Londres.

—De todos modos, seguro que no está a mi alcance.

Desde mi accidente a la salida de la iglesia, la pierna me dolía un poco. Pidiéndole disculpas, le rogué que me dejara sentar y me trajo una silla. Luego me dejó unos instantes a solas en la tienda para ir a hacer una llamada. Al volver, sonreía.

—Cincuenta libras —dijo.

—¡Huy!

Su cara expresó cierta decepción.

—¿Le parece demasiado caro?

Me eché a reír.

—Cóbreme rápido antes de que alguien le diga que ha habido un error.

Saqué los billetes, ella metió el amuleto en una caja y la envolvió. Hablamos unos minutos más de las cosas de la vida y, al final, salí de la tienda tras darle las gracias tan calurosamente como pude. Desde luego, no había ido a Londres para ir de compras —ni siquiera ptolemaicas—, sino para visitar el museo.

Aún no había mucha gente bajo la inmensa claraboya y tenía la impresión de oír los pájaros cantando en lo alto, una tórtola tal vez, o una paloma, refugiada encima del bullicio de los hombres, buscando desesperadamente el cielo. Una hermosa luz blanca lo bañaba todo y yo me sentía bien.

Siguiendo las indicaciones, llegué a una larga galería donde se exponían esculturas y estatuas egipcias de todas las épocas. Tuve la misma impresión que había sentido en el museo de El Cairo o en el pequeño museo de Luxor: delante de los apacibles rasgos de los faraones, delante de la luz de sus ojos, sentí que me observaban desde la lejanía de los siglos.

Vi un grupito alrededor de una vitrina y, antes de verla, comprendí qué era.

La piedra de Rosetta.

Mientras esperaba a que el grupo se alejara, leí el rótulo. ¡Qué mala fe, esos ingleses…! En lugar de reconocer sencillamente el genio de Champollion, ¿tenían que asociarlo a Young? ¡Pero si no era en absoluto un mensajero o un viajero! Si lo citaban a él, entonces tendrían que citar a otros muchos: Raige y Marcel, de Sacy, Jomard, Akerblad, todos aquellos que, desde el descubrimiento de la piedra, habían tenido conciencia de su importancia y se habían pasado noches enteras intentando penetrar en su misterio… Sí, la primera intuición había sido la buena: gracias a Ptolomeo y a Cleopatra se habían identificado los cartuchos que contenían los nombres reales y se había puesto de relieve el carácter alfabético de los jeroglíficos que transcribían nombres extranjeros. Pero después habían pasado años de estancamiento hasta Champollion. Champollion, el egipcio. Champollion, el que se iba a dormir solo entre las columnas del templo de Karnak…

Champollion, el viajero del tiempo.

Por fin me encontré solo delante de la piedra. Anteriormente había visto reproducciones y tuve la habitual reacción de decepción ante un objeto al que se le han prestado virtudes mágicas y que resulta ser más pequeño, más banal que en los sueños…

Progresivamente, sin embargo, recuperé la magia, la magia de todo mi viaje y de mi historia. Identifiqué el cartucho de Ptolomeo y lo miré en mi cruz: era el mismo, en efecto, que se repetía seis veces en el texto. En el otro brazo de la cruz sabía que

había el cartucho de Cleopatra, el que había podido leer en el obelisco de Banks, en Filé, gracias al texto griego grabado en el zócalo. Me dejé ganar por la fascinación, la excitación incluso, como si yo mismo hubiera estado en el umbral de un descubrimiento fundamental, uno de esos que cambian el destino de la humanidad… Con un gesto que ya me era familiar, pasé el dedo por aquellos caracteres, grabados tan finamente que apenas los notaba y, sin embargo, no podía desprenderme de aquella sensación…

Me di cuenta de que poco a poco el pensamiento, el recuerdo, la obsesión de Pharia se habían apoderado de mí y de mi sueño. Estaba con ella, le miraba sus ojos rasgados al tiempo que no podía evitar imaginar la esbeltez de su cuerpo, que la sencilla túnica de algodón blanco protegía discretamente pero a la vez resaltaba. Ella me hablaba pero yo no oía sus palabras, me perdía en los movimientos de su boca.

Noté que me empujaban por detrás y cerré los ojos un instante, con el corazón a punto de estallar.

El grupo de turistas holandeses ya estaba harto de esperar: tuve que dejarles sitio, y deambulé, sin rumbo fijo, en medio de las estatuas, como si no estuviera en un museo sino en un templo, muy cerca del santuario.

Ya no me dolía la pierna, solamente estaba triste y cansado.

Busqué un banco para sentarme un momento en la galería circular.

Suspiré. Seguía oyendo aquel pájaro: ¿paloma o tórtola?

Recordé una frase que venía de no sé dónde pero que sonaba en mi memoria de un modo terriblemente familiar, como un fragmento de canción: aunque fuera un sueño, preferiría este sueño a la vida… y si creyera en este sueño, entonces podría convertirse en realidad.

Después de todo, no había más que dos palabras en su carta.

Allí estaré.

* * *

[1] Lacroix significa «la cruz» en francés. (*N. de la T.*)<<

[2] Juego de palabras entre el apellido «Lannes» y «*l'âne*» («el asno»), que suenan igual. (*N. de la T.*)<<

[3]*Arpente*: antigua medida agraria francesa que equivalía a entre 20 y 50 áreas. (*N. de la T.*)<<

[4]Cristiano, en francés. (*N. de la T.*)<<

Antoine Audouard nació en París en 1956, hijo del periodista y escritor Yvan Audouard, y nieto del pintor surrealista André Thirion , quien escribió Revolucionarios sin revolución . Antoine Blondin era su padrino.

Para cuando tenía veinticinco años ya había escrito tres novelas, publicadas por Gallimard . Dejó de escribir para "hacer algo en la vida".

En 1987, con Bernard Fixot, creó ediciones Fixot y llegó a publicar grandes éxitos comerciales como No sin mi hija de Betty Mahmoody (3,6 millones de copias vendidas) y obras de talentos literarios jovenes como Michael Chabon ( futuro ganador del premio Pulitzer) y el ganador de la NBA Jonathan Franzen, por nombrar sólo dos. Ediciones Fixot creció hasta convertirse en uno de los más exitosos editores independientes de Francia. En 1993 Audouard y Fixot vendieron la empresa al grupo francés líder de medios de comunicación (en el momento llamado Havas, hoy Editis) y Audouard pasó a convertirse en el director de publicación de las ediciones Robert Laffont .

En 1999 Audouard renunció a su cargo para dedicarse a tiempo completo a su pasión duradera: la escritura. En 2000 publicó Farewell My Only One (publicado por Editions Gallimard). Aclamada por la crítica, preseleccionados para el premio literario Goncourt y un éxito de ventas, los derechos de traducción de Adiós a mi solo se vendieron en catorce países y fue publicado en los EE.UU. por Houghton Mifflin. En 2001 Antoine Audouard co-escribió una trilogía basada en el best seller de la conquista de Los Incas publicado bajo un seudónimo - AB Daniel - que fue traducido

en 26 idiomas. Otras obras de Antoine Audouard incluyen Under my Skin (Gallimard, 2003), Una casa en el fin del mundo (Gallimard, 2002), Las Arenas del Tiempo (Robert Laffont, septiembre de 2003), y un puente de las Aves (Gallimard, 2006). Un Puente de las Aves se centra en Indochina durante la guerra francesa (1945-1954) y fue finalista del Premio Goncourt. En otoño de 2009 publicó "El árabe" por Editions de l'Olivier.

Audouard ha enseñado cursos de escritura creativa en la escuela de periodismo de Ciencias Po. Él es un colaborador habitual de las páginas de opinión de NYT y para Le Monde 2 , el suplemento de la revista semanal de Le Monde . Ha participado en el PEN Festival Literario Internacional en Nueva York y en la Conferencia de Escritores de Sun Valley. Comparte su vida entre París y Nueva York.

Está casado con Susana Lea.